

Una plaga genética crea un reducto ecológico artificial en pleno Amazonas donde los visitantes no son bienvenidos. La secuenciación del genoma permite remontarse por las líneas de parentesco hasta hallar al antepasado común de toda la humanidad. Un fallo en las matemáticas abre escalofriantes posibilidades en la física. Si pudieras conocer tus procesos mentales al detalle, ¿crees que encontrarías un único "yo" en el centro de tu mente? ¿Y si una nueva tecnología para proteger al feto amenazase con reducir drásticamente la diversidad humana?

Greg Egan, maestro de la ciencia-ficción dura, plantea estos escenarios y muchos más en esta genial colección de relatos, posiblemente de las mejores que ha dado el género.

"Todos y cada uno de estos relatos son piezas de un virtuosismo absorbente."

Science Fiction Chronicle

"El universo puede ser más extraño de lo que imaginamos, pero le resultará difícil superar a Egan."

New Scientist

"Greg Egan revela maravillas con una capacidad artística que está a la par de su audacia."

The New York Review of Science Fiction

"Una narrativa que expande la mente, y además excelentemente escrita."

The Guardian

Lectulandia

Greg Egan

Luminoso

ePUB v1.3

betatron 05/07/2012

más libros en lectulandia.com

Título original: *Luminous*
Greg Egan, 1998.
Traducción: Carlos Pavón

Editor original: betatron (v1.0 a v1.2)
Corrección de erratas: Atramentum
ePub base v2.0

Agradecimientos

Gracias a Caroline Oakley, Anthony Cheetham, John Douglas, Peter Robinson, Kate Messenger, Philip Patterson, Tony Gardner, Russ Galen, David Pringle, Lee Montgomerie, Gardner Dozois, Sheila Williams y Bill Congreve.

Mención de derechos

«Transition Dreams» («Sueños de transición») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 76, octubre de 1993.

«Chaff» («Briznas de paja») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 78, diciembre de 1993.

«Cocoon» («Crisálida») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, mayo de 1994.

«Our Lady of Chernobyl» («Nuestra Señora de Chernóbil») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 83, mayo de 1994.

«Mitochondrial Eve» («Eva mitocondrial») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 92, febrero de 1995.

«Luminous» («Luminoso») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, septiembre de 1995.

«Mister Volition» («Señor Volición») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 100, octubre de 1995.

«Silver Fire» («Fuego plateado») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 102, diciembre de 1995.

«Reasons to Be Cheerful» («Motivos para ser feliz») fue publicado originalmente en *Interzone* n° 118, abril de 1997.

«The Plank Dive» («La Inmersión de Plank») fue publicado originalmente en *Asimov's Science Fiction*, febrero de 1998.

Briznas de paja

El Nido de Ladrones ocupa una región más o menos elíptica situada a ambos lados de la frontera entre Colombia y Perú. El territorio se extiende cincuenta mil kilómetros cuadrados por las tierras bajas al oeste del Amazonas. Resulta difícil precisar dónde termina la selva natural y dónde empiezan a tomar el control las especies creadas por la tecnología de El Nido, pero la biomasa total del sistema debe rondar el billón de toneladas. Un billón de toneladas de materiales estructurales, bombas osmóticas, colectores de energía solar, fábricas químicas celulares y sistemas biológicos de comunicación y computación. Todo bajo el control de sus diseñadores.

La información que podían aportar los mapas y las bases de datos se ha quedado obsoleta. La manipulación de la hidrología y de la química del suelo, así como la modificación del régimen de lluvias y de la tasa de erosión, han permitido que la vegetación transforme el terreno por completo: ha modificado el curso del río Putumayo, ha anegado los antiguos caminos convirtiéndolos en ciénagas y ha creado nuevos pasos elevados secretos que recorren la selva. Esta geografía biogénica cambia constantemente, de manera que incluso los testimonios de primera mano de los escasos desertores de El Nido dejan de tener vigencia al poco tiempo. Las imágenes de los satélites no sirven para nada; independientemente de la frecuencia que se utilice, la cubierta forestal esconde o falsifica deliberadamente la firma espectral de todo lo que está debajo.

Las toxinas químicas y los exfoliantes tampoco sirven; las plantas y sus bacterias simbióticas pueden analizar la mayoría de los venenos y reprogramar sus metabolismos para hacerlos inofensivos o incluso transformarlos en alimento. Y pueden hacerlo tan rápido que nuestros sistemas expertos en armamento agrícola no dan abasto para inventar nuevas moléculas. Las armas biológicas son seducidas, subvertidas, domesticadas. Tres meses después de introducir un nuevo virus que se suponía letal para las plantas, encontramos la mayoría de sus genes incorporados en un vector benigno empleado en la compleja red de comunicaciones de El Nido. El asesino se había convertido en el chico de los recados. Cualquier intento de quemar la vegetación es rápidamente sofocado con dióxido de carbono y si se emplea un combustible autooxidante, mediante sustancias ignífugas más sofisticadas. Una vez llegamos incluso a verter unas cuantas toneladas de nutrientes mezcladas con potentes radioisótopos, disimulados en compuestos químicamente idénticos a sus homólogos naturales. Seguimos los resultados mediante instrumentos sensibles a los rayos gamma: El Nido separó las moléculas que contenían isótopos —tal vez determinando sus tasas de difusión en las membranas orgánicas— y después las aisló y las diluyó antes de expulsarlas fuera de su territorio.

Así que cuando me enteré de que un bioquímico de origen peruano llamado

Guillermo Largo se había marchado de Bethesda, Maiyland, llevándose consigo algunas herramientas genéticas altamente secretas —el fruto de su propia investigación, pero en todo caso propiedad de sus empleadores— y había desaparecido en El Nido, pensé: «Por fin una excusa para tirar la bomba de todas las bombas». La Compañía había estado abogando por una rehabilitación termonuclear de El Nido durante casi una década. El Consejo de Seguridad habría dado su aprobación. Los gobiernos con autoridad nominal en la zona habrían estado encantados. Cientos de habitantes de El Nido eran sospechosos de violar las leyes de los Estados Unidos, y la presidenta Golino se moría de ganas por tener una oportunidad para demostrar que podía jugar duro al sur de la frontera, por mucho que hablase español en la intimidad de su propio hogar. Tras la operación, podría haber hecho una aparición televisiva en horario de máxima audiencia y haberle dicho a la nación que podía estar orgullosa de la Operación Vuelta a la Naturaleza. Y que los treinta mil granjeros que se habían refugiado en El Nido huyendo de la guerra civil no declarada en Colombia sabrían sin duda apreciar su valor y su resolución al verse liberados para siempre de la opresión de los terroristas marxistas y de los barones de la droga.

Nunca llegué a saber por qué no lo hicieron. Quizá se debió a problemas técnicos para asegurarse de que no iba a haber efectos secundarios río abajo, en el sagrado Amazonas, efectos que pudieran borrar del mapa alguna especie telegénica en peligro de extinción justo antes del final de la presente administración. O tal vez al temor de que algún señor de la guerra de Oriente Medio pudiera de alguna forma interpretarlo como carta blanca para usar sus pequeñas y polvorientas armas de fisión sobre alguna minoría problemática, lo que desestabilizaría la región de manera poco deseable. O puede que fuera el miedo a las sanciones comerciales japonesas, ahora que habían vuelto al poder los ecomercaderes, conocidos por su ferocidad antinuclear

No me enseñaron los resultados de los modelos geopolíticos generados por ordenador. Sólo recibí mis órdenes, codificadas en el parpadeo de los fluorescentes del supermercado del barrio, insertadas entre las actualizaciones de las etiquetas de los precios. Las descifré gracias a la capa neural adicional de mi retina izquierda. Las palabras aparecieron en rojo sangre sobre el macilento fondo de colores alegres del pasillo del súper.

Tenía que entrar en El Nido y rescatar a Guillermo Largo.

Vivo.

Vestido como un agente inmobiliario de la zona —incluyendo el teléfono de pulsera chapado en oro y el peor corte de pelo de trescientos dólares que se pueda imaginar —, hice una visita a la casa abandonada de Largo en Bethesda, un suburbio al norte de Washington, justo en la frontera de Maryland. Era un apartamento moderno y

espacioso, amueblado con gusto pero sin ostentación, más o menos lo que cualquier software de marketing que se precie habría intentado venderle de acuerdo con su sueldo menos la pensión alimenticia.

A Largo siempre se le había clasificado como «brillante pero inestable»: si bien era un riesgo potencial para la seguridad, era demasiado talentoso y productivo para desaprovecharlo. Se le había sometido a una vigilancia rutinaria desde que el Departamento de Energía (nombre eufemístico donde los haya) lo contratara, recién salido de Harvard, allá por 2005. Ahora era evidente que la vigilancia había sido demasiado rutinaria... pero también era perfectamente comprensible que treinta años con un expediente intachable hubieran dado pie a cierta relajación. Largo nunca había intentado ocultar sus convicciones políticas; era hasta cierto punto discreto, pero su discreción se debía más al protocolo social que al subterfugio, es decir, que no se ponía camisetas del Che Guevara cuando visitaba Los Álamos. Pero por otra parte nunca había actuado de acuerdo con sus convicciones.

En la pared del salón había un mural pintado con spray. Los tonos eran casi infrarrojos, visibles para la mayoría de los adolescentes molones de Washington, aunque no para sus padres. Se trataba de una copia del tristemente famoso *Teselado del plano con héroes del nuevo orden mundial*, de Lee Hing-Cheung, una imagen digital que se había extendido por la red a principios de siglo. En él podía verse a los líderes políticos de principios de los noventa desnudos y entrelazados entre sí, en una mezcla a medio camino entre Escher y el Kamasutra. Los líderes depositaban zurullos humeantes en sus respectivas cavidades cerebrales abiertas, que por lo demás estaban vacías, en un efecto tomado de la obra del satírico alemán George Grosz. Se mostraba al dictador iraquí admirando su propio reflejo en un espejito: la imagen era una reproducción exacta de la portada de una revista de la época en la que se había retocado el bigote para darle un toque convenientemente hitleriano. El presidente de los Estados Unidos sujetaba (en horizontal pero a punto de darle la vuelta) un reloj de arena que contenía los rehenes demacrados cuya liberación había retrasado para asegurar la victoria electoral de su predecesor. Estaba metido todo el mundo, aunque fuera con calzador. Estaba hasta el primer ministro australiano, representado como una liendre que hacía vanos esfuerzos por abarcar la poderosa polla presidencial con sus diminutas mandíbulas. No me costaba imaginarme a los trogloditas neomacarthistas del Senado sufriendo un ataque de apoplejía al ver un cuadro como éste; siempre y cuando se llevara a cabo algo tan tedioso como una investigación sobre la deserción de Largo. Pero, ¿qué otra cosa podíamos haber hecho? ¿Negarnos a contratarle porque tenía un paño de cocina del *Guernica*?

Antes de marcharse, Largo había borrado todos los archivos de los ordenadores del apartamento, incluyendo los del sistema multimedia. Pero yo ya conocía sus gustos musicales, pues había tenido acceso a unas cuantas horas de grabaciones de

audio llenas de pésimo ska coreano. Nada de solidaridad étnica revolucionaria, tan encomiable, ni tampoco evocadoras flautas andinas; una lástima, pues lo hubiese preferido de lejos. En sus estanterías había varios libros de bioquímica de su época de estudiante. Estaban en bastante mal estado y lo más probable es que los conservara por motivos puramente sentimentales. También había unas cuantas docenas de clásicos de la literatura y varios volúmenes de poesía que olían a humedad, en inglés, español y alemán. Hesse, Rilke, Vallejo, Conrad, Nietzsche. Nada moderno, y nada que se hubiera editado después de 2010. Con unas pocas palabras dirigidas al sistema domótico Largo había borrado todas las obras digitales en su poder, barriendo de un plumazo un cuarto de siglo de su arqueología personal. Hojeé algunos de los libros que quedaban, sólo por curiosidad: había una corrección a lápiz de la estructura de la guanina en uno de los libros de texto... y un párrafo de *El corazón de las tinieblas* estaba subrayado. El narrador, Marlow, se preguntaba incrédulo por qué la tripulación del barco a vapor —que pertenecía a una tribu caníbal y cuyas provisiones de carne de hipopótamo en descomposición se habían tirado por la borda— todavía no se había rebelado y se lo había comido. Al fin y al cabo:

No hay miedo que pueda hacer frente al hambre, ni paciencia capaz de aplacarla, donde hay hambre no hay lugar para la repugnancia; y en lo que respecta a las supersticiones, las creencias, y lo que pueden llamarse principios, no son más que briznas de paja arrastradas por el viento.

No tenía nada que objetar, pero me preguntaba por qué Largo se habría fijado en ese pasaje. ¿Quizá resonara con sus propias dudas de entonces, cuando intentaba justificar el hecho de aceptar sus primeras becas de investigación del Pentágono? La tinta estaba borrosa; el libro se había impreso en 2003. Hubiera preferido tener una copia de las entradas de su diario de las dos últimas semanas antes de su desaparición, pero los ordenadores de su casa no se habían pinchado de forma sistemática en casi veinte años. Me senté ante el escritorio de su estudio y me quedé mirando la pantalla en blanco de la estación de trabajo. Largo había nacido en Lima en 1980, en el seno de una familia de clase media que se declaraba católica y ligeramente de izquierdas. Su padre, un periodista de *El Comercio*, había muerto de una embolia cerebral en 2029. Su madre, con setenta y ocho años, seguía trabajando como abogada para una compañía minera internacional; en su tiempo libre procuraba que se respetara el *habeas corpus* de las familias de los radicales desaparecidos, un hobby que sus jefes toleraban porque, por casi nada, les daba una buena imagen ante los accionistas con inclinaciones democráticas. Guillermo tenía un hermano mayor, cirujano jubilado, y una hermana pequeña, maestra de escuela, ninguno de los cuales era políticamente activo.

Cursó la mayor parte de sus estudios en Suiza y en los Estados Unidos; después

de doctorarse, ocupó una serie de puestos de investigación en instituciones gubernamentales, en la industria de la biotecnología y en la universidad; todos ellos más o menos con los mismos patrocinadores. Con cincuenta y cinco años, divorciado tres veces pero sin hijos, sólo volvía a Lima para hacer visitas cortas a la familia.

Después de pasarse tres décadas trabajando en las aplicaciones militares de la genética molecular —al principio sin saberlo, aunque no por mucho tiempo—, cabía preguntarse a qué podía deberse su repentina deserción hacia El Nido. Más aún cuando, durante años, había sabido conjugar cínicamente la investigación para la defensa con sus piadosas inquietudes liberales, haciendo de ello prácticamente un arte. Su perfil psicológico más reciente así lo sugería: un orgullo feroz en sus logros científicos compensaba el desprecio que sentía por sí mismo al contemplar sus aplicaciones finales; y el conflicto interno mostraba indicios de que estaba dando paso a una cómoda indiferencia. Una dinámica bien documentada en la industria.

Era como si Largo hubiera asumido —en su fuero interno, hace treinta años— que sus principios no eran «más que briznas de paja arrastradas por el viento».

Tal vez había decidido, con cierto retraso, que si iba a prostituirse, por lo menos debía hacerlo bien y vender sus habilidades al mejor postor, aunque ello implicara abastecer de armas genéticas a un cartel de la droga. Sin embargo, yo había visto sus cuentas: ni fraude fiscal ni deudas de juego, ningún indicio de que hubiese vivido por encima de sus posibilidades. Traicionar a sus jefes, igual que había traicionado sus propios ideales de juventud al unirse a ellos podría haberle parecido un gesto nihilista oportuno. Pero a un nivel más práctico, resultaba difícil imaginar que le pudiera tentar el dinero, o que no hubiese meditado las consecuencias de dar semejante paso. ¿Qué le podía haber ofrecido El Nido? ¿Una cuenta numerada por satélite y una nueva identidad en Paraguay? ¿Los sórdidos placeres de la vida en los márgenes de la plutocracia del Tercer Mundo? Habría tenido todas las de ganar disfrutando de su jubilación en su país de adopción. Podría haberse lavado la conciencia publicando uno o dos ensayos vitriólicos sobre política exterior en alguna revistilla de izquierdas en internet. E incluso podría haberse convencido de que un país que le permitía expresar su opinión con tanta libertad, probablemente merecía todo lo que había hecho por defenderlo.

Y precisamente lo que había hecho por defenderlo (las herramientas que había perfeccionado y robado) era lo que no me estaba permitido saber.

Anocheía cuando cerré el apartamento y me dirigí hacia el sur por la avenida Wisconsin. Washington se animaba, las calles abarrotadas de gente en busca de algo que las distrajera del calor. En las ciudades las noches se estaban convirtiendo en un espectáculo alucinante. Los adolescentes hacían ostentación de simbioses bioluminiscentes. Las venas de las sienes, el cuello y los músculos inflados de los

antebrazos brillaban con un azul eléctrico. Parecían diagramas de circulación andantes y para mejorar el efecto fomentaban la hipertensión. Otros empleaban simbioses retínales que hacían visible la radiación infrarroja, y sus ojos rojos relucían en las sombras como los de un vampiro.

Y otros, más discretos, tenían el cráneo lleno de Caballeros Blancos.

Las células madre de la médula ósea infectadas con Madre —un retrovirus artificial— generaban algo que estaba a medio camino entre una neurona embrionaria y un glóbulo blanco. Los Caballeros Blancos segregaban las citoquinas necesarias para atravesar la barrera hematoencefálica, y una vez atravesada, las moléculas indispensables para la adhesión celular los guiaban hasta sus objetivos. Era entonces cuando podían inundar el punto con un neurotransmisor específico llegando incluso a formar cuasi sinapsis temporales con las neuronas auténticas. A menudo el flujo sanguíneo de los consumidores contenía más de media docena de subtipos al mismo tiempo. Cada uno de ellos se activaba mediante un aditivo dietético concreto: cualquier compuesto químico barato, inofensivo y perfectamente legal que no estuviera presente en el cuerpo de forma natural. Si se ingería la combinación correcta de colorantes, saborizantes y conservantes artificiales, todos ellos inocuos, se podía modular la neuroquímica del cerebro casi a voluntad... hasta que los Caballeros Blancos morían de acuerdo con su programación y una nueva dosis de Madre se hacía necesaria.

Madre se podía esnifar o se podía pinchar en vena, pero la manera más eficaz de tomarla era punzando un hueso e inyectándosela directamente en la médula. Un método que era doloroso, sucio y muy arriesgado, aunque el virus en sí no estuviera contaminado y fuera auténtico. El material bueno provenía de El Nido, el malo de laboratorios clandestinos en California y Texas. En estos laboratorios los piratas genéticos intentaban por todos los medios que cultivos celulares infectados con Madre reprodujeran un virus expresamente diseñado para impedirselo. En el intento se producían cepas mutantes ideales para inducir leucemia, astrocitomas, parkinson y un gran surtido de psicosis de nuevo cuño.

Avanzaba por la sofocante y oscura ciudad, viendo a las masas desatadamente alegres, y me sentí invadido por una claridad penetrante, como en un sueño. Por un lado me notaba insensible, pesado, vacío, pero por otro me sentía electrizado, omnisciente. Era como si pudiera adentrarme en los paisajes ocultos de la gente a mi alrededor, como si pudiera ver más allá de los ríos de sangre luminosos. Observaba a la gente y la discernía hasta los huesos.

Hasta el tuétano.

Conduje hasta el límite de un parque en el que había estado antes y esperé. Iba vestido para el papel. Los jóvenes pasaban por delante, sonrientes, algunos le echaban un vistazo al Ford Narcissus 2025 plateado y silbaban con admiración. Un

adolescente bailaba en la hierba, solo, infatigable; colocado hasta las cejas de Coca-Cola y ni siquiera le pagaban por fingirlo.

Al poco rato una chica se acercó al coche, las venas azules refulgían en sus brazos desnudos. Se inclinó hacia la ventanilla y echó un vistazo al interior con curiosidad.

—¿Qué tienes? —me dijo.

Debía de andar por los dieciséis o diecisiete años, delgada, ojos oscuros, la piel de color café, con un ligero acento latino al hablar.

Podría haber sido mi hermana.

—Arco iris sureño.

O lo que es lo mismo: los doce genotipos principales de Madre, directamente de El Nido, cortados sólo con un poco de glucosa. El arco iris sureño —y un poco de comida basura— podía llevarte a cualquier parte.

La chica se me quedó mirando, escéptica, y alargó la mano derecha con la palma hacia abajo. Llevaba un anillo con una joya enorme de varias facetas que tenía una cavidad en el centro. Saqué un sobrecito de la guantera, lo agité, lo rasgué por un extremo y eche unas motilas de polvo en la cavidad. Luego me incliné un poco hacia delante y humedecí la muestra con saliva. Le sujeté los dedos para que no se le moviera la mano; los tenía helados. Las doce facetas de la «piedra» se pusieron a brillar al instante, cada una con un color distinto. Los sensores inmuoeléctricos de la cavidad, condensadores minúsculos recubiertos con anticuerpos, estaban diseñados para reconocer algunos de los puntos específicos de las capas proteínicas de las diferentes cepas de Madre: en concreto aquéllas que a los piratas les resultaba más difícil imitar.

Aunque si se disponía de una tecnología lo bastante buena, esas proteínas no tenían por qué tener la más mínima relación con el ARN de su interior.

La chica parecía impresionada; sólo de pensarlo se le iluminó el rostro. Negociamos un precio. Demasiado bajo, lo que debería haberle hecho sospechar.

Antes de pasarle el sobrecito la miré a los ojos y le dije:

—¿Para qué necesitas esta mierda? El mundo es lo que es. Tienes que afrontarlo, tienes que aceptarlo como es: brutal y terrible. Tienes que ser fuerte. No te engañes a ti misma. Es la única manera de sobrevivir.

Ella esbozó una sonrisita ante mi flagrante hipocresía, pero estaba tan contenta que ni siquiera se mosqueó.

—Tienes toda la razón. El mundo está muy mal.

Me puso el dinero en la mano y con una sinceridad falsa añadió toda angelical:

—Y esta es la última vez que me meto Madre, te lo prometo.

Le di el virus letal y me quedé mirando cómo se alejaba por la hierba y desaparecía en las sombras.

Al piloto de las fuerzas aéreas colombianas que me llevó desde Bogotá no parecía entusiasmarle tener que arriesgar su vida por un burócrata de la DEA. Eran setecientos kilómetros hasta la frontera, y cinco organizaciones guerrilleras distintas ocupaban territorios en nuestra ruta— no había muchos pueblos, pero sí varios cientos de sitios donde ocultar lanzacohetes.

—Mi tatarabuelo —dijo con amargura— murió en la gran puta Corea luchando para el puto general Douglas MacArthur.

No me quedó claro si estaba orgulloso de ello o si me estaba confiando una deuda pendiente. Las dos cosas, lo más probable.

El helicóptero era silencioso de un modo inquietante. Estaba equipado con silenciadores de fase que a simple vista parecían altavoces gigantes, pero que absorbían la mayor parte del ruido de las hélices. El fuselaje de fibra de carbono estaba recubierto con una costosa red de polímeros camaleón... aunque habría sido igual de efectivo pintarlo todo de azul cielo. Un compuesto químico endotérmico acumulaba el calor residual del motor y lo iba soltando hacia arriba por un radiador parabólico en forma de estallidos concentrados, a intervalos de una hora aproximadamente. Las guerrillas no tenían acceso a imágenes de satélite y no se atrevían a usar radares; llegué a la conclusión de que nuestras posibilidades de seguir con vida eran más altas que las de cualquier trabajador del extrarradio de Bogotá. En la capital los autobuses explotaban sin previo aviso dos o tres veces por semana.

Colombia se desgarraba a sí misma: la Violencia de los años cincuenta se repetía otra vez. Aunque los grupos guerrilleros organizados estaban detrás de la mayoría de los actos de sabotaje terrorista más espectaculares, las facciones de los dos partidos políticos mayoritarios eran responsables de la mayoría de los muertos; cada una se dedicaba a masacrar a los simpatizantes de la otra, vengándose de una letanía de atrocidades pasadas que se extendía unas cuantas generaciones. El grupo que en realidad había iniciado la presente carnicería tenía un número de votantes insignificante. El Ejército de Simón Bolívar estaba formado por lunáticos de extrema derecha que querían «reunificarse» (tras dos siglos de separación) con Panamá, Venezuela y Ecuador, arrastrando también a Perú y a Bolivia, con la intención de hacer realidad el sueño de Bolívar de la Gran Colombia. Pero asesinando al presidente Marín lo único que habían conseguido era desencadenar una serie de acontecimientos que nada tenían que ver con su ridícula causa. Huelgas y manifestaciones, enfrentamientos en las calles, toques de queda, ley marcial. La repatriación del capital extranjero por parte de los inversores inquietos, seguida de una hiperinflación y la caída del sistema financiero local. Y para terminar una espiral de violencia oportunista. Todo el mundo, desde los escuadrones de la muerte paramilitares a los grupos disidentes maoístas, creía que finalmente había llegado su hora.

No había visto disparar ni una sola bala, pero desde el momento en que entré en el país se me empezaron a revolver las tripas y un flujo de adrenalina incesante y pesado me recorría las venas. Me sentía alerta, febril... vivo. Hipersensible como una embarazada, podía oler a sangre por todas partes. Cuando la lucha subrepticia por el poder que rige todos los asuntos humanos asciende por fin a la superficie, finalmente se libera, es como si una criatura gigante y primitiva surgiera de las profundidades del océano. Contemplarla resulta fascinante y horroroso. Nauseabundo y estimulante.

Enfrentarse cara a cara con la verdad siempre es estimulante.

Desde el aire no había signos claros de que hubiésemos llegado. Durante los últimos doscientos kilómetros habíamos estado sobrevolando bosque tropical. De vez en cuando se podían distinguir plantaciones y minas, ranchos y aserraderos, se veían muchos ríos que abarcaban la selva como hebras metálicas, pero básicamente todo aquello no parecía más que una interminable extensión de brécol. El Nido dejaba que la vegetación natural creciera libremente a su alrededor. Y luego la imitaba. De esta forma era imposible obtener material genético real a partir de las muestras tomadas en sus márgenes. Adentrarse en El Nido no era tarea fácil, incluso con robots contruidos especialmente para hacerlo; se habían perdido docenas de ellos. Así que se tenían que conformar con las muestras del perímetro. Por lo menos hasta que se pudiera fotografiar a unos cuantos congresistas más cometiendo estupro in fraganti y persuadirlos para que votaran a favor de una mejor financiación. La mayor parte de los tejidos vegetales modificados se autodestruían si dejaban de recibir ciertos mensajes químicos y virales emitidos desde el núcleo de El Nido para confirmarles que seguían *in situ*. Por este motivo la principal instalación de investigación de la DEA se encontraba en los alrededores de El Nido mismo, un conjunto de edificios presurizados y parcelas experimentales instalado en un claro abierto con explosivos en el lado colombiano de la frontera. La parte superior de las vallas electrificadas no tenía alambre de espino; se doblaban sobre si mismas noventa grados formando un techo electrificado que constituía una auténtica jaula. El helipuerto se encontraba en el centro del complejo. Una jaula construida dentro de la jaula podía abrirse al cielo temporalmente.

Madeleine Smith, la directora de investigación, me enseñó el lugar. En el exterior los dos llevábamos trajes herméticos que nos protegían frente a agentes biológicos. El mío era redundante, siempre y cuando las modificaciones que me habían hecho en Washington funcionaran como me habían prometido. A veces, a pesar de su corta vida, los virus defensivos de El Nido llegaban a filtrarse hasta aquí; en ningún caso eran mortales, pero podían incapacitar seriamente a quienes no hubiesen sido vacunados. Los diseñadores de la selva habían mantenido un difícil equilibrio entre la «legítima defensa» biológica y las aplicaciones militares manifiestas. Las guerrillas

siempre se habían ocultado en la selva artificial y se financiaban colaborando en la exportación de Madre. Pero la tecnología de El Nido nunca se había utilizado explícitamente para crear patógenos letales.

De momento.

—Aquí cultivamos las plántulas de lo que esperamos sea un fenotipo de El Nido estable. Lo hemos llamado beta diecisiete.

Se trataba de unos anodinos arbustos con hojas de un color verde intenso y frutos de un rojo oscuro; Smith señaló un conjunto de instrumentos parecidos a cámaras que estaban al lado de los arbustos.

—Microespectroscopía de infrarrojos en tiempo real. Si se produce un incremento simultáneo pronunciado de la producción en un número de células suficiente, puede resolver una transcripción de ARN de tamaño medio. Luego cotejamos los datos con nuestros registros de cromatografía de gases, lo que nos da el rango de moléculas que provienen del núcleo de El Nido. Si somos capaces de pescar a una de estas plantas en el momento en que recibe una señal de El Nido (siempre y cuando su respuesta consista en activar un gen y sintetizar una proteína), deberíamos ser capaces de dilucidar el mecanismo, y a la larga cortocircuitarlo.

—¿No pueden... secuenciar todo el ADN y extrapolar el resultado partiendo de la base?

Se suponía que tenía que hacerme pasar por un administrador recién nombrado que se había dejado caer casi sin avisar para comprobar que no se estaba despilfarrando el presupuesto, pero no tenía claro lo ingenuo que tenía que sonar.

Smith sonrió afablemente.

—El ADN de El Nido está protegido por enzimas que lo desmantelan al más mínimo indicio de trastorno celular. En este momento la posibilidad de secuenciarlo es tan alta como... la de leerle la mente en una autopsia. Y todavía no sabemos cómo funcionan esas enzimas; nos queda mucho por hacer. Cuando los cárteles de la droga empezaron a invertir en biotecnología hace cuarenta años, su principal prioridad era evitar la piratería. Y consiguieron que los mejores profesionales dejaran sus puestos en laboratorios legales y vinieran a trabajar para ellos desde todos los rincones del mundo; no sólo pagándoles más, sino ofreciéndoles una mayor libertad creativa y proponiéndoles objetivos más estimulantes. Es probable que El Nido acapare el mismo número de invenciones patentables que las producidas por el conjunto de la industria agro-tecnológica en el mismo periodo de tiempo. Y todas ellas mucho más excitantes.

¿Era eso lo que había atraído a Largo? ¿«Objetivos más estimulantes»? Pero El Nido era una obra acabada, ya no suponía ningún desafío, sólo se podían hacer meros ajustes. Y con cincuenta y cinco años, seguro que Largo era consciente de que sus años más creativos se habían quedado atrás hace mucho tiempo.

—Imagino que los cárteles consiguieron más de lo que esperaban —dije—. La tecnología cambió su negocio por completo. Todas las sustancias adictivas de siempre pasaron a ser fácilmente sintetizables de manera biológica: demasiado baratas, demasiado puras y demasiado fáciles de conseguir para ser rentables. Y la adicción misma dejó de ser un negocio. Ahora lo único que vende realmente es la novedad.

Con sus abultados brazos, Smith señaló la imponente selva que rodeaba la jaula. Era todo lo mismo, pero ella se giró y se quedó mirando al sureste.

—El Nido fue más de lo que esperaban. Sólo querían plantas de coca más productivas a altitudes más bajas y algo de vegetación personalizada genéticamente que les facilitara el camuflaje de los laboratorios y las plantaciones. Nada más. Acabaron con un pequeño país de facto lleno de piratas genéticos, anarquistas y refugiados. Los cárteles sólo controlan algunas regiones; la mitad de los genetistas originales han desertado y han fundado sus propias miniutopías en la selva. Hay por lo menos una docena de personas que saben cómo programar las plantas (cómo activar nuevos patrones de expresión genética, cómo pinchar las redes de comunicación) y con eso ya puedes establecer tu propio territorio.

—¿Como si tuvieran un poder secreto? ¿Como si fueran chamanes que controlan los espíritus de la selva?

—Exactamente. Sólo que en este caso funciona de verdad.

—¿Sabe lo que más me anima? —le dije entre risas—. Que pase lo que pase, el Amazonas verdadero, la selva verdadera, acabará tragándose los a todos. ¿Cuánto tiempo ha sobrevivido? ¿Dos millones de años? ¡«Sus propias miniutopías»! Dentro de cincuenta años, o dentro de cien, será como si El Nido no hubiese existido nunca.

Nada más que briznas de paja arrastradas por el viento.

Smith no contestó. En el silencio reinante sólo se oía el monótono traqueteo de los escarabajos que llegaba de todas partes. Bogotá, ubicada en una alta meseta, era casi fría. Pero aquí el calor era tan asfixiante como en Washington.

Le eché una mirada a Smith.

—Tiene toda la razón —me dijo.

Pero no sonaba nada convencida.

Por la mañana, mientras desayunábamos, tranquilicé a Smith y le dije que todo estaba en orden. Ella sonrió con recelo. Creo que sospechaba que yo no era quien decía ser, pero en realidad no le importaba. Había escuchado atentamente los chismorreos de los científicos, de los técnicos y de los soldados. El nombre de Guillermo Largo no se había mencionado ni una sola vez. Si ni siquiera habían oído hablar de Largo, difícilmente podían adivinar mis verdaderas intenciones.

Me fui justo después de las nueve. En tierra, láminas de luz delicadas como

auroras seccionaban el espacio entre los árboles que rodeaban el complejo. Cuando nos elevamos por encima de la bóveda de la selva fue como si pasáramos de un amanecer neblinoso al fulgor del mediodía.

A regañadientes, el piloto se desvió para pasar por el centro de El Nido.

—Ahora estamos en espacio aéreo peruano —me comunicó orgulloso—. ¿Quiere provocar un incidente diplomático?

Parecía que la idea le resultaba atractiva.

—No. Pero vuela más bajo.

—No hay nada que ver. Ni siquiera se puede ver el río.

—Más bajo.

El brécol aumentó y de repente cobró nitidez. Todo ese verde homogéneo se convirtió en ramas individuales, sólidas y concretas. Era algo curioso y chocante a la vez. Como mirar un objeto familiar y anodino a través de un microscopio y descubrir su extraña particularidad.

Estiré el brazo y le rompí el cuello al piloto. Sólo tuvo tiempo de soltar un silbido entre dientes. Me recorrió un escalofrío, una mezcla de miedo y una punzada de arrepentimiento. El piloto automático se activó y nos mantuvo en el aire. Tardé un par de minutos en desabrocharle los cinturones del cuerpo, arrastrarlo hasta el compartimento de carga y ocupar su asiento.

Desatornillé el panel de instrumentos y coloqué un nuevo chip. Transmitido por satélite a una base de las fuerzas aéreas situada al norte, el registro digital de datos de vuelo indicaría que habíamos perdido el control y habíamos descendido rápidamente.

La verdad no era muy distinta. A cien metros del suelo choqué con una rama y partí una hélice del rotor principal; los ordenadores compensaron la pérdida audazmente, modelando y remodelando la situación, reorientando las superficies activas de las hélices que quedaban. Y lo cierto es que lo hacían bastante bien, claro que sólo en los intervalos de cinco segundos entre cada nueva sacudida y los desperfectos que se iban acumulando. Los silenciadores se volvieron locos, se desajustaron de los motores y atronaron la selva con pulsaciones de ruido amplificado.

A cincuenta metros entré en barrena, lentamente, con una sutileza harto extraña que me permitió apreciar la frondosidad de la selva como en una relajada panorámica circular. A veinte metros caí en picado. Los airbags se inflaron a mi alrededor tapándome la vista. En un gesto redundante cerré los ojos y apreté los dientes. En mi cabeza daban vueltas fragmentos de plegarias; el detritus de la infancia, imágenes grabadas en mi cerebro, sin ningún sentido pero imborrables.

Pensé: Si muero, la selva me consumirá. Sólo soy carne, una simple brizna. No quedará nada para ser juzgado». Para cuando me acordé de que no estaba en la auténtica selva ya había llegado al suelo.

Los airbags no tardaron en desinflarse. Abrí los ojos. Había agua por todas partes, selva anegada. Un panel del techo, entre los rotores, se desprendió suavemente con un susurro parecido al último aliento del piloto, y luego se deslizó lentamente como una cometa que se estrella, reflejando en su descenso los colores de la vegetación colindante: plata embarrada, verde y marrón.

El bote salvavidas tenía remos, provisiones, bengalas y un radiofaro. Arranqué el faro del bote y lo coloqué con los restos del helicóptero. Volví a poner al piloto en su asiento justo cuando el agua empezó a inundarlo todo para enterrarlo.

Luego me alejé de allí siguiendo el curso del río.

El Nido había dividido un tramo navegable del río Putumayo y lo había convertido en un laberinto desconcertante. Canales de agua marrón casi estancada serpenteaban entre isletas de tierra recién formadas, cubiertas por palmeras y gomeras. En los bancos inundados proliferaban los árboles más viejos, especies de madera dura de color chocolate que eran anteriores a la llegada de los genetistas, lo que no quería decir que no hubieran sido manipuladas. Estos viejos árboles se alzaban por encima de la maleza y se perdían de vista en el cielo.

Tenía hinchados los ganglios linfáticos del cuello y la entrepierna y me ardían. Era duro pero tranquilizador, pues significaba que mi sistema inmune modificado se estaba ocupando del ataque viral lanzado por El Nido. En vez de esperarse a una respuesta prudente por parte de los antígenos, estaba generando miles de clones de células T asesinas. Unas cuantas semanas en este estado y lo más seguro es que uno de los clones autodirigidos acabara pasando el proceso de eliminación y aniquilándome con una nueva enfermedad autoinmune; pero no tenía pensado quedarme tanto tiempo.

Los peces que subían a la superficie para atrapar insectos o semillas agitaban el agua turbia. A lo lejos, una enorme anaconda se desenroscó desde una rama que sobresalía y se sumergió lánguidamente en el agua. Entre las gomeras, los colibríes aleteaban estáticos sobre las fauces de orquídeas violetas. Por lo que sabía, ninguno de estos organismos había sido manipulado; habían seguido viviendo en la selva artificial como si nada hubiese cambiado.

Me saqué un chicle del bolsillo. El chicle era rico en ciclamato y lentamente hizo que se activara uno de los grupos de Caballeros Blancos con los que iba cargado. El hedor provocado por el bochorno y la vegetación en descomposición pareció mitigarse. En mi cerebro se sensibilizaban unas rutas olfativas mientras que otras se embotaban. Se estaba activando una especie de filtro interno que hacía que las señales provenientes de los nuevos receptores de mis membranas nasales fueran más intensas que cualquier otro olor de la selva que pudiera distraerlos.

De repente podía oler al piloto muerto en mis manos y en mi ropa, el matiz

pegajoso de su sudor y sus heces, percibía las feromonas de los monos araña en las ramas a mi alrededor, tan penetrantes e inconfundibles como el orín. A modo de prueba, seguí su rastro durante quince minutos, remando en la dirección del rastro más reciente, hasta que me vi recompensado por unos quejidos de alarma y la visión fugaz de dos formas escuálidas de color marrón grisáceo que se perdían en el follaje.

Mi propio olor estaba camuflado. En mis glándulas sudoríparas unos simbioses digerían todas las moléculas que podían delatarme. Las bacterias tenían efectos secundarios a largo plazo, sin embargo, y los últimos informes sobre El Nido sugerían que sus habitantes no se tomaban tantas molestias. Existía la posibilidad, claro está, de que Largo fuera lo bastante paranoico como para haberse traído las suyas.

Me quedé mirando cómo se alejaban los monos y me pregunté en qué momento iba a percibir el olor de otro ser humano vivo. Incluso un campesino analfabeto que hubiese salido huyendo de la violencia del norte podría facilitarme valiosa información sobre la situación entre las facciones de la zona y hasta algo parecido a un tosco mapa mental del terreno.

El bote empezó a emitir un suave pitido, el aire se escapaba de uno de los compartimentos sellados. Me metí en el agua y me sumergí por completo. A un metro de la superficie no podía ver ni mis propias manos. Esperé un rato aguzando el oído, pero lo único que se oía era el leve chapoteo de los peces al romper la superficie. Una piedra no habría podido perforar el plástico del bote, por lo que tenía que tratarse de una bala.

Me quedé flotando en un silencio frío y lechoso. El agua disimularía mi calor corporal y podía aguantar la respiración diez minutos. No sabía si alejarme del bote nadando, con lo que me arriesgaba a delatarme, o quedarme inmóvil, a la espera.

Algo fino y afilado me rozó la mejilla. Lo ignoré. Volvió a rozarme. No parecía ni un pez ni nada que estuviera vivo. Cuando el objeto me rozó una tercera vez lo agarré. Era un trozo de plástico de unos cuantos centímetros de ancho. Palpé los bordes, que eran en parte afilados, en parte suaves y maleables. Y entonces el trozo se partió en dos en mi mano.

Me alejé nadando unos metros y luego saqué la cabeza del agua con sumo cuidado. El bote salvavidas se estaba descomponiendo, el plástico se despegaba y se hundía en el agua como piel en ácido. Se suponía que el bote no era biodegradable (el grado de reticulación del polímero con que estaba fabricado lo impedía), pero estaba claro que alguna cepa bacteriológica de El Nido había encontrado la forma de que lo fuera.

Me quedé flotando boca arriba. Respiraba profundamente para liberar dióxido de carbono, contemplando la posibilidad de terminar la misión a pie. En lo alto, la bóveda boscosa parecía temblar como en una calina, lo que no tenía sentido. Sentía

los miembros curiosamente calientes y pesados. Se me ocurrió pensar qué es lo que estaría oliendo exactamente si no hubiera desactivado el noventa por ciento de mi espectro olfativo. Pensé: «Si hubiera creado bacterias capaces de digerir una sustancia ajena a El Nido, ¿qué más me gustaría que hicieran cuando se encontrasen con ella? ¿Incapacitar a quien la hubiese introducido? ¿Comunicarlo mediante una señal bioquímica?»

Podía captar el intenso olor de media docena de personas empapadas en sudor. Cuando llegaron, no pude hacer otra cosa que quedarme tumbado y dejar que me sacaran del agua.

Nos alejamos del río. Me llevaban maniatado en una camilla, con los ojos vendados. Nadie hablaba a mi alrededor. Podría haber calculado la velocidad de la marcha basándome en el ritmo de los pasos de mis portadores. O haber adivinado en qué dirección nos movíamos fijándome en los destellos que el sol insinuaba a un lado de mi cara... Pero las toxinas bacterianas me hacían soñar despierto y cuanto más intentaba interpretar las pistas, más perdido y confundido me sentía.

En algún momento, cuando la partida se tomó un respiro, alguien se acuclilló a mi lado. Me pareció que me pasaba un escáner por el cuerpo. Mi sospecha se vio confirmada por las punzadas de calor que empecé a sentir justo donde me habían implantado los transpondedores de polímeros. Eran mecanismos pasivos, pero una ráfaga de microondas enviada por satélite habría distinguido el eco de su resonancia a la perfección. El escáner los encontró todos y los achicharró.

Ya bien entrada la tarde me quitaron la venda de los ojos. ¿Estaban seguros de que me encontraba totalmente desorientado? ¿De que no me escaparía? ¿O tal vez sólo querían alardear de la triunfante arquitectura de El Nido?

Accedimos por una senda oculta que atravesaba una ciénaga. No deje de mirar hacia abajo ni un momento. Mis captos evitaban el terreno colindante más elevado y seco, en apariencia seguro. Sus botas no llegaban a hundirse del todo en el barro.

A medida que nos íbamos acercando me dio la impresión de que los densos arbustos espinosos que obstaculizaban el camino se apartaban a nuestro paso. El efecto del chicle había remitido lo bastante como para permitirme percibir que avanzábamos en medio de una neblina de lo que parecía un compuesto dulzón como el éster. No podía ver si lo estaban rociando en el aire con un aerosol o si lo emitía el cuerpo de alguno de los miembros del grupo que tuviera implantados simbioses en la piel o en los pulmones o en los intestinos.

El poblado surgió casi imperceptiblemente de esta farsa con forma de selva. A medida que avanzábamos podía sentir cómo el suelo se volvía firme y liso de forma poco natural. Los árboles se ordenaron de un modo apenas perceptible; no se definían avenidas rectas, pero en cualquier caso la distribución tenía algo de llamativo. Al

poco, a mi derecha y a mi izquierda alcancé a ver claros «fortuitos» que albergaban construcciones «naturales» de madera o cabañas relucientes construidas con biopolímeros.

Me dejaron en el suelo junto a una de las cabañas. Un hombre al que no había visto hasta entonces se inclinó sobre mí. Era un tipo fibroso, sin afeitar, y esgrimía un cuchillo de caza con una hoja reluciente. Me pareció el arquetipo del hombre como animal, del hombre como depredador, del hombre como asesino sin escrúpulos.

—Amigo —me dijo—. Ahora te vamos a sacar la sangre. Te vamos a dejar seco.

Sonrió y se puso en cuclillas. El hedor de mi propio miedo hizo que se saturaran mis simbiontes y estuve a punto de desmayarme. Me soltó las manos con el cuchillo y añadió:

—Y te la vamos a volver a poner.

Me pasó un brazo por la espalda cogiéndome por las costillas, me levantó de la camilla y me llevó al interior de uno de los edificios.

—Perdone que no le dé la mano —dijo Guillermo Largo—. Creo que ya está casi limpio, pero no quiero arriesgarme a un contacto físico. Su sistema inmunológico ya está bastante alterado y si le queda algún residuo del virus podría volverse contra usted.

Era un hombre de ojos tristes, delgado, bajito, y se estaba quedando calvo. Me acerqué a los barrotes de madera que nos separaban y le tendí la mano.

—Puede tocarme cuando quiera. No llevaba ningún virus. ¿Piensa que me creo su propaganda?

Con aire despreocupado se encogió de hombros.

—Le habría matado a usted, no a mí. Aunque estoy seguro de que el plan era que nos matara a los dos. Puede que estuviera pensado para mi genotipo, pero iba tan cargado que también le habría afectado al activarse ante mi presencia. Pero eso ya es historia, no merece la pena discutirlo.

Lo cierto es que no ponía en duda sus palabras. Un virus que se deshiciera de los dos era perfectamente lógico. De mala gana, incluso sentí cierto respeto por la Compañía, por la manera en que me había utilizado —había una honestidad feroz y nada sentimental en ello—, pero no me pareció prudente comentárselo a Largo.

—Si cree que ya no supongo ningún peligro para usted —dije—, ¿por qué no vuelve conmigo? Todavía se le considera valioso. Un momento de debilidad, una mala decisión, no tiene por qué significar el fin de su carrera. Sus jefes son gente pragmática: no le van a castigar. Sólo tendrán que vigilarle más de cerca en el futuro. Es problema de ellos, no suyo. Para usted todo será como antes.

Me pareció que Largo ni siquiera estaba escuchando, pero me miró directamente a la cara y sonrió.

—¿Sabe lo que dijo Víctor Hugo sobre la primera constitución colombiana? Dijo que la habían escrito para un país de ángeles. Sólo duró veintitrés años y en el siguiente intento los políticos rebajaron sus expectativas. Bastante.

Dio media vuelta y se puso a andar delante de los barrotes. Dos campesinos mestizos con armas automáticas se apostaban a la puerta y nos miraban impasibles. Los dos masticaban sin cesar lo que me parecieron hojas de coca naturales. Su lealtad a la tradición era casi alentadora.

Mi celda estaba limpia y bien equipada, tenía hasta uno de esos retretes equipados con un biorreactor que estaban tan de moda en Beverly Hills. De momento mis captores me habían tratado de manera exquisita, pero tenía la sensación de que Largo tramaba algo desagradable. ¿Entregarme a los barones de la droga? Seguía sin saber a qué acuerdo había llegado con ellos, qué les había vendido a cambio de una parte de El Nido y unas cuantas docenas de guardaespaldas. Y menos aún por qué pensaba que esto era mejor que un apartamento en Bethesda y cien mil dólares al año.

—¿Qué cree que va a hacer si se queda? —le dije—. ¿Va a construir su propio país de ángeles? ¿Va a fundar su propia utopía biotecnológica?

—¿Mi propia utopía? —Largo se paró en seco y volvió a esbozar su sonrisa socarrona—. No. ¿Cómo puede llegar a haber una utopía? No existe una manera de vivir ideal que nos haya eludido todo este tiempo. No hay ningún conjunto de reglas, ningún sistema, no hay ninguna fórmula. ¿Por qué debería haberla? Aparte de la existencia de un creador (y en tal caso, un creador perverso), ¿por qué debería haber un anteproyecto de perfección a la espera de ser descubierto?

—Tiene razón —dije—, Al final lo único que podemos hacer es seguir nuestros instintos. Ver más allá del velo de civilización y moralidad hipócrita y aceptar las fuerzas verdaderas que nos hacen ser lo que somos.

Largo soltó una carcajada. Admito que me sonrojé ante su reacción. No tanto porque se riera de lo único en lo que yo que creía de verdad, sino más bien porque le había malinterpretado y no había logrado que se pusiera de mi parte.

—¿Sabe en qué estaba trabajando en los Estados Unidos? —dijo.

—No. ¿Acaso importa?

Cuanto menos supiera, más posibilidades tendría de seguir vivo.

Largo me lo dijo de todas formas.

—Buscaba la manera de transformar las neuronas adultas en neuronas embrionarias. Intentaba hacerlas volver a un estado menos diferenciado que les permitiera comportarse igual que lo hacen en el cerebro del feto: migrando de un sitio a otro, formando nuevas conexiones. En teoría como un tratamiento para la demencia senil y la apoplejía... aunque la gente que financiaba el trabajo lo veía más bien como el primer paso hacia la creación de armas virales capaces de reconfigurar partes del cerebro. No creo que los resultados hubiesen llegado a ser muy sofisticados. Nada de

virus para imponer ideologías políticas, pero sí se podrían haber codificado todo tipo de discapacidades o comportamientos dóciles con un paquete relativamente pequeño.

—¿Y se lo vendió a los cárteles? ¿Para que puedan chantajear a ciudades enteras la próxima vez que arresten a uno de sus líderes? ¿Para ahorrarles la molestia de asesinar a jueces y políticos?

—Se lo vendí a los cárteles —dijo Largo—. Pero no como un arma. No existe ninguna versión militar infecciosa. Incluso los prototipos (que apenas consiguen retrotraer neuronas seleccionadas, pero no producen cambios programados) son demasiado complejos y frágiles para sobrevivir. Y hay más problemas técnicos. Transportar elaboradas y precisas modificaciones al cerebro de su huésped no supone ninguna ventaja reproductiva para ningún virus. Si se diseminaran en una población humana real, enseguida acabarían predominando los mutantes que sencillamente se desprenderían de toda esa mierda intrascendente.

—¿Y...?

—Se lo vendí a los cárteles como un producto. O, más bien, lo combiné con su producto estrella y les entregué el híbrido resultante. Una nueva variedad de Madre.

—¿Qué es lo que hace?

Aunque estaba cavando mi propia tumba, me tenía encandilado

—Lo que hace es transformar un subconjunto de las neuronas del cerebro en algo parecido a los Caballeros Blancos. Igual de móviles, igual de flexibles. Pero mucho mejor a la hora de crear nuevas sinapsis estables, en vez de limitarse a inundar el espacio interneuronal con la sustancia elegida. Y no están controlados por aditivos dietéticos, están controlados por moléculas que secretan ellos mismos. Se controlan unos a otros.

Nada de eso tenía sentido.

—¿Las neuronas que ya existen se hacen móviles? ¿Las estructuras cerebrales... se derriten? ¿Ha creado una versión de Madre que convierte el cerebro de la gente en papilla y espera que le paguen por ello?

—No es papilla. Todo forma parte de un sólido bucle de retroalimentación: cuando se activan estas neuronas alteradas se influye en el grupo de moléculas que secretan, que a su vez controla la reconfiguración de las sinapsis colindantes. Obviamente, los centros reguladores vitales y las neuronas motoras no se tocan. Y se necesita una señal muy intensa para modificar los Caballeros Blancos. No responden ante cualquier impulso pasajero. Son necesarias al menos una o dos horas sin distracciones para afectar de forma significativa cualquier estructura cerebral.

»No es muy distinto del modo en que las neuronas normales acaban codificando el comportamiento aprendido y los recuerdos, sólo que más rápido, más flexible... y a una escala mucho mayor. Partes del cerebro que no han cambiado en cien mil años se pueden remodelar por completo en medio día.

Hizo una pausa y me miró con calma.

Se me heló el sudor de la nuca.

—¿Ha usado el virus...?

—Claro. Para eso lo creé. Para mí mismo. Por eso vine aquí.

—¿Para jugar a los neurocirujanos? ¿Porqué no se metió un destornillador por debajo del globo ocular y lo movió un poco hasta que se le pasaran las ganas? —Me sentía enfermo—. Por lo menos... la cocaína y la heroína, y hasta los Caballeros Blancos, sacan partido de los receptores naturales, de las rutas naturales. Ha tomado una estructura que la evolución ha pulido durante millones de años y...

Era obvio que a Largo le hacía mucha gracia, pero esta vez se contuvo y no se rió en mi cara.

—Para la mayoría de la gente —dijo educadamente—, navegar por la propia psique es como deambular en círculos por un laberinto. Eso es lo que la evolución nos ha legado: una cárcel vil y desconcertante. Lo único que se ha conseguido con drogas tan poco sutiles como la cocaína o la heroína o el alcohol ha sido crear atajos a unos cuantos callejones sin salida; y con el LSD, forrar de espejos las paredes del laberinto. Los Caballeros Blancos no hacían más que ofrecer los mismos efectos en un envoltorio diferente.

»Los Caballeros Grises te permiten rehacer el laberinto entero a tu antojo. No te reducen a un repertorio emocional marchito, te dan el mando. Te permiten controlar quién eres exactamente.

Tuve que esforzarme para apartar la irresistible sensación de asco que sentía. Largo había decidido joderse la cabeza. Era problema suyo. Algunos de los adictos a Madre harían lo mismo, pero una nueva hornada de veneno para competir con la basura de los laboratorios clandestinos no era lo que se dice una tragedia nacional.

—He vivido treinta años como alguien a quien despreciaba. Era demasiado débil para poder cambiar, pero nunca perdí de vista lo que quería llegar a ser. Solía preguntarme si habría sido menos despreciable, menos hipócrita, si me hubiese resignado ante mi propia debilidad, ante mi propia corrupción. Pero nunca lo hice.

—¿Y cree que ha borrado su antigua personalidad tan fácilmente como los archivos de su ordenador? ¿Y ahora qué es? ¿Un santo? ¿Un ángel?

—No. Pero soy exactamente quien quiero ser. Con los Caballeros Grises no se puede ser otra cosa.

Exaltado por la rabia me mareé un poco. Me recompuse contra los barrotes de mi jaula.

—Así que se ha hurgado en el cerebro y se siente mejor —dije—. ¿Y va a seguir viviendo en esta selva de pega el resto de su vida, colaborando con traficantes, engañándose con que ha alcanzado la redención?

—¿El resto de mi vida? Podría ser. Pero estaré atento a ver qué pasa en el mundo.

A la espera.

Casi me atraganto.

—¿A la espera de qué? ¿Piensa que su conducta se extenderá más allá de un puñado de yonquis con daños cerebrales? ¿Cree que los Caballeros Grises se van a extender por todo el planeta y lo van a transformar en algo irreconocible? ¿O es que me ha mentado y el virus sí es infeccioso?

—No. Pero le da a la gente lo que quiere. Cuando lo hayan entendido, lo buscarán.

Me quedé mirándole con lástima.

—Lo que la gente quiere es comida, sexo y poder. Eso no va a cambiar nunca. ¿Se acuerda del pasaje que subrayó en *El corazón de las tinieblas*? ¿Cómo lo interpretaba? En el fondo, sólo somos animales con unas cuantas motivaciones simples. Todo lo demás no son «más que briznas de paja arrastradas por el viento».

Largo se encogió de hombros, como si tratara de acordarse de la cita, y luego asintió lentamente.

—Sabe de cuántas maneras distintas se puede configurar un cerebro humano normal? No le estoy hablando de una red neuronal arbitraria del mismo tamaño, sino de un cerebro de *Homo sapiens* que funciona de verdad, moldeado por la embriología y la experiencia. Hay unas diez elevado a diez millones de posibilidades. Un número enorme: da para distintas personalidades, múltiples talentos, más que suficiente para codificar las huellas de muchas vidas.

»¿Pero sabe lo que hacen los Caballeros Grises con ese número? Lo vuelven a multiplicar por la misma cifra. Permiten que la parte de nosotros que estaba fija, atada a la «naturaleza humana», sea tan distinta de una persona a otra como los recuerdos de toda una vida.

»Claro que Conrad tenía razón. Cada palabra de ese pasaje era cierta... cuando fue escrito. Pero ahora se queda corto. Porque ahora es toda la naturaleza humana lo que no es «más que briznas de paja arrastradas por el viento». «El horror», el corazón de las tinieblas, no es «más que briznas de paja arrastradas por el viento». Todas las «verdades eternas», todas las tristes y hermosas revelaciones de todos los grandes escritores, desde Sófocles a Shakespeare, no son «más que briznas de paja arrastradas por el viento».

Tumbado en mi camastro escucho las cigarras y las ranas y me pregunto qué va a hacer Largo conmigo. Si no se veía a sí mismo capaz de matar, no me mataría; aunque sólo fuera para reforzar sus delirios de autocontrol. Tal vez se limitaría a dejarme tirado en el perímetro del centro de investigación. Allí podría explicarle a Madeleine Smith cómo el piloto de las fuerzas aéreas colombianas contrajo un virus de El Nido en pleno vuelo, y cómo yo, con valentía, intenté tomar el control del

aparato.

Le di vueltas al incidente en la cabeza, intentando que mi historia fuera convincente. El cuerpo del piloto no se iba a recuperar nunca; los detalles forenses no tenían que cuadrar.

Cerré los ojos y me vi rompiéndole el cuello. La misma punzada de remordimiento me recorrió el cuerpo. Me la quité de encima malhumorado. Lo había matado —y a la chica, unos días antes— y a muchos otros en el pasado. La Compañía prácticamente se había deshecho de mí. Porque era conveniente y porque era posible. Así funcionaba el mundo: el poder siempre se iba a ejercer, las naciones subyugarían a las naciones, los débiles siempre serían masacrados. Todo lo demás era una fantasía piadosa. A unos cien kilómetros, las milicias colombianas así lo demostraban una vez más.

¿Pero y si Largo me había infectado con su propia versión de Madre? ¿Y si todo lo que me había contado sobre ella era cierto?

Los Caballeros Grises sólo se activaban si uno quería. Todo lo que tenía que hacer para permanecer ileso era elegir ese destino. Desear sólo ser exactamente quien era: un asesino que siempre había sabido que se enfrentaba a la verdad más profunda. Que abrazaba el salvajismo y la corrupción, porque, a fin de cuentas, no quedaba otra opción.

Los seguía viendo delante de mí: al piloto, a la chica.

Tenía que no sentir nada —y desear no sentir nada— y tenía que seguir eligiéndolo, una y otra vez.

O todo lo que era se desintegraría como un castillo de arena y desaparecería.

Uno de los guardias eructó y escupió en la oscuridad.

La noche se extendía ante mí como un río que ha extraviado su cauce.

Eva mitocondrial

Con perspectiva, puedo precisar la fecha en que comenzó mi implicación en las Guerras de los Ancestros: el sábado 2 de junio de 2007. Esa fue la noche que Lena me arrastró a los Hijos de Eva para que me mitotipificaran. Habíamos salido a cenar y eran casi las doce, pero las oficinas de secuenciación estaban abiertas las veinticuatro horas del día.

—¿No quieres saber qué lugar ocupas en la familia de la humanidad? —me preguntó, clavando sus ojos verdes en mí, risueña pero seria—. ¿No quieres saber qué sitio ocupas exactamente en el Gran Árbol?

La respuesta sincera hubiera sido: «¿A quién en su sano juicio le podría importar?». Pero sólo nos conocíamos desde hacía unas cinco o seis semanas; todavía no me sentía lo bastante a gusto con la relación para ser tan directo.

—Es muy tarde —dije con tiento—. Y sabes que tengo que trabajar mañana.

Seguía luchando por sacar adelante las asignaturas del posdoctorado de física y me ganaba la vida dando clases particulares a los licenciados y haciendo todas las tareas insignificantes y tediosas que los académicos numerarios solicitan de sus esclavos. Lena era una ingeniero de comunicaciones y a sus veinticinco años, mi misma edad, ya llevaba cuatro años teniendo trabajos serios bien pagados.

—Siempre tienes que trabajar. ¡Venga, Paul! Serán quince minutos.

Habríamos tardado el doble de tiempo en discutirlo. Así que me dije a mí mismo que no podía hacerme daño y la seguí hacía el norte por las relucientes calles de la ciudad.

Era una noche de invierno suave; había parado de llover, el viento estaba en calma. Los Hijos tenían un imponente y elegante edificio en el centro de Sydney, la zona más cara de la ciudad, un despliegue ostentoso de la riqueza del movimiento. UN MUNDO, UNA FAMILIA, decía el cartel luminoso colocado sobre la entrada. Tenían oficinas en más de cien ciudades (aunque el nombre de Eva se adecuaba a la cultura del sitio donde estuviera, desde Sakti en algunas partes de la India a Ele'ele en Samoa) y había oído que los Hijos estaban preparando unos secuenciadores tipo máquina expendedora para conseguir aun más adeptos.

El vestíbulo estaba presidido por un busto holográfico de la mismísima Eva mitocondrial, que montada sobre un pedestal de mármol miraba orgullosa por encima de nuestras cabezas. El artista había creado una versión de nuestra bisabuela número diez mil sorprendentemente hermosa. Una impresión subjetiva, sin duda alguna, pero no me pareció que sus rasgos finos y simétricos, su salud radiante y su mirada resuelta se prestaran mucho a las sutilezas de la interpretación. Los botones estéticos que se pulsaban eran evidentes más allá de toda duda: guerrera, reina, diosa. Y tuve que admitir que sentí una extraña e involuntaria sensación de orgullo al verla... como

si su porte regio y sus ojos fieros nos ennoblecieron a mí y a todos sus descendientes de algún modo... como si la «personalidad» de toda la especie, nuestro potencial para la virtud, en cierto sentido dependiera de tener al menos un antepasado capaz de protagonizar un documental de Leni Riefenstahl.

Esta Eva, por supuesto, era negra, pues había vivido en el África subsahariana hace unos 200.000 años, pero casi todo lo demás acerca de ella eran conjeturas. Había oído a algunos paleontólogos quejarse de las facciones demasiado modernas, nada compatibles con ninguna de las escasas evidencias fósiles del aspecto de sus contemporáneos. Pero claro, si los Hijos hubiesen elegido como símbolo de su humanidad universal unos cuantos fragmentos de cráneo fracturado de color marrón del río Orno en Etiopía, seguro que el movimiento habría desaparecido sin dejar rastro. Y puede que pensar en la belleza de su Eva como en un símbolo del fascismo sólo fuera mala fe por mi parte. Los Hijos ya habían convencido a más de dos millones de personas para que reconocieran, de forma explícita, una ascendencia común que trascendía sus propias diferencias superficiales en el físico. Este principio en el que todos teníamos cabida parecía echar por tierra cualquier argumento que conectara su obsesión por el «linaje» con nada indeseable.

—¿Sabes que los mormones la bautizaron a título póstumo el año pasado? —dije girándome hacia Lena.

—¿Qué más da? —dijo indulgente, quitándole hierro a la apropiación—. Esta Eva pertenece a todo el mundo por igual. A cualquier cultura, a cualquier religión o a cualquier filosofía. Todo el mundo puede reclamarla como suya; no la rebaja lo más mínimo.

Se quedó mirando el busto con admiración, casi con reverencia.

«La semana pasada se tragó cuatro horas de películas de los hermanos Marx conmigo; más aburrida que una ostra, pero sin quejarse. Así que puedo hacerlo por ella. ¿No?» Parecía un simple toma y daca, y tampoco es que me estuviera pidiendo que me hiciera un corte de pelo ridículo o un tatuaje.

Llegamos a la sala de secuenciación y entramos.

Estábamos solos, pero una voz incorpórea surgió del ambiente de anfibios en peligro de extinción y nos pidió que esperásemos. La habitación estaba lujosamente enmoquetada, con un sofá circular colocado en el centro. Las paredes estaban decoradas con obras de todo el mundo, desde un cuadro de puntos de la Tierra de Arnhem sin firma a un póster de Francis Bacon. El texto explicativo que había debajo era preocupante: terrible palabrería jungiana acerca de las «imágenes primordiales universales» y el «subconsciente colectivo». Refunfuñé un poco, pero cuando Lena me preguntó qué pasaba me limité a negar con la cabeza y me hice el inocente.

Un hombre que vestía pantalón blanco y una chaqueta corta también blanca salió de una puerta camuflada, empujando un carrito lleno de artilugios increíblemente

minimalistas que me hicieron pensar en costosos aparatos de música escandinavos. Nos saludó a los dos utilizando el término «primo», y tuve que aguantarme la risa. La insignia de su chaqueta llevaba su nombre, Primo André, un pequeño holograma reflectante de Eva y una secuencia de letras y números que identificaba su mitotipo. Lena tomó las riendas y le explicó que ella era miembro y que me había traído para que me secuenciaran.

Después de pagar la cuota (cien dólares, lo que acababa con mi presupuesto recreativo para los tres meses siguientes) dejé que Primo André me punzara el pulgar y extrajera una gota de sangre que dejó caer en una almohadilla absorbente de color blanco, que a su vez introdujo en una de las máquinas del carrito. Siguió una serie de suaves zumbidos que transmitían una tranquilizante sensación de ingeniería de precisión en funcionamiento. Lo que era raro, porque había visto anuncios de aparatos similares en *Nature* que se jactaban de no tener ningún tipo de piezas mecánicas.

Mientras esperábamos los resultados la luz de la habitación se atenuó y apareció un holograma enorme, proyectado desde la pared que teníamos delante: el micrográfico de una única célula viva. ¿De mi propia sangre? Lo más probable es que no fuera de nadie; simplemente una animación fotorrealista convincente.

—Cada célula de su cuerpo —explicaba Primo André— contiene cientos de miles de mitocondrias: diminutas centrales eléctricas que extraen energía de los carbohidratos.

La imagen se acercó hasta un orgánulo translúcido con forma de varilla y de bordes redondeados, parecido a una cápsula medicinal.

—La mayoría del ADN de cualquier célula se encuentra en el núcleo y proviene de ambos padres, pero también hay ADN en las mitocondrias, que se hereda sólo de la madre. Por lo que es más fácil utilizar ADN mitocondrial para rastrear la ascendencia.

No entró en detalles, pero había oído la teoría completa en varias ocasiones, empezando por la clase de biología de instituto. Gracias a la recombinación —el intercambio aleatorio de fragmentos de ADN entre las parejas de cromosomas previo a la creación del esperma y los óvulos—, todo cromosoma era portador de genes perfectamente enlazados que provenían de decenas de miles de ancestros distintos. Desde una perspectiva paleogenética, analizar el ADN nuclear era como tratar de dar sentido a unos «fósiles» que se hubieran creado a base de pegar fragmentos de hueso escogidos de diez mil personas distintas.

El ADN mitocondrial no se encontraba en parejas de cromosomas sino en diminutos bucles llamados plásmidos. Había cientos de plásmidos en cada célula, pero todos eran idénticos y todos provenían únicamente del óvulo. Descontando las mutaciones —una cada 4.000 años más o menos—, tu ADN mitocondrial era

exactamente el mismo que el de tu madre, tu abuela materna, tu bisabuela y así sucesivamente. También era exactamente igual al de tus hermanos, tus primos hermanos maternos, tus primos segundos, tus primos terceros... hasta que las distintas mutaciones que afectaban a los plásmidos al cabo de unas 200 generaciones acababan por imponer algún tipo de variación. Pero teniendo en cuenta que hay 16.000 pares base de ADN en cada plásmido, incluso las cerca de cincuenta mutaciones producidas desde la misma Eva no significaban mucho.

El holograma se disolvió y pasó del micrográfico a un diagrama multicolor de líneas bifurcadas, un árbol familiar gigante que empezaba en un simple vértice etiquetado con la ubicua imagen de Eva. Cada una de las bifurcaciones del árbol indicaba una mutación que separaba la herencia de Eva en dos versiones ligeramente distintas. En la parte inferior, los extremos de los cientos de ramas mostraban una variedad de rostros tanto de hombre como de mujer; no podría decir si eran personas reales o composiciones, pero cada uno se suponía que representaba un grupo diferente de primos maternos en (aproximadamente) el ducentésimo grado, los cuales compartían un mitotipo: su propia y modesta variación del mismo tema común de 200.000 años.

—Y aquí está usted —dijo Primo André.

Una lupa estilizada se materializó en el primer término del holograma y amplió uno de los pequeños rostros de la parte inferior del árbol. El sorprendente parecido con mis propios rasgos se debía casi con toda seguridad a que me habrían hecho una foto con una cámara oculta; el ADN mitocondrial no afectaba de ninguna manera al aspecto

Lena alargó la mano hacia el holograma y empezó a seguir mi ascendencia con la punta del dedo.

—Eres un Hijo de Eva, Paul. Ahora sabes quién eres. Y nadie puede arrebatarte eso.

Me quedé mirando el árbol luminoso y sentí un escalofrío en la base de la columna vertebral, aunque se debía más bien a la forma en que los Hijos se apropiaban de toda la especie que a cualquier tipo de asombro en presencia de mis ancestros.

Eva no había sido gran cosa, ningún hito evolutivo; simplemente se la definía como el ancestro común más reciente, por una línea femenina ininterrumpida, de todos y cada uno de los seres humanos vivos. Y obviamente había tenido miles de contemporáneas femeninas, pero el tiempo y la suerte —la muerte aleatoria de mujeres sin hijas, las calamidades de la enfermedad y el clima— habían eliminado cualquier rastro mitocondrial de ellas. No había necesidad de asumir que su mitotipo hubiese otorgado algún tipo de ventaja especial (de todas formas, la mayoría de las variaciones se daban en el ADN basura). Las fluctuaciones estadísticas por sí solas

implicaban que un linaje materno acabaría reemplazando a todos los demás.

La existencia de Eva era una necesidad lógica: algún humano (u homínido) de uno u otro periodo tenía que cumplir los requisitos. Lo único polémico era el momento.

El momento y sus implicaciones.

Junto al Gran Árbol apareció un globo terráqueo de unos dos metros de ancho; era la típica imagen de la Tierra vista desde el espacio, con grandes cúmulos blancos arremolinándose sobre los océanos, pero el cielo sobre los continentes siempre despejado. El Árbol vibró y comenzó a reorganizarse, transformando su forma rectilínea original en algo mucho más deforme y orgánico, pero la geometría se ajustaba sin alterar ninguna de las relaciones que representaba. Entonces cubrió la superficie del globo terráqueo. Las líneas de ascendencia se convirtieron en rutas migratorias. Entre África oriental y Oriente Medio, los caminos corrían en paralelo como los carriles de alguna autopista paleolítica; en otras zonas, menos limitadas por la geografía, se expandían en todas direcciones.

Una Eva reciente favorecía la hipótesis del origen africano: el *Homo sapiens* moderno habría evolucionado del *Homo erectus* en un único lugar y luego se habría extendido por todo el mundo, imponiéndose y sustituyendo al *Homo erectus* allá donde fuera, y habría desarrollado características raciales localizadas sólo en los últimos 200.000 años. África era el lugar de nacimiento único más probable de la especie porque los africanos tenían la variación mitocondrial más amplia (y por tanto más antigua). El resto de los grupos parecían haberse diversificado más recientemente a partir de poblaciones «fundadoras» relativamente pequeñas.

Por supuesto, había otras teorías. Más de un millón de años antes de que existiera el *Homo sapiens*, el *Homo erectus* se habría expandido hasta llegar a Java, adquiriendo sus propias diferencias regionales externas; los fósiles de *Homo erectus* de Asia y Europa parecían compartir al menos algunas de las características típicas de los asiáticos y europeos actuales. Pero el origen africano atribuía todo eso a la convergencia evolutiva, no a la ascendencia. Si el *Homo erectus* se hubiera convertido en el *Homo sapiens* de forma independiente en lugares distintos, entonces la diferencia mitocondrial entre, pongamos, etíopes y javaneses modernos, tendría que haber sido cinco o diez veces mayor, lo que indicaría su larga separación desde una Eva mucho más antigua. Aunque las comunidades desperdigadas de *Homo erectus* no hubieran permanecido completamente aisladas y se hubieran cruzado con las sucesivas oleadas de «emigrantes» en los últimos uno o dos millones de años —mezclándose con ellos para crear humanos modernos, y conservando de algún modo sus diferencias características—, entonces también deberían haber sobrevivido linajes mitocondriales distintivos con una antigüedad mucho mayor de 200.000 años.

Una de las rutas del globo terráqueo parpadeaba con más brillo que las demás.

Primo André dio una explicación:

—Ésta es la ruta que siguieron sus propios antepasados. Salieron de Etiopía (o puede que de Kenia o Tanzania) hacia el norte, hace unos 150.000 años. Se expandieron lentamente por Sudán, Egipto, Israel, Palestina, Siria y Turquía, durante el periodo entre glaciaciones. Al comienzo de la última glaciación su hogar estaba en la orilla oriental del mar Negro...

Mientras hablaba se iban materializando diminutos pares de huellas a lo largo de la ruta.

Siguió la migración hipotética a través de las montañas del Cáucaso hasta llegar al norte de Europa, donde las limitaciones de la técnica finalmente ponían fin a la historia: hace cuatro milenios (milenio arriba, milenio abajo), cuando mi tatarabuela germánica de hace unas doscientas generaciones dio a luz a una hija con una única modificación en su ADN basura mitocondrial: el último tic registrado en el reloj molecular.

Pero Primo André todavía no había terminado conmigo.

—Mientras sus antepasados se mudaban a Europa, su relativo aislamiento genético y las exigencias del clima local les llevaron a adquirir paulatinamente las características que conocemos como caucásicas. Pero esa misma ruta fue recorrida en muchas ocasiones por un sinnúmero de oleadas de emigrantes, a veces separadas por miles de años. Y, aunque en todos los pasos del camino los nuevos viajeros se mezclaron con los que ya habían pasado antes y llegaron a parecerse a ellos... docenas de líneas maternas distintas todavía se pueden rastrear hacia atrás por la ruta, y luego por la historia, siguiendo las distintas sendas.

Mis primos maternos más cercanos, me explicó —los que tenían exactamente el mismo mitotipo que yo—, eran, como cabía esperar, en su mayoría caucásicos. Si se ampliaba el círculo hasta incluir treinta diferencias en los pares base, se sumaban alrededor de un cinco por ciento de todos los caucásicos: el cinco por ciento con el que compartía un antepasado materno común que había vivido hace unos 120.000 años, probablemente en Oriente Medio.

Pero algunos primos de esa misma mujer al parecer se habían dirigido hacia el este, no hacia el norte. Finalmente, sus descendientes habían atravesado Asia entera, bajando por Indochina, y luego se habrían dirigido hacia el sur a través de los archipiélagos, cruzando por puentes de tierra firme expuestos por los bajos niveles de los océanos provocados por la glaciación, o haciendo pequeños trayectos por mar de una isla a otra. Se habían detenido justo antes de llegar a Australia.

Así que, por vía materna, estaba más estrechamente relacionado con un pequeño grupo de montañeses guineanos que con el noventa y cinco por ciento de los caucásicos. Volvió a aparecer la lupa junto al globo terráqueo y me mostró la cara de uno de mis primos en seismilésimo grado. A simple vista los dos éramos tan distintos

como otras dos personas cualesquiera de la Tierra. Del puñado de genes nucleares que codificaban atributos como la pigmentación y la estructura ósea facial, un conjunto había prosperado en el gélido norte de Europa y el otro en esta selva ecuatorial. Pero en ambos lugares había sobrevivido la suficiente evidencia mitocondrial para revelar que la homogenización del aspecto local era sólo un barniz, un retoque reciente que ocultaba una antigua red de conexiones familiares invisibles.

Lena se volvió hacia mí triunfante.

—¿Lo ves? Todos los viejos mitos sobre la raza, la cultura y el parentesco, ¡refutados de un plumazo! Los antepasados inmediatos de esta gente vivieron aislados durante miles de años y no llegaron a ver un rostro blanco hasta el siglo XX. ¡Y aun así te son más próximos que yo misma!

Asentí con una sonrisa, intentando compartir su entusiasmo. Era fascinante ver cómo se le daba la vuelta al ingenuo concepto de «raza» de esta manera, y no podía dejar de admirar la simple osadía de los Hijos al proclamar que eran capaces de establecer relaciones de hace cientos de miles de años con tanta precisión. Pero sinceramente no podía decir que mi vida hubiese sufrido un vuelco por la revelación de que algunos blancos totalmente desconocidos eran más primos lejanos míos que algunos negros. Es probable que hubiera racistas recalcitrantes para quienes una noticia como ésta fuera un auténtico shock pero me costaba trabajo imaginármelos corriendo hasta los Hijos de Eva para que los mitotipificaran.

Un extremo del carrito emitió un pitido y expulsó una insignia como la del Primo André. Me la ofreció. Al verme dudar, Lena la cogió y me la colocó con orgullo en la camisa.

En la calle, Lena anunció en tono sobrio:

—Eva va a cambiar el mundo. Somos afortunados; viviremos para verlo. Hemos tenido un siglo en el que se ha sacrificado a gente por pertenecer a los grupos de parentesco equivocados, pero pronto todo el mundo entenderá que existen lazos de sangre más profundos, más antiguos, que desbaratan todos sus vanos prejuicios históricos.

«¿Te refieres... al modo en que la Eva bíblica desbarató todos los prejuicios de los fundamentalistas cristianos? ¿O al modo en que la imagen de la Tierra desde el espacio puso fin a la guerra y a la contaminación?» Me decanté por un silencio diplomático. Lena me miraba con consternación, como si no acabara de creerse que pudiera albergar dudas después de que me revelaran mis propios e inesperados lazos de sangre.

—¿Te acuerdas de las masacres de Ruanda? —dije.

—Claro.

—¿Acaso no se debían más a un sistema de clases (que los colonos belgas exacerbaban por conveniencia administrativa) que a cualquier cosa que se pueda

describir como enemistad entre grupos de parentesco? Y en los Balcanes...

—Mira —me cortó Lena—, seguro que cualquier incidente al que te refieras tendrá una historia compleja. No lo niego. Pero eso no significa que la solución tenga que ser también increíblemente complicada. Si las partes implicadas hubieran sabido lo que sabemos nosotros, hubiesen sentido lo que hemos sentido nosotros —cerró los ojos y sonrió radiante, una expresión de auténtica felicidad y serenidad—, esa profunda sensación de formar parte, por medio de Eva, de una única familia que abarca toda la humanidad... ¿Crees sinceramente que hubiesen podido enfrentarse como lo hicieron?

Debería haber protestado haciéndome el sorprendido: «¿Qué profunda sensación de formar parte de nada? Yo no he sentido nada. Y lo único que hacen los Hijos de Eva es predicar a los conversos».

¿Qué era lo peor que podría haber pasado? Si hubiésemos roto allí mismo por la relevancia política de la paleogenética, entonces es que la relación estaba obviamente condenada desde el principio. Y por mucho que odiase que nos peleásemos, existía una línea muy delgada entre el tacto y la mentira, entre asumir nuestras diferencias y ocultarlas.

Y aun así el tema me parecía demasiado arcano para ponerme a discutir sobre él. Estaba claro que a Lena le apasionaba, pero era incapaz de ver que tuviera que salir a colación de nuevo si mantenía mi boca cerrada sólo por esta vez.

—Quizá tengas razón —dije.

Le pasé un brazo por encima del hombro y ella se giró y me dio un beso. Empezó a llover otra vez, con fuerza, un aguacero extrañamente tranquilo en el aire inmóvil. Acabamos en el piso de Lena y no hablamos mucho el resto de la noche.

Claro que fui un cobarde y un tonto, pero entonces no podía saber lo mucho que me iba a costar.

Semanas después estaba enseñándole a Lena el sótano del departamento de física de la UNSW, donde el equipo que utilizaba para mi investigación estaba hacinado en un rincón. Era bien entrada la noche (otra vez) y estábamos solos en el edificio. En la oscuridad flotaban unas cuantas pantallas fluorescentes de colores variopintos, como iconos remotos de otros proyectos de posdoctorado en una especie de gélido ciberespacio académico.

No podía encontrar la silla que me había comprado (a pesar de que las medidas de seguridad habían pasado de una simple chapa con el nombre a unas alarmas controladas por ordenador cada vez más sofisticadas, alguien siempre se la acababa agenciando), así que nos quedamos de pie sobre el frío hormigón junto al equipo, iluminados por la luz tenue de un único panel en el techo. Hice aparecer una serie de secuencias de ceros y unos que remitían a la extrañeza del mundo cuántico.

La famosa correlación de Einstein-Podolsky-Rosen: el entrelazamiento de dos partículas microscópicas en un solo sistema cuántico. Se había investigado experimentalmente durante más de veinte años, pero sólo hacía poco había sido posible explorar el efecto con algo más sofisticado que pares de fotones o electrones. Trabajaba con átomos de hidrógeno obtenidos al disociar una sola molécula de hidrógeno mediante el pulso de un láser ultravioleta. Algunas de las mediciones que se realizaban en los átomos separados presentaban correlaciones estadísticas que sólo tenían sentido si una única función de onda que abarcara los dos átomos respondía al proceso de medición de manera instantánea, al margen de la distancia que hubiesen recorrido los átomos individuales desde el momento en que se rompieron sus enlaces moleculares tangibles: metros, kilómetros, años luz.

El fenómeno parecía burlarse del concepto de distancia, pero no hacía mucho mi propio trabajo había contribuido a disipar cualquier interpretación que pudiera hacer pensar que la EPR conduciría a un dispositivo de señalización más rápido que la luz. La teona siempre había sido clara sobre este punto, aunque algunos albergaban la esperanza de que un fallo en las ecuaciones les posibilitara un subterfugio.

—Supongamos dos máquinas cargadas de átomos de correlación EPR —le expliqué a Lena—, una en la Tierra y la otra en Marte, las dos capaces, digamos, de medir horizontal o verticalmente el momento angular orbital. Los resultados de las mediciones siempre serían aleatorios... pero se podría hacer que la máquina en Marte emitiera datos que reprodujeran, o no reprodujeran, los datos aleatorios producidos al mismo tiempo por la máquina en la Tierra. Y esa similitud podría activarse y desactivarse de forma instantánea alterando el tipo de mediciones que se realizaban en la Tierra.

—Como tener dos monedas que garantizan que siempre van a caer del mismo lado —sugirió ella—, siempre y cuando ambas sean lanzadas con la mano derecha. Pero si empiezas a lanzar la moneda de la Tierra con la mano izquierda, la correlación desaparece.

—Sí, es una analogía perfecta.

No se me había ocurrido pensar que probablemente ya habría oído todo esto antes —al fin y al cabo la mecánica cuántica y la teoría de la información eran los pilares de su propio campo—, pero me escuchaba con educación, así que continué:

—Pero incluso cuando las monedas coinciden siempre, como por arte de magia, en todas y cada una de las tiradas, están dando un número idéntico de caras y cruces, aleatoriamente. Por lo que no hay forma de introducir ningún mensaje en los datos. Desde Marte ni siquiera se puede decir cuándo empieza o termina la correlación a no ser que los datos de la Tierra se envíen para su comparación mediante un medio convencional como una transmisión de radio, lo que le quita todo el sentido al ejercicio. La EPR no comunica nada por sí misma.

Lena se quedó pensando un rato, aunque estaba claro que el veredicto no la había sorprendido lo más mínimo.

—No comunica nada entre átomos separados —dijo—, pero si en vez de eso los juntamos, siempre podrá decirte lo que han hecho en el pasado. Realizas un experimento de control, ¿no? ¿Haces las mismas mediciones en átomos que nunca se han emparejado?

—Sí, claro.

En la pantalla, le indiqué la tercera y la cuarta columna de datos. Mientras hablábamos el proceso seguía su curso en silencio, dentro de una cámara de vacío metida en una pequeña caja gris escondida detrás de todos los componentes electrónicos.

—Los resultados no tienen correlación alguna.

—Entonces, básicamente, ¿esta máquina puede decirte si dos átomos han estado o no enlazados?

—No de forma individual. Toda coincidencia individual podría ser sólo casualidad. Pero dado un número de átomos suficiente con una historia común... sí.

Lena sonreía como si tramara algo.

—¿Qué? —dije.

—Sólo... sigúeme el juego un rato. ¿Cuál es la siguiente fase? ¿Átomos más pesados?

—Sí, pero hay más. Dividiré una molécula de hidrógeno, dejaré que los dos átomos de hidrógeno separados se combinen con dos átomos de flúor (dos átomos antiguos, sin correlacionar) y luego dividiré ambas moléculas de fluoruro de hidrógeno y realizaré mediciones en los átomos de flúor para comprobar si puedo captar una correlación indirecta entre ellas: un efecto de segundo orden heredado de la molécula de hidrógeno original.

La verdad era que no esperaba conseguir financiación para llevar el trabajo tan lejos. Los hechos experimentales básicos de la EPR ya estaban definidos, así que no tenía mucho sentido mejorar la tecnología de medición.

—En teoría —Lena preguntó inocentemente—, ¿podrías hacer lo mismo con algo mucho más grande? ¿Algo como... el ADN?

—No. —Me reí.

—No quiero decir si podrías hacerlo aquí, dentro de una semana. Pero si dos fragmentos de ADN hubieran estado unidos, ¿existiría algún tipo de correlación?

La idea me echaba para atrás, pero confesé:

—Podría existir. No puedo darte la respuesta de memoria, tendría que pedirles algo de software a los bioquímicos y crear un modelo preciso de la interacción.

Lena asintió satisfecha.

—Creo que deberías hacerlo.

—¿Por qué? En la práctica nunca podré probarlo.

—Con este equipo sacado de la chatarra seguro que no.

—Entonces dime —dije resoplando—, ¿quién va a pagarme algo mejor?

Lena paseó la mirada por el lúgubre sótano, como si quisiera hacer una foto mental del punto más bajo de mi carrera antes de que todo cambiara completamente.

—¿Quién financiaría una investigación para detectar las huellas cuánticas de los enlaces del ADN? ¿Quién pagaría por ser capaz de calcular hace cuánto tiempo estuvieron en contacto dos plásmidos mitocondriales, no ya hasta el milenio más próximo, sino hasta la división celular más próxima?

Estaba escandalizado. ¿Era ésta la idealista que creía que los Hijos de Eva eran la última gran esperanza para la paz mundial?

—Nunca se lo tragarían —le dije.

Lena se me quedó mirando un segundo, ausente, luego negó con la cabeza, divertida.

—No te digo que engañes a nadie, que supliques por una beca de investigación con una falsa excusa.

—Bueno, vale. ¿Pero...?

—Te hablo de coger el dinero y hacer un trabajo que es necesario. La tecnología de secuenciación se ha llevado todo lo lejos que puede llegar, pero nuestros oponentes no dejan de encontrar motivos para quejarse: la tasa de mutación mitocondrial, el método de selección de puntos de bifurcación para el árbol más probable, los detalles sobre la pérdida y la supervivencia de linaje. Hasta los paleogenetistas que están de nuestra parte no dejan de cambiar de opinión acerca de todo. La edad de Eva sube y baja como la constante de Hubble. —Seguro que no es para tanto.

Lena me cogió del brazo. Su entusiasmo era electrizante, sentí cómo me invadía. O simplemente me había pinzado un nervio.

—Esto podría transformar el campo de arriba a abajo. Pondría fin a las suposiciones, no más conjeturas, no más presunciones. Sólo habría un árbol genealógico indiscutible que llegaría hasta hace 200.000 años.

—Puede no ser posible...

—¿Pero lo vas a averiguar? ¿Lo vas a comprobar?

Dudé, pero no se me ocurrió ninguna razón para negarme.

—Sí.

Lena sonrió.

—Con la paleogenética cuántica... serás capaz de darle al mundo una Eva que nadie antes había hecho posible.

Seis meses más tarde se acabaron los fondos para mi trabajo en la universidad: la

investigación, las tutorías, todo. Lena se ofreció para ayudarme durante los tres meses que me iba a llevar preparar una propuesta para mandársela a los Hijos. Ya vivíamos juntos, ya compartíamos experiencias; de algún modo eso hacía que me resultara más fácil racionalizarlo. Y era un mal momento del año para buscar empleo, así que iba a estar en paro de todas formas...

Resultó que los modelos informáticos sugerían que se podía captar una correlación medible entre segmentos de ADN partiendo del ruido estadístico... siempre que se contara con un número suficiente de plásmidos para trabajar: algo así como unos cuantos litros de sangre por persona en vez de una sola gota. Pero ya entonces podía ver que se tardarían años en entender correctamente los problemas técnicos no digamos ya en resolverlos. Ponerlo todo sobre el papel fue un buen entrenamiento para futuras solicitudes de becas corporativas, pero nunca pensé en serio que fuera a conseguir nada.

Lena me acompañó a la reunión con William Sachs, el director de investigaciones de los Hijos del Pacífico oeste. Tenía cincuenta y muchos años y llevaba una ropa muy conservadora, no le faltaba ni la clásica camiseta de Benetton con el eslogan EL SIDA NO ES AGRADABLE, ni los pantalones cortos de Mambo Paz Mundial con el motivo de la paloma surfista. Una versión de sí mismo algo más joven nos sonreía desde una portada enmarcada de *Wired*. Había sido gurú del mes en abril de 2005.

—Se contratará al departamento de física de la universidad para supervisar el proyecto en su totalidad —expliqué nervioso—. Se comprobará la calidad científica del trabajo de forma independiente cada seis meses, de este modo se evitará que la investigación se salga de lo establecido.

—La correlación EPR —dijo Sachs pensativo— demuestra que toda la vida está vinculada holísticamente en un gran meta-organismo unificado, ¿verdad?

—No.

Lena me dio una patada por debajo de la mesa.

Pero Sachs no parecía haberme oído.

—Escuchará el ritmo theta de la mismísima Gaia. La armonía secreta que subyace a todas las cosas: sincronicidad, resonancia mórfica, transmigración... —Suspiró soñador—. Adoro la mecánica cuántica. ¿Sabe que mi maestro de tai chi escribió un libro sobre el tema? *El loto de Schrödinger*, seguro que lo ha leído. ¡Menuda paranoia! Y está trabajando en una secuela, *El marídala de Heisenberg*...

Lena intervino antes de que pudiera volver a abrir la boca.

—Tal vez... generaciones posteriores sean capaces de llevar la correlación incluso hasta otras especies. Pero en el futuro inmediato, sólo llegar hasta Eva supondrá un reto técnico muy grande.

Primo William pareció volver al planeta Tierra. Cogió la copia impresa de la solicitud y se puso a mirar los detalles presupuestarios del final, que en su mayoría

eran obra de Lena.

—Cinco millones de dólares es mucho dinero.

—En diez años —dijo Lena con tono suave—. Y no olvide que este año fiscal hay una deducción de impuestos del 125% en gastos de I+D. Para cuando incluya los derechos de patente que se podrían generar...

—¿De verdad cree que los productos derivados valdrán tanto?

—Fíjese en el teflón.

—Tendré que consultarlo con la junta directiva.

Cuando a los quince días llegaron las buenas noticias por correo electrónico, casi me entraron náuseas.

Me dirigí a Lena:

—¿Qué he hecho? ¿Y si dedico diez años a esto y al final no saco nada en claro?

Se encogió de hombros, sorprendida.

—No hay garantías de éxito, pero lo has dejado claro, no les has mentado. Toda gran tarea está plagada de incertidumbres, pero los Hijos han decidido aceptar los riesgos.

De hecho no me había comido mucho la cabeza pensando en la moralidad de quitarles grandes sumas de dinero a unos estúpidos ricachones con una fijación por la maternidad global, y lo más probable que a cambio de nada. Me preocupaba más lo que significaría para mi carrera si la investigación resultaba ser un callejón sin salida y no obtenía resultados dignos de publicación.

—Todo va a salir perfectamente —dijo Lena—. Tengo fe en ti, Paul.

Y eso era lo peor de todo. Ella creía en mí.

Nos queríamos y los dos nos utilizábamos mutuamente. Pero yo era el único que seguía mintiendo sobre lo que muy pronto se convertiría en el centro de nuestras vidas.

En el invierno de 2010, Lena se tomó tres meses de vacaciones para viajar a Nigeria en nombre de la transferencia de tecnología. Oficialmente tenía que aconsejar al nuevo gobierno sobre la modernización de la infraestructura de comunicaciones, pero también iba a formar a unos cuantos cientos de operadores locales en las artes del último secuenciador de bajo coste de los Hijos. Mi técnica EPR estaba aún en pañales —apenas era capaz de distinguir a unos gemelos idénticos de unos perfectos desconocidos—, pero los analizadores de ADN mitocondrial originales ahora eran extremadamente pequeños, resistentes y baratos.

En el pasado África se había mostrado bastante reticente a los Hijos, pero parecía que por fin el movimiento había logrado establecerse. Cada vez que Lena me llamaba

desde Lagos —los ojos brillantes con entusiasmo misionero— iba y le echaba un vistazo al Gran Árbol, intentando decidir si la codificación de las nociones tradicionales de proximidad familiar haría que los excombatientes de la reciente guerra civil se sintieran más o menos unidos en caso de que la moda de la secuenciación llegara a calar hondo.

Sin embargo, las etnias de las facciones ya estaban tan mezcladas entre sí que era imposible llegar a un veredicto definitivo; hasta donde podía saber, en la guerra se habían enfrentado alianzas forjadas tanto por algunos de los actos de patrocinio político del siglo XX como por la invocación de antiguas lealtades tribales.

Hacia el final de su estancia, Lena me llamó un día muy temprano (para mi horario) tan enfadada que casi se le caían las lágrimas.

—Vuelo directamente a Londres, Paul. Estaré allí en tres horas.

Entorné los ojos ante el brillo de la pantalla, aturdido por la luz del sol tropical a su espalda.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Tuve una visión en la que los Hijos habían quebrantado el frágil alto el fuego, induciendo un holocausto étnico innumerable; y a continuación habían huido para que los mejores microcirujanos del mundo les curasen las heridas, mientras que en la distancia el país se sumergía en el caos.

Lena sacó una mano fuera de cámara y pulsó un botón. Parte de un reportaje se incrustó en una esquina de la transmisión. El titular decía: ¡EL ADÁN DEL CROMOSOMA Y CONTRAATAACA! La foto de debajo del titular mostraba a un hombre blanco, rubio, musculoso y semidesnudo (curiosamente no tenía vello: muy parecido al *David* de Miguel Ángel con un taparrabos de visón), que apuntaba al lector con una lanza. Lo hacía con la apropiada gracilidad de un bailarín.

Gruñí suavemente. Sólo había sido cuestión de tiempo. En la división celular que precede a la producción del esperma, la mayor parte del ADN del cromosoma Y experimentaba una recombinación con el cromosoma X, pero una parte de él permanecía distante, sin mezclarse, y se transmitía únicamente por vía paterna con la misma fidelidad que el ADN mitocondrial se transmitía de madre a hija. De hecho, lo hacía con más fidelidad: las mutaciones en el ADN nuclear eran mucho menos frecuentes, lo que lo convertían en un reloj molecular mucho menos útil.

—Dicen que han encontrado un único antepasado masculino para todos los europeos. ¡De hace sólo 20.000 años! ¡Y mañana van a presentar esta mierda en una conferencia de paleogenetistas en Cambridge!

Le eché un vistazo al artículo con las quejas de Lena de fondo. El reportaje no era más que autobombo populachero. No era fácil saber qué era lo que afirmaban los investigadores en realidad. Pero algunos grupos de derechas que desde hacía tiempo se oponían a los Hijos de Eva habían recibido los resultados con obvia alegría.

—¿Y por qué tienes que estar allí? —dije.

—¡Para defender a Eva, claro! ¡No podemos permitir que esto siga adelante!
Me empezó a doler la cabeza.

—Si es mala ciencia, deja que los expertos la refuten. No es tu problema.

Lena se quedó callada un rato y luego protestó con rencor:

—Tú sabes que los linajes masculinos se pierden más rápido que los femeninos. Gracias a la poliginia una sola línea paterna puede llegar a dominar una población en muchas menos generaciones que una materna.

—¿Entonces lo que dicen podría ser cierto? ¿Podría haber existido un Adán reciente en el norte de Europa?

—Quizás —admitió Lena a regañadientes—. Pero... ¿qué más da? ¿Qué demuestra eso? ¡Ni siquiera se han molestado en buscar un Adán que sea un padre para toda la especie!

Quería responder: «Claro que no demuestra nada, claro que no cambia nada. A nadie en su sano juicio le podría importar. Pero... ¿quiénes empezaron a darle tanta importancia al parentesco? ¿Quiénes se entregaron a la causa de propagar la idea de que todo lo que merece la pena depende de los lazos familiares?».

Pero ya era demasiado tarde. Ahora no iba a ser tan hipócrita como para volverme contra los Hijos después de haber cogido su dinero y haberles seguido el juego.

Y no podía abandonar a Lena. Si mi amor por ella no iba más allá de las cosas en las que estábamos de acuerdo, entonces no era amor ni era nada.

—Debería darme tiempo a coger el vuelo a Londres de las tres en punto —dije impasible—. Te veré en la conferencia.

Era la décima edición del encuentro anual del Foro Paleogenético Mundial. El acontecimiento se desarrollaba dentro un edificio piramidal ubicado en un parque de las ciencias recubierto con césped artificial que estaba alejado del campus universitario. La multitud esgrimía pancartas que lo hacían visible desde lejos. ¡NO TOQUÉIS A EVA! ¡MUERTE A LA BASURA NAZI! ¡FUERA NEANDERTALES! (¿Cómo?) El desfase horario empezó a afectarme cuando el taxi se alejaba y casi se me doblaron las rodillas. Mi objetivo era encontrar a Lena tan rápido como fuera posible y alejarnos del peligro. Eva podía cuidarse sola.

Obviamente andaba por ahí, mirando con tranquila dignidad desde camisetas y pancartas. Pero los Hijos —y sus consultores de marketing— habían estado «ajustando» su imagen y ésta era la primera ocasión que tenía de ver los resultados de tantos grupos de discusión y tantos talleres de respuesta del cliente. La nueva Eva tenía una piel ligeramente más clara, la nariz un poco más fina, los ojos más juntos. Los cambios eran sutiles, pero iban claramente destinados a darle un aspecto más «panracial». Con rasgos de todas las poblaciones humanas modernas, se parecía más

a una especie de descendiente común de un futuro lejano que un antepasado común que hubiera vivido en un sitio concreto: África.

Y a pesar de mi cinismo, este nuevo diseño me revolvió el estómago más que el resto de los trucos baratos que los Hijos se habían sacado de la manga. Era como si después de todo hubiesen decidido que en realidad no podían imaginarse un mundo en el que todos fueran a aceptar una Eva africana, pero estaban tan comprometidos con la idea que estaban dispuestos a seguir distorsionando la verdad sólo para hacerla más atractiva, hasta... ¿Dónde estaba el límite? Aparte de ponerle un nombre distinto en cada país, ¿también le iban a poner una cara distinta?

Conseguí llegar al vestíbulo. Sólo me habían escupido dos o tres piqueteros. Dentro, la cosa estaba mucho más tranquila, aunque los académicos paleogenetistas iban de un lado para otro sin parar y evitaban mirar a los ojos. Un equipo de noticias había arrinconado a una pobre mujer; cuando pasaba por delante el entrevistador le insistía acalorado:

—Pero debe admitir que violar los mitos fundacionales de los indígenas del Amazonas es un crimen contra la humanidad.

La pared exterior de la pirámide estaba tintada de azul, pero era más o menos transparente, y alcanzaba a ver otro grupo de manifestantes que se apretaba contra uno de los paneles, escudriñando el interior. Guardas de seguridad vestidos de paisano susurraban en sus relófonos, claramente preocupados por sus trajes de Masarini.

Había intentado llamar a Lena varias veces desde que salí del aeropuerto, pero debía de haber problemas de cobertura en toda la zona de Cambridge que me dejaban en espera. La única razón por la que me habían dejado pasar por la puerta principal era que Lena había movido algunos hilos y aparecíamos listados en la base de datos de asistentes. Pero eso sólo probaba que estar dentro del edificio no era ninguna garantía de imparcialidad.

De pronto, no muy lejos de donde me encontraba, escuché gritos y gruñidos seguidos de un coro de vítores y el sonido de pesadas planchas de plástico que se salían de su marco. Las noticias mencionaban tanto a grupos pro-Eva como a grupos pro-Adán... los últimos supuestamente mucho más violentos. Me asusté y salí corriendo por el pasillo más próximo. Estuve a punto de chocarme con un joven enjuto que iba en la dirección contraria. Era blanco, alto, rubio, de ojos azules, e irradiaba peligro teutónico... y una parte de mí quería gritar indignado: me había visto reducido, en contra de mi voluntad, a la más pura expresión de imbecilidad racista.

En cualquier caso, el tipo llevaba un taco de billar en la mano.

Pero cuando retrocedí con cautela, sin mangas empezó a parpadear con las palabras: ¡LA DIOSA ESTÁ LLEGANDO!

—¿Y tú qué eres? —dijo con desdén— ¿Un Hijo de Adán?

Lentamente negué con la cabeza. «¿Qué soy? Soy un *Homo sapiens*, imbécil. ¿No eres capaz de reconocer a tu propia especie?»

—Trabajo como investigador para los Hijos de Eva —dije. En los cócteles del profesorado siempre era «un investigador físico paleogenetista independiente», pero no me pareció el momento de ponerse puntilloso.

Hizo una mueca que al principio me pareció de incredulidad y se acercó amenazante.

—¿Con que eres uno de los putos patriarcas materialistas hijos de perra que intentan cosificar el arquetipo de la Madre Tierra y controlar su ilimitado poder espiritual?

Me quedé tan pasmado que no vi lo que se me venía encima. Me pegó duro con el taco en el plexo solar. Caí al suelo de rodillas, jadeando de dolor. En el vestíbulo se oía el ruido de botas y de eslóganes entonados con voz ronca.

El adorador de la diosa me cogió del hombro y me levantó de un tirón, sonriente.

—Sin rencor, eh. Aquí dentro estamos en el mismo bando, ¿no? ¡Vamos a patear a unos cuantos nazis!

Intenté soltarme, pero ya era demasiado tarde. Los Hijos de Adán nos habían encontrado.

Lena vino a verme al hospital.

—Sabía que tenías que haberte quedado en Sydney.

Tenía la mandíbula llena alambres. No podía contestarle.

—Tienes que cuidarte, ahora tu trabajo es más importante que nunca. Habrá más grupos que van a encontrar sus propios Adanes. El mensaje unificador de Eva se hundirá bajo el tribalismo inherente a la idea de antepasados recientes masculinos. No podemos dejar que un puñado de cromañones promiscuos lo estropeen todo.

—Gmm mmm mmmn.

—Nosotros tenemos la secuenciación mitocondrial... ellos tienen la secuenciación del cromosoma Y... pero necesitamos una ventaja espectacular, algo que todos puedan entender. Tasas de mutación, mitotipos: todo es demasiado abstracto para la persona de la calle. Si pudiéramos construir árboles genealógicos perfectos con la EPR, empezando con los familiares conocidos de la gente, pero extendiendo esa misma sensación de afinidad precisa a 10.000 generaciones, hasta llegar a Eva, eso nos daría una inmediatez, una credibilidad, que acabaría de un plumazo con los Hijos de Adán.

Me acarició la frente con dulzura.

—Puedes ganar las Guerras de los Ancestros por nosotros, Paul, sé que puedes hacerlo.

—Mmm nnn —admití.

Estaba dispuesto a denunciar a ambas partes, a renunciar al proyecto EPR... e

incluso, si fuera necesario, a alejarme de Lena.

Puede que fuera más por una cuestión de orgullo que de amor, más por debilidad que por compromiso, más por inercia que por lealtad. Pero por la razón que fuera no pude hacerlo. No podía abandonarla.

Si quería seguir adelante tenía que intentar acabar lo que había empezado. Darle a los Hijos su prueba irrefutable y absoluta.

Ríos de sangre corrían por mi equipo mientras los cultos rivales formaban piquetes y se ponían bombas mutuamente. Los Hijos me habían suministrado muestras de dos litros de al menos 50.000 miembros de todo el mundo. Mi laboratorio habría dejado en pañales a la película de terror de la Hammer más estridente.

Se analizaron billones de plásmidos. En un orbital híbrido de baja energía —una superposición cuántica de dos distribuciones de carga con formas distintas, potencialmente estable durante miles de años— se inducían electrones mediante pulsos láser ajustados con suma precisión para que se colapsaran en un estado concreto. Y aunque todos los colapsos eran aleatorios, el orbital que había escogido estaba ligeramente correlacionado con fragmentos emparejados de ADN. Se acumularon y compararon billones de mediciones. Con un número de plásmidos suficiente por persona, la débil firma dejada por cualquier ascendencia común podía emerger por encima del ruido estadístico.

Las mutaciones que subyacían al Gran Árbol de los Hijos ya no tenían importancia. De hecho, lo que contemplaba eran fragmentos de plásmido que con toda probabilidad habían permanecido impolutos desde los tiempos de Eva, puesto que lo único que hacía posible la correlación era el íntimo contacto químico de una replicación de ADN perfecta. Y a medida que los fallos del proceso se iban corrigiendo y los datos se iban acumulando, finalmente se empezaron a ver los resultados.

Entre los donantes de sangre había muchos grupos familiares cercanos. Primero analizaba los datos a ciegas y luego le pasaba los resultados a uno de mis ayudantes para que los contrastara con los parentescos de los que teníamos constancia. A principios de junio de 2013 registré un 100% de detección de hermanos en un millar de muestras; unas semanas después, conseguí los mismos resultados con primos y primos segundos.

Al poco llegamos a los límites de la genealogía documentada. Para conseguir otra forma de cruzar los datos empecé a analizar también los genes nucleares. Era probable que incluso primos lejanos compartieran al menos algunos genes de un antepasado común, y la EPR podía datar ese antepasado con precisión.

La noticia del proyecto se extendió y me escribían montones de maniacos. Llegué a recibir amenazas de muerte. El laboratorio se fortificó. Los Hijos contrataron a

guardaespaldas para todos los que trabajábamos en el proyecto y sus familias.

El volumen de información siguió creciendo, pero los Hijos, aterrados ante la idea de que los Adanes les aventajaran con su propia tecnología, seguían votando para concederme cada vez más dinero. Actualicé nuestros superordenadores, dos veces. Y aunque me bastaba con las mitocondrias para llegar hasta Eva, con el pretexto de la contabilidad me vi trazando los genes nucleares de cientos de miles de antepasados, masculinos y femeninos.

En la primavera de 2016 la base de datos alcanzó una especie de masa crítica. Sólo habíamos muestreado una diminuta fracción de la población mundial, pero una vez que era posible llegar unas cuantas generaciones atrás, todos los linajes en apariencia distintos empezaban a converger. Los genes nucleares autosomales zigzagueaban entre el árbol puramente materno de las Evas y el árbol puramente paterno de los Adanes, rellenando los huecos, hasta que acabé con los perfiles genéticos de prácticamente todo el mundo que había vivido en el planeta a principios del siglo IX (y había dejado descendencia hasta llegar al presente). No sabía los nombres de ninguna de esas personas, ni tan siquiera las ubicaciones geográficas concretas, pero sabía exactamente el lugar que cada una de ellas ocupaba en mi propio Gran Árbol.

Tenía una instantánea de la diversidad genética de toda la especie humana. A partir de aquí no se podía parar la cascada y retrocedí con las correlaciones a través de milenios.

Para 2017, las peores previsiones de Lena se habían hecho realidad. Se habían proclamado decenas de Adanes distintos en todo el mundo y la tendencia era buscar el linaje paterno común de poblaciones cada vez más pequeñas que convergían en antepasados cada vez más recientes. Ahora muchos de ellos eran supuestamente figuras históricas. Grupos rivales griegos y macedonios se daban tortas por resolver la cuestión de quién tenía derecho a llamarse los Hijos de Alejandro Magno. En tres repúblicas de la Europa del este, la clasificación étnica mediante el cromosoma Y se había convertido en política del gobierno y, supuestamente, en política corporativa de algunas multinacionales

Cuanto más pequeña era la población analizada, obviamente —a no ser que la endogamia fuera descomunal— menos probable era que los analizados fueran a compartir realmente un único Adán. Por ello el primer antepasado masculino que se identificaba pasaba a ser «el padre de su pueblo»... y todos los demás pasaban a ser una especie de violadores bárbaros mancillagenes, cuya repulsiva huella aún se podía detectar. Y eliminar.

Me pasaba las noches en vela hasta el amanecer, tratando de explicarme cómo podía haber acabado en medio de tanto conflicto sobre un asunto tan estúpido. Seguía

sin ser capaz de confesarle a Lena lo que pensaba realmente y así, iba de un lado para otro de la casa con las luces apagadas, me encerraba en mi estudio con las contraventanas a prueba de balas cerradas y le echaba un vistazo a la última tanda de cartas amenazantes —de papel y electrónicas— y buscaba la prueba de que algo de lo que pudiera descubrir sobre Eva tendría el menor efecto positivo en alguien que no fuera ya un partidario fanático de los Hijos. Buscaba algún indicio de que podía esperar algo más que predicar a los conversos.

No encontré el estímulo que buscaba, pero leí una postal que me animó un poco. La remitía el Sumo Sacerdote de la Iglesia del Sagrado OVNI, desde Kansas City.

Querido terrícola:

¡Haga el favor de usar el CEREBRO! ¡Como todo el mundo SABE en esta era CIENTÍFICA, en los tiempos que corren el origen de las especies NO ESCONDE NINGÚN SECRETO! Los africanos llegaron aquí después del DILUVIO provenientes de Mercurio, los asiáticos de Venus, los caucásicos de Marte y los pueblos de las islas del Pacífico de asteroides varios. ¡Si no tiene las FACULTADES OCULTISTAS NECESARIAS para proyectar rayos desde los continentes hacia el PLANO ASTRAL y comprobarlo, un simple análisis del TEMPERAMENTO y del ASPECTO debería dejárselo claro incluso a alguien como USTED!

Pero por favor, ¡no ponga PALABRAS en mi BOCA! Que todos vengamos de PLANETAS distintos no significa que no podamos ser AMIGOS.

Lena estaba muy preocupada.

—¿Pero cómo vas a dar una conferencia de prensa mañana, si Primo William ni siquiera ha visto los resultados finales todavía?

Era el sábado 28 de enero de 2018. Le habíamos dado las buenas noches a los guardaespaldas y nos habíamos ido a la cama. Vivíamos en un búnker de hormigón reforzado que los Hijos habían instalado para nosotros después de un desagradable incidente en uno de los países bálticos.

—Soy un investigador independiente —dije—. Tengo libertad para publicar datos en cualquier momento. Eso es lo que dice el contrato. Cualquier avance en la tecnología de medición tiene que pasar por los abogados de los Hijos, pero no los resultados paleogenéticos.

Lena lo intentó por otro flanco.

—Pero si este trabajo no ha sido revisado por...

—Ha sido revisado. *Nature* ya ha aceptado el artículo; lo publicaran un día después de la conferencia. Es un hecho. —Sonreí inocente—. Sólo lo hago como un favor para el editor. Dice que aumentará las ventas del número.

Lena se quedó callada. En los últimos seis meses le había ido contando cada vez menos cosas sobre el trabajo. Había dejado que pensara que había problemas técnicos que estaban frenando cualquier progreso.

—¿Ni siquiera me vas a decir si son buenas o malas noticias? —dijo finalmente.

Fui incapaz de mirarla a los ojos, pero negué con la cabeza.

—Nada que haya pasado hace 200.000 años puede ser noticia.

Alquilé un auditorio para la conferencia de prensa —lejos de la torre de oficinas de los Hijos—, que pagué yo mismo. También contraté a un servicio de seguridad independiente. Ni Sachs ni sus colegas directivos estaban impresionados, pero aparte de secuestrarme poco podían hacer para cerrarme la boca. Nunca habían llegado a sugerirme que falsificara los resultados que querían; pero la presunción no escrita de que sólo los «datos correctos» se publicarían con tanto bombo siempre había estado ahí... y los Hijos tendrían un amplio margen para ser los primeros en darle su enfoque.

Detrás del podio, las manos me temblaban. Se habían presentado unos dos mil periodistas de todo el planeta y muchos de ellos llevaban símbolos de afiliación a uno u otro antepasado.

Carraspeé y empecé. La técnica EPR ya era algo conocido, no había necesidad de volver a explicarla. Me limité a decir:

—Me gustaría mostrarles lo que he descubierto acerca del origen del *Homo sapiens*.

Las luces se atenuaron y a mi espalda apareció un holograma gigante de unos treinta metros de alto. Anuncié que era un árbol genealógico —no un historial aproximado de genes o mutaciones, sino un diagrama exacto, generación por generación, masculinas y femeninas, de toda la población de seres humanos— desde el siglo IX hacia atrás. Un denso matorral con forma de embudo invertido. El público permaneció en silencio, pero la impaciencia se palpaba en el aire. Esta maraña de mil millones de minúsculas líneas era indescifrable, no les decía absolutamente nada. Pero esperé a que el diagrama impenetrable diera un giro completo muy despacio.

—El reloj mutacional del cromosoma Y se equivoca —dije—. He ubicado los antepasados paternos de grupos con tipos Y similares hasta cientos de miles de años atrás en el tiempo, y nunca convergen en un único hombre.

Empecé a oír un murmullo de descontento. Subí el volumen del amplificador y lo ahogué.

—¿Por qué no? ¿Cómo es posible que haya tan poca variedad mutacional, si el ADN no surge de una única fuente reciente?

Apareció un segundo holograma, una doble hélice, un esquema de la región del tipo Y.

—Porque las mutaciones se repiten, una y otra vez, exactamente en las mismas ubicaciones. Si se comete el mismo error de copia dos o tres veces (o cincuenta) en la misma ubicación, seguirá pareciendo que sólo está a un paso del original.

El holograma de la doble hélice se dividió y se copió, se dividió y se volvió a copiar; las diferencias acumuladas en cada generación resaltaban.

—Las enzimas correctoras de nuestras células deben de tener puntos ciegos específicos, debilidades específicas, como palabras que se deletrean mal fácilmente. Y aún existe la posibilidad de que aparezcan errores completamente aleatorios, en cualquier ubicación, pero sólo en una escala temporal de millones de años.

»Todos los Adanes del cromosoma Y —dije— son una fantasía. No existen padres individuales para ninguna raza, tribu o nación. Para empezar, los europeos del norte actuales tienen más de mil linajes paternos distintos que datan del final la Edad de Hielo. Esos mil antepasados, a su vez, son los descendientes de más de doscientos emigrantes africanos masculinos distintos.

En el laberinto gris del Árbol aparecieron una serie de colores intermitentes que resaltaban ligeramente los linajes.

Algunos periodistas se levantaron como resortes y se pusieron a insultarme a gritos. Esperé a que los guardias de seguridad los escoltaran fuera del edificio.

Paseé la mirada por el público buscando a Lena, pero no la vi por ninguna parte.

—Lo mismo puede decirse del ADN mitocondrial. Las mutaciones se sobrescriben unas a otras; el reloj molecular se equivoca. No existió ninguna Eva hace 200.000 años.

La gente, airada, empezó a protestar, pero yo seguí hablando.

—El *Homo erectus* salió de África... docenas de veces durante un periodo de dos millones de años, y los emigrantes nuevos se mezclaban con los viejos, nunca los sustituían.

Apareció un globo, el Viejo Mundo, tan recargado con rutas entrecruzadas que resultaba imposible apreciar un solo kilómetro cuadrado de suelo.

—El *Homo sapiens* surgió en todas partes al mismo tiempo y se mantuvo como una especie, por todo el mundo, en parte debido al flujo genético emigrante y en parte a las mutaciones paralelas que invalidan todos los relojes: mutaciones que se producen de manera aleatoria, pero con tendencia a producirse siempre en las mismas ubicaciones.

Un holograma mostró cuatro fragmentos de ADN que iban acumulando mutaciones. Al principio, conforme la escasa dispersión aleatoria los iba afectando de manera distinta, los cuatro fragmentos se iban diferenciando cada vez más, pero a medida que las mismas ubicaciones vulnerables se veían afectadas, prácticamente acabaron teniendo las mismas marcas.

—De modo que las diferencias raciales modernas vienen como mucho de hace

dos millones de años, heredadas de los primeros *Homo erectus* emigrantes, pero toda la evolución posterior ha ido en paralelo, en todo el mundo... porque el *Homo erectus* en realidad nunca tuvo elección. En unos dos millones de años escasos las distintas climatologías podían favorecer distintos genes para adaptaciones locales superficiales, pero todo lo que conduce al *Homo sapiens* ya estaba latente en el ADN de cada uno de los emigrantes antes de que salieran de África.

Los partidarios de Eva se quedaron callados momentáneamente, tal vez porque ya no tenían claro si el panorama que estaba pintando nos unía o nos separaba como especie. La verdad era gloriosamente turbia, demasiado complicada para estar al servicio de cualquier agenda política.

—Pero si alguna vez hubo un Adán o una Eva —proseguí—, existieron mucho antes que el *Homo sapiens*, mucho antes que el *Homo erectus*. Tal vez fueran... ¿*Australopithecus*?

Hice aparecer dos figuras simiescas, peludas y encorvadas. La gente empezó a lanzar las cámaras de vídeo. Debajo del podio tenía un botón, lo pulsé y delante del escenario se alzó un escudo gigante de plexiglás.

—¡Quemad todos vuestros símbolos! —grité—. Masculino, femenino, tribal y global. Abandonad vuestras patrias y vuestras Madres Tierra: ¡es el fin de la infancia! Profanad a vuestros antepasados, follad con vuestros primos: limitaos a hacer lo que os parezca que está bien porque está bien.

El escudo se rajó. Salí corriendo hacia la salida de emergencia. Los guardias de seguridad habían desaparecido todos, pero Lena me esperaba en el aparcamiento subterráneo dentro de nuestro Volvo blindado, con el motor en marcha. Bajó el cristal espejado de la ventanilla.

—Vi tu numerito en la red.

Se me quedó mirando con tranquilidad, pero en sus ojos había rabia y dolor.

Ya no me quedaba adrenalina en el cuerpo, no tenía fuerzas, ni orgullo. Me caí de rodillas al lado del coche.

—Te quiero. Perdóname.

—Anda, sube —dijo—. Tienes muchas cosas que explicar.

Luminoso

Me desperté desorientado sin tener muy claro el motivo. Sabía que estaba tendido en una cama sencilla, estrecha y llena de bultos, en la habitación 22 del hotel Fleapit. Después de casi un mes en Shanghai la topografía del colchón me era tan familiar como para deprimir al más pintado. Pero estaba tumbado de una forma que no era normal. Los músculos del cuello y de los hombros se quejaban de que nadie podía acabar en esta postura de forma natural, por muy mal que hubiese dormido.

Y podía oler a sangre.

Abrí los ojos. Una mujer a la que no había visto en mi vida estaba arrodillada junto a mí y con un bisturí desechable me hacía una incisión en el tríceps izquierdo. Estaba tumbado de costado, de cara a la pared, tenía la mano esposada a la cabecera y el tobillo al pie de la cama.

La sensación de pánico visceral que me inundaba se vio cortada en seco justo cuando me disponía a revolearme como un estúpido, intentando liberarme por instinto. Puede que una respuesta mucho más antigua —catatonia ante un peligro— le hubiera plantado cara a la adrenalina y hubiera ganado. O puede que sencillamente hubiese llegado a la conclusión de que no tenía derecho a dejarme llevar por el pánico cuando llevaba semanas temiéndome algo parecido.

Hablé con calma, en inglés:

—Lo que estás a punto de arrancarme es una necrotrampa. Un solo latido sin sangre oxigenada y la carga se freirá.

Mi cirujana aficionada personal era recia y musculosa, con el pelo corto y negro. No era china; tal vez fuera indonesia. No parecía sorprendida porque me hubiese despertado antes de tiempo. Los hepatocitos modificados que había adquirido en Hanoi podían degradar casi cualquier cosa, desde la morfina hasta el curare. Por fortuna, la anestesia local excedía su capacidad.

Sin apartar los ojos de lo que estaba haciendo, dijo:

—Mira en la mesa junto a la cama.

Giré la cabeza. Había instalado un bucle de tubos de plástico que estaban llenos de sangre —la mía, al parecer— que circulaba y se oxigenaba mediante una pequeña bomba. El pie de un largo embudo se introducía en el bucle, y la intersección era controlada por una especie de válvula. Unos cables iban desde la bomba hasta un sensor pegado a mi brazo que sincronizaba el pulso artificial con el real. Era evidente que podía arrancarme la trampa de la vena e insertarla en esta réplica sin saltarse literalmente ni un latido.

Me aclaré la garganta y tragué saliva.

—No te servirá. La trampa conoce mi tensión arterial al milímetro. No se va a dejar engañar por unos latidos genéricos.

—Es un farol.

Pero con el bisturí levantado en el aire, titubeó. El escáner MRI portátil que había usado para localizar la trampa le habría revelado su configuración básica, pero no tendría muchos detalles concretos sobre su ingeniería y ninguna información sobre el software.

—Te estoy diciendo la verdad.

La miré directamente a los ojos, lo que no era fácil teniendo en cuenta nuestra absurda geometría.

—Es nuevo, es sueco. Hay que ponérselo en la vena con cuarenta y ocho horas de antelación, se desarrolla una actividad normal para que pueda memorizar los ritmos... y luego se inyecta la carga en la trampa. Simple, sencillo de manejar y efectivo.

La sangre me corría por el pecho hasta llegar a la sábana. De repente, después de todo, me alegré mucho de no haber metido la trampa más hondo.

—¿Entonces cómo te quitas tú la carga?

—Si te lo digo no tendría gracia.

—Si me lo cuentas ahora te ahorrarás unos cuantos problemas.

Impaciente, se puso a girar el bisturí que sujetaba con el pulgar y el índice. Perdí la sensibilidad de la piel en todo el cuerpo, las terminaciones nerviosas rechinaban y los capilares se cerraban a medida que la sangre se ponía a cubierto.

—Los problemas me provocan hipertensión —dije.

Me dedicó una sonrisa forzada y me concedió una tregua. Luego se quitó uno de los guantes quirúrgicos manchados de sangre, sacó su agenda electrónica y llamó a un proveedor de equipos médicos. Le dio una lista de aparatos que le permitirían solucionar el problema (una sonda de tensión arterial, una bomba más sofisticada, una interfaz informatizada adecuada), y se puso a discutir acaloradamente en mandarín para conseguir que le prometieran una entrega rápida

Dejó la agenda a un lado y me colocó la mano sin enguantar en el hombro.

—Relájate un poco. No habrá que esperar mucho.

Me revolví como si, enfadado, estuviera intentando quitarme la mano de encima. Conseguí que un poco de sangre acabara en su piel. No dijo ni una palabra, pero en ese mismo momento tuvo que darse cuenta de su torpeza. Se bajó de la cama de un salto y se fue directa al lavabo. Pude oír cómo corría el agua.

Entonces se puso a dar arcadas.

—Avísame cuando estés lista para el antídoto —grité en tono jovial.

La oí acercarse y me di la vuelta para encararla. Estaba pálida, tenía la cara desencajada por las náuseas, moqueaba y le lloraban los ojos.

—¡Dime dónde está!

—Quítame las esposas y yo te lo busco.

—¡No! ¡Nada de tratos!

—De acuerdo. Entonces será mejor que te pongas a buscarlo.

Cogió el bisturí y lo blandió delante de mi cara.

—A la mierda la carga. ¡Te rajo!

Temblaba como una niña con fiebre, trataba inútilmente de contener el flujo de las fosas nasales con el dorso de la mano.

—Si vuelves a cortarme, perderás algo más que la carga —dije fríamente.

Se dio la vuelta y vomitó; era como un hilillo gris, con sangre. La toxina convencía a las células del revestimiento de su estómago para que se suicidaran todas a la vez.

—Quítame las esposas. Te matará. No tarda mucho.

Se limpió la boca, se recompuso, hizo como si fuera a decir algo y empezó a vomitar de nuevo. Sabía por propia experiencia lo mal que lo estaba pasando. Aguantarse el vómito era como intentar tragarse una mezcla de mierda y ácido sulfúrico. Echarlo fuera era como si te arrancaran las tripas.

—En treinta segundos —dije— estarás tan débil que no podrás hacer nada aunque te diga dónde buscar. Así que si no me sueltas...

Sacó una pistola y un juego de llaves, me quitó las esposas y se quedó al pie de la cama, temblando como loca pero apuntándome. Me vestí rápidamente ignorando sus amenazas. Me vendé el brazo con un calcetín que milagrosamente encontré por ahí y me puse una camiseta y una chaqueta. Clavó las rodillas en el suelo; seguía apuntándome más o menos con el arma, pero tenía los ojos hinchados y medio cerrados, y rebosaban un líquido amarillo. Pensé en quitarle la pistola, pero me pareció que no valía la pena.

Metí el resto de las prendas en la maleta y le eché un vistazo a la habitación como si se me olvidara algo. Pero todo lo que importaba realmente estaba en mis venas. Alison me había enseñado que ésa era la única forma de viajar.

Me volví hacia la ladrona.

—No hay antídoto, pero la toxina no te matará. Eso sí, te vas a pasar las próximas doce horas deseando que lo hiciera. Adiós.

Cuando me dirigía hacia la puerta de repente se me erizaron los pelos de la nuca. Se me pasó por la cabeza que no tenía por que creerme y que podía dispararme pensando que no tenía nada que perder.

—Pero si se te ocurre seguirme —dije mientras agarraba el tirador, sin mirar atrás—, la próxima vez te mataré.

Era mentira, pero pareció surtir efecto. Cerré la puerta de un portazo y pude oír cómo soltaba la pistola y se ponía a vomitar otra vez.

Mientras bajaba las escaleras la euforia de la escapada comenzó a dar paso a una perspectiva más gris. Si una cazarrecompensas descuidada podía encontrarme, sus colegas más metódicos no podían andar muy lejos. Industrial Algebra nos pisaba los

talones. Si Alison no conseguía pronto tener acceso a Luminoso, no nos quedaría más remedio que destruir el mapa. Y con eso sólo estaríamos ganando algo de tiempo.

Le pagué la habitación al recepcionista hasta el día siguiente y le recalqué que no debían molestar a mi compañera. Añadí una propina para compensar el desastre con el que se iban a encontrar los de la limpieza. La toxina se desnaturalizaba con el aire; en pocas horas las manchas de sangre serían inofensivas. El recepcionista me miró con recelo pero no dijo nada.

En la calle me esperaba una agradable mañana de verano con el cielo despejado. Eran apenas las seis en punto, pero Kongjiang Lu ya estaba atestada de peatones, ciclistas, autobuses y unas cuantas limusinas ostentosas con sus correspondientes chóferes que avanzaban lentamente por el tráfico a unos diez kilómetros por hora. Parecía que el turno de noche acababa de salir de la fábrica de Intel que estaba un poco más abajo. La mayoría de los ciclistas que pasaban llevaban puesto el mono naranja con el logotipo.

A dos manzanas del hotel me paré en seco, las piernas casi se me doblaron. No era sólo ansiedad; una reacción postergada, una aceptación diferida de lo cerca que había estado de que me mataran. La violencia clínica de la ladrona ya era escalofriante de por sí, pero lo que implicaba era muchísimo más inquietante.

Industrial Algebra estaba invirtiendo grandes cantidades de dinero, estaba infringiendo leyes internacionales, estaba arriesgando seriamente sus valores futuros, tanto empresariales como personales. La arcana abstracción del defecto estaba siendo arrastrada al mundo de la sangre y el polvo, las salas de juntas y los asesinos, el poder y el pragmatismo.

Y lo más parecido a la certeza que la humanidad había conocido como el peligro de disolverse en arenas movedizas.

Todo empezó como una broma. Discutir por discutir. Alison y sus desesperantes herejías.

—Un teorema matemático —declaró— sólo se convierte en verdadero cuando es demostrado por un sistema físico: cuando el comportamiento del sistema depende de algún modo de que el teorema sea verdadero o falso.

Era junio de 2004. Estábamos sentados en un pequeño patio pavimentado. Acabábamos de salir al sol invernal (bostezando y parpadeando) de la última charla de un curso semestral sobre la filosofía de las matemáticas; un breve respiro de la aburrida rutina de las matemáticas de verdad. Teníamos quince minutos libres antes de irnos a comer con unos amigos. Era una conversación informal —casi un leve flirteo—, nada más. Puede que en alguna parte hubiera académicos dementes que se ocultaban en oscuras criptas y defendían una visión sobre la naturaleza de la verdad matemática por la que estaban dispuestos a morir. Pero nosotros teníamos veinte años y éramos conscientes de que sólo estábamos hablando del sexo de los ángeles.

—Los sistemas físicos no crean las matemáticas —dije—. Nada crea las matemáticas, están fuera del tiempo. La teoría de números seguiría siendo la misma aunque el universo estuviera compuesto por un solo electrón.

—Sí las crean, porque incluso un electrón —dijo Alison resoplando—, más un espacio-tiempo en el que ubicarlo, necesita la mecánica cuántica y la relatividad general y toda la infraestructura matemática que implican. Una partícula flotando en el vacío cuántico requiere la mitad de los resultados más importantes de la teoría de grupos, del análisis funcional, de la geometría diferencial...

—¡Vale, vale! Lo pillo. Pero si fuera así... los acontecimientos en el primer picosegundo después del Big Bang habrían «construido» todas las verdades matemáticas necesarias para la existencia de cualquier sistema físico hasta llegar al Big Crunch. Una vez que tengas las matemáticas que fundamentan la Teoría del Todo... ya está, ya no necesitas nada más. Fin de la historia.

—Pero no es así. Para aplicar la Teoría del Todo a un sistema concreto sigues necesitando todas las matemáticas que se refieran a ese sistema; un sistema que podría incluir resultados que fueran más allá de las matemáticas requeridas por la propia Teoría del Todo. Quiero decir, quince mil millones de años después del Big Bang, todavía puede llegar alguien y demostrar, pongamos... el último teorema de Fermat.

Andrew Wiles, de la universidad de Princeton, acababa de anunciar una demostración de la famosa conjetura, aunque sus colegas seguían escrutando su trabajo y todavía no se había emitido un veredicto final.

—Hasta ahora la física no lo necesitaba.

—¿Qué quieres decir con «hasta ahora»? —protesté—. El último teorema de Fermat nunca ha tenido (y nunca tendrá) nada que ver con ninguna rama de la física.

Alison ocultó su sonrisa.

—No claro, con ninguna rama. Pero sólo porque la clase de sistemas físicos cuyo comportamiento depende de él es ridículamente específico: los cerebros de los matemáticos que están intentando validar la demostración de Wiles.

»Piénsalo. Desde el momento en que te pones a intentar demostrar un teorema, aunque las matemáticas sean tan «puras» que no afecten en modo alguno a ningún objeto en el universo... ya te están afectando a ti mismo. Tienes que elegir algún proceso físico para probar el teorema; puedes usar un ordenador, o un boli y un papel... o simplemente puedes cerrar los ojos y ponerte a jugar con tus neurotransmisores. No hay nada que pueda llamarse una demostración que no dependa de acontecimientos físicos, y que estén dentro o fuera de tu cráneo no los hace menos reales.

—Muy bien —concedí de mala gana—. Pero eso no significa que...

—Y puede que el cerebro de Andrew Wiles (y su cuerpo y su cuaderno) constituyera el primer sistema físico cuyo comportamiento dependía de que el teorema fuera verdadero o falso. Pero no creo que las acciones humanas tengan un papel especial... y si un enjambre de quarks hubiera hecho lo mismo a ciegas, quince mil millones de años antes (si hubiera ejecutado una interacción totalmente aleatoria que resultó que de algún modo demostraba la conjetura), entonces esos quarks habrían construido el último teorema de Fermat mucho antes que Wiles. Nunca lo sabremos.

Abrí la boca para protestar que ningún enjambre de quarks podía haber comprobado el número infinito de casos que comprendía el teorema, pero me contuve justo a tiempo. Eso era cierto, pero no había impedido que Wiles lo intentara. Una secuencia finita de pasos lógicos relacionaba los axiomas de la teoría de números — que incluía algunas generalizaciones simples sobre todos los números— con la propia afirmación radical de Fermat. Y si un matemático podía poner a prueba esos pasos lógicos manipulando un número finito de objetos físicos durante un periodo de tiempo finito —tanto daba que fueran marcas de lápiz sobre un papel, o neurotransmisores en su cerebro—, entonces cualquier tipo de sistema físico podía, en teoría, imitar la estructura de la demostración... fuera consciente o no de lo que estaba «demostrando».

Me recliné en el banco e hice como que me tiraba de los pelos.

—¡Si no era un platónico recalcitrante, me estás obligando a serlo» El último teorema de Fermat no necesitaba que nadie lo demostrara o que un conjunto aleatorio de quarks lo descubriera por casualidad. Si es verdadero, siempre fue verdadero. Todo lo que implica un conjunto de axiomas dado está lógicamente conectado con ellos, siempre, eternamente... aunque las personas (o los quarks) no sean capaces de seguir la lógica de esas conexiones en el tiempo de vida del universo.

Nada de esto convencía a Alison. Cada vez que mencionaba las «verdades infinitas y eternas» se le dibujaba una falsa sonrisa en las comisuras de la boca, como si yo estuviera afirmando mi creencia en Papá Noel.

—Entonces, ¿quién o qué llevó al límite las consecuencias del «Existe una entidad que llamamos cero» y el «Todo número X tiene un sucesor», etcétera, hasta llegar al último teorema de Fermat y aún más lejos, antes de que el universo pudiera demostrar nada?

Me mantuve en mis trece.

—Lo que está unido mediante la lógica está sencillamente... unido. No tiene que ocurrir nada: nada ni nadie tiene que «llevar al límite» las consecuencias de nada para que éstas existan. ¿O acaso crees que los primeros acontecimientos después del Big Bang, las primeras vibraciones violentas del plasma de gluones y quarks, se pararon a pensar cómo resolvían todas las inconsistencias lógicas? ¿Crees que los quarks

razonaron: «Bueno, hasta ahora hemos hecho A y B y C, pero ahora no debemos hacer D, porque D sería lógicamente inconsistente con el resto de las matemáticas que hemos inventado hasta ahora»... aunque para explicar la inconsistencia hiciera falta una demostración de quinientas mil páginas?

Alison se lo pensó un momento.

—No. Pero, ¿y si el acontecimiento D tuvo lugar de todos modos? ¿Y si las matemáticas que implicaba eran lógicamente inconsistentes con el resto, pero aun así siguió adelante y tuvo lugar... porque el universo era demasiado joven para poder calcular el hecho de que había una discrepancia?

Me debí de quedar ahí sentado, mirándola boquiabierto unos diez segundos. Teniendo en cuenta las ortodoxias que habíamos estado absorbiendo durante los dos últimos años y medio, esto era una auténtica barbaridad.

—¿Estás diciendo que... es posible que las matemáticas estén plagadas de defectos de consistencia primordiales? ¿Del mismo modo que el espacio puede estar plagado de cuerdas cósmicas?

—Exactamente. —Me sostuvo la mirada como si tal cosa—. Si el espacio-tiempo no encaja perfectamente consigo mismo, en todas partes, ¿por qué tendría que hacerlo la lógica matemática?

Casi me atraganto.

—¿Por dónde empiezo? ¿Qué se supone que ocurre cuando un sistema físico intenta relacionar teoremas a través del defecto? Si el teorema D se ha convertido en «verdadero» gracias a unos cuantos quarks entusiastas, ¿qué sucede cuando programamos un ordenador para refutarlo? Cuando el software sigue todos los pasos lógicos que conectan A, B y C (pasos que los quarks también han hecho verdaderos) con la contradicción, el temido no-D, ¿lo consigue o no?

Alison eludió la pregunta.

—Supón que los dos son verdaderos: D y no-D. Suena como el fin de las matemáticas, ¿no? Todo el sistema se viene abajo, al instante. Partiendo de D y de no-D juntos puedes demostrar lo que quieras: uno es igual a cero, la noche equivale al día. Pero ésa es la vieja y aburrida visión platónica en la que la lógica se desplaza más rápido que la velocidad de la luz y los cálculos se hacen en un santiamén. La gente vive con teorías que son omega inconsistentes, ¿no es cierto?

Las teorías de números omega inconsistentes eran versiones no estándar de la aritmética basadas en axiomas que «casi» se contradecían unos a otros; lo que las salvaba era que las contradicciones sólo aparecían en «demostraciones infinitamente largas» (que formalmente se rechazaban, y además eran físicamente imposibles). Eran matemáticas modernas perfectamente respetables, pero Alison parecía dispuesta a sustituir «infinitamente largas» por un simple «largas», como si en la práctica fueran casi lo mismo.

—A ver si te entiendo —dije—. ¿De lo que estás hablando es de coger la aritmética ordinaria (ningún axioma de los raros e ilógicos, sólo lo que cualquier niño de diez años «sabe» que es verdad) y demostrar que es inconsistente en un número de pasos finito?

Asintió alegremente.

—Finito pero grande. Con lo que la contradicción se manifestaría físicamente muy pocas veces; sería «computacionalmente distante» de los cálculos y de los acontecimientos físicos corrientes. Quiero decir... una cuerda cósmica perdida en alguna parte no destruye el universo, ¿verdad? No le hace daño a nadie.

—Siempre que no te acerques mucho —dije con sorna—. Siempre que no la arrastres hasta el sistema solar y la dejes dar bandazos por ahí cortando planetas en rodajas.

—Exactamente.

Le eché un vistazo al reloj.

—Hora de bajar a la Tierra, me temo. ¿Sabes que hemos quedado con Julia y Ramesh...?

Alison suspiró teatralmente.

—Lo sé, lo sé. Y esto los mataría de aburrimiento, pobrecitos; ya no hablo más del tema, lo prometo. —Y luego añadió perversamente—: Los estudiantes de letras son tan miopes.

Nos pusimos en marcha por el tranquilo y frondoso campus. Alison mantuvo su palabra y caminamos en silencio; si hubiéramos seguido discutiendo hasta el último momento habría sido más difícil evitar el tema estando con gente civilizada.

Sin embargo, a medio camino de la cafetería, no pude aguantarme.

—Si alguien en algún momento programara en serio un ordenador para que siga una cadena de inferencias a través del defecto, ¿qué crees que pasaría en realidad? Cuando el resultado final de todos esos simples e inequívocos pasos lógicos apareciera finalmente en la pantalla, ¿qué grupo de quarks primordiales ganaría la contienda? Y por favor no me vengas con que el ordenador entero desaparece oportunamente.

Alison, por fin, sonrió irónicamente.

—Seamos serios, Bruno. ¿Cómo esperas que te responda si las matemáticas necesarias para predecir el resultado ni siquiera existen todavía? Nada de lo que yo pueda decirte sería verdadero o falso hasta que alguien se ponga a ello y haga el experimento.

Me pasé casi todo el día intentando convencerme de que no me seguía ningún cómplice (o rival) de la cirujana, alguien que pudiera haber estado merodeando fuera del hotel. Intentar despistar a alguien que no sabía si realmente existía me hacía sentir

una especie de agobio kafkiano: no podía buscar una cara concreta en la multitud, sólo la idea abstracta de un perseguidor. Ya era demasiado tarde para pensar en hacerme la cirugía estética para parecer un chino de la etnia han (en Vietnam Alison lo mencionó como una opción seria), pero Shanghai tenía más de un millón de residentes extranjeros, así que con un poco de cuidado hasta un angloparlante de origen italiano debería ser capaz de pasar desapercibido.

Si yo era o no capaz de hacerlo era otra cuestión.

Intenté unirme a los turistas que avanzaban como regueros de hormigas y me dejé llevar por la corriente. Fui desde la desquiciante aglomeración del bazar Yuyuan (donde estantes repletos de PCs de pulsera a diez céntimos, lentes de contacto sensibles al estado de ánimo y lo último en implantes vocales de karaoke compartían espacio con jaulas de bambú llenas de patos y palomas vivos) hasta la que fuera residencia de Sun Yatsen (por quien había un renovado interés gracias a una miniserie de la Phoenix TV que se anunciaba en diez mil autobuses y en cien mil camisetas). Desde la tumba del escritor Lu Xun («Piensa y estudia siempre... Visita a los generales, después a las víctimas; contempla las realidades de tu tiempo con los ojos abiertos»; nunca lo verás en una miniserie) hasta el McDonalds de Hongkou (donde regalaban figuritas de plástico de Andy Warhol por motivos que se me escapaban).

Hice como que disfrutaba mirando los escaparates entre los templos, pero mi lenguaje corporal era lo bastante hostil como para espantar a cualquier occidental que intentara entablar conversación por muy solo que se sintiera. Por regla general los extranjeros pasaban desapercibidos en casi toda la ciudad, pero aquí saltaban claramente a la vista, incluso entre ellos mismos. Hice todo lo que pude para no darle a nadie la menor excusa para que me recordara.

De vez en cuando miraba por si había mensajes de Alison, pero no los había. Yo le dejé cinco. Marcas de tiza pequeñas y abstractas en las marquesinas de los autobuses y en los bancos de los parques —todas ligeramente distintas, pero todas decían lo mismo: HA ESTADO CERCA, PERO AHORA ESTOY A SALVO. SIGO ADELANTE.

Para cuando anocheció ya había hecho todo cuanto estaba en mi mano por librarme de mi seguidor hipotético, así que me dirigí al siguiente hotel de la lista que habíamos acordado pero no escrito. La última vez que nos vimos las caras, en Hanoi, me había burlado de los meticulosos preparativos de Alison. Ahora me arrepentía de no haberle suplicado que ampliara nuestro lenguaje secreto para incluir contingencias más extremas. GRAVEMENTE HERIDO. TE TRAICIONÉ BAJO TORTURA. LA REALIDAD SE DESMORONA. POR LO DEMÁS TODO BIEN.

El hotel de Huaihai Zhonglu era un poco mejor que el último, pero no con tanta clase como para no aceptar metálico. El recepcionista me dio conversación educadamente y yo le mentí lo mejor que pude sobre mis planes de pasar una semana

haciendo turismo antes de irme a Pekín. Al botones se le escapó una sonrisita cuando le di una propina demasiado grande y después me quedé sentado cinco minutos en la cama, preguntándome qué significado se podía inferir de eso.

Habia perdido completamente el sentido de la proporción.

Industrial Algebra podía haber sobornado a todos los empleados de todos los hoteles de Shanghai para que nos buscaran, pero eso equivalía prácticamente a decir que, en teoría, podía haber replicado nuestros doce años de búsqueda de defectos, y entonces no estaría persiguiéndonos. Estaba claro que querían lo que teníamos, y mucho, pero, ¿qué podían hacer realmente al respecto? ¿Pedirle un préstamo a un banco comercial (o a la mafia, o a una triada)? Eso habría funcionado si la carga hubiera sido un kilogramo de plutonio extraviado, o una valiosa secuencia de genes, pero sólo unos pocos cientos de miles de personas en el planeta serían capaces de entender lo que era el defecto, incluso teóricamente. Sólo una fracción de ese número creería que tal cosa era posible realmente, y menos todavía eran lo bastante neos y lo bastante inmorales como para invertir en el negocio de explotarlo.

Aunque las apuestas parecían ser infinitamente altas, los jugadores no eran omnipotentes.

De momento.

Me cambié las vendas del brazo, de un calcetín pasé a un pañuelo, pero la incisión era más profunda de lo que pensaba y seguía sangrando un poco. Salí del hotel y a diez minutos encontré justo lo que necesitaba en una tienda veinticuatro horas. Crema reparatejidos de calidad quirúrgica: una mezcla de adhesivo hecho de colágeno, antiséptico y factores de crecimiento. La tienda ni siquiera se especializaba en productos de farmacia: simplemente acumulaba pasillo tras pasillo atestado de todo tipo de cosas sueltas sin sentido, todas colocadas bajo los imperturbables paneles blanco azulados del techo. Latas de comida, piezas de PVC para fontanería, medicinas tradicionales, anticonceptivos para ratas, vídeo ROMS. Era una profusión aleatoria, una diversidad casi orgánica, como si los productos hubiesen crecido en las estanterías a partir de unas esporas que hubieran llegado allí arrastradas por el viento.

Me dirigí de vuelta al hotel abriéndome paso entre una muchedumbre que no daba tregua, seducido y asqueado a partes iguales por el olor a comida, desorientado ante la interminable sucesión de hologramas y luces de neón en un idioma que apenas entendía. Quince minutos después, aturdido por el bullicio y la humedad, me di cuenta de que me había perdido.

Me paré en una esquina e intenté orientarme. Shanghai se extendía en torno a mí, densa y fastuosa, sensual y despiadada: una simulación económica darwinista que se autogestionaba al borde del desastre. El Amazonas del comercio; esta ciudad de diecisiete millones de habitantes tenía más industrias, más exportadores e importadores, más mayoristas y minoristas, comerciantes y distribuidores y

recicladores y personas que rebuscan en la basura, más multimillonarios y más mendigos, que la mayoría de los países del planeta.

Por no hablar de más capacidad de cálculo.

Después de varias décadas, China propiamente dicha estaba llegando a la cúspide de su transición desde el comunismo totalitario sin concesiones hasta el capitalismo totalitario sin escrúpulos: una lenta y perfecta transformación de Mao en Pinochet aplaudida con entusiasmo por sus socios comerciales y las agencias financieras internacionales. No había hecho falta ninguna contrarrevolución; había bastado con ir acumulando capa tras capa de una jeringonza razonada con esmero para allanar el camino que iba desde la antigua doctrina hasta la sorprendente (por obvia) conclusión de que la propiedad privada, una clase media próspera y unos cuantos billones de dólares en inversión extranjera eran exactamente lo que el Partido había estado buscando desde el principio.

El aparato policial del estado seguía siendo tan esencial como siempre Había que vigilar a los sindicalistas con sus decadentes ideas burguesas sobre salarios no competitivos, a los periodistas con sus nociones contrarrevolucionarias sobre sacar a la luz la corrupción y el nepotismo y a un sinnúmero de activistas políticos subversivos que divulgaban su propaganda desestabilizadora sobre la fantasía de las elecciones libres.

De alguna manera, Luminoso era un producto de esta extraña y paulatina transición de comunismo a no-comunismo. Nadie más, ni siquiera la clase dirigente de la investigación militar de los EE.UU., poseía una máquina autónoma tan potente. Hacía tiempo que el resto del mundo había sucumbido al encanto de las redes, que había cambiado sus imponentes superordenadores, con su fastidiosa arquitectura y sus chips hechos a medida, por unos cuantos cientos de nuevas estaciones de trabajo producidas en masa. De hecho, las mayores hazañas de cálculo del siglo XXI habían pasado a ejecutarse en Internet, en las máquinas de miles de voluntarios que cedían sus procesadores cuando no los iban a utilizar. Así fue como Alison y yo trazamos el mapa del defecto la primera vez: siete mil matemáticos aficionados nos habían estado siguiendo la broma durante doce años.

Pero ahora la red era justo lo contrario de lo que necesitábamos y sólo Luminoso podía sustituirla. Y aunque sólo se lo pudiera permitir la República Popular, y sólo lo pudiera construir el Instituto Popular de Ingeniería Óptica Avanzada... la Corporación QIPS de Shanghai era la única en todo el mundo que podía vender tiempo en él, mientras se seguía utilizando para crear modelos de ondas expansivas de bombas de hidrógeno, cazabombarderos sin piloto y exóticas armas antisatélite.

Por fin logré descifrar las señales de la calle y me di cuenta de lo que había hecho: me había metido por la calle que no era al salir del mercado, tan simple como eso.

Volví sobre mis pasos y todo volvió a sonarme en seguida.

Cuando abrí la puerta de mi habitación Alison estaba sentada en la cama.

—¿Qué pasa con las cerraduras en esta ciudad? —dije.

Nos dimos un abrazo rápido. Habíamos sido amantes, pero eso se había acabado hacía mucho tiempo. Luego fuimos amigos durante años pero aun no tenía claro que ésa fuera la palabra correcta. Ahora toda nuestra relación era demasiado funcional y espartana. Ahora todo tenía que ver con el defecto.

—Recibí tu mensaje —dijo—, ¿Qué pasó?

Le describí los acontecimientos de la mañana.

—¿Sabes lo que tenías que haber hecho?

Eso me dolió.

—Sigo aquí, ¿no? La carga está a salvo.

—Tenías que haberla matado, Bruno.

Me reí. Alison me lanzó una mirada plácida y yo miré a otro lado. No sabía si lo decía en serio y la verdad es que no quería saberlo.

Me ayudó a ponerme la crema reparadora. Mi toxina no era ninguna amenaza para ella: en Hanoi nos habíamos inoculado exactamente los mismos simbioses, el mismo genotipo del mismo lote exclusivo. Pero era extraño sentir sus dedos desnudos en mi piel agrietada, sabiendo que nadie más en el planeta podía tocarme así, con impunidad.

Lo mismo podía decir del sexo, pero no quería pensar demasiado en eso.

Me estaba poniendo la chaqueta cuando dijo:

—Adivina lo que vamos a hacer mañana a las cinco de la madrugada.

—No me lo digas: ¿yo vuelo a Helsinki y tú a Ciudad del Cabo? Para despistarlos un poco.

Conseguí arrancarle una leve sonrisa.

—No. Hemos quedado con Yuen en el Instituto y disponemos de media hora con Luminoso.

—Eres genial. —Me incliné y le di un beso en la frente—. Pero siempre supe que lo conseguirías.

Y tendría que haber estado loco de contento, pero lo cierto era que se me revolvían las tripas; me sentía casi tan atrapado como cuando me desperté esposado a la cama. Si Luminoso hubiera seguido estando fuera de nuestro alcance (y así debería haber sido, puesto que con la tarifa actual no podíamos permitirnos ni un microsegundo), no nos habría quedado más remedio que destruir todos los datos y esperar a ver qué pasaba. Era obvio que Industrial Algebra había obtenido unos cuantos miles de fragmentos de los cálculos originales de Internet, pero estaba claro que aunque supieran con exactitud en qué consistía nuestro descubrimiento, no tenían

ni idea de dónde lo habíamos encontrado. Si hubieran tenido que empezar su propia investigación desde cero —limitados a su propio equipamiento privado por la necesidad de secretismo— podrían haber tardado siglos.

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás y abandonarlo todo a su suerte. íbamos a tener que enfrentarnos al defecto en persona.

—¿Cuánto has tenido que contarle?

—Todo. —Se acercó al lavabo, se quitó la camiseta y empezó a secarse el sudor del cuello y del torso con una toallita—. Todo menos darle el mapa. Le mostré los algoritmos de búsqueda y los resultados y todos los programas que tendremos que ejecutar en Luminoso; sin los valores específicos de los parámetros, pero lo suficiente para que validara las técnicas. Quería ver una prueba fehaciente del defecto, claro, pero por ahí no pasé.

—¿Y cuánto se creyó?

—No ha hecho ningún comentario. El trato es que tenemos media hora de acceso sin restricciones, pero él puede observar todo lo que hagamos.

Asentí, como si mi opinión contara para algo, como si tuviéramos otra opción. Yuen Ting-Fu había sido el director de la tesis de Alison sobre aplicaciones avanzadas de la teoría de anillos, cuando estudiaba en la universidad de Fu-tan a finales de los noventa. Ahora era uno de los criptógrafos más importantes del mundo, trabajaba como consultor para el ejército, los servicios de inteligencia de algunos estados y unas cuantas multinacionales. Alison me contó una vez que se rumoreaba que había descubierto un algoritmo de tiempo polinómico para calcular el producto de dos números primos; nunca se confirmó oficialmente, pero su reputación era tan grande que conforme se difundía el rumor casi todo el mundo dejó de utilizar el antiguo método de encriptación RSA. No me extrañaba que pudiera solicitar acceso a Luminoso, pero eso no quería decir que no pudiera acabar encerrado en una cárcel veinte años por regalárselo a la gente equivocada, por las razones equivocadas.

—¿Y te fias de él? —dije—. Puede que ahora no crea en el defecto, pero cuando se convenza...

—Querrá exactamente lo mismo que nosotros. De eso estoy segura.

—Vale. Pero, ¿cómo puedes estar segura de que IA no va estar mirando también? Si han deducido por qué estamos aquí y han sobornado a alguien...

Alison me cortó con impaciencia.

—Hay cosas que todavía no se pueden comprar en esta ciudad. Espiar una máquina militar como Luminoso sería un suicidio. Nadie se arriesgaría.

—¿Y qué me dices de espiar proyectos no autorizados que se ejecutan en una máquina militar? Puede que los delitos se cancelen mutuamente y acabes como un héroe.

Se me acercó, medio desnuda, secándose el pelo con mi toalla.

—Esperemos que no.

De repente me eché a reír.

—¿Sabes lo que más me gusta de Luminoso? Que en realidad no dejan que Exxon y McDonnell-Douglas utilicen la misma máquina que el Ejército Popular de Liberación. Porque el ordenador entero desaparece cada vez que lo desenchufan. Si lo miras de este modo, no hay ninguna paradoja.

Alison insistió en que nos turnáramos para hacer guardia. Hacía veinticuatro horas podría haber hecho un chiste al respecto; en ese momento me limité a aceptar el revólver que me entregó. Me senté y me quedé mirando la puerta en la oscuridad teñida de neón. Ella no tardó ni un segundo en meterse en la cama.

El hotel había estado tranquilo toda la noche, pero a partir de ese momento cobró vida. Cada cinco minutos se oían pasos en el pasillo y en las paredes las ratas rebuscaban comida, follaban y puede que hasta dieran a luz. A lo lejos se oía el quejido de las sirenas de policía; abajo, en la calle, una pareja se gritaba. En alguna parte había leído que Shanghai era la capital mundial del crimen; ¿pero lo era *per cápita* o en total?

Pasó una hora y estaba tan nervioso que no sé cómo no me volé un pie. Descargué el arma y me puse a jugar a la ruleta rusa con el cañón vacío. A pesar de todo, aún no estaba listo para meterle una bala en el cerebro a nadie por defender los axiomas de la teoría de números.

Industrial Algebra se había puesto en contacto con nosotros de manera perfectamente civilizada. Eran una empresa pequeña pero agresiva situada en el Reino Unido. Diseñaban equipos informáticos especializados y de alto rendimiento para aplicaciones industriales y militares. No era raro que hubiesen oído hablar de la investigación (se había debatido en Internet durante años, incluso se habían hecho bromas a su costa en algunas publicaciones de matemáticas serias), pero nos pareció una extraña coincidencia que se pusieran en contacto con nosotros justo unos días después de que Alison me enviara un mensaje privado desde Zurich donde mencionaba el último resultado «prometedor». Después de media docena de falsas alarmas —todas provocadas por fallos y errores en los sistemas— dejamos de hacer públicos los descubrimientos sin confirmar. Nadie sabía de nuestros progresos, ni siquiera la gente que donaba tiempo de ejecución al proyecto. Temíamos que si volvíamos a meter la pata la mitad de nuestros colaboradores se enfadaría y dejaría de ayudarnos.

IA nos ofreció una generosa fracción de su capacidad de cálculo en la red privada de la empresa; mucho más de lo que habíamos recibido de cualquier otro donante, con diferencia. ¿Por qué? La respuesta variaba. Su gran respecto por las matemáticas puras... su actitud jovial y abierta ante la vida... su deseo de que los vieran como los

patrocinadores de un proyecto tan descabellado y vanguardista, y con tan pocas probabilidades de éxito, que hacía que el SETI pareciera una aburrida inversión de rentabilidad segura. Finalmente admitieron que se trataba de una apuesta desesperada por mejorar la imagen de la empresa tras años de mala prensa provocada por lo que ciertos gobiernos indeseables hacían con las bombas inteligentes que fabricaban con tanto orgullo.

Declinamos su oferta con amabilidad. Nos ofrecieron trabajos de consultoría muy bien remunerados. Perplejos, suspendimos todos los cálculos que se hacían en la red y empezamos a cifrar nuestro correo (usábamos un algoritmo sencillo pero muy efectivo que Alison había aprendido de Yuen).

Alison había estado recopilando los resultados de la investigación en su propia estación de trabajo, en su casa actual de Zurich, mientras yo ayudaba a coordinar las cosas desde Sydney. Era evidente que IA había espiado los datos que fuimos obteniendo, pero estaba claro que habían empezado a reunir la información necesaria para crear su propio mapa demasiado tarde; por separado, los fragmentos de los cálculos no tenían mucho sentido. Pero cuando robaron la estación de trabajo (todos los archivos estaban cifrados, por lo que no les podía aportar mucho) nos vimos finalmente obligados a preguntarnos: «Si resulta que el defecto es auténtico, si la broma no es una broma... entonces, ¿qué es exactamente lo que está en juego? ¿Cuánto dinero? ¿Cuánto poder?».

El 7 de junio de 2006 nos reunimos en una sofocante y abarrotada plaza de Hanoi. Alison no perdió el tiempo. Llevaba una copia de seguridad de los datos de la estación de trabajo robada en su agenda, y con solemnidad afirmó que esta vez el defecto era real.

El minúsculo procesador de la agenda habría tardado siglos en repetir el largo y aleatorio barrido del espacio de sentencias aritméticas que se había realizado en la red, pero si se le indicaban directamente los cálculos principales, podía confirmar la existencia del defecto en cuestión de minutos.

El proceso empezaba con la sentencia S. La sentencia S era una proposición sobre algunos números ridículamente grandes, pero en sí misma no era matemáticamente sofisticada o polémica en ningún sentido. No se afirmaba nada sobre conjuntos infinitos, ni se hacían proposiciones sobre «cualquier número entero». Simplemente se decía que ciertos cálculos (complejos) realizados en ciertos números enteros (muy grandes) daban ciertos resultados; en esencia, no era distinto de algo como « $5+3 = 4 \times 2$ ». Con lápiz y papel se habrían tardado diez años en confirmarlo, pero habría bastado con las matemáticas de primaria y un montón de paciencia. Una proposición como ésta no podía ser indecidible; o era verdadera o era falsa.

La agenda decidió que era verdadera.

Luego la agenda cogió la sentencia S y... tras cuatrocientos veintitrés sencillos

pasos de una lógica impecable, la utilizó para demostrar no-S.

Repetí los cálculos en mi propia agenda utilizando un paquete de aplicaciones distinto. El resultado fue exactamente el mismo. Me quedé mirando la pantalla, tratando de inventarme alguna razón plausible por la que dos máquinas distintas que ejecutaban dos programas distintos podían dar exactamente el mismo fallo. Se conocían casos en los que una sola errata en un algoritmo de un libro de texto de informática había dado lugar a miles de programas inútiles. Pero en este caso las operaciones eran demasiado básicas y sencillas.

Lo que dejaba sólo dos opciones. O bien la aritmética convencional era intrínsecamente imperfecta, y en última instancia el ideal platónico de los números naturales se contradecía a sí mismo; o bien Alison tenía razón y hace miles de millones de años surgió una aritmética alternativa que funcionaba en una región «computacionalmente remota».

Me afectó mucho, pero mi primera reacción fue intentar quitarle importancia al resultado.

—Los números que se están manipulando aquí son mayores que el volumen del universo observable, medido en longitudes de Planck cúbicas. Si IA esperaba utilizar esto en sus transacciones de moneda extranjera, creo que han cometido un pequeño error de escala.

Pero según lo iba diciendo me daba cuenta de que no era tan sencillo. Los números en sí podían ser transastronómicos, pero en realidad lo que se había comportado de forma extraña en el plano físico eran los 1.024 bits de las representaciones binarias de la agenda. Cualquier verdad matemática implicaba y se reflejaba en un sinnúmero de formas distintas. Si una paradoja como ésta (que a primera vista sonaba como una disputa sobre números demasiado grandes para aplicárselos incluso a los debates cosmológicos más altisonantes) podía afectar al comportamiento de un chip de silicio de cinco gramos, estaba claro que en el planeta podía haber miles de millones de sistemas que corrían el riesgo de verse afectados por el mismo defecto.

Pero eso no era lo peor.

La teoría era que habíamos ubicado parte de la frontera que separaba dos sistemas de matemáticas incompatibles, que eran «físicamente verdaderos», en sus respectivos dominios. Cualquier secuencia de deducciones que permaneciera íntegramente en uno de los lados del defecto —tanto si era el «lado cercano», donde se aplicaba la aritmética convencional, como si era «lado remoto», donde se imponía la aritmética alternativa— no tendría contradicciones. Pero cualquier secuencia que cruzase la frontera daría lugar a absurdos: por lo tanto de S se podía llegar a no-S.

De tal manera que, examinando un gran número de cadenas de inferencia (algunas autocontradictorias y otras no), debería haber sido posible trazar con

precisión el área que circundaba el defecto; asignar cada proposición a un sistema o al otro.

Alison me enseñó el primer mapa que había elaborado. Representaba un borde fractal minuciosamente almenado, muy parecido al contorno entre dos cristales de hielo bajo el microscopio; como si los dos sistemas hubiesen estado extendiéndose de manera aleatoria desde puntos de partida distintos y hubiesen acabado chocando, impidiéndose el paso mutuamente. A estas alturas estaba dispuesto a creer que lo que estaba viendo era una imagen de la creación de las matemáticas: un fósil de los intentos primordiales para definir la diferencia entre lo verdadero y lo falso.

Luego sacó un segundo mapa del mismo conjunto de proposiciones y lo colocó encima del otro. El defecto, el borde, se había movido; había avanzando en algunas partes y retrocedido en otras.

Se me heló la sangre.

—Tiene que ser un error del software.

—No lo es.

Respiré hondo mientras recorría la plaza con la mirada, como si la masa indolente de turistas y vendedores ambulantes, compradores y ejecutivos, pudiera ofrecerme una verdad humana y sencilla más consistente que la mera aritmética. Pero lo único que me vino a la cabeza fue *1984*: Winston Smith, por fin subyugado a base de golpes, renunciando a cualquier tipo de razón al conceder que «dos y dos son cinco».

—Vale —dije—. Continúa.

—En el principio del universo algún sistema físico tuvo que comprobar las matemáticas aislado, separado de todos los resultados establecidos, lo que le permitía decidir el resultado al azar. Así es cómo surgió el defecto. Pero ahora todas las matemáticas de esta región ya han sido comprobadas, ya se han rellenado todos los huecos. Cuando un sistema físico comprueba un teorema en el lado cercano, no sólo ya ha sido demostrado miles de millones de veces antes, sino que también se han decidido todas las proposiciones lógicamente adyacentes que lo rodean, y ellas implican el resultado correcto en un solo paso.

—¿Quieres decir... que hay una presión de pares por parte de las proposiciones contiguas? ¿Que no se permite ninguna inconsistencia, que hay que ajustarse? ¿Si $x-1 = y-1$, y $X+1 = y+1$, entonces x tiene que ser por fuerza igual a y porque no hay nada cerca que permita lo contrario?

—Exactamente. La verdad se determina de forma local. Y lo mismo pasa si nos adentramos en el lado remoto. Las matemáticas alternativas han dominado allí y cualquier comprobación tiene lugar rodeada de teoremas establecidos que se refuerzan unos a otros y refuerzan el resultado correcto no estándar.

—Pero en el borde...

—En el borde todos los teoremas que se comprueban reciben instrucciones

contradictorias. Por un lado, $x-1 = y-1$... pero por el otro, $x+1 = y+2$. Y la topología del borde es tan compleja que un teorema del lado cercano puede tener más vecinos en el lado remoto que en su propio lado, y al revés.

—De manera que la verdad en el borde no es fija, ni siquiera ahora. Ambas regiones siguen teniendo la posibilidad de avanzar o retroceder. Todo depende del orden en que se comprueben los teoremas. Si se comprueba en primer lugar un teorema claramente situado en el lado cercano, y éste contribuye a consolidar a un vecino más vulnerable, eso puede garantizar que ambos permanezcan en el lado cercano.

Ejecutó una breve animación que demostraba el efecto.

—Pero si se invierte el orden, el más débil se vendrá abajo.

Observé, medio mareado. Verdades insondables pero supuestamente eternas caían como piezas de ajedrez.

—Y... ¿crees que en este preciso momento se están produciendo procesos físicos (acontecimientos moleculares fortuitos que sin quererlo siguen comprobando una y otra vez distintas teorías a lo largo del borde) que hacen que cada lado gane y pierda territorio?

—Sí.

—¿Entonces ha habido una especie de... marea aleatoria que ha estado subiendo y bajando entre dos tipos de matemáticas durante miles de millones de años?

Se me escapó una risa inquieta e hice algunos cálculos mentales aproximados.

—La esperanza matemática de un paseo aleatorio es la raíz cuadrada de N . No creo que tengamos que preocuparnos por nada. La marea no va a inundar la aritmética útil en el tiempo de vida del universo.

Alison sonrió sin humor y volvió a coger la agenda.

—¿La marea? No. Pero construir un canal es la cosa más fácil del mundo. Para influir en el flujo aleatorio.

Ejecutó una animación de una secuencia de comprobaciones que obligaba al sistema del lado remoto a retroceder en un frente pequeño; lo hacía aprovechando una «cabeza de playa» que se había formado al azar, y luego avanzando para socavar una sucesión de teoremas.

—Aunque imagino que a Industrial Algebra le interesaría más lo contrario. Establecer una red de estrechos canales de matemáticas no estándar que se adentren en el espacio de la aritmética convencional; canales que luego podrían utilizar contra ciertos teoremas con consecuencias prácticas.

Me quedé callado, intentando imaginarme unos tentáculos de aritmética contradictoria que llegaban hasta el mundo cotidiano. Era evidente que IA pretendía hilar muy fino con la esperanza de ganar unos cuantos miles de millones de dólares corrompiendo las matemáticas específicas que fundamentan algunas transacciones

financieras. Pero las consecuencias no se podrían predecir, ni controlar. No habría manera de limitar el efecto en el espacio. Podían apuntar a ciertas verdades matemáticas, pero no podían confinar los cambios en ninguna ubicación en concreto. «Unos cuantos miles de millones de dólares, unos cuantos miles de millones de neuronas, unos cuantos miles de millones de estrellas... unos cuantos miles de millones de personas». Cuando se vieran afectadas las reglas básicas de la numeración, los objetos más sólidos y definidos podían volverse tan inciertos como volutas de niebla. No era la clase de poder que yo le habría confiado a un cruce entre la Madre Teresa y Cari Friedrich Gauss.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Borrar el mapa y esperar que IA no sea capaz de encontrar el defecto sola?

—No.

Alison parecía sorprendentemente tranquila, pero claro, su filosofía, la que llevaba atesorando tanto tiempo, no había sido refutada sino que se acababa de confirmar, y en el vuelo desde Zurich había tenido tiempo de pensar en toda la *realmathematik*.

—Sólo hay una manera de asegurarse de que no lo puedan utilizar nunca. Tenemos que atacar primero. Tenemos que conseguir la capacidad de cálculo suficiente para trazar el mapa completo del defecto. Y luego tenemos dos opciones: o limamos el borde para que no pueda moverse (si se amputan las pinzas, no puede haber movimientos de pinzas); o (todavía mejor, si podemos conseguir los recursos) lo aplastamos, desde todos los ángulos, hasta que el sistema del lado remoto desaparezca.

—Hasta ahora sólo hemos trazado el mapa de una pequeña parte del defecto —dije tras un momento de duda—. No sabemos lo grande que puede ser el lado remoto. Sólo que no puede ser pequeño, de lo contrario las fluctuaciones aleatorias se lo habrían tragado hace mucho tiempo. Y por lo que sabemos, podría no tener límite; podría ser infinito.

Alison me miró de una manera extraña.

—Sigues sin entenderlo, ¿no, Bruno? Sigues pensando como un platónico. El universo sólo ha existido durante quince mil millones de años. No le ha dado tiempo a crear infinitos. El lado remoto no puede ser ilimitado, porque en alguna parte, lejos del defecto, existen teoremas que no pertenecen a ningún sistema. Teoremas que nunca se han tocado, que nunca se han verificado, que nunca se han declarado verdaderos o falsos.

»Y si tenemos que ir más allá de las matemáticas que existen en el universo para poder rodear el lado remoto... eso es lo que haremos. No tiene por qué ser imposible, siempre y cuando lleguemos primero.

Cuando Alison me substituyó a la una de la mañana, estaba seguro de que no me iba a dormir. Cuando me despertó tres horas más tarde, me sentía como si no lo hubiese hecho.

Con la agenda envié un código de activación a las memorias caché que corrían por nuestras venas, luego nos pusimos de pie, uno junto al otro, hombro con hombro. Los dos chips reconocieron sus respectivas firmas magnéticas y eléctricas, se interrogaron para cerciorarse y comenzaron a irradiar microondas de baja potencia. La agenda de Alison captó la transmisión y mezcló los dos flujos de datos complementarios. El resultado seguía estando cifrado en extremo, pero aun así, después de todas las precauciones que habíamos tomado hasta ahora, pasar el mapa a un miniportátil nos parecía tan seguro como tatuarnoslo en la frente.

Abajo nos esperaba un taxi. El Instituto Popular de Ingeniería Óptica Avanzada estaba en el sur de la ciudad, en Minhang, un enorme parque tecnológico a unos treinta kilómetros del centro. Avanzábamos en silencio por una luz gris que precedía al amanecer, dejando atrás torres de apartamentos feas y gigantes, el vómito arquitectónico de los terratenientes del nuevo milenio, y aguantábamos la fiebre mientras las necrotrampas y su carga se disolvían en nuestra sangre.

El taxi enfilaba una avenida llena de empresas aeroespaciales y biotecnológicas cuando Alison dijo:

—Si alguien pregunta, somos estudiantes de postgrado de Yuen y estamos comprobando una conjetura sobre topología algebraica.

—Y me lo dices ahora. ¿Supongo que no tienes en mente ninguna conjetura en concreto? ¿Y si nos piden más detalles?

—¿Sobre topología algebraica? ¿A las cinco de la mañana?

El edificio del Instituto no era lo que se dice imponente —una gran extensión de cerámica negra de tres pisos de alto—, pero tenía una verja electrificada de cinco metros y a la entrada se apostaban dos soldados armados. Pagamos al taxista y nos acercamos a pie. Yuen nos había facilitado pases de visitante, con fotografías y huellas dactilares. Los nombres eran los nuestros; no tenía sentido engañar más de lo necesario. Si nos descubrían, los pseudónimos sólo empeorarían las cosas.

Los soldados comprobaron nuestros pases y a continuación nos hicieron pasar por un escáner de resonancia magnética. Me obligué a respirar con calma mientras esperábamos los resultados; en teoría el escáner podía detectar las extrañas proteínas de nuestros simbioses, los restos de la descomposición de las necrotrampas y otra media docena de restos químicos sospechosos. Pero todo dependía de lo que estuvieran buscando. Se había catalogado el espectro de resonancia magnética de miles de millones de moléculas, pero ninguna máquina podía buscarlas todas a la vez.

Uno de los soldados me llevó aparte y me pidió que me quitara la chaqueta. Conseguí controlar una oleada de pánico y luego intenté no pasarme de listo: aunque

no tuviera nada que ocultar lo normal sería estar algo nervioso. Me tocó la venda del antebrazo con un dedo; la piel de alrededor seguía estando roja e inflamada.

—¿Qué es esto?

—Tenía un quiste. Me lo han quitado esta mañana.

Me miró con recelo y me quitó la venda adhesiva. No llevaba guantes. Ni siquiera me atreví a mirar. La crema reparadora debería haber sellado la herida completamente —en el peor de los casos aún quedaría algo de sangre coagulada y seca—, pero en la línea de la incisión podía sentir una ligera tibieza acuosa.

El soldado se rió al verme apretar los dientes y me indicó que me alejara con una expresión de desagrado. No sabía qué pensaba que podría haber estado ocultando, pero, al ir a ponerme la venda, vi que en la piel tenía algunas gotas de sangre fresca.

Yuen Ting-Fu nos estaba esperando en el vestíbulo. Era un hombre delgado de sesenta y muchos años. Llevaba puesto unos vaqueros y parecía estar en forma. Dejé que hablara Alison: pidió disculpas por la falta de puntualidad (aunque en realidad no habíamos llegado tarde), y le agradeció efusivamente por habernos concedido esta magnífica oportunidad de continuar con nuestra indigna investigación. Me quedé al margen e intenté parecer deferente, que era lo que se esperaba de mí. Cuatro soldados nos observaban impasibles; por lo visto todo este despliegue adulatorio no les parecía excesivo. Y lo cierto es que si en realidad hubiera sido un estudiante a quien le hubiesen concedido tiempo aquí para una tesis normal y corriente, me habría sentido apabullado.

Seguimos a Yuen, que andaba con grandes zancadas. Pasamos por un segundo puesto de control y por otro escáner (en esta ocasión nadie nos detuvo), y luego seguimos por un largo pasillo con un suelo de vinilo de color gris claro. Nos cruzamos con un par de técnicos en bata blanca, pero apenas se fijaron en nosotros. Me había imaginado que en un sitio como éste un par de extranjeros llamarían la atención tanto como si hubiéramos estado dando vueltas por una base militar, pero eso era absurdo. Las empresas extranjeras compraban la mitad del tiempo de ejecución de Luminoso, y la máquina no estaba conectada a ninguna red de comunicaciones, de modo que los usuarios de pago tenían que venir aquí en persona. La frecuencia con la que Yuen se agenciaba tiempo extra para sus alumnos —de la nacionalidad que fueran— era otra cuestión, pero si él pensaba que era la mejor tapadera para nosotros, yo no era quién para discutirlo. Lo que sí esperaba es que hubiese dejado un rastro impecable de mentiras convincentes en los registros de la universidad y demás instituciones, por si la administración del Instituto decidía comprobar nuestras credenciales.

Nos detuvimos en la sala de operaciones y Yuen se puso a hablar con los técnicos. Una de las paredes estaba cubierta con una serie de pantallas planas que mostraban histogramas de estado y diagramas técnicos. Parecía el centro de control de un

acelerador de partículas pequeño, lo que no distaba mucho de la verdad.

Luminoso era, literalmente, un ordenador hecho de luz. Existía cuando una cámara de vacío (un cubo de cinco metros de ancho) se llenaba con una onda estacionaria compleja. Ésta se creaba con tres inmensas matrices de rayos láser de gran potencia. Un haz de electrones coherente se introducía en la cámara y del mismo modo que una red muy fina hecha de materia sólida podía difractar un haz de luz, una configuración de luz lo bastante organizada (y lo bastante intensa) podía difractar un haz de materia.

Los electrones iban pasando por las distintas capas del cubo de luz, en cada fase se recombinaban e interferían, y cada cambio en sus fases y en sus intensidades ejecutaba el cálculo correspondiente. Todo el sistema se podía reconfigurar, nanosegundo a nanosegundo, para crear un «hardware» nuevo y complejo optimizado para los cálculos que tuviera que realizar en cada momento. Los superordenadores auxiliares que controlaban las matrices de rayos láser eran capaces de diseñar (y de construir al momento) la máquina de luz perfecta para llevar a cabo cualquier fase concreta de cualquier programa.

Se trataba, por supuesto, de una tecnología diabólicamente complicada, increíblemente cara y temperamental. La probabilidad de que acabara en el ordenador de sobremesa de un contable normal que jugara al *Tetris* era cero, por ello en Occidente nadie se había molestado en desarrollarla.

Y esta máquina engorrosa, tan poco práctica y tan difícil de manejar, era más rápida que todos los trozos de silicio que colgaban de Internet juntos.

Pasamos a la sala de programación. A primera vista, podría haber sido el centro de computación de una pequeña escuela de primaria. Sobre unas mesas de formica blanca había media docena de estaciones de trabajo totalmente normales. Sólo que eran las seis únicas en todo el mundo que estaban conectadas a Luminoso.

Ahora estábamos a solas con Yuen. Alison se saltó el protocolo y se limitó a mirarle buscando su aprobación. Luego procedió a conectar apresuradamente su agenda a una de las estaciones de trabajo y a descargar el mapa cifrado. Conforme ella tecleaba las instrucciones para decodificar el archivo dejaron de tener sentido todas las imágenes que pasaban por mi cabeza sobre qué habría pasado si hubiese envenenado al soldado de la entrada. Teníamos media hora para hacer desaparecer el defecto y seguíamos sin tener ni idea de hasta dónde llegaba.

Yuen se volvió hacia mí. La tensión en su cara delataba su nerviosismo, pero se permitió reflexionar en tono filosófico:

—Si nuestra aritmética parece fallar en el caso de estos números grandes, ¿quiere eso decir que las matemáticas, el ideal, son en realidad defectuosas y maleables, o sólo que el comportamiento de la materia siempre se queda corto con respecto al ideal?

—Si todas las clases de objetos físicos «se quedan cortas» exactamente del mismo modo —respondí—, ya sean cantos rodados o electrones o bolas de ábaco, ¿a qué obedece su comportamiento común, o qué lo define, si no es a las matemáticas?

Esbozó una sonrisa, perplejo.

—Alison pensaba que eras un platónico.

—Retirado. O... derrotado. No le veo sentido a hablar de que la teoría de números estándar sigue siendo verdadera para estas proposiciones (en un sentido platónico difícil de precisar) si ningún objeto real puede llegar a reflejar esa verdad.

—Pero sí podemos imaginárnoslo. Podemos contemplar la abstracción. Sólo renunciamos al acto físico de la validación. Piensa en la aritmética transfinita: nadie puede demostrar físicamente las propiedades de los infinitos de Cantor, ¿verdad? Lo único que podemos hacer es razonar acerca de ellos desde la distancia.

No contesté. Desde las revelaciones de Hanoi, podía decirse que había perdido la fe en mi capacidad para «razonar desde la distancia» sobre cualquier cosa que no pudiera describir personalmente en un folio con números arábigos. Tal vez el concepto de «verdad local» de Alison era todo lo que estaba a nuestro alcance; pretender ir más lejos empezaba a parecerse a la «física» de tebeo que consistía en ponerse a girar sobre uno mismo agarrando una viga de acero de diez mil millones de kilómetros de largo por una punta y predecir que la otra punta superaría la velocidad de la luz.

En la pantalla de la estación de trabajo apareció una imagen: empezó como el mapa del defecto que conocíamos, pero Luminoso ya lo estaba expandiendo a una velocidad pasmosa. Miles de millones de bucles inferenciales giraban en torno a los márgenes: algunos confirmaban sus propias premisas, y así delineaban regiones en las que imperaba sólo un tipo de matemáticas estable; otros se retorcían hasta contradecirse a sí mismos, revelando brechas en el borde. Intenté imaginar cómo sería recorrer mentalmente una de esas cintas de Moebius de lógica deductiva; los conceptos no eran complicados, lo que hacía que fuera imposible era la magnitud de las proposiciones. ¿Pero qué pasaría si pudiera seguir esa lógica contradictoria? ¿Acabaría balbuciendo como un loco, o cada uno de los pasos me parecería perfectamente razonable y la conclusión sencillamente inevitable? ¿Acabaría concediendo feliz y tranquilo que «dos y dos son cinco»?

Conforme el mapa crecía —la escala se iba reajustando para que cupiera en la pantalla, lo que daba la sensación de que nos alejábamos de las matemáticas extrañas lo más rápido que podíamos y escapábamos por los pelos de ser engullidos— Alison permanecía sentada, echada hacia delante, esperando a que se revelara la imagen completa. El mapa representaba la red de proposiciones como un enrevesado entramado tridimensional (una burda convención representacional, pero tan buena como cualquier otra). De momento, el límite entre ambas regiones no mostraba

signos de curvatura general, sólo se apreciaban incursiones aleatorias de distinto tamaño en ambas direcciones. Hasta donde sabíamos, era posible que las matemáticas del lado remoto acabaran envolviendo a las del lado cercano, que la aritmética que creíamos que se extendía hasta el infinito no fuera en realidad más que una isla diminuta en medio de un océano de verdades contradictorias.

Miré a Yuen, que observaba la pantalla incapaz de disimular su angustia.

—Cuando estudié vuestro software pensé: «Claro, esto parece que está bien, pero tiene que haber un fallo en sus máquinas. Luminoso los sacará de su error enseguida».

—Mira, está dando la vuelta —le interrumpió Alison exultante.

Tenía razón. Conforme la escala se reducía, los meandros fractales y aleatorios del borde por fin parecían adoptar una convexidad general... una convexidad del lado remoto. Era como si el punto de vista retrocediera ante un erizo de mar gigante y espinoso. En cuestión de minutos, el mapa mostraba un tosco hemisferio decorado con complicadas extrusiones cristalinas de todos los tamaños. Ahora la sensación de estar observando unos restos paleomatemáticos era más intensa que nunca: parecía como si este extraño grupo de teoremas hubiera surgido de una premisa central para llenar el vacío de verdades no reclamadas, tal vez una mil millonésima parte de segundo después del Big Bang, sólo para ser detenido al encontrarse con nuestras propias matemáticas.

El hemisferio se expandió lentamente hasta alcanzar los tres cuartos de esfera... y luego formó un todo espinoso. El lado remoto tenía límite, era finito. Era la isla, no nosotros.

Alison se rió nerviosa.

—¿Era así antes de que empezáramos, o hemos sido nosotros los que hemos hecho que lo fuera?

¿Había contenido el lado cercano al lado remoto durante miles de millones de años, o había sido Luminoso el que había abierto nuevos caminos, expandiendo activamente el lado cercano hacia territorios matemáticos que no habían sido verificados nunca antes por ningún sistema físico?

Nunca lo sabríamos. Habíamos diseñado el software para que siguiera trazando el mapa de modo que cualquier proposición no reclamada pasara instantáneamente a engrosar las filas del lado cercano. Si nos hubiéramos adentrado a ciegas, hasta llegar al vacío, podríamos haber acabado verificando una proposición aislada, y sin darnos cuenta habríamos originado unas nuevas matemáticas alternativas con las que lidiar.

—Vale —dijo Alison—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Intentamos sellar el borde o borramos la estructura entera?

Por su parte el software estaba evaluando la dificultad relativa de ambas tareas.

—Sellamos el borde, nada más —respondió Yuen de repente—. No podéis

destruirlo. —Se volvió hacia mí, suplicante—. ¿Aplastaríais un fósil de *Australopitecus*? ¿Borraríais del cielo la radiación cósmica de fondo? Puede que esto ponga en tela de juicio todas mis creencias, pero en ello se inscribe la verdad sobre nuestra historia. No tenemos derecho a destruirlo como bárbaros.

Alison me dirigió una mirada nerviosa. ¿De qué iba esto? ¿Había que votar? Yuen era el único que podía decidir; podía desenchufarlo en cualquier momento. Sin embargo su actitud dejaba claro que quería un consenso; quería que le apoyáramos en su decisión.

—Si alisamos el borde —dije con cautela— será prácticamente imposible que IA se aproveche del defecto, ¿no?

Alison negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Puede que haya un componente cuántico de defecciones espontáneas, incluso para las proposiciones que aparentan estar en perfecto equilibrio.

—En ese caso podría haber defecciones espontáneas en cualquier parte —contestó Yuen—, incluso lejos del borde. Borrando toda la estructura no se garantiza nada.

—¡Se garantiza que IA no la encuentre! Puede que haya defecciones concretas en todo momento, pero la próxima vez que se comprueben siempre acabarán revirtiendo. Están rodeadas de contradicciones explícitas; es imposible que se afiancen. No se pueden comparar unos cuantos errores transitorios con este... arsenal de contramatemáticas.

El defecto se erizaba en la pantalla como un abrojo gigante Expectantes, Alison y Yuen se volvieron hacia mí. Justo cuando abrí la boca la estación de trabajo emitió un pitido. El software había examinado las alternativas al detalle: Luminoso tardaría veintitrés minutos y diecisiete segundos en destruir por completo el lado remoto; más o menos un minuto por debajo del tiempo que nos quedaba. En sellar el borde tardaría más de una hora.

—No puede ser correcto —dije.

—Pero lo es —protestó Alison—. En el borde se producen interferencias aleatorias que provienen de otros sistemas todo el tiempo, y hacer cualquier cosa complicada significa tratar con ese ruido, enfrentarse a él. Cargar hacia delante y hundir el borde es otra historia: puedes explotar el ruido para acelerar el avance. No es una cuestión de «tratar con una mera superficie» o «tratar con todo un volumen». Es más parecido a... intentar esculpir una isla como un círculo totalmente perfecto con las olas rompiendo constantemente en la playa o arrasarlo todo y hundirlo en el océano.

Nos quedaban treinta segundos para decidirnos, o bien hoy no haríamos ni una cosa ni la otra. Y tal vez Yuen tuviera los recursos para mantener el mapa fuera del

alcance de IA durante el mes o más que tendríamos que esperar para tener otra sesión con Luminoso, pero yo no estaba preparado para vivir con esa clase de incertidumbre.

—Yo digo que nos libremos de todo. Hacer menos es demasiado peligroso. Los futuros matemáticos podrán estudiar el mapa de todos modos; y si nadie se cree que el defecto existió de verdad, qué le vamos a hacer. IA nos pisa los talones. No podemos arriesgarnos.

Alison tenía una mano levantada sobre el teclado. Me volví hacia Yuen; angustiado, miraba fijamente al suelo. Nos había dejado exponer nuestros puntos de vista, pero al final la decisión era suya.

Levantó la vista y en tono triste pero con decisión dijo:

—De acuerdo. Hazlo.

Alison pulsó la tecla cuando quedaban unos tres segundos. Me hundí en la silla, mareado de alivio.

Contemplamos cómo se encogía el lado remoto. El proceso no se veía tan extremo como «arrasar una isla»: era más parecido a disolver en ácido un cristal de estrambótica belleza. Sin embargo, con el peligro retrocediendo ante nuestros ojos, empecé a sentir ligeras punzadas de arrepentimiento. Nuestras matemáticas habían coexistido con esta extraña anomalía durante quince mil millones de años y me daba vergüenza pensar que, a los pocos meses de descubrirla, estuviéramos acorralados de tal manera que no nos quedaba más remedio que destruirla.

Yuen parecía extasiado con el proceso.

—Entonces, ¿estamos quebrantando las leyes de la física, o las estamos cumpliendo?

—Ni una cosa ni otra —dijo Alison—. Simplemente estamos cambiando lo que implican las leyes.

Yuen se rió quedamente.

—«Simplemente». Para cierto conjunto esotérico de sistemas complejos, estamos reescribiendo las reglas de alto nivel de su comportamiento. Lo que espero que no incluya al cerebro humano.

Se me puso la carne de gallina.

—¿No cree que eso es... poco probable?

—Estaba bromeando —dudó y luego añadió con seriedad—: Poco probable para los humanos, pero puede que alguien, en alguna parte, dependa de esto. Podríamos estar destruyendo la base de su existencia: certezas tan fundamentales para ellos como las tablas de multiplicar de un niño para nosotros.

Alison apenas pudo disimular su desprecio.

—Son matemáticas basura; una reliquia de un accidente sin sentido. Cualquier tipo de vida que evolucionara de formas simples a formas complejas las encontraría

inútiles. Nuestras matemáticas funcionan para... rocas, semillas, animales en la manada, miembros de una tribu. Esto sólo empieza a tener sentido por encima del número de partículas que hay en el universo...

—O sistemas más pequeños que representan esos números —le recordé.

—¿Y crees que la vida en alguna parte podría sentir la necesidad acuciante de hacer aritmética transastronómica no estándar para sobrevivir? Lo dudo mucho.

Nos quedamos callados. La culpa y el alivio podían pelearse más tarde, pero nadie sugirió detener el programa. Tal vez, al final nada podía compararse al caos que el defecto podía haber causado si se hubiese llegado a usar como un arma, y estaba impaciente por redactar un largo mensaje para Industrial Algebra, informándoles de lo que habíamos hecho exactamente con el objeto de sus ambiciones.

Alison señaló una esquina de la pantalla.

—¿Qué es eso?

Una púa fina y oscura sobresalía del grupo decreciente de proposiciones. Por un momento pensé que simplemente estaba esquivando el ataque del lado cercano, pero no era así. Lentamente, de forma constante, se iba alargando.

—Podría ser un error en el algoritmo de mapeo. —Agarré el teclado y amplíe la estructura. En primer plano se apreciaba que tenía varios miles de proposiciones de ancho. En su borde se podía ver el programa de Alison en acción, comprobando proposiciones en un orden diseñado para que los zarcillos del lado cercano tuvieran que penetrar cada vez más. Esta delgada extrusión, rodeada de matemáticas contradictorias, debería haber sido aniquilada en una fracción de segundo. Sin embargo, algo estaba contrarrestando activamente el ataque; reparando la más mínima fisura antes de que pudiera extenderse—. Si IA ha metido un virus aquí... —me volví hacia Yuen—. No podrían atacar directamente a Luminoso, así que no podrían impedir que el lado remoto siguiera encogiéndose, pero una estructura pequeña como ésta... ¿Qué piensa? ¿Podrían estabilizarla?

—Tal vez —reconoció—. Se podría hacer con cuatrocientas o quinientas estaciones de trabajo de las más rápidas. Alison tecleaba frenéticamente en su agenda. —Estoy escribiendo un parche para identificar cualquier interferencia sistemática y desviar todos nuestros recursos contra ella —dijo quitándose el pelo de los ojos—, Bruno, mira lo que hago. Corrígeme sobre la marcha.

—Vale. —Le eché un vistazo a lo que llevaba escrito—. Vas bien. Tienes que tranquilizarte. —Le temblaban las manos.

La púa no paraba de crecer. Para cuando el parche estuvo listo, la escala del mapa se reajustaba constantemente para caber en la pantalla.

Alison activó el parche. Apareció una capa de un azul eléctrico que envolvió a la púa, indicando la concentración de capacidad de cálculo, y la púa se paró en seco.

Contuve la respiración, a la espera de que IA se diera cuenta de lo que habíamos

hecho; y reagrupara sus recursos en otra parte. Si lo estaba haciendo, no aparecería una segunda púa —no llegaría tan lejos—, pero el marcador azul de la pantalla se desplazaría hasta la ubicación donde se hubiesen reagrupado para intentarlo.

Pero el resplandor azul no se movió de la púa. Y la púa no desapareció aplastada por el embate de Luminoso.

Al contrario, comenzó a crecer de nuevo muy despacio. Yuen tenía mala cara.

—Esto no es obra de Industrial Algebra. No hay ordenador en el planeta...

Alison se rio con sorna.

—¿Y ahora qué vas a decir? ¿Que los alienígenas que dependen del lado remoto lo están defendiendo? ¿Alienígenas de dónde? Nada de lo que hemos hecho ha tenido tiempo de llegar ni a... Júpiter. —Había una nota de histeria en su voz.

—¿Has medido lo rápido que se propagan los cambios? ¿Estás segura de que no pueden viajar más rápido que la luz, con las matemáticas del lado remoto socavando la lógica de la relatividad?

—Sean quiénes sean —dije—, no están defendiendo todos sus bordes. Están acumulando todos su esfuerzos en la púa.

—Tienen un objetivo. Un objetivo concreto. —Yuen alargó el brazo por encima del hombro de Alison para coger el teclado—. Vamos a apagarlo ahora mismo.

Alison se giró y le bloqueó el paso.

—¿Estás loco? ¡Estamos a punto de repelerlos! Reescribiré el programa, lo ajustaré, conseguiré que sea un poco más eficaz...

—¡No! Dejemos de amenazarlos y veamos cómo reaccionan. No sabemos el daño que estamos causando...

Volvió a intentar hacerse con el teclado.

Alison le dio un codazo en la garganta, con fuerza. Yuen se tambaleó hacia atrás, intentando respirar, y luego se desplomó en el suelo derribando una silla que le cayó encima. Ella me susurró:

—¡Rápido, haz que se calle!

Vacilé. Mi lealtad se hacía añicos: su idea me había parecido perfectamente razonable. Pero si se ponía a llamar a gritos a los de seguridad...

Me agaché sobre él, aparté la silla y le puse una mano en la boca apretando fuerte, haciendo que la cabeza se le fuera hacia atrás al presionar en la mandíbula inferior. Tendríamos que atarlo y luego intentar salir descaradamente del edificio sin él. Pero lo encontrarían en cuestión de minutos. Aunque lográsemos atravesar la verja, estábamos jodidos.

Yuen recuperó el aliento y empezó a forcejear; con las rodillas le sujeté torpemente los brazos. Podía escuchar el tecleo irregular y entrecortado de Alison; intenté ver la pantalla de la estación de trabajo, pero no podía girarme mucho sin descargar el peso de encima de Yuen.

—Puede que tenga razón —dije—: tal vez deberíamos retirarnos y ver qué pasa.

Si las alteraciones podían propagarse más rápido que la luz... ¿cuántas civilizaciones distantes podrían haber notado los efectos de lo que habíamos hecho?

Nuestro primer contacto con la vida extraterrestre podía acabar siendo un intento de erradicar unas matemáticas que para ellos eran... ¿qué? ¿Un recurso irremplazable? ¿Una reliquia sagrada? ¿Un componente esencial de su concepción del mundo?

El sonido de las teclas se paró en seco.

—¿Bruno? ¿Lo notas...?

—¿Qué?

Silencio.

—¿Qué?

Parecía que Yuen había dejado de forcejear. Me arriesgué y me di la vuelta.

Alison estaba echada hacia delante con la cara hundida en las manos. En la pantalla la púa había interrumpido su implacable crecimiento lineal, pero ahora en su extremo había brotado una compleja estructura dendrítica. Volví a mirar a Yuen; parecía ensimismado, ajeno a mi presencia. Le quité la mano de la boca con cautela. Se quedó tumbado, plácidamente, esbozando una leve sonrisa, sus ojos escudriñaban algo que yo no podía ver.

Me levanté. Agarré a Alison por los hombros y la sacudí suavemente; su única reacción fue apretar todavía más la cara contra las manos. La extraña flor de la púa seguía creciendo, pero no se expandía hacia fuera; lanzaba delgados brotes sobre sí misma, entrecruzando la misma región una y otra vez con estructuras cada vez más finas.

¿Tejía una red? ¿Buscaba algo?

Me impactó con una descarga de claridad más intensa que nada que hubiese sentido desde la infancia. Fue como revivir el momento en que comprendí por primera vez el concepto de número... pero con la comprensión adulta de todas las posibilidades que ofrecía, todo lo que implicaba. Fue una revelación en forma de relámpago... pero sin el menor matiz de confusión mística: sin la neblina opiácea de la euforia, sin la descarga pseudosexual. Con la lógica clarividente de los más simples conceptos, contemplé y comprendí cómo funcionaba exactamente el mundo...

... Salvo que todo estaba mal, todo era falso, todo era imposible.

Arenas movedizas.

Con una sensación de vértigo recorrí la habitación con la mirada, contando con frenesí: «Seis estaciones de trabajo. Dos personas. Seis sillas». Agrupé las estaciones de trabajo: tres conjuntos de dos, dos conjuntos de tres. Uno y cinco, dos y cuatro; cuatro y dos, cinco y uno.

Las volví a agrupar una docena de veces buscando la consistencia, buscando la

cordura... pero todo tenía sentido.

No me habían robado la vieja aritmética; sencillamente me habían incrustado la nueva en la cabeza, encima de la otra.

Quienquiera que hubiese resistido nuestro ataque con Luminoso nos había alcanzado con la púa y había reescrito nuestras metamatemáticas neuronales —la aritmética que subyacía a nuestro propio razonamiento sobre la aritmética— lo suficiente para que pudiéramos comprender lo que habíamos estado intentando destruir.

Alison seguía sin decir nada, pero ahora respiraba despacio y de forma regular. Yuen parecía encontrarse bien, felizmente absorto. Me relajé un poco y traté de darle sentido al torrente de aritmética del lado remoto que corría por mi cerebro.

En sus propios términos los axiomas eran... triviales, obvios. Podía ver que correspondían a proposiciones muy elaboradas sobre números enteros transastronómicos, pero me era imposible realizar una traducción exacta. Y pensar en las entidades que describían en términos de los enormes números enteros que representaban era un poco como pensar en pi o en la raíz cuadrada de dos en términos de los primeros diez mil dígitos de su expansión decimal: sería como no entender nada en absoluto. Los «números» extraterrestres —los objetos básicos de la aritmética alternativa— habían encontrado una manera de alojarse en los números enteros y de relacionarse con ellos de una forma simple y elegante, y si los caóticos corolarios que implicaban al traducirlos contradecían las reglas que se suponía que respetaban los números enteros... bueno, sólo se había subvertido un conjunto pequeño y remoto de oscuras verdades.

Alguien me tocó el hombro. Me asusté, pero Yuen sonreía de manera amistosa, todas las disputas y la violencia estaban olvidadas.

—No se está superando la velocidad de la luz —dijo—. La lógica necesaria para que así sea permanece intacta.

No me quedaba más remedio que creérmelo; habría tardado horas en comprobarlo. Tal vez los extraterrestres habían hecho un mejor trabajo con él, o puede que sencillamente fuera un matemático superior en ambos sistemas.

—Entonces... ¿dónde están?

A la velocidad de la luz, nuestro ataque en el lado remoto se habría notado como mucho en Marte, y unos pocos segundos de retardo habrían hecho imposible la estrategia empleada para evitar la aniquilación de la púa.

—¿En la atmósfera?

—¿Quiere decir en la de la Tierra?

—¿Dónde si no? O quizás en los océanos.

Me dejé caer en la silla. Puede que no fuera más extraña que cualquier otra explicación imaginable, pero aun así me negaba a aceptar las implicaciones.

—Para nosotros —dijo Yuen—, su estructura no parecería una estructura en absoluto. La unidad más simple podría implicar un grupo de miles de átomos (representando un número transastronómico) que ni siquiera tendrían que estar enlazados de una manera convencional, pero incumplirían las consecuencias normales de las leyes de la física, obedeciendo a un conjunto diferente de reglas de alto nivel que surgen de las matemáticas alternativas. La gente se ha preguntado a menudo sobre la posibilidad de que pueda haber inteligencia codificada en los longevos vórtices de los lejanos gigantes gaseosos... pero estas criaturas no se encontrarán en los huracanes o en los tornados. Se encontrarán a la deriva en las ráfagas de aire más inocuas, invisibles como neutrinos.

—Inestables...

—Sólo de acuerdo con nuestras matemáticas. Que no se aplican. —Aunque todo esto sea verdad —interrumpió Alison de repente, enfadada—, ¿qué nos importa? Tanto si el defecto es la base de todo un ecosistema invisible como si no lo es, IA lo encontrará y lo utilizará exactamente igual.

Por un momento me quedé atónito. ¿Contemplábamos la idea de compartir el planeta con una civilización desconocida y en lo único que podía pensar era en las sucias maquinaciones de IA?

Aunque tenía toda la razón. Mucho antes de que se pudiera demostrar o desmentir alguna de estas fantasías extravagantes, IA podía causar un daño increíble.

—Deja que el software de mapeo se siga ejecutando —dije—, pero apaga el reductor.

Le echó un vistazo a la pantalla.

—No hace falta. Lo han dominado, o han desmantelado sus matemáticas.

El lado remoto había vuelto a su tamaño original. —Entonces no hay nada que perder. Apágalo. Así lo hizo. Al no sentirse atacada, la púa comenzó a invertir su crecimiento. Sentí una punzada de nostalgia mientras se evaporaba mi limitada comprensión de las matemáticas del lado remoto; intenté aferrarme a ella, pero era como intentar agarrar el aire. Cuando la púa se retiró por completo, dije:

—Ahora intentemos hacer lo que haría Industrial Algebra. Intentemos acercar el defecto.

Casi no nos quedaba tiempo, pero la tarea era muy fácil. En treinta segundos reescribimos el algoritmo reductor para que funcionara al revés.

Alison programó una tecla de función con las instrucciones para revertir a la versión original; así, si el experimento nos salía por la culata, bastaría con una tecla para volver a concentrar toda la potencia de Luminoso en defender el lado cercano. Yuen y yo nos miramos nerviosos. —Tal vez no sea una idea tan buena —dije. Alison no estaba de acuerdo.

—Tenemos que saber cómo van a reaccionar a esto. Prefiero que lo descubramos

nosotros ahora a que lo descubra IA. Activó el programa.

El erizo empezó a hincharse lentamente. Me puse a sudar. De momento los remotos no nos habían atacado, pero esto era como ponerse a dar patadas a una puerta que no querías que se abriera por nada del mundo.

Un técnico asomó la cabeza en la habitación y anunció alegremente:

—¡Desconexión por mantenimiento en dos minutos!

—Lo siento —dijo Yuen—, no podemos...

El lado remoto entero se volvió azul eléctrico. El parche original de Alison había detectado una intervención sistemática.

Ampliamos la vista. Luminoso estaba arrancando proposiciones vulnerables del lado cercano, pero había algo más que iba reparando los daños.

Se me escapó un ruido ahogado que podría haber sido un grito de alegría.

Alison sonrió con serenidad.

—Estoy satisfecha —dijo—. IA no tiene nada que hacer.

—Quizá tengan un motivo para defender el statu quo —Yuen se preguntó en voz alta—. Quizá dependan tanto del borde como del lado remoto.

Alison apagó nuestro reductor inverso. El resplandor azul desapareció; ambos lados dejaron en paz al defecto. Queríamos saber las respuestas a miles de preguntas, pero los técnicos habían apagado el interruptor maestro y el mismo Luminoso había dejado de existir.

El sol despuntó en el horizonte mientras nos llevaban de vuelta a la ciudad. Cuando paramos en el hotel, Alison se puso a temblar y a sollozar. Me senté a su lado, apretándole la mano. Sabía que lo que podía haber pasado la había afectado mucho más que a mí.

Le pagué al conductor y nos quedamos un rato en la calle, en silencio, mirando pasar a los ciclistas, intentando imaginar cómo cambiaría el mundo al procurar abrazar esta nueva contradicción entre lo exótico y lo mundano, lo pragmático y lo platónico, lo visible y lo invisible.

Señor Volición

—Dame el parche.

Aunque le estoy encañonando con una pistola se lo piensa lo bastante como para confirmarme que es auténtico. Lleva ropa barata pero se ha dejado una pasta en manicura y depilación. Tiene la típica piel suave de bebé de un rico de mediana edad. Las tarjetas de la cartera serán sólo monederos electrónicos, anónimos pero cifrados, inútiles sin sus propias huellas dactilares vivas. No lleva joyas y el relófono es de plástico; el parche es lo único que vale la pena. Una buena falsificación vale quince centavos, los buenos de verdad valen quince mil, pero no tiene la edad ni pertenece a la clase social de los que llevan una imitación sólo por ir a la moda.

Se arranca el parche con delicadeza y se le desprende de la piel. La montura adhesiva no le deja la más mínima marca, no le arranca ni un solo pelo de la ceja. El ojo recién descubierto no parpadea ni bizquea... pero sé que aún no puede ver bien. Las rutas perceptivas suprimidas tardan horas en reactivarse.

Me entrega el parche. Casi espero que se me pegue a la palma de la mano, pero no lo hace. La cara exterior es negra, como de metal anodizado, y en una esquina hay un logo de color gris plata que representa un dragón; está dibujado como «escapando» de una versión recortada y plegada de sí mismo, de forma que se muerde la cola. Visiones Recursivas, en homenaje a Escher. Aprieto la pistola un poco más contra su estómago para que no olvide su presencia mientras bajo la mirada y le doy la vuelta al parche. A primera vista la cara interna parece terciopelo negro, pero al moverlo percibo el reflejo de una farola difractada en arco iris por la matriz de láseres de punto cuántico. Algunas imitaciones de plástico se fabrican con hendiduras que consiguen un efecto parecido, pero la nitidez de esta imagen (diseccionada en colores, pero en absoluto borrosa) no se parece a nada que haya visto antes. Alzo los ojos y me quedo mirándolo. Él me devuelve la mirada con recelo. Sé lo que siente —agua helada en las tripas—, pero en sus ojos hay algo más que miedo: una especie de curiosidad vacilante, como si se estuviera empapando de la extrañeza de la situación. Aquí, de pie, a las tres de la mañana, con una pistola apuntándole a los intestinos. Privado de su juguete más caro. Preguntándose qué más va a perder.

Esbozo una triste sonrisa y sé el efecto que eso produce a través del pasamontañas.

—Deberías haberte quedado en el Cruce. ¿Qué andabas buscando por aquí? ¿Algo para follar? ¿Algo para esnifar? Deberías haberte quedado en los clubes, todo te habría llegado sin mover un dedo.

No contesta, pero tampoco aparta la mirada. Parece como si se estuviera esforzando al máximo por entenderlo todo: el miedo, la pistola, este momento. A mí. Intentando asimilarlo y darle un sentido, como un oceanógrafo arrastrado por un

maremoto. No sé si es admirable o sólo irritante.

—¿Qué buscabas? ¿Una nueva experiencia? Yo te daré una nueva experiencia.

A nuestra espalda algo se desliza por el suelo arrastrado por el viento: un envoltorio de plástico o un montón de ramitas. La calle se compone de casas adosadas reconvertidas en locales de oficinas. Los locales tienen rejillas y alarmas contra intrusos, pero por lo demás no registran nuestra presencia.

Me meto el parche en el bolsillo y le apunto con la pistola un poco más arriba.

—Si te mato, te meteré una bala en el corazón —le digo con franqueza—. Limpio y rápido, te lo prometo; no te dejaré aquí tirado con las tripas fuera desangrándote como un cerdo.

Parece que va a decir algo pero cambia de opinión. Se queda paralizado, mirando fijamente mi rostro enmascarado. El viento se vuelve a levantar, fresco y de una suavidad tal que parece imposible. Mi reloj emite una corta secuencia de tonos, lo que significa que está bloqueando con éxito la señal de su implante de seguridad personal. Estamos los dos solos en medio de un pequeño vacío de señales de radio: fases que se cancelan, fuerzas equilibradas con precisión.

Pienso: «Puedo perdonarle la vida... o no»; y surge la lucidez, el velo se descorre, la niebla se disipa. Ahora todo está en mis manos. No miro hacia arriba, pero no me hace falta: puedo sentir cómo las estrellas giran a mi alrededor.

—Puedo hacerlo, puedo matarte —le susurro.

Seguimos mirándonos fijamente, pero ahora yo lo atravieso con la mirada. No soy un sádico, no necesito verlo sufrir. Su miedo está fuera de mí y lo que importa es lo que está dentro: mi libertad. El coraje para asumirla, la fuerza para enfrentarme a todo lo que soy sin pestañear.

La mano se me ha quedado dormida; deslizo el dedo por el gatillo despertando las terminaciones nerviosas. Puedo sentir cómo el sudor se enfría en mis antebrazos, los músculos de la mandíbula me duelen de aguantar la sonrisa. Soy consciente de cada centímetro de mi cuerpo, siento cómo se contrae, en tensión, impaciente pero dispuesto, esperando mis órdenes.

Retiro la pistola y luego le estampo la culata contra la sien. Grita y cae de rodillas, la sangre le chorrea por un ojo. Me aparto un poco y lo observo atentamente. Pone las manos para evitar caerse de bruces, pero está tan aturdido que no puede levantarse. Se queda ahí, de rodillas, sangrando y quejándose.

Doy media vuelta y echo a correr, me arranco el pasamontañas de la cara, me meto la pistola en el bolsillo y acelero a medida que me alejo.

El implante habrá contactado con un coche patrulla en cuestión de segundos. Me muevo por los callejones y las calles adyacentes desiertas, químicamente embriagado por la excitación visceral de la huida, pero controlándolo todo, guiando al instinto con tranquilidad. No oigo sirenas, pero lo más probable es que las silencien, así que me

escondo cada vez que oigo el ruido de un motor que se acerca. El mapa de estas calles está grabado a fuego en mi cabeza: cada árbol, cada pared, cada chasis oxidado. Nunca estoy a más de diez segundos de algún escondite.

Mi casa se acerca como un espejismo, pero es real. Cruzo el último tramo iluminado con el corazón latiendo a mil por hora y mientras abro la puerta y la cierro de un portazo tengo que contenerme para no soltar un grito eufórico de alegría.

Estoy empapado en mi propio sudor. Me desnudo y me paseo por toda la casa hasta que me relajo lo bastante para meterme en la ducha, con la mirada clavada en el techo, escuchando la música del extractor de humos. Pude haberlo matado: el triunfo que eso supone fluye por mis venas. Yo tomé la decisión, nadie más. Nada me lo impedía.

Me seco y me miro en el espejo observando cómo el vapor se desvanece lentamente. Me basta con saber que podría haber apretado el gatillo. Me he enfrentado a la posibilidad; no tengo nada que demostrar. En cierto modo, lo importante no es el acto en sí. Lo importante es superar todos los obstáculos que jalonan el camino que conduce a la libertad.

Pero, ¿y la próxima vez?

La próxima vez lo haré.

Porque puedo.

Le llevo el parche a Tran a su ruinoso adosado en Redfern. El sitio está lleno de posters de grupos belgas mercedamente desconocidos que un buen día decidieron cambiar las guitarras eléctricas por motosierras.

—Visiones Recursivas, Intro Paisaje 3000. Se vende a treinta y cinco mil —dice.

—Lo sé. Lo he mirado.

—¡Alex! Me ofendes.

Sonríe mostrándome unos dientes roídos por el ácido. Demasiados vómitos; alguien debería decirle que ya está bastante delgado.

—¿Cuánto puedes conseguirme?

—Tal vez dieciocho mil o veinte mil. Pero pueden pasar meses hasta que aparezca un comprador. Si te quieres librar de él ahora mismo te puedo dar doce mil.

—Esperaré.

—Tú mismo. —Hago un gesto para recuperarlo, pero me lo aparta—. ¡No tengas tantas prisas!

Introduce una clavija de fibra óptica en una pequeña ranura de la montura y se pone a teclear en el portátil que ocupa el centro de su banco de pruebas.

—Si te lo cargas, te juro que te mato.

—Sí —se queja—, mis torpes y enormes fotones podrían aplastar alguno de los frágiles resortes que hay ahí dentro.

—Sabes a qué me refiero. Podrías bloquearlo.

—¿Vas a tenerlo seis meses y no quieres saber qué software tiene?

Casi me atraganto.

—¿Crees que voy a usarlo? Seguro que es algún controlador de estrés para ejecutivos. *Lunes Azul*: «Aprenda a ajustar el color del panel de estado de ánimo con el tono de referencia anexo. Alcanzará una productividad óptima y un bienestar total».

—No desprecies el poder de la biorretroalimentación hasta que no la hayas probado. Podría ser la cura para la eyaculación precoz que andabas buscando.

Le doy una colleja, luego miro la pantalla del portátil por encima de su hombro, en la que apenas distingo un galimatías hexadecimal.

—¿Qué estás haciendo exactamente?

—Todos los fabricantes reservan un bloque de códigos en la ISO para que los aparatos no se puedan activar accidentalmente con un mando a distancia. Pero utilizan los mismos códigos que en los equipos con cables. Así que sólo tenemos que probar los códigos que Visiones Recursivas...

En la pantalla aparece una elegante ventana de color gris jaspeado. El encabezamiento dice PANDEMÓNÍUM. La única opción es un botón que dice «Reiniciar».

Tran se gira hacia mí con el ratón en la mano.

—Nunca he oído hablar de *Pandemónium*. Me suena a rollo psicodélico. Pero si ha leído la cabeza del tipo y las pruebas están ahí... —Se encoge de hombros—. Tendré que hacerlo antes de venderlo, así que mejor lo hago ahora.

—Por mí vale.

Pulsa el botón y aparece una pregunta: «¿Desea borrar el mapa actual y preparar el sistema para un nuevo usuario?».

Tran hace clic en «Sí».

—Póntelo y disfruta. Es gratis.

—Eres un santo. —Cojo el parche—, Pero no voy a ponérmelo sin saber para qué sirve.

Tran accede a otra base de datos y teclea PAN*.

—Ah. No está en el catálogo. Lo que quiere decir... mercado negro. ¡Illegal! —Me sonrío como un niño que tienta a otro para que se coma un gusano—. Venga, ¿qué es lo peor que te puede hacer? —No sé. ¿Lavarme el cerebro?

—No creo. Los parches no pueden mostrar imágenes realistas. Nada que sea demasiado figurativo y nada de texto. Se hicieron pruebas con vídeos musicales, cotizaciones de la bolsa, cursos de idiomas... pero los usuarios se chocaban con todo. Ahora sólo pueden mostrar gráficos abstractos. ¿Cómo le lavas a alguien el cerebro con eso?

Lo levanto a la altura del ojo izquierdo, a modo de prueba, pero sé que no se activará hasta que no se pegue firmemente en su sitio.

—Haga lo que haga... —dice Tran— si piensas en ello desde el punto de vista de la teoría de la información, no puede mostrarte nada que no tengas en tu cabeza.

—¿De verdad? Tanto aburrimiento podría matarme. Sin embargo, parece una locura desperdiciar la oportunidad. Alguien que tiene una máquina tan cara como ésta habrá pagado una pequeña fortuna por el software. Y si es lo bastante raro como para ser ilegal puede que hasta sea un alucine. Tran está perdiendo interés.

—Tú decides.

—Exactamente.

Coloco el parche en posición sobre el ojo y dejo que la montura se adhiera suavemente a la piel.

—¿Alex? —dice Mira—, ¿No vas a contármelo?

—¿Eh? —La miro vacilante. Me sonrío, pero parece algo molesta.

—¡Quiero saber qué es lo que viste! —Se inclina sobre mí y se pone a acariciarme el pómulo con la yema del dedo, como queriendo tocar el parche, pero sin atreverse a hacerlo—. ¿Qué viste? ¿Túneles de luz? ¿Ciudades antiguas en llamas? ¿Ángeles de plata follando en tu cerebro?

Le retiro la mano.

—Nada.

—No te creo.

Pero es la verdad. Nada de fuegos artificiales cósmicos; si acaso los dibujos se atenuaban cuanto más me perdía en el sexo. Pero los detalles se me escapan, como ocurre cuando no hago un esfuerzo consciente por visualizar la imagen.

Intento explicárselo.

—La mayor parte del tiempo no veo nada en absoluto. ¿Puedes ver tú tu nariz, tus pestañas? El parche es igual. Después de las primeras horas la imagen simplemente... desaparece. No se parece a nada real, no se mueve cuando mueves la cabeza, de modo que el cerebro advierte que no tiene nada que ver con el mundo exterior y empieza a filtrarla.

Mira está escandalizada, como si la hubiera engañado de alguna forma.

—¿Ni siquiera puedes ver lo que te muestra? Entonces... ¿qué sentido tiene?

—No ves la imagen flotando delante de ti, pero aun así puedes llegar a percibirla. Es como... Existe una condición neurológica llamada visión ciega en la que se pierde toda noción de la conciencia visual, pero aun así, los que la padecen pueden adivinar lo que tienen delante si se esfuerzan mucho, porque la información les sigue llegando al cerebro.

—Como la clarividencia. Entiendo.

Roza con el dedo el *ankh* que cuelga de su cuello.

—Sí, es sorprendente. Si me proyectas una luz azul en el ojo... gracias a una especie de magia extraña, sabré que es azul.

Mira se queja y vuelve a recostarse en la cama. Pasa un coche y a través de las cortinas las luces iluminan la estatua que hay en la repisa: una mujer con cabeza de chacal en la posición de loto, un sagrado corazón visible por debajo de un pecho. Muy moderno y sincrético. Mira me dijo una vez sin inmutarse: «Ésta es mi alma, que se reencarna una y otra vez. Antes pertenecía a Mozart, y mucho antes a Cleopatra». La inscripción de la base dice «Budapest 2005». Pero lo más raro es que está fabricada como una muñeca rusa: dentro del alma de Mira hay otra alma, y dentro de ésta una tercera, y una cuarta. Yo le dije: «La última no es más que madera muerta. No tiene nada dentro. ¿Eso no te preocupa?».

Me concentro e intento evocar la imagen una vez más. El parche mide constantemente la dilatación de la pupila y la distancia focal de la lente del ojo tapado —ambas siguen de forma natural los movimientos del ojo destapado— y de acuerdo con eso ajusta el holograma sintético. De este modo la imagen del parche nunca se desenfoca, ni es demasiado brillante ni demasiado oscura, al margen de lo que esté mirando el ojo destapado. Ningún objeto real podría comportarse así; con razón el cerebro filtra los datos con tanta facilidad. Incluso en las primeras horas, cuando podía ver sin esfuerzo los dibujos que se superponían a cualquier cosa, se parecían más a imágenes mentales muy vividas que a cualquier efecto producido por la luz. Ahora la idea de que podía «mirar» el holograma y «verlo» de forma automática me resulta ridícula; en realidad se parece más a palpar un objeto en la oscuridad e intentar visualizarlo.

Lo que visualizo es esto: elaboradas ramificaciones de colores que centellean contra el fondo gris de la habitación como pulsaciones de tinta fluorescente inyectada en finas venas. La imagen parece que brilla, pero no llega a deslumbrar; aún puedo ver lo que hay en las sombras que rodean la cama. Cientos de estas ramificaciones resplandecen a la vez, pero la mayoría son casi imperceptibles y duran apenas un instante. Puede que en un momento dado resalten unas diez o doce, cada una reluciendo intensamente durante medio segundo escaso para luego desvanecerse dando paso a otras nuevas. A veces es como si uno de esos dibujos más «fuertes» le transmitiera su intensidad directamente al dibujo de al lado, sacándolo de la oscuridad, y otras veces se pueden ver los dos dibujos encendidos a la vez, una maraña de bordes entrelazados. En otros momentos la intensidad, la luminosidad, parece no proceder de ninguna parte, aunque de vez en cuando, en el fondo de la imagen, percibo dos o tres cascadas sutiles, demasiado débiles y fugaces por sí solas para poder seguir las, que convergen en una única estructura y dan pie a una ráfaga brillante y continua.

La oblea de circuitos superconductores alojada en el parche representa gráficamente la totalidad de mi cerebro. Estos dibujos podrían ser neuronas individuales, pero, ¿qué utilidad tendría una imagen microscópica tan pequeña? Lo más seguro es que se trate de sistemas más grandes —redes de decenas de miles de neuronas— y que el conjunto sea una especie de mapa funcional: conserva las conexiones, pero reorganiza las distancias para facilitar su interpretación. Las ubicaciones anatómicas reales sólo le interesarían a un neurocirujano.

¿Pero qué sistemas me muestra exactamente? ¿Y cómo se supone que debo responder al verlos?

Casi todos los programas para parches son de biorretroalimentación. Miden el estrés —o la depresión, la excitación sexual, la concentración, cualquier cosa— y lo plasman en los códigos de colores y las formas de los gráficos. Puesto que la imagen del parche «desaparece», no supone ninguna distracción, pero la información sigue estando disponible. De hecho, se conectan áreas del cerebro que por naturaleza se ignoran mutuamente, permitiendo que se modulen de forma inaudita. O al menos eso es lo que se dice. Pero los programas de biorrealimentación deberían dejar clara su función: junto a la imagen en tiempo real debería haber una plantilla fija que indicara el objetivo que se persigue. Y esto lo único que me muestra es... un pandemónium.

—Será mejor que te vayas ahora —dice Mira.

La imagen del parche casi desaparece, como un bocadillo de tebeo pinchado, pero me esfuerzo y consigo mantenerla.

—¿Alex? Creo que deberías irte.

El vello de la nuca se me pone de punta. ¿Qué es lo que acabo de ver? ¿Los mismos dibujos al oír las mismas palabras? Intento repetir la secuencia de memoria, pero las estructuras que tengo delante —¿los dibujos del esfuerzo por recordar?— hacen que me resulte imposible. Y para cuando dejo que la imagen desaparezca ya es demasiado tarde; no sé lo que acabo de ver.

Mira me pone la mano en el hombro.

—Quiero que te vayas.

Se me pone la carne de gallina. Aunque no tengo la imagen delante, sé que se están disparando los mismo patrones. «Creo que deberías irte». «Quiero que te vayas». No estoy viendo los sonidos codificados en mi cerebro. Estoy viendo su significado.

E incluso en este momento, simplemente pensando en el significado, sé que la secuencia se repite débilmente.

Mira me zarandea enfadada y por fin me giro hacia ella.

—¿Qué te pasa? ¿Querías tirarte al parche y te molesto?

—Muy gracioso. Vete.

Me visto muy despacio para fastidiarla. Luego me quedo de pie al lado de la

cama, mirando su delgado cuerpo enroscado bajo las sábanas. Pienso: «Si quisiera podría hacerle mucho daño. Sería tan fácil».

Ella me mira algo inquieta. Me avergüenzo de mi mismo: la verdad es que ni siquiera quiero asustarla. Pero es demasiado tarde, ya lo he hecho.

Me deja que le dé un beso de despedida, todo su cuerpo está tenso, desconfía. Se me revuelven las tripas. «¿Qué me pasa? ¿En qué me estoy convirtiendo?»

Sin embargo, una vez en la calle, en el aire frío de la noche, recupero la lucidez. Amor, empatía, compasión... Todo lo que suponga un obstáculo para la libertad debe ser superado. No tengo por qué elegir la violencia; pero mis decisiones carecen de sentido si dependen de la conducta social y el sentimentalismo, de la hipocresía y el autoengaño.

Nietzsche lo entendió. Sartre y Camus lo entendieron.

Con toda la tranquilidad del mundo pienso: «No había nada que me detuviera. Podría haber hecho cualquier cosa. Podría haberle roto el cuello». Pero elegí no hacerlo. Yo elijo. ¿Y cómo sucedió? ¿Cómo y cuándo? Cuando le perdoné la vida al dueño del parche... cuando elegí no ponerle un dedo encima a Mira... al final fue mi cuerpo el que actuó de una forma y no de otra. Pero, ¿dónde se origina todo el proceso?

Si el parche me muestra todo lo que pasa en mi cerebro —o todo lo que importa: pensamientos, significados, los niveles de abstracción más elevados—, entonces, si supiera cómo interpretar esos patrones, ¿podría seguir todo el proceso? ¿Sería capaz de seguir su rastro hasta la causa primera?

Me paro a media zancada. La idea es vertiginosa... y estimulante. En algún lugar en lo más profundo de mi cerebro debe estar el «yo»: el origen de toda acción, el yo que decide. Puro, incorruptible ante la cultura, la educación o los genes... el origen de la libertad humana, plenamente autónomo, responsable sólo ante sí mismo. Siempre lo he sabido, pero llevo años intentando descifrarlo.

Si el parche pudiera colocar mi alma ante un espejo, si me permitiera contemplar mi propia voluntad en el momento en que emerge del núcleo de mi ser cuando aprieto el gatillo...

Sería un instante de sinceridad perfecta, de conocimiento perfecto.

Libertad perfecta.

Estoy en casa, tumbado a oscuras, y vuelvo a evocar la imagen, experimento. Si voy a seguir el rastro a contracorriente, tengo que cartografiar tanto territorio como me sea posible. No es fácil: tengo que estudiar los pensamientos, estudiar los dibujos, intentando recordar las conexiones entre unos y otros. Al obligarme a realizar asociaciones libres, ¿estoy viendo las estructuras que corresponden a las propias ideas? ¿O los dibujos que veo responden más al hecho de que les estoy prestando atención, lo que veo no es más que la filigrana que existe entre la imagen misma y los

pensamientos que espero que ésta refleje?

Enciendo la radio y sintonizo un programa de entrevistas. Intento concentrarme en las palabras sin perder de vista la imagen del parche. Consigo discernir los dibujos generados por unas pocas palabras o, al menos, los dibujos comunes a las cascadas que aparecen cuando se emplean dichas palabras. Pero a la quinta o sexta palabra pierdo la pista de la primera.

Enciendo la luz, cojo un papel e intento esbozar un diccionario. Pero lo único que consigo es desesperarme. Las cascadas surgen demasiado rápido y todo lo que hago para intentar retener un dibujo, para congelar el momento, es una intrusión que borra dicho momento.

Casi está amaneciendo. Me doy por vencido e intento dormir un poco. Pronto necesitaré dinero para el alquiler, tendré que hacer algo, a no ser que acepte la oferta de Tran por el parche. Meto la mano debajo del colchón y compruebo que la pistola sigue ahí.

Pienso en los últimos años. Un título sin valor. Tres años en el paro. Trabajos seguros en casa durante el día. Y luego las noches. Deshaciéndome capa a capa de cualquier ilusión. El amor, la esperanza, la moralidad... Todo eso tiene que ser superado. Ahora no puedo parar.

Y sé cómo tiene que acabar.

A medida que la luz penetra en la habitación noto un cambio repentino... ¿en qué? ¿En mi estado de ánimo? ¿En mi percepción? Me quedo mirando la estrecha franja de luz en la escayola descascarillada del techo y todo tiene el mismo aspecto, todo sigue igual.

Recorro mi cuerpo mentalmente, como si pudiera estar sufriendo algún dolor demasiado extraño para poder apreciarlo de inmediato. Pero lo único que noto es la tensión de mi propia incertidumbre y mi propia confusión.

La sensación de extrañeza se intensifica y deajo escapar un grito. Siento como si me hirviera la piel y diez mil gusanos emergieran de ella arrastrándose desde la carne líquida, sólo que no hay nada que explique esta sensación: no veo heridas, ni insectos, y no me duele absolutamente nada. No siento ninguna comezón, ni fiebre, ni sudor frío... Nada. Es como un relato de terror protagonizado por un yonqui con el mono, como un ataque de *delirium tremens* sacado de una pesadilla, pero carente de todo síntoma. Era el horror mismo.

Saco las piernas de la cama y me incorporo apretándome el estómago, pero es un gesto vacío: ni siquiera tengo ganas de vomitar. La sensación de angustia no está en mis tripas. Permanezco sentado y espero a que se me pase la ansiedad.

No se me pasa.

Estoy a punto de arrancarme el parche —¿qué otra cosa puede ser?—, pero cambio de idea. Antes quiero probar algo. Enciendo la radio.

—... alarma de ciclón en la costa noroeste...

Los diez mil gusanos se arrastran y se revuelven; las palabras los golpean como el chorro de una manguera de incendios. Apago la radio de golpe, calmando la ansiedad, y entonces las palabras resuenan en mi cerebro:

... ciclón...

La cascada envuelve el concepto en un bucle, disparando los dibujos que corresponden al sonido mismo; a una visión fugaz de la palabra escrita; a una imagen extraída de un centenar de mapas de satélite meteorológico; a secuencias de telediarios que muestran palmeras azotadas por el viento y a muchas cosas más, demasiadas para poder ser asimiladas.

... alarma de ciclón...

La mayoría de los dibujos correspondientes a «alarma» ya se estaban disparando, alertados por el propio contexto, anticipando lo obvio. Los dibujos de las secuencias filmadas de los momentos más críticos de la tormenta se refuerzan, y desencadenan otros que corresponden a las imágenes de la mañana siguiente de la gente delante de sus casas arrasadas.

... costa noroeste...

El dibujo correspondiente al mapa del satélite meteorológico se tensa, concentrando su energía en una imagen recordada —o elaborada— en la que el remolino de nubes se coloca en posición. Se disparan los dibujos de los nombres de media docena de ciudades del noroeste, y los de las imágenes de parajes turísticos... hasta que la cascada se desvanece en vagas asociaciones de ruda y espartana simpleza.

Y entiendo lo que está pasando. (Se disparan los dibujos de «entender», se disparan los dibujos de «dibujos», se disparan los dibujos de «confuso», «abrumado», «loco»...)

El proceso se ralentiza un poco (se disparan dibujos que corresponden a todos esos conceptos). Puedo abarcarlo con calma, puedo verlo con claridad (se disparan dibujos). Me siento con la cabeza apoyada en las rodillas (se disparan dibujos) intentando concentrarme lo suficiente para afrontar todas las resonancias y asociaciones que el parche (se disparan dibujos) sigue mostrándome a través de mi ojo izquierdo que apenas puede ver.

Nunca hubo necesidad de hacer lo imposible, de sentarse y ponerse a dibujar un diccionario en papel. En los últimos diez días las estructuras han ido grabando su propio diccionario en mi cerebro. No hace falta observar y recordar de forma consciente qué dibujo corresponde a qué pensamiento: todo el tiempo que he estado despierto lo he pasado expuesto precisamente a esas asociaciones, y a fuerza de repetirse ellas solas se han grabado a fuego en mis sinapsis.

Y ahora está dando sus frutos. No necesito que el parche me diga lo mismo que

yo me diría que estoy pensando. Lo que me muestra es todo lo demás: todos los detalles demasiado sutiles e inestables para ser captados mediante simple introspección. No el único y evidente caudal de la consciencia —la secuencia definida por el dibujo más fuerte en cada momento—, sino todas las corrientes y remolinos que se agitan por debajo.

El caótico proceso del pensamiento en su totalidad.

El pandemónium.

Hablar es una pesadilla. Practico solo, contestándole a la radio. Estoy demasiado inseguro; hasta que aprenda a no atorarme, a no perder el hilo, no me atrevo ni siquiera a llamar por teléfono.

Apenas puedo abrir la boca sin percibir una docena de dibujos de palabras y frases que «surgen para la ocasión», compitiendo por la oportunidad de ser pronunciadas; y las cascadas que en una fracción de segundo deberían haber convergido hacia una opción (es lo que debía pasar antes, o todo el proceso no habría funcionado nunca) fluctúan sin parar y no acaban de definirse por el mero hecho de que me he vuelto demasiado consciente de todas las alternativas. Después de un rato aprendo a suprimir esta reacción, al menos lo suficiente para no quedarme paralizado. Pero aun así la sensación es muy extraña.

Enciendo la radio. Un oyente dice: «Malgastar el dinero de los contribuyentes en rehabilitación es simple y llanamente admitir que no los tuvimos encerrados el tiempo suficiente».

Se forman cascadas de dibujos que representan el sentido literal de las palabras y una multitud de asociaciones y conexiones... pero ya están entrelazadas con otras cascadas que construyen posibles respuestas invocando sus propias asociaciones.

Respondo tan rápido como puedo:

—La rehabilitación es más barata. ¿Y qué sugieres? ¿Encerrarlos hasta que estén tan seniles que ya no puedan volver a delinquir?

A medida que hablo los dibujos de las palabras escogidas se iluminan triunfalmente, mientras que los de otras veinte o treinta palabras y frases se desvanecen... como si oír lo que acabo de decir fuera la única forma de confirmar que han perdido la oportunidad de ser pronunciadas.

Repito el experimento docenas de veces hasta que puedo «ver» con claridad todos los dibujos-respuesta alternativos. Los observo mientras tejen sus complicadas redes de significado por toda mi mente, con la esperanza de ser elegidos.

Pero... ¿elegidos dónde, elegidos cómo?

Me sigue resultando imposible saberlo. Si trato de ralentizar el proceso mis pensamientos se bloquean del todo, y si consigo pronunciar una respuesta, se esfuma la posibilidad de seguir su dinámica. Un segundo o dos más tarde, aún puedo «ver» la mayoría de las palabras y asociaciones que se han ido disparando... pero intentar

localizar el origen —el yo— de la decisión que me hizo pronunciar lo que he contestado es como intentar encontrar al culpable de un accidente múltiple en un amasijo de mil coches cuando sólo has visto una imagen fugaz y borrosa de lo sucedido.

Decido descansar una o dos horas. (De alguna forma, decido.) La sensación de que me descompongo en un montón de larvas que se retuercen ha perdido fuerza, pero no puedo desconectar del todo la percepción del pandemónium. Podría intentar quitarme el parche, pero no me parece que merezca la pena correr el riesgo de pasar por un largo y lento proceso de reaclimatación cuando me lo vuelva a poner.

De pie en el cuarto de baño, mientras me afeito, me paro un momento para mirarme a los ojos. «¿Quiero seguir adelante con esto? ¿Mirar mi mente en un espejo mientras mato a un extraño? ¿Qué cambiaría? ¿Qué demostraría?»

Demostraría que dentro de mí hay una chispa de libertad que nadie más puede tocar, que nadie más puede reclamar para sí. Demostraría que finalmente soy responsable de todo lo que hago.

Siento que algo está emergiendo en el pandemónium. Algo que surge de las profundidades. Cierro los dos ojos, me agarro al lavabo para calmarme; luego los abro y vuelvo a concentrarme en los dos espejos.

Y finalmente lo veo, superpuesto a la imagen de mi cara: una estructura intrincada, con forma de estrella, como una especie de criatura bentónica luminosa, que lanza delicados hilos para tocar diez mil palabras y símbolos, toda la maquinaria del pensamiento bajo su mando. Me sacude una sensación de *déjà vu*: llevo días «viendo» este dibujo. Cada vez que pensaba en mí mismo como sujeto, como actuante. Cada vez que reflexionaba sobre el poder de la voluntad. Cada vez que recordaba el momento en que casi aprieto el gatillo...

No tengo ninguna duda, esto es. El yo que elige. El yo que es libre.

Vuelvo a mirarme a los ojos y el dibujo se ilumina no sólo al ver mi cara, sino al verme a mi mismo mirándola, y sabiendo que estoy mirando... y sabiendo que en cualquier momento podría dejar de mirar.

Me quedo contemplando esta maravilla. ¿Qué nombre le pongo a esto? ¿«Yo»? ¿«Alex»? Ninguno de los dos se ajusta bien; su significado está agotado. Busco la palabra, la imagen que provoque la respuesta más contundente. Mi propio rostro en el espejo, visto desde fuera, apenas provoca un destello, pero cuando me percibo a mí mismo sentado en la oscura caverna de mi cráneo, anónimo, mirando desde dentro a través de los ojos, controlando el cuerpo... tomando las decisiones, manejando los hilos... el dibujo se reconoce a sí mismo y resplandece.

—El señor Volición —susurro—. Eso es lo que soy.

Me empieza a doler la cabeza. Dejo que la imagen del parche desaparezca de mi campo de visión.

Al terminar de afeitarme examino la cara exterior del parche por primera vez en varios días. El dragón que se libera de su propio retrato insustancial para alcanzar la solidez; o al menos, está dibujado para que lo parezca. Pienso en el hombre a quien se lo robé y me pregunto si llegó a profundizar en el pandemónium tanto como yo.

Pero no puede haberlo hecho, o de lo contrario nunca me hubiera permitido que se lo robara. Porque ahora que he entrevisto la verdad, sé que defendería con mi vida el privilegio de seguir viéndola de este modo.

Salgo de casa alrededor de la medianoche, hago un reconocimiento de la zona, le tomo el pulso. Cada noche tiene sus propios flujos de actividad entre los clubes, los bares, los burdeles, las casas de apuestas, las fiestas privadas. Pero yo no voy buscando sitios concurridos. Busco un lugar al que nadie tenga motivos para ir.

Finalmente me decido por una obra flanqueada por oficinas vacías. Parte del suelo queda protegido de la luz de las dos farolas más próximas por un gran contenedor situado a un lado de la calle que proyecta una sombra triangular negra. Me siento en la arena y en el polvo de cemento húmedos de rocío. Tengo la pistola y el pasamontañas en la chaqueta, al alcance de la mano.

Espero tranquilamente. He aprendido a ser paciente; hay noches en las que veo amanecer con las manos vacías. Pero la mayoría de las noches alguien toma un atajo. La mayoría de las noches alguien se pierde.

Estoy atento por si oigo pasos, pero dejo que mi mente divague. Trato de seguir el pandemónium más de cerca, ver si puedo absorber la secuencia de imágenes de forma pasiva mientras pienso en otra cosa. Y luego las repito de memoria, la película de mis pensamientos.

Cierro el puño, lo abro. Cierro el puño y... lo mantengo cerrado. Intento pillar al señor Volición con las manos en la masa, poniendo a prueba mi libre albedrío. Si reconstruyo lo que creo que «vi», el dibujo de miles de espirales se ilumina con intensidad, pero la memoria me juega extrañas pasadas: no puedo reproducir la secuencia correctamente. Cada vez que me proyecto la película en la cabeza, primero veo cómo se encienden casi todos los otros dibujos implicados en la acción — enviando cascadas que convergen en el señor Volición haciendo que se dispare—, justo lo contrario de lo que sé que pasa en realidad. El señor Volición se ilumina en el preciso instante en que siento cómo elijo... por tanto, ¿qué otra cosa aparte de estática mental puede preceder a ese momento crucial?

Practico durante más de una hora, pero la ilusión persiste. ¿Alguna distorsión de la percepción temporal? ¿Algún efecto secundario del parche?

Se acercan unos pasos. Una persona.

Me pongo el pasamontañas, espero unos segundos. Entonces me incorporo muy despacio hasta quedarme un poco agachado y echo un vistazo asomándome por el borde del contenedor. Acaba de pasar y no mira hacia atrás.

Lo sigo. Camina rápido, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Cuando estoy a tres metros de él, lo bastante cerca para persuadir a la mayoría de la gente de que correr es inútil, lo llamo en voz baja:

—Para.

Primero me echa un vistazo por encima del hombro y luego se da la vuelta. Es joven, dieciocho o diecinueve años, es más alto que yo y probablemente más fuerte. Tendré que estar atento por si se le ocurre la estupidez de hacerse el valiente. No se frota los ojos, pero el pasamontañas siempre parece inspirar una expresión de incredulidad. El pasamontañas y la calma: si no me pongo a mover los brazos y a gritar obscenidades estilo Hollywood, algunas personas no consiguen aceptar que va en serio.

Me acerco. Lleva un diamante en una oreja. Bastante pequeño, pero mejor que nada. Se lo señalo y me lo entrega. Se hace el duro, pero no parece que vaya a intentar ninguna tontería.

—Saca la cartera y enséñame lo que hay dentro.

Lo hace, colocando el contenido en forma de abanico para que pueda verlo, como si fueran las cartas de una baraja. Elijo el dinero-e, «e» de «especialmente fácil de hackear». No puedo leer el saldo, pero me lo guardo en el bolsillo y le dejo que se quede con lo demás.

—Ahora quítate los zapatos.

Se lo piensa y un destello de puro resentimiento se vislumbra en su mirada. Pero está demasiado asustado para protestar. Hace lo que le digo con torpeza, apoyándose en un pie y luego en el otro. No lo culpo: sentado yo también me sentiría más vulnerable. Aunque da lo mismo.

Mientras me ato sus zapatos a la parte de atrás del cinturón con una mano, me mira como si estuviera calibrando si comprendo que no tiene nada más que ofrecerme; intentando decidir si eso me va a decepcionar o me va a mosquear. Le sostengo la mirada, en absoluto disgustado, simplemente intentando memorizar su rostro.

Por un segundo trato de visualizar el pandemónium, pero no hace falta. Ahora puedo interpretar los dibujos en sus propios términos, asimilándolos y comprendiéndolos en su totalidad a través del nuevo canal sensorial que el parche ha creado para sí en la neurobiología de la visión.

Y sé que el señor Volición se está disparando.

Levanto la pistola a la altura del corazón del desconocido y le quito el seguro. Su compostura se derrumba, su rostro se crispa. Comienza a temblar y aparecen lágrimas, pero no cierra los ojos. Siento una oleada de compasión —y también la «veo»—, pero se encuentra fuera del señor Volición y sólo el señor Volición puede elegir.

Consternado, el desconocido hace una sola pregunta:

—¿Por qué?

—Porque puedo.

Cierra los ojos. Le castañetean los dientes, un hilo de moco le cuelga de una ventana de la nariz. Aguardo a que llegue el momento de la lucidez, el momento de la comprensión perfecta, el momento en que me salgo del flujo del mundo y me hago responsable de mí mismo.

En cambio, se descorre un velo diferente y el pandemónium se ve reflejado en sí mismo con todo lujo de detalles:

Los dibujos para los conceptos de «libertad», «autoconocimiento», «valor», «sinceridad», «responsabilidad», se encienden y fulguran. Son cascadas que giran sobre sí mismas: enormes serpentinatas entrelazadas de cientos de dibujos de largo... pero ahora todas las conexiones, todas las relaciones causales, están finalmente claras como el agua.

Y nada fluye de ninguna fuente de acción, de ningún yo autónomo e irreductible. El señor Volición se está disparando, pero sólo es un dibujo más entre miles de dibujos, un complicado engranaje más. Con docenas de tentáculos se inmiscuye en las cascadas que lo rodean y farfulla sin parar «yo, yo, yo», atribuyéndose la responsabilidad de todo. Pero en realidad no tiene nada de especial.

De mi garganta sale el sonido de una arcada y casi se me doblan las rodillas. Esto es saber demasiado, soy incapaz de aceptarlo. Sin mover la pistola ni un centímetro meto la mano por debajo del pasamontañas y me arranco el parche.

No cambia nada. El espectáculo continúa. El cerebro ha interiorizado todas las asociaciones, todas las conexiones, y el significado sigue revelándose sin tregua.

No hay ninguna causa primera, no hay ningún sitio del que puedan brotar las decisiones. Lo que hay es una enorme máquina con álabes y turbinas gobernada por el flujo causal que la recorre. Una máquina construida con palabras, imágenes e ideas hechas carne.

No hay nada más: sólo estos dibujos y las conexiones entre ellos. Las «decisiones» se toman en todas partes: en cada asociación, en cada enlace de ideas. La estructura al completo, la máquina en su conjunto, es quien «decide».

¿Y el señor Volición? El señor Volición no es nada más que la idea de sí mismo. El pandemónium puede imaginar cualquier cosa: Papá Noel, Dios... el alma humana. Puede construir un símbolo para cada idea, y conectarlo con otros miles, pero eso no significa que la cosa representada por el símbolo pueda llegar a ser real.

Aterrorizado, triste y avergonzado, miro fijamente al hombre que tiembla delante de mí. ¿En nombre de quién lo estoy sacrificando? Podría haberle dicho a Mira: «Una muñequita ánima ya es demasiado». Entonces, ¿por qué no podía decírmelo a mí mismo? No hay un segundo yo dentro del yo, no hay ningún titiritero que maneja los

hilos y toma las decisiones. Sólo existe la máquina en su conjunto.

Y bajo escrutinio, el engranaje con ínfulas se marchita. Ahora que el pandemónium puede verse a sí mismo en su totalidad, el señor Volición deja de tener sentido.

No hay nada ni nadie por quien matar: ningún emperador de la mente que haya que defender con la propia vida. Y no hay ningún obstáculo que superar para alcanzar la libertad: el amor, la esperanza, la moral... Echa abajo toda esa hermosa maquinaria y lo que quedará será un puñado de células nerviosas moviéndose espasmódicamente al azar, no un radiante *übermensch* puro e inmaculado. La única libertad reside en ser esta máquina y no otra.

De modo que esta máquina baja la pistola, levanta una mano en un torpe gesto de contrición, da media vuelta, sale corriendo y se pierde en la noche. Sin detenerse para recuperar el aliento y consciente como de costumbre del peligro de la persecución, pero llorando lágrimas de liberación todo el camino.

Nota del autor: Este cuento se inspira en los modelos cognitivos del pandemónium de Marvin Minsky, Daniel C. Dennet, y otros. No obstante, el breve esbozo que aquí se presenta sólo pretende dar una impresión general de cómo funcionan estos modelos y en ningún caso hace justicia a los puntos concretos. Los modelos aparecen descritos al detalle en *La conciencia explicada* de Dennet y *La sociedad de la mente* de Minsky.

Crisálida

La explosión hizo añicos las ventanas a cientos de metros de distancia, pero no provocó ningún incendio. Más tarde descubrí que había sido detectada por un sismógrafo de la universidad de Macquarie, que fijó la hora con precisión: 3:52 a.m. Los vecinos despertados por la explosión llamaron a emergencias en cuestión de minutos y nuestro operador del turno de noche me telefoneó justo después de las cuatro, pero no tenía sentido que me diera prisa por llegar a la escena porque sólo conseguiría estorbar. Me senté delante de la terminal de mi estudio durante casi una hora, recopilando información, siguiendo el tráfico de radio con los auriculares, bebiendo café y tratando de no hacer demasiado ruido al teclear.

Para cuando llegué los contratistas del servicio local de bomberos ya se habían ido, luego de certificar que no había riesgo de que hubiera más explosiones, pero nuestro personal forense seguía estudiando las ruinas minuciosamente, el zumbido eléctrico de sus equipos casi ahogado por el canto de los pájaros. Lane Cove era un barrio tranquilo y arbolado a las afueras, una mezcla de zona residencial y polígono de alta tecnología; la exuberante vegetación de los espacios abiertos corporativos se integraba casi a la perfección con el parque nacional adyacente que se extendía a ambos lados del río Lane Cove. El mapa de la zona de la terminal de mi coche indicaba que en el polígono había proveedores de reactivos de laboratorio y productos farmacéuticos, fabricantes de instrumentos de precisión para aplicaciones científicas y aeroespaciales, y no menos de veintisiete empresas de biotecnología. Entre estas últimas se encontraba Life Enhancement International, cuyo otrora imponente edificio de hormigón se veía ahora reducido a una colección de bloques blancos y polvorientos que se apiñaban en torno a barras de refuerzo retorcidas. Las primeras luces del día hacían centellear el acero que había quedado expuesto, tan prístino que resultaba desconcertante. El edificio tenía sólo tres años. Ahora veía por qué el equipo forense había descartado un accidente al primer vistazo: unos cuantos bidones de disolvente orgánico no podían ni de lejos haber hecho algo parecido. Nada almacenado legalmente en un área residencial podía reducir a escombros un edificio moderno en cuestión de segundos.

Vi a Janet Lansing nada más bajarme del coche. Examinaba las ruinas con una expresión de estoicismo en la cara, pero se abrazaba a sí misma. Es probable que estuviera algo conmocionada. No había otra explicación para que tuviera frío; había hecho un calor asfixiante toda la noche y la temperatura ya estaba subiendo. Lansing era la directora del complejo de Lane Cove: cuarenta y tres años, doctorada en biología molecular por Cambridge y con un máster en gestión de empresas de una universidad virtual japonesa igualmente prestigiosa. Antes de salir de casa le había pedido a mi buscador que extrajera sus referencias y su foto de diferentes bases de

datos.

Me acerqué a ella y le dije:

—James Glass, Investigaciones Nexus.

Frunció el ceño al ver mi tarjeta, pero la aceptó, y luego miró a los técnicos que arrastraban sus cromatógrafos de gases y sus equipos holográficos por el perímetro de las ruinas.

—Son suyos, supongo.

—Sí. Llevan aquí desde las cuatro.

Esbozó una sonrisita de suficiencia.

—¿Qué pasa si le doy el trabajo a otros y los denuncio a todos por allanamiento?

—Si contrata a otra empresa, con mucho gusto les entregaremos todas las muestras y la información que hemos reunido.

Asintió como distraída.

—Los contrato a ustedes, por supuesto. ¿Desde las cuatro? Estoy impresionada. Han llegado incluso antes que los del seguro.

Lo cierto era que «los del seguro» de LEI eran dueños del 49% de Investigaciones Nexus, y se quedarían al margen hasta que hubiésemos terminado, pero no vi motivo para mencionarlo. Con amargura, Lansing añadió:

—Nuestra supuesta empresa de seguridad sólo se ha atrevido a llamarme hace media hora. Es evidente que han saboteado una caja de conexión de fibra óptica, dejando desconectada a toda la zona. Se supone que tienen que mandar una patrulla en caso de que haya problemas con el equipo, pero al parecer no se han molestado.

Hice una mueca de comprensión.

—¿Qué era exactamente lo que hacían aquí?

—¿Lo que hacíamos? Nada. No hacíamos fabricación; esto era I+D puro y duro.

De hecho ya había establecido que todas las fábricas de LEI estaban en Tailandia e Indonesia, que la oficina central estaba en Mónaco y que las instalaciones de investigación estaban diseminadas por todo el mundo. Sin embargo, entre exasperar al cliente y demostrarle que uno conoce los hechos existe una línea muy delgada. Un perfecto extraño tiene que despistarse al menos una vez haciendo una suposición trivial, tiene que hacer al menos una pregunta equivocada. Yo siempre lo hago.

—¿Y qué es lo que investigaban y desarrollaban?

—Eso es información comercial delicada.

Me saqué la agenda del bolsillo de la camisa y le enseñé un contrato estándar con las cláusulas de confidencialidad habituales. Ella le echó un vistazo y luego hizo que su propio ordenador escrutara el documento. Conversando en infrarrojos modulados, las máquinas negociaron prontamente la letra pequeña. Mi agenda firmó el contrato electrónicamente en mi nombre, y lo mismo hizo la de Lansing; a continuación ambas emitieron felizmente y al unísono un pitido para comunicarnos que se había

llegado a un acuerdo.

—Nuestro principal proyecto consistía en diseñar células sincitiotrofoblásticas mejoradas —dijo Lansing. Sonreí con paciencia y me lo tradujo—: Fortalecer la barrera entre los suministros sanguíneos de la madre y el feto. La madre y el feto no comparten la sangre directamente, pero intercambian nutrientes y hormonas por medio de la barrera placentaria. El problema es que también pueden colarse todo tipo de virus, toxinas, fármacos y drogas. Las células de la barrera natural no han evolucionado para lidiar con el VIH, el síndrome alcohólico fetal, los bebés que nacen con adicción a la cocaína o un desastre como el de la talidomida. Nuestro objetivo es introducir un vector que modifique los genes. Para ello bastará una sola inyección intravenosa que activará la formación de una capa de células adicional en las estructuras de la placenta adecuadas, células diseñadas específicamente para proteger el suministro de sangre del feto de los contaminantes presentes en la sangre materna.

—¿Una barrera más gruesa?

—Más lista. Más selectiva. Más exigente con lo que tiene que dejar pasar. Sabemos exactamente lo que el feto en desarrollo necesita de la sangre materna. Estas células manipuladas genéticamente contendrían canales específicos para transportar cada una de esas sustancias. No dejarían pasar nada más.

—Impresionante.

Una crisálida que envuelve al bebé nonato y lo protege de todos los venenos de la sociedad moderna. Exactamente el tipo de tecnología beneficiosa que cabría esperar de una empresa que se llamaba Life Enhancement: mejorando la vida desde el arbolado barrio de Lane Cove. Lo cierto era que hasta un lego en la materia podía ver unas cuantas lagunas en el planteamiento. A mi entender los niños normalmente se infectaban con el VIH durante el parto, no durante el embarazo, pero supongo que había otros virus que pasaban por la barrera placentaria con más frecuencia. La verdad es que no sabía si las madres con riesgo de dar a luz niños con deficiencias provocadas por el alcohol o a niños adictos a la cocaína iban a agolparse delante de los hospitales para colocarse las barreras fetales modificadas. En cambio sí podía imaginarme una fuerte demanda por parte de la gente que vivía aterrorizada por los aditivos alimentarios, los pesticidas y los agentes contaminantes. A la larga, si el sistema funcionaba de verdad y su precio no era prohibitivo, podría incluso llegar a formar parte de la atención prenatal de rutina.

Una tecnología beneficiosa y lucrativa.

En todo caso, hubiera o no factores biológicos, económicos y sociales que fueran a impedir el éxito sin paliativos de la tecnología, costaba imaginarse que alguien pudiera ponerle pegos a la idea en sí.

—¿Trabajaban con animales? —dije.

Lansing frunció el ceño.

—Sólo utilizábamos embriones de ternero y úteros bovinos vacíos cuyos tejidos se mantenían artificialmente. Si ha sido un grupo pro defensa de los derechos de los animales, les habría traído más cuenta poner una bomba en un matadero.

—Mmm.

En los últimos años, la sucursal de Sydney de Igualdad para los Animales (el único grupo conocido por utilizar métodos tan extremos) se había concentrado en los laboratorios que investigaban con primates. Podían haber cambiado de estrategia, o les podían haber informado mal, pero aun así LEI me parecía un objetivo raro. Seguía habiendo montones de laboratorios que utilizaban ratas y conejos vivos como si fueran tubos de ensayo desechables, y todo el mundo estaba al corriente. Muchos de ellos quedaban bastante cerca.

—¿Y alguien de la competencia?

—Por lo que sé no hay nadie más que esté desarrollando este tipo de producto. No es una competición. Ya hemos obtenido las patentes individuales de todos los principales componentes: los conductos de la membrana, las moléculas transportadoras. En cualquier caso los posibles competidores tendrían que pagarnos los derechos de licencia.

—¿Y si ha sido alguien que sólo quería perjudicarles financieramente?

—Entonces tendrían que haber puesto la bomba en una de las fábricas. Cortar nuestra fuente de ingresos habría sido la mejor manera de hacernos daño. Con este laboratorio no se ganaba ni un céntimo.

—Aun así el precio de sus acciones bajará en picado, ¿no? No hay nada que ponga más nervioso a un inversor que el terrorismo.

Lansing me dio la razón de mala gana.

—Pero entonces quien se aprovechara de ello para lanzar una OPA hostil también se vería afectado. No voy a negar que en este sector hay sabotajes comerciales de vez en cuando, pero no algo tan burdo como esto. La ingeniería genética es un negocio sutil. Las bombas son para los fanáticos.

Tal vez. Pero, ¿quién sería tan fanático como para oponerse a la idea de proteger embriones humanos de virus y venenos? Varias sectas religiosas se oponían de plano a cualquier tipo de modificación de la biología humana, pero las que empleaban la violencia le habrían puesto una bomba a un fabricante de fármacos abortivos, no a un laboratorio dedicado a la tarea de salvaguardar el feto.

Se nos acercó Elaine Chang, la jefa del equipo forense. Se la presenté a Lansing.

—Fue un trabajo muy profesional —dijo Elaine—. Si hubiesen contratado a expertos en demoliciones lo habrían hecho exactamente igual. Pero claro, es muy probable que utilizaran el mismo software para calcular los tiempos y la colocación de las cargas.

Cogió su agenda y nos mostró una estilizada reconstrucción del edificio que indicaba las ubicaciones hipotéticas de las cargas explosivas. Pulsó un botón y la simulación se derrumbó hasta parecerse al desastre real que teníamos a nuestras espaldas.

—Hoy en día la mayoría de los fabricantes serios marcan cada partida de explosivos con elementos traza que permanecen en el residuo —continuó diciendo—. Hemos vinculado las cargas que se utilizaron aquí con un lote robado de un almacén de Singapur hace cinco años.

—Lo que puede que no sea de gran ayuda, me temo —añadí yo—. Después de cinco años en el mercado negro podrían haber cambiado de manos unas cuantas veces.

Elaine volvió a ocuparse de sus equipos. Lansing empezaba a parecer un poco mareada.

—Me gustaría volver a hablar con usted en otro momento, pero voy a necesitar una lista de sus empleados, pasados y presentes, tan pronto como sea posible.

Asintió y pulsó unas cuantas teclas en su agenda para transferirme la lista a la mía.

—En realidad no se ha perdido nada —dijo—. Teníamos copias de seguridad de todos los datos administrativos y científicos en otro sitio. Y tenemos muestras congeladas de casi todas las líneas celulares en las que estábamos trabajando. Están en una cámara acorazada en Milson's Point.

Las copias de seguridad de los datos comerciales serían prácticamente intocables, los registros estarían almacenados en al menos una docena de sitios repartidos por todo el mundo, y obviamente estarían cifrados en extremo. Las líneas celulares parecían más vulnerables.

—No estaría de más que informara a los operadores de la cámara acorazada de lo que ha pasado aquí.

—Ya lo he hecho; los llamé de camino a aquí. —Le echó un vistazo a las ruinas—. La compañía de seguros pagará la reconstrucción. En seis meses volveremos a ser operativos. Los que hicieron esto han perdido el tiempo. El trabajo no se va a parar.

—¿Y quién habrá querido pararlo? —dije.

La sonrisita de Lansing volvió a dibujarse en su cara y estuve a punto de preguntarle qué le hacía tanta gracia. Pero a veces la gente actúa de forma incoherente ante los desastres, sean grandes o pequeños. No había muerto nadie, no estaba ni mucho menos histérica, pero me extrañaría que un contratiempo de este tipo no la hubiera descolocado un poco.

—Dígamele usted —dijo—. Ése es su trabajo, ¿no?

Cuando llegué a casa esa noche, Martin estaba en el salón trabajando en su disfraz

para el Carnaval. No podía imaginarme cómo quedaría una vez acabado, pero estaba claro que iba a tener plumas. Plumas azules. Hice lo que pude por guardar la compostura, pero por su expresión supe que había percibido un gesto involuntario de disgusto en mi cara. Igualmente nos besamos y no mencionamos el tema.

Pero mientras cenábamos no pudo contenerse.

—Este año es el cuadragésimo aniversario, James. Seguro que va a ser el mejor de todos. Por lo menos podrías venir a ver.

Sus ojos centellearon; le encantaba pincharme. Teníamos la misma discusión desde hacía cinco años y estaba a punto de convertirse en un ritual tan absurdo como el propio desfile.

—¿Qué te hace pensar que quiero ir a ver cómo diez mil *drag queens* recorren Oxford Street y le tiran besos a los turistas? —dije con rotundidad.

—No exageres. Sólo habrá unos mil hombres travestidos, como mucho.

—Sí, el resto llevará suspensorios de lentejuelas.

—Si te tomaras la molestia de venir a verlo, descubrirías que la imaginación de la mayoría de la gente ha evolucionado mucho.

Negué con la cabeza, perplejo.

—Si la imaginación de la gente hubiese evolucionado, no habría ningún Carnaval de Gays y Lesbianas. Es un circo para los que quieren vivir en un ghetto cultural. Hace cuarenta años puede que fuera... provocativo. Puede que entonces sirviera para algo. Pero, ¿ahora? ¿Qué sentido tiene? Ya no hay que cambiar ninguna ley, ya no hay que pedirle nada a los políticos. Este tipo de cosas lo único que hacen es reciclar los mismos estereotipos estúpidos año tras año.

—Es una reafirmación pública del derecho a la diversidad sexual —dijo Martin con tranquilidad—. El hecho de que ya no sea una marcha de protesta y sólo sea una celebración no significa que no importe. Y quejarse de los estereotipos es como... quejarse de los personajes de una alegoría medieval. Los disfraces son un código, taquigrafía. El sucio populacho heterosexual no es tan tonto como te crees. No ven el desfile y llegan a la conclusión de que el homosexual medio se pasa todo el día enfundado en un tutú de lamé dorado. La gente no es tan literal. Todos han aprendido semiótica en la guardería, saben cómo descodificar el mensaje.

—De eso no me cabe duda. Pero sigue siendo el mensaje equivocado: convierte en exótico lo que debería ser mundano. Vale, la gente tiene derecho a vestirse como le dé la gana y pasearse por Oxford Street... pero para mí no significa absolutamente nada.

—No te estoy pidiendo que participes en el desfile...

—Muy hábil por tu parte.

—... pero si cien mil heteros pueden ir a mostrar su apoyo a la comunidad gay, ¿por qué no puedes ir tú?

—Porque cada vez que oigo la palabra «comunidad» —dije cansado—, sé que me están manipulando. Si existe algo que se llama «la comunidad gay», estoy seguro de que no pertenezco a ella. Resulta que no quiero pasarme la vida viendo canales de televisión para gays y lesbianas, informándome con noticias para gays y lesbianas... o yendo a desfiles de gays y lesbianas. Es como si todo fuera... una marca. Es como si hubiera una multinacional que tiene los derechos de franquicia de la homosexualidad. Y si no vendes el producto a su manera, eres una especie de marica de segunda, un marica inferior, pirata, no autorizado.

Martin se partió de risa. Cuando por fin pudo controlarse, dijo:

—Sigue. Estoy esperando a que llegues a la parte en que dices que no estás más orgulloso de ser gay que de tener los ojos marrones, o el pelo negro, o una marca de nacimiento en la rodilla izquierda.

—Eso es verdad —protesté—. ¿Por qué debería estar «orgulloso» de algo con lo que he nacido? Ni estoy orgulloso ni me avergüenzo. Simplemente lo acepto. Y no tengo que ir a ningún desfile para demostrarlo.

—¿Entonces preferirías que siguiéramos siendo invisibles?

—¡Invisibles! Tú mismo me dijiste que el año pasado que el porcentaje de representación en el cine y la televisión se acercaba a los datos demográficos reales. Si apenas nos llama la atención que un político abiertamente gay o una lesbiana ganen unas elecciones, es porque ha dejado de ser un problema. Para la mayoría de la gente, ahora mismo, tiene tanta importancia como... ser zurdo o ser diestro.

A Martin esta observación le pareció surrealista.

—¿Estás intentando decirme que ya no es un problema, que está todo bien? ¿Que ahora los habitantes de este planeta son completamente imparciales en lo que respecta a las preferencias sexuales? Tu fe me conmueve, pero...

Hizo un gesto de incredulidad.

—Ante la ley somos igual que cualquier pareja heterosexual, ¿verdad? —dije—. ¿Y cuándo fue la última vez que le dijiste a alguien que eras gay y se inmutó lo más mínimo? Y sí, lo sé, en algunos países todavía es ilegal, tan ilegal como unirse al partido político o a la religión equivocados. Ningún desfile en Oxford Street va cambiar eso.

—En esta misma ciudad se nos sigue pegando. Se nos sigue discriminando.

—Sí, claro. También matan a tiros a la gente por poner en el estéreo del coche la música equivocada en medio de un atasco, y hay gente que no puede optar a un puesto de trabajo porque vive en el barrio equivocado. No estoy hablando de la perfección de la naturaleza humana. Sólo te pido que reconozcas una pequeña victoria: aparte de unos cuantos psicóticos y algunos fanáticos fundamentalistas, a la mayoría de la gente no le importa.

—Ojalá fuera cierto —dijo Martin con pesar.

La discusión se prolongó durante más de una hora y terminó en tablas, como de costumbre. Por supuesto, ninguno esperaba en serio cambiar la opinión del otro.

Sin embargo, más tarde me sorprendí preguntándome si realmente me creía mi propia retórica optimista. «¿Tanta importancia como ser zurdo o ser diestro?» Sin duda ésa era la frase que en el mundo occidental adoptaban casi todos los políticos, casi todos los académicos, los ensayistas, los presentadores de programas de entrevistas, los guionistas de culebrones y los líderes de las principales religiones. Pero esa misma gente, durante décadas, había suscrito principios de igualdad racial igualmente loables y la realidad seguía dejando bastante que desear. En mi caso apenas sufrí discriminación. Para cuando llegué al instituto la tolerancia estaba de moda y desde entonces he sido testigo de una serie de mejoras constantes... ¿Pero cómo podía llegar a saber cuántos prejuicios ocultos quedaban? ¿Interrogando a mis amigos heterosexuales? ¿Leyendo las últimas encuestas de los sociólogos? La gente siempre dice lo que piensa que quieres oír.

Con todo, no parecía tener mayor importancia. Por mi parte podía pasarme sin la aprobación profunda y sincera de todos y cada uno de los miembros de la humanidad. Martin y yo teníamos la suerte de haber nacido en una época y en un lugar en el que, a casi todos los efectos, nos trataban como a iguales.

¿Qué más se podía esperar?

Esa noche en la cama hicimos el amor muy despacio; al principio sólo nos besamos y nos acariciamos durante lo que parecieron horas. Ninguno de los dos habló, y en el portentoso ardor de la pasión perdí toda noción de pertenecer a cualquier otro momento, a cualquier otra realidad. No había nada que se interpusiera entre nosotros; el resto del mundo, el resto de mi vida, se desvaneció dando vueltas en la oscuridad.

La investigación avanzaba despacio. Entrevisté a todos los miembros de la plantilla actual de LEI y luego me puse con la larga lista de antiguos empleados. Seguía pensando que el sabotaje comercial era la explicación más plausible para un trabajo tan profesional, pero volar por los aires a la competencia es una medida un tanto desesperada. Por lo general primero se prueba con algo más civilizado, como por ejemplo el espionaje. Tenía la esperanza de que tiempo atrás alguien se hubiese puesto en contacto con algún antiguo empleado de LEI para ofrecerle dinero a cambio de información privilegiada. Si era capaz de encontrar a un solo empleado que hubiese rechazado un soborno, su contacto con el supuesto rival podría aportarme una información muy útil.

Aunque las instalaciones de Lane Cove se construyeron hacía sólo tres años, LEI había operado en Sydney durante doce años desde la división de investigación en North Ryde, no muy lejos de la nueva ubicación. Muchos de los antiguos empleados

de esa época se habían mudado a otro estado o al extranjero. Algunos habían sido transferidos a las secciones de LEI en otros países. Sin embargo, casi ninguno había cambiado su número de teléfono personal, por lo que fue bastante fácil dar con ellos.

La excepción fue una bioquímica llamada Catherine Mendelsohn. El número que aparecía junto a su nombre en los archivos de personal de LEI había sido cancelado. En la guía telefónica nacional había diecisiete personas con el mismo apellido y las mismas iniciales. Ninguna admitió ser Catherine Alison Mendelsohn y ninguna se parecía en nada a la foto de empresa que tenía.

La dirección de Mendelsohn que aparecía en el censo electoral, un piso en Newton, coincidía con la de los archivos de LEI, pero en la guía telefónica (y en el censo electoral) la misma dirección correspondía a Stanley Goh, un joven que me dijo que no conocía a Mendelsohn. Vivía de alquiler en el piso desde hacía dieciocho meses.

Las bases de datos de historial crediticio daban la misma dirección anticuada. Sin una orden judicial no podía acceder ni a los datos fiscales ni a los datos bancarios, ni tampoco al registro de servicios públicos. Escudriñé las necrológicas con el buscador, pero no encontré nada.

Mendelsohn había trabajado para LEI hasta más o menos un año antes de que se mudaran a Lane Cove. Formaba parte de un equipo que trabajaba en un sistema que adaptaba los genes para aliviar los efectos secundarios de la menstruación, y aunque la sección de Sydney siempre se había especializado en la investigación ginecológica, por alguna razón el proyecto estaba a punto de trasladarse a Texas. Le eché un vistazo a las publicaciones del sector. Al parecer, en ese momento LEI había reestructurado todas sus operaciones, aglutinando proyectos repartidos por todo el mundo en nuevas configuraciones multidisciplinarias, siguiendo las últimas teorías que estaban de moda sobre la dinámica de la investigación. Mendelsohn no aceptó el traslado y la despidieron.

Investigué un poco más. Según los registros de personal, dos días antes de su despido los guardias de seguridad habían interrogado a Mendelsohn después de encontrársela en el local de North Ryde a altas horas de la noche. En un campo como la biotecnología no faltan los adictos al trabajo, pero empezar la jornada a las dos de la mañana demuestra una dedicación especial, sobre todo cuando la empresa acaba de intentar despacharte a Armadillo, Texas. Habiendo rechazado el traslado, Mendelsohn debía de estar al corriente de lo que le esperaba.

Sin embargo el incidente no tuvo consecuencias. Aunque Mendelsohn hubiera estado tramando algún acto de sabotaje menor, no se podía establecer una conexión directa con un atentado perpetrado cuatro años más tarde. Podía haber estado lo bastante furiosa como para filtrar información confidencial a alguno de los rivales de LEI, pero los que habían puesto las bombas en el laboratorio de Lane Cove habrían

estado más interesados en alguien que trabajara directamente en el proyecto de la barrera: un proyecto que había nacido un año después de que echaran a Mendelsohn.

Seguí adelante con la lista. Entrevistar a los antiguos empleados era frustrante. Casi todos seguían trabajando en el sector biotecnológico y habrían sido un grupo ideal para contestar a la pregunta de «quién saldría más beneficiado» de la fatalidad de LEI, pero el acuerdo de confidencialidad que había firmado suponía que no podía revelar nada acerca de la investigación en cuestión; ni siquiera a la gente que trabajaba en otros departamentos de LEI.

Lo único de lo que sí podía hablar resultó ser un chasco: si había habido sobornos, nadie abría la boca al respecto, y ningún juez iba a firmarme una orden que me permitiera arramblar con los registros fiscales de ciento diecisiete personas a ver si pescaba algo.

El examen forense de las ruinas y de la caja de fibra óptica dio como resultado el típico catálogo de minucias que pasado un tiempo podrían resultar inestimables, pero nada de eso iba a hacer que apareciera un sospechoso como por arte de magia.

Cuatro días después del atentado, justo cuando empezaba a desesperarme por darle un nuevo enfoque al caso, recibí una llamada de Janet Lansing.

Habían destruido las muestras de seguridad del proyecto. Todas las líneas celulares genéticamente modificadas.

Resultó que la cámara acorazada de Milson's Point se encontraba justo debajo de una sección del puente del puerto de Sydney; estaba construida en los cimientos de la orilla norte. Lansing no había llegado todavía, pero el jefe de seguridad de la empresa de almacenaje, un hombre mayor llamado David Asher, me enseñó las instalaciones. En el interior apenas se oía el tráfico, pero la vibración que llegaba a través del suelo se notaba como un terremoto leve y constante. El sitio era cavernoso, seco y frío. Había al menos cien congeladores criogénicos dispuestos en filas; entre ellos serpenteaban unos tubos fuertemente revestidos que servían para abastecerlos de nitrógeno líquido.

Asher se mostró comprensiblemente taciturno pero dispuesto. Me explicó que antes de que todo se hiciera en digital en este sitio se archivaban películas en celuloide. Los dueños de ahora se especializaban en materiales biológicos. Las instalaciones no tenían asignados guardias de seguridad, pero las cámaras de vigilancia y los sistemas de alarma parecían imponentes y la propia estructura del recinto daba la impresión de ser prácticamente impenetrable.

La misma mañana del atentado Lansing llamó a Biofile, la empresa de almacenaje. Asher confirmó que había mandado a alguien desde la oficina de Sydney norte para que comprobara el congelador en cuestión. No faltaba nada, pero había prometido que iba a aumentar las medidas de seguridad inmediatamente. Puesto que

se suponía que los congeladores eran a prueba de manipulaciones y tenían cierres individuales, lo normal era permitir que los clientes accedieran a la cámara en cualquier momento, con la única supervisión de las cámaras de vigilancia. Asher le había prometido a Lansing que en lo sucesivo nadie entraría en el edificio sin que lo acompañara un miembro de su equipo; y afirmaba que, de todos modos, nadie había entrado desde el día del atentado.

Cuando esa mañana se presentaron dos técnicos de LEI para hacer un inventario, se encontraron el número de matraces de cultivo previsto, todos ellos bien sellados y con sus correspondientes etiquetas de código de barras, pero algo en el aspecto del contenido no cuadraba. El coloide traslúcido congelado era más opalescente que turbio; un ojo inexperto nunca se habría dado cuenta, pero al parecer era más que obvio para los entendidos.

Los técnicos se llevaron unos cuantos matraces para analizarlos. LEI operaba desde un local provisional, un rincón subalquilado en un laboratorio de control de calidad de un fabricante de pintura. Lansing me había prometido que tendría los resultados de las pruebas preliminares para cuando nos viéramos.

Lansing llegó y abrió el congelador. Con una mano enguantada extrajo un matraz del remolino de vaho y lo levantó para que lo inspeccionara.

—Sólo hemos descongelado tres muestras —dijo—, pero todas tienen el mismo aspecto. Las células han sido destruidas.

—¿Cómo?

La condensación que cubría el matraz era tan densa que no podría haber dicho si estaba lleno o vacío, y mucho menos si el contenido era turbio u opalescente.

—Parecen daños provocados por radiación.

Se me puso la carne de gallina. Examiné el interior del congelador; lo único que pude distinguir fueron las tapas de varias filas de matraces idénticos. Pero si habían introducido un radioisótopo en uno de ellos...

Lansing frunció el ceño.

—Tranquilo.

Le dio unos golpecitos a una placa identificativa electrónica que llevaba sujeta a la bata de laboratorio, de superficie gris y apagada como la de una célula fotoeléctrica: un dosímetro de radiación.

—Si estuviéramos expuestos a una cantidad de radiación considerable esto estaría pitando como loco. Fuera cual fuese el origen de la radiación, ya no está aquí; y las paredes no están resplandeciendo. Su futura prole está a salvo.

Dejé pasar el comentario.

—¿Cree que todas las muestras estarán estropeadas? ¿Que no podrán salvar nada?

Lansing se mostró tan estoica como siempre.

—Eso parece. Existen técnicas sofisticadas que podríamos utilizar para intentar

reparar el ADN, pero probablemente sea más fácil empezar de cero, sintetizar ADN nuevo y reintroducirlo en las líneas celulares placentarias bovinas que aún no se han manipulado. Todavía tenemos todos los datos de las secuencias, que a fin de cuentas es lo que importa.

Pensé en el sistema de cierre del congelador, en las cámaras de vigilancia.

—¿Está segura de que la fuente de la radiación estaba dentro del congelador? ¿Es posible que dañaran las muestras sin necesidad de forzarlo, directamente a través de las paredes?

Lo pensó.

—Quizá. Estas cosas no tienen mucho metal, casi todo es poliestireno. Pero no soy física de radiación: seguramente los forenses de su equipo puedan darle una mejor explicación de lo que pasó cuando hayan examinado el congelador. Si los polímeros de la espuma están dañados se podrían utilizar para reconstruir la geometría del campo de radiación.

Un equipo forense estaba de camino.

—¿Cómo lo harían? —dije—. Pasaron por aquí tranquilamente y...

—Lo dudo. Una fuente capaz de hacer esto de una sola vez habría sido incontrolable. Es mucho más probable que hayan tardado semanas, o meses, utilizando niveles de radiación bajos.

—¿Entonces tuvieron que introducir alguna clase de dispositivo en su propio congelador y luego orientarlo hacia el de ustedes? Pero en ese caso... podríamos seguir el rastro de los efectos hasta la fuente, ¿no? ¿Cómo esperaban salirse con la suya?

—Es mucho más simple —dijo Lansing—. Hablamos de una modesta cantidad de un isótopo emisor de rayos gamma, no de un arma que dispara haces de partículas y que vale miles de millones de dólares. El alcance efectivo sería de un par de metros, como mucho. Si lo hicieron desde fuera su lista de sospechosos se reduce a dos.

Le dio un golpe al congelador que estaba a la izquierda del de LEI, luego hizo lo mismo con el de la derecha y dijo:

—Ajá.

—¿Qué?

Volvió a golpear los dos congeladores. El segundo sonó a hueco.

—¿No tiene nitrógeno líquido? ¿No lo están usando?

Lansing asintió. Alargó la mano hacia el tirador del congelador.

—No creo que... —dijo Asher.

El congelador no estaba cerrado, la tapa se abrió con facilidad. La placa de Lansing empezó a pitar, y lo que era peor, dentro había algo con baterías y cables...

No sé qué fue lo que me impidió darle un empujón, pero Lansing, sin inmutarse, levantó la tapa del todo.

—No se alarme. Esta dosis no es nada. Casi no es detectable.

A primera vista lo que había en el interior parecía una bomba casera, pero las baterías y el chip temporizador que alcancé a ver estaban conectados a un solenoide de uso industrial, que era parte de un complejo mecanismo obturador colocado en un lado de una gran caja metálica de color gris.

—Lo más probable es que sean piezas recicladas de equipos médicos —dijo Lansing—. ¿Sabe que estas cosas a veces aparecen en los vertederos? —Se quitó la placa y la acercó a la caja; el pitido de la alarma aumentó, pero sólo un poco—. El revestimiento parece estar intacto.

—Esta gente tiene acceso a potentes explosivos —dije con la mayor calma que pude—. No tiene ni idea de qué coño puede haber ahí, o a qué está conectado. Ahora mismo vamos a salir tranquilamente de aquí y vamos a dejar que se encarguen los robots artificieros.

Pareció que iba a protestar, pero luego se arrepintió y asintió. Los tres salimos a la calle y Asher llamó a la empresa de servicios antiterroristas. De pronto me di cuenta de que tendrían que desviar todo el tráfico del puente. El atentado de Lane Cove había aparecido de pasada en algunos medios, pero esto abriría las noticias de la noche.

Me llevé a Lansing aparte.

—Han destruido su laboratorio. Han acabado con sus líneas celulares. Es prácticamente imposible que puedan encontrar y dañar sus datos, de manera que el siguiente objetivo lógico es usted y sus empleados. Nexus no ofrece servicios de protección, pero puedo recomendarle una buena empresa.

Le di el número de teléfono y lo aceptó con la solemnidad que requería la ocasión.

—¿Entonces por fin me cree? —dijo—. Esta gente no son saboteadores comerciales. Son fanáticos peligrosos.

Me estaba empezando a hartar de sus vagas referencias a los «fanáticos».

—¿En quién está pensando en concreto?

—Estamos manipulando ciertos... procesos naturales —dijo en tono enigmático—. Puede sacar sus propias conclusiones, ¿no?

No tenía ninguna lógica. Lo más probable era que grupos como Imagen de Dios estuvieran a favor de obligar a usar la crisálida a todas las mujeres embarazadas que estuvieran infectadas con el VIH o que fueran drogadictas. No iban a intentar cargarse la tecnología a bombazos. A los Soldados de Gaia les preocupaba más la manipulación genética de cultivos y bacterias que cualquier modificación trivial que pudiera introducirse en una especie tan insignificante como la humana, y no habrían usado radioisótopos aunque el destino del planeta dependiera de ello. Lansing empezaba a sonar como una auténtica paranoica, aunque dadas las circunstancias

tampoco podía culparla.

—No saco ninguna conclusión —dije—. Sólo le aconsejo que sea prudente y tome precauciones, porque no sabemos hasta dónde puede llegar esto. Pero... Biofile debe alquilarle congeladores a toda la competencia de LEI. A un rival comercial le habría resultado mil veces más fácil colarse en la cámara acorazada y plantar esa cosa que a cualquier supuesto miembro de una secta.

Una furgoneta blindada de color gris se paró delante de nosotros con un chirrido. La puerta trasera se abrió de golpe, se deslizaron unas rampas y descendió un robot rechoncho de múltiples extremidades que se desplazaba sobre orugas. Levanté la mano para saludar y el robot hizo lo mismo. El operador era amigo mío.

—Puede que tenga razón —dijo Lansing—. De todas formas nada impide que un terrorista trabaje en el sector de la biotecnología, ¿verdad?

Al final el dispositivo no era una bomba trampa. Estaba programado para rociar las valiosas células de LEI con rayos gamma. Lo hacía en intervalos de seis horas, empezando cada noche a las doce. Incluso en el poco probable caso de que alguien hubiese entrado en la cámara acorazada de madrugada y se hubiese metido en el estrecho espacio que quedaba entre los congeladores, la dosis recibida no habría sido gran cosa. Como había sugerido Lansing, era el efecto acumulado durante meses lo que había destruido las líneas celulares. El radioisótopo de la caja era cobalto 60 y lo más seguro es que procediera de un equipo médico retirado de servicio que habría sido robado de un local de «enfriamiento». Estaría demasiado gastado para cumplir su función original, pero se mantenía lo bastante activo como para deshacerse de él. No se había denunciado ningún robo parecido, pero los ayudantes de Elaine Chang estaban llamando a los hospitales, intentando convencerlos para que volvieran a hacer inventario en sus bunkers de hormigón.

El cobalto 60 era un material peligroso, pero cincuenta miligramos en un recipiente bien aislado no eran exactamente lo que se dice un arma nuclear estratégica. Aun así, los sistemas de noticias se volvieron locos: ¡TERRORISTAS ATÓMICOS ATENTAN CONTRA EL PUENTE DEL PUERTO! Etcétera. Si los enemigos de LEI eran activistas que pretendían plantear al pueblo algún tipo de «causa moral», estaba claro que tenían los peores asesores de relaciones públicas del mercado. La posibilidad de ganarse la menor simpatía se esfumó en cuanto las primeras noticias mencionaron la palabra «radiación».

Mi software secretario publicó amables declaraciones de «Sin comentarios» en mi nombre, pero los equipos de camarógrafos empezaron a rondar la puerta de mi casa, así que tuve que ceder y soltarles unas cuantas frases con gancho mediático que venían a decir lo mismo. A Martin todo esto le parecía la mar de divertido. Después fui yo el que se divirtió viendo por la tele la conferencia de prensa que Janet Lansing

ofreció desde la misma puerta de su casa. Me quedé de piedra.

—Esta claro que esta gente no tiene escrúpulos. La vida de las personas, el medio ambiente, la contaminación radiactiva: para ellos no significan nada.

—¿Tiene idea de quién puede ser el responsable de esta atrocidad, doctora Lansing?

—No puedo revelarlo todavía. Por ahora lo único que puedo revelar es que nuestra investigación está a la vanguardia de la medicina preventiva, y no me sorprende nada que haya poderosos intereses creados que trabajan en nuestra contra.

«¿Poderosos intereses creados?» Si eso no era una alusión en clave a la empresa biotecnológica rival cuya implicación ella seguía negando, no sé lo que era. Estaba claro que Lansing quería aprovechar las ventajas publicitarias de ser la víctima de **TERRORISTAS ATÓMICOS**, pero en mi opinión estaba malgastando saliva. En un par de años o un poco más, cuando el producto saliera finalmente al mercado, nadie se acordaría de la noticia.

Después de arduas negociaciones legales, Asher por fin me envió seis meses de archivos de las grabaciones de vigilancia de la cámara acorazada: todo lo que tenían. El congelador en cuestión no se había utilizado en casi dos años. El último usuario autorizado había sido una pequeña clínica de fertilización in vitro que había ido a la quiebra. En la actualidad sólo estaba alquilado más o menos un 60% de los congeladores, así que no era tan raro que LEI tuviera un vecino oportunamente vacío.

Pasé los archivos por un software de procesamiento de imágenes con la esperanza de que las cámaras hubieran captado a alguien abriendo el congelador en desuso. La búsqueda tardó casi una hora de superordenador y no obtuvo ningún resultado, cero. Unos minutos más tarde, Elaine Chang asomó la cabeza por mi oficina para decirme que había terminado el análisis de los daños de las paredes del congelador: la irradiación nocturna se había prolongado durante ocho o nueve meses.

Si inmutarme, volví a examinar los archivos y esta vez le di instrucciones al software para que recopilara una galería con todos los individuos que aparecieran en la cámara acorazada.

Surgieron sesenta y dos caras. Les puse a todas el nombre de la empresa a la que pertenecían, haciendo coincidir la hora en que aparecían con los registros de uso de la llave electrónica de cada cliente de Biofile. No pude apreciar ninguna inconsistencia clara; dentro no había habido nadie que no tuviera una llave autorizada para entrar, y las mismas personas había usado las mismas llaves, una y otra vez.

Las caras de la galería pasaban ante mis ojos y me preguntaba cuál debería ser mi siguiente paso. ¿Buscar a todo el que mirara con disimulo hacia el congelador radiactivo? El software podía hacerlo, pero yo no estaba dispuesto a complicarme tanto la vida.

Llegué a una cara que me pareció familiar: una mujer rubia de unos treinta y cinco años que había utilizado en tres ocasiones la llave que pertenecía a la Unidad de Investigación Oncológica del hospital Centenario de la Federación. Estaba seguro de que la conocía, pero no podía recordar dónde la había visto antes. No importaba. No tardé más de unos segundos en encontrar una imagen nítida de la placa identificativa sujeta a su bata de laboratorio. Sólo tenía que agrandar la imagen.

La identificación decía: C. MENDELSON.

Alguien llamó a mi puerta abierta. Aparté la vista de la pantalla. Elaine había vuelto y se la veía muy contenta.

—Por fin hemos encontrado un sitio que admite haber perdido algo de cobalto 60 —dijo—. Y eso no es todo, la actividad de nuestra fuente coincide exactamente con la curva de decaimiento del artículo perdido.

—¿Y de dónde lo robaron?

—Del hospital Centenario.

Llamé a la Unidad de Investigación Oncológica. Sí, Catherine Mendelsohn trabajaba allí —lo había hecho durante casi cuatro años—, pero no pudieron ponerme con ella; había estado de baja por enfermedad toda la semana. Me dieron el mismo número de teléfono cancelado que me había dado LEI, pero la dirección era distinta: un apartamento en Petersham. La dirección no aparecía en la guía telefónica. Tendría que ir en persona.

Un equipo de investigación sobre el cáncer no tendría motivos para querer perjudicar a LEI, pero un adversario comercial (con o sin su propia llave de acceso a la cámara acorazada) podía haberle pagado a Mendelsohn para que les hiciera el trabajo. Por mucho que le ofrecieran, me parecía un trato malísimo. Si la condenaban, rastrearían y confiscarían hasta el último centavo. Pero puede que el enfado por el despido le nublara el juicio.

Tal vez. O tal vez mis elucubraciones estaban siendo demasiado simplistas.

Volví a pasar las instantáneas de Mendelsohn captadas por las cámaras de vigilancia. No hacía nada fuera de lo común, nada sospechoso. Iba directamente al congelador de la UIO, metía las muestras que había traído y se marchaba. Y no desviaba la mirada con disimulo hacia ningún lado.

Que estuviera dentro de la cámara acorazada —legítimamente— no probaba nada. Que robaran el cobalto 60 del hospital en el que ella trabajaba podía ser pura coincidencia.

Y todo el mundo tenía derecho a cancelar su línea de teléfono.

Me imaginé las barras de refuerzo de acero del laboratorio de Lane Cove resplandeciendo al sol.

Al salir me pasé de mala gana por el sótano. Me senté delante de una consola

mientras la caja de seguridad para armas comprobaba mis huellas dactilares, tomaba muestras de mi aliento, me hacía un espectrograma de la sangre de la retina, me sometía a una serie de pruebas que medían el tiempo de respuesta entre percepción y reacción y por último me interrogaba sobre el caso durante cinco minutos. Una vez satisfecha con mis reflejos, mis motivaciones y mi estado mental me entregó una pistola de nueve milímetros y una pistolera de hombro.

El bloque de apartamentos de Mendelsohn era una caja de cemento de la década de 1960. La entrada principal daba a unos largos balcones compartidos que no contaban con ningún tipo de seguridad. Llegué justo después de las siete, el olor de las cocinas y el sonido de los aplausos de los concursos televisivos me llegaban desde un centenar de ventanas abiertas. El cemento aún relucía con el calor acumulado durante el día; tres tramos de escaleras me dejaron empapado en sudor. En el apartamento de Mendelsohn no se oía nada, pero las luces estaban encendidas.

Ella misma abrió la puerta. Me presenté y le enseñé mi identificación. Parecía nerviosa pero no estaba sorprendida.

—Todavía me mortifica tener que tratar con gente como usted —dijo.

—¿Gente como...?

—Estaba en contra de la privatización de la policía. Ayudé a organizar algunas de las manifestaciones.

Por entonces debía tener catorce años: una activista política precoz.

Me dejó pasar a regañadientes. Los muebles del salón eran modestos, en un rincón había una terminal sobre un escritorio.

—Estoy investigando el atentado contra Life Enhancement International —dije—. Usted trabajó para ellos hasta hace unos cuatro años. ¿Es eso correcto?

—Sí.

—¿Puede decirme por qué se fue?

Ella repitió lo que yo ya sabía sobre el traslado de su proyecto a la sección de Armadillo. Contestó a cada pregunta directamente, mirándome a los ojos. Seguía nerviosa, pero parecía muy atenta a mi manera de proceder, como si de ella pudiera extraer algún dato de vital importancia. ¿Se estaría preguntando si ya sabía de dónde procedía el cobalto?

—¿Qué hacía en las instalaciones de North Ryde a las dos de la mañana, dos días antes de que la echaran?

—Quería descubrir los planes de LEI para el nuevo edificio —dijo—. Quería saber por qué no querían que me quedara.

—Su trabajo se trasladaba a Texas.

—El trabajo no era tan especializado —dijo con soma—. Podría haber intercambiado el puesto con alguien que quisiera viajar a los Estados Unidos. Habría

sido la solución perfecta y habría habido un montón de gente más que dispuesta a ocupar mi lugar. Pero no, eso no estaba permitido.

—Y... ¿encontró la respuesta?

—Esa noche no. Pero más tarde, sí.

—Entonces ¿sabía lo que LEI estaba haciendo en Lane Cove? —dije con cautela.

—Sí.

—¿Cómo lo descubrió?

—Me mantuve al corriente. Ninguno de los que se quedaron me lo iba a contar directamente, pero la cosa acabó filtrándose. Hace como un año.

—¿Tres años después de su marcha? ¿Por qué seguía interesada? ¿Pensaba que podría vender la información?

—Ponga su agenda en el lavabo del baño y abra el grifo. Dudé un instante y luego hice lo que me dijo. Cuando volví al salón se cubría la cara con las manos. Levantó la vista y me miró muy seria.

—¿Por qué seguía interesada? Porque quería saber por qué estaban transfiriendo a otras secciones todos los proyectos que tenían lesbianas o gays en sus equipos. Quería saber si era pura coincidencia. O no. De repente sentí un escalofrío en la boca del estómago.

—Si tenía algún problema de discriminación, existen vías que podía haber...

Impaciente, Mendelsohn negó con la cabeza.

—LEI nunca discriminó a nadie abiertamente. No despidió a nadie que estuviera dispuesto a mudarse, y siempre transfería a todo el equipo. No hizo nada tan burdo como seleccionar a la gente por su preferencia sexual. Tenía una explicación para todo: los proyectos se estaban reagrupando en secciones para facilitar «la polinización cruzada sinérgica». Si eso le suena a chorrada pretenciosa, eso es exactamente lo que era: pero era una chorrada pretenciosa plausible. Otras corporaciones adoptaron ideas todavía más ridículas con total sinceridad.

—Pero si no era una cuestión de discriminación... ¿Qué motivos tenía LEI para obligar a la gente a dejar una sección determinada...?

Antes de terminar de pronunciar la pregunta yo mismo creí adivinar la respuesta, pero tenía que escucharla de su boca para acabar de creérmela.

Estaba claro que Mendelsohn había estado ensayando su versión para legos en bioquímica; se la sabía al dedillo.

—Cuando la gente sufre estrés (ya sea físico o emocional) aumentan los niveles de ciertas sustancias en el flujo sanguíneo. Principalmente el cortisol y la adrenalina. La adrenalina tiene un efecto rápido y limitado en el sistema nervioso. El cortisol opera a más largo plazo, modulando todo tipo de procesos corporales, adaptándolos para los momentos difíciles: heridas, cansancio, lo que sea. Si el estrés se prolonga, el cortisol de una persona puede permanecer elevado durante días, o semanas, o meses.

»En el caso de una mujer embarazada, cuando los niveles de cortisol en el flujo sanguíneo son lo bastante elevados, éste puede cruzar la barrera placentaria e interactuar con el sistema hormonal del feto en desarrollo. Durante la gestación, ciertas partes del cerebro pueden desarrollarse de dos maneras distintas dependiendo de las hormonas segregadas por los testículos o por los ovarios del feto. Se trata de las partes del cerebro que controlan la imagen corporal y las partes que controlan la preferencia sexual. En general los embriones femeninos desarrollan un cerebro cuya imagen de sí mismo es la de un cuerpo femenino y cuyo factor de atracción sexual es más fuerte hacia los hombres. Los embriones masculinos, al revés. Son las hormonas sexuales presentes en el flujo sanguíneo del feto las que permiten que las neuronas en crecimiento sepan el género del embrión y el modelo que tienen que adoptar.

»El cortisol puede interferir en este proceso. Las interacciones concretas son complejas, pero el efecto final depende del momento en que se produzcan. Las distintas partes del cerebro se van concretando en versiones específicas de uno u otro sexo en las distintas fases del embarazo. De modo que el estrés en diferentes momentos del embarazo conduce a diferentes modelos de preferencia sexual y de imagen corporal del niño: homosexual, bisexual, transexual.

»Obviamente, esto depende en gran parte de la bioquímica de la madre. El embarazo en sí mismo es estresante, pero no todas las mujeres reaccionan igual. La primera vez que se vio que el cortisol podía influir de algún modo fue en unos estudios realizados en 1980. Los estudios se realizaron en los hijos de madres alemanas que habían estado embarazadas durante los bombardeos más intensos de la Segunda Guerra Mundial, cuando el estrés fue tan grande que el efecto se notaba en todas ellas a pesar de las diferencias individuales. En los noventa, los investigadores pensaron que habían encontrado un gen que determinaba la homosexualidad masculina, pero siempre se heredaba de la madre; resultó que más que afectar directamente al niño, influía en la respuesta al estrés de la madre.

»Si se impidiera que el cortisol materno y otras hormonas del estrés llegaran al feto, entonces el género del cerebro siempre coincidiría con el género del cuerpo en todos los sentidos. Se eliminarían todas las variantes actuales.

Estaba desconcertado, pero no creo que se me notara. Todo lo que dijo sonaba convincente; no ponía en duda ni una palabra. Siempre había sabido que la preferencia sexual se decidía antes del nacimiento. Yo supe que era gay a los siete años. Pero nunca me había molestado en buscar los engorrosos detalles biológicos, porque nunca pensé que pudiera llegar a importarme la tediosa mecánica del proceso. Lo que me heló la sangre no fue el hecho de entender al fin la neuroembriología del deseo. La conmoción vino de descubrir que LEI planeaba meterse en el útero y controlarla.

Seguí con las preguntas en una especie de trance, poniendo mis propias

impresiones en animación suspendida.

—La barrera de LEI es para filtrar virus y toxinas —dije—. Usted habla de una sustancia natural que ha estado presente durante millones de años...

—La barrera de LEI no dejará pasar nada que no consideren esencial. El feto no necesita el cortisol materno para sobrevivir. Si LEI no incluye explícitamente transportadores para él, no pasará. Le daré una oportunidad para que adivine cuáles son sus planes.

—No sea paranoica —dije—. ¿Piensa que LEI invertiría millones de dólares sólo para participar en una conspiración para librar al mundo de los homosexuales?

Mendelsohn me miró con lástima.

—No se trata de una conspiración. Es una oportunidad de mercado. A LEI no le importa una mierda la política sexual. Podrían poner los transportadores de cortisol y vender la barrera como un filtro antiviral, antidroga, o anticontaminación. O podrían no incluirlos y venderla como todo lo anterior y además como un método para garantizar un niño heterosexual. ¿Con cuál cree que ganarían más dinero?

La pregunta me llegó al alma. Le dije enfadado:

—¿Y tenía tan poca fe en la capacidad de elección de la gente que puso una bomba en el laboratorio para que nadie tuviera la opción?

La expresión de Mendelsohn se volvió glacial.

—Yo no puse la bomba en LEI. Ni irradié su congelador.

—¿No? El cobalto 60 provenía del hospital Centenario.

Por un momento pareció sorprendida, luego dijo:

—Felicidades. No sé si sabe que allí trabajan otras seis mil personas. Obviamente no soy la única que ha descubierto lo que está tramando LEI.

—Usted es la única con acceso a la cámara acorazada de Biofile. ¿Qué espera que me crea? ¿Que habiendo descubierto el proyecto se iba a quedar cruzada de brazos?

—¡Claro que no! Y sigo pensando hacer público lo que están haciendo. Que la gente sepa las consecuencias que puede tener. Intentaré que el asunto se debata antes de que el producto se presente en medio de un gran despliegue de desinformación.

—Ha dicho que está al corriente del proyecto desde hace un año.

—Sí. Y me he pasado la mayor parte de ese tiempo intentando cerciorarme de todos los hechos antes de abrir mi boca. Nada habría sido más estúpido que hacerlo público con rumores mal concebidos. Hasta el momento sólo se lo he contado a unas diez personas, pero íbamos a lanzar una gran campaña publicitaria coincidiendo con el Carnaval de este año. Aunque ahora, con lo del atentado, todo es mucho más complicado. —Abrió los brazos en un gesto de impotencia—. Aun así tenemos que hacer lo que podamos para intentar evitar que suceda lo peor.

—¿Lo peor?

—El separatismo. La paranoia. La homosexualidad redefinida como patológica.

Las lesbianas y las mujeres heterosexuales que estén en contra de la barrera buscarán sus propios medios tecnológicos para garantizar la supervivencia de la cultura... mientras la extrema derecha religiosa intenta procesarlas por envenenar a sus bebés... con una sustancia con la que Dios ha estado «envenenando» felizmente a los bebés durante miles de años. Los turistas sexuales viajarán desde los países ricos donde se utilice la tecnología a los países más pobres donde no exista.

El panorama que estaba pintando me ponía enfermo, pero insistí.

—¿Esos diez amigos suyos...?

—Váyase a la mierda —dijo Mendelsohn fríamente—. No tengo nada más que decirle. Le he contado la verdad. No soy ninguna criminal. Y creo que lo mejor es que se marche.

Fui al cuarto de baño y recogí mi agenda.

—Si no es una criminal —le dije desde la puerta—, ¿por qué es tan difícil dar con usted?

Sin decir palabra, con desprecio, se levantó la camisa y me enseñó unos cardenales que tenía por debajo del tórax; estaban desapareciendo, pero aún daba grima verlos. No sabía quién se los había hecho —¿una ex amante?—, pero difícilmente podía culparla por hacer todo lo posible por evitar que se repitiera.

En las escaleras pulsé el botón de reproducción de la agenda. El software calculó el espectro de frecuencias del ruido del agua, lo sustrajo de la grabación y luego amplió y limpió lo que quedaba. Todas y cada una de las palabras de nuestra conversación se oían claras como el agua.

Desde el coche llamé a una empresa de vigilancia y les pedí que observaran a Mendelsohn las veinticuatro horas.

A medio camino de vuelta a casa me paré en una bocacalle y me quedé sentado detrás del volante durante diez minutos. No podía pensar, no podía moverme.

Esa noche, en la cama, le pregunté a Martin:

—Tú eres zurdo. ¿Cómo te sentirías si ya no nacieran más zurdos en el mundo?

—No me importaría lo más mínimo. ¿Por qué?

—¿No te parecería una especie de... genocidio?

—No lo creo. ¿A qué viene todo esto?

—No es nada. Olvídalo.

—Estás temblando.

—Tengo frío.

—No te noto frío.

Mientras hacíamos el amor —con ternura al principio y luego con fogosidad—, pensé: «Éste es nuestro idioma, éste es nuestro dialecto. Ha habido guerras por cosas menos importantes, y si este idioma acaba desapareciendo, con él desaparecerá un

pueblo de la faz de la Tierra».

Sabía que tenía que dejar el caso. Si Mendelsohn era culpable, alguien más podría demostrarlo. Si seguía trabajando para LEI acabaría afectándome.

Sin embargo, más tarde, mis propias reflexiones me parecieron chorradas sentimentales. No pertenecía a ninguna tribu. Cada ser humano tenía su propia sexualidad y cuando él o ella morían, su sexualidad moría con ellos. El que nadie volviera a nacer gay no significaba nada para mí.

Y si dejaba el caso porque era gay estaría echando por tierra todas mis convicciones sobre mi idea de la igualdad, sobre mi propia identidad... por no hablar de que le brindaría a LEI la oportunidad de decir: «Sí, claro que contratamos a un detective sin tener en cuenta la preferencia sexual, pero al parecer fue un error».

Con la mirada clavada en la oscuridad, dije en voz alta: —Cada vez que oigo la palabra «comunidad», echo mano de mi revólver.

No hubo respuesta; Martin se había quedado dormido enseguida. Quería despertarlo, quería hablarlo todo con él, aquí y ahora, pero había firmado un contrato: no podía contarle nada.

Así que me quedé mirando cómo dormía e intenté convencerme de que cuando la verdad saliera a la luz sería comprensivo.

Llamé a Janet Lansing, la puse al corriente de lo de Mendelsohn y le dije con frialdad:

—¿Por qué era tan evasiva? ¿«Fanáticos»? ¿«Poderosos intereses creados»? ¿Le resulta difícil pronunciar algunas palabras?

Estaba claro que se había preparado para este momento.

—No quería plantar mis propias ideas en su cabeza. Más adelante alguien lo podría haber malinterpretado.

—¿Quién? Si puede saberse.

Era una pregunta retórica: los medios, por supuesto. Al guardar silencio sobre el asunto había minimizado el riesgo de que la señalaran como la que había lanzado una caza de brujas. Decirme que saliera a buscar «terroristas homosexuales» habría puesto a LEI en una posición poco favorable, en cambio, si era yo el que descubría a Mendelsohn por mi cuenta, por otros motivos, sin ser consciente, se percibiría como una prueba de que la investigación se había realizado sin prejuicios.

—Usted tenía sus sospechas y debería habérmelas contado —dije—. Como mínimo debería haberme contado para qué servía la barrera.

—La barrera —dijo ella— es una protección contra virus y toxinas. Pero cualquier cosa que se le hace al cuerpo tiene efectos secundarios. No es mi cometido juzgar si esos efectos secundarios son o no aceptables. Las autoridades reguladoras insistirán en que publiquemos las consecuencias de utilizar el producto, todas.

Después serán los consumidores los que decidan.

Un plan perfecto: el gobierno les apretaría las tuercas, les «obligaría» a hacer público el mayor atractivo comercial del producto.

—¿Y qué le dicen sus estudios de mercado?

—Eso es estrictamente confidencial.

Estuve a punto de preguntarle: «¿Cuándo exactamente supo que era gay? ¿Antes o después de contratarme?». En la mañana del atentado, mientras yo recopilaba un dossier sobre Janet Lansing, ¿había estado ella recopilando dossiers de toda la gente que podía optar a la investigación? ¿Y no había podido resistirse ante una baza mediática tan tentadora, ante el sello de imparcialidad definitivo que yo representaba?

No se lo pregunté. Seguía queriendo creer que no importaba: ella me había contratado y yo resolvería el caso como cualquier otro, y todo lo demás daba lo mismo.

Fui al búnker donde habían almacenado el cobalto, en el límite de los terrenos del hospital Centenario de la Federación. La trampilla era sólida, pero la cerradura era una broma y no había ningún sistema de alarma; cualquier adolescente espabilado podía haber entrado. Cajas llenas de todo tipo de desechos radiactivos (de baja intensidad y corta duración) se apilaban hasta el techo, tapando casi toda la luz que provenía de una única bombilla. No me extrañaba que no hubieran detectado el robo antes. Había incluso telarañas, aunque no llegué a ver arácnidos mutantes.

Después de cinco minutos fisgoneando, escuchando cómo subía el nivel de exposición de la placa dosímetro que me habían prestado, me alegré de salir de allí, por mucho que una radiografía torácica me hubiese afectado diez veces más. ¿Acaso Mendelsohn no se había dado cuenta de eso: de lo irracional que es la gente cuando se trata de radiación, de cuánto daño le haría a su causa cuando se descubriera lo del cobalto? ¿O acaso el hecho de saber (con conocimiento de causa) que el riesgo era mínimo había distorsionado su percepción de la realidad?

Los equipos de vigilancia me mandaban informes diarios. El servicio era caro, pero lo pagaba LEI. Mendelsohn se reunía con sus amigos abiertamente, les contaba todo sobre la noche en que la interrogué y les avisaba en un tono indignado de que lo más probable era que les estuvieran vigilando. Hablaban de la barrera fetal, de las opciones de oponerse ella de forma legítima, de los problemas que el atentado les había causado. No podría haber dicho si se trataba de una puesta en escena que representaban para mí, o si Mendelsohn se estaba poniendo en contacto de forma deliberada sólo con aquellos amigos que realmente pensaban que ella no había tenido nada que ver con el atentado.

Me pasé la mayor parte del tiempo comprobando los antecedentes de la gente que se reunió con ella. No pude encontrar pruebas que los relacionaran con actos de

violencia o sabotaje y tampoco nada que demostrara que tuvieran experiencia con explosivos potentes. Pero tampoco es que estuviera esperando que me condujeran directamente al terrorista.

Sólo tenía pruebas circunstanciales. Lo único que podía hacer era juntar un detalle tras otro y confiar en que la montaña de datos que estaba acumulando alcanzara por fin una masa crítica, o que Mendelsohn no aguantara la presión y tuviera un descuido.

Pasaron las semanas y Mendelsohn siguió descaradamente con sus actividades. Incluso hizo imprimir unos panfletos —a tiempo para distribuirlos en el Carnaval— que condenaban el atentado con tanta vehemencia como condenaban a LEI por su secretismo.

Por las noches empezó a hacer más calor. Mi estado de ánimo empeoró. No sé qué pensaba Martin que me estaba pasando, pero yo no tenía ni idea de cómo íbamos a superar las inminentes revelaciones. La prensa manipuladora conectaría a los TERRORISTAS ATÓMICOS con los GAYS ENVENENA-BEBÉS y el escándalo que se iba a armar traería cola. No podía ni imaginarme cómo lo íbamos a afrontar. Mendelsohn estaría en el centro de la noticia, ya fuera por su arresto o por la conferencia de prensa que pretendía dar avisando del peligro que suponía LEI y proclamando su propia inocencia. En cualquier caso la investigación se convertiría en un circo. Intenté no pensar en eso. Ya era demasiado tarde para cambiar nada, para dejar el caso, para contarle la verdad a Martin. Así que seguí trabajando y procuré mantener mi estrechez de miras.

Elaine registró el búnker de desechos radiactivos en busca de pruebas, pero después de varias semanas de análisis no hubo resultados. Interrogué a los guardias de Biofile. En teoría, si alguien había entrado en la cámara para colocar el cobalto, ellos tendrían que haberlo visto en los monitores. Pero nadie se acordaba de ningún cliente que se hubiera dirigido como si nada hacia un pasillo que no le correspondía cargando con un objeto demasiado grande y de forma rara.

Finalmente conseguí las órdenes que necesitaba para examinar el historial electrónico de Mendelsohn desde que nació. La habían arrestado sólo una vez, hacía veinte años, por darle una patada en la espinilla a un policía (aún sin privatizar) en una manifestación que probablemente el mismo policía habría aplaudido en privado. Los cargos se retiraron. Desde hacía dieciocho meses estaba en vigor una orden de alejamiento que prohibía a una antigua amante acercarse a menos de un kilómetro de su casa. (La mujer en cuestión era músico y tocaba en un grupo que se llamaba Navaja Tetánica. Tenía dos condenas por agresión.) No había pruebas de ingresos no declarados o de gastos fuera de lo común. No había mantenido contacto telefónico con traficantes de armas o explosivos (presuntos o conocidos), ni con sus presuntos o conocidos socios. Pero si lo tenía bien organizado, lo habría hecho todo desde

teléfonos públicos y en efectivo.

Mientras la estuviera vigilando Mendelsohn no iba a meter la pata. Sin embargo, por muy metódica que fuera, ella sola no podía haber puesto las bombas. Tenía que encontrar a alguien venal o nervioso, alguien que tuviera tantos remordimientos de conciencia como para convertirse en un informante. Hice que se corriera la voz en los canales habituales: estaba dispuesto a pagar y a negociar.

Seis semanas después del atentado recibí un correo electrónico anónimo: «Vaya al Carnaval. Sin escuchas, sin armas. Yo le encontraré. 29.17.5.31.23.11».

Estuve dándole vueltas a los números más de una hora, intentando adivinar qué eran, hasta que finalmente se los enseñé a Elaine.

—Ten cuidado, James —me dijo.

—¿Por?

—Son las proporciones de los seis elementos traza que encontramos en los residuos de la explosión.

Martin pasó el día del Carnaval con unos amigos que también estarían en el desfile. Me senté en mi oficina con aire acondicionado y puse la tele en un canal que mostraba los últimos preparativos, intercalando con corresponsales que narraban la historia del acontecimiento. En cuarenta años, el Carnaval de Gays y Lesbianas había pasado de ser una serie de enfrentamientos desagradables con la policía y las autoridades locales a ser un espectáculo que generaba dinero a espaldas y se publicitaba en los folletos turísticos de todo el mundo. Tenía la bendición de todos los escalafones del gobierno, lo encabezaban políticos y figuras del mundo de los negocios, ahora hasta la policía, como la mayoría de los gremios, tenía su propia carroza. Martin no era un travestí (o un fetichista del cuero hormonado, o cualquier otra clase de cliché andante). Disfrazarse con un traje llamativo una noche al año para él era tan falso y tan artificial como lo habría sido para la mayoría de los heterosexuales. Pero creo que entendía por qué lo hacía. Se sentía culpable porque con la ropa que llevaba todos los días, con su propia manera de hablar y comportarse podía «pasar por hetero». Nunca le había ocultado su sexualidad a nadie, pero no era algo aparente para quien no lo conociera. Participar en el Carnaval para él era un gesto solidario hacia los gays que sí eran obvios y visibles todo el año y que por eso mismo tenían que aguantar la intolerancia.

Al atardecer el público empezó a congregarse a lo largo del recorrido del desfile. Los helicópteros de todos los servicios de noticias sobrevolaban el lugar y se enfocaban unos a otros con las cámaras para que los televidentes tuvieran constancia de que se trataba de un acontecimiento con mayúsculas. Los agentes de la policía montada encargados de controlar a la multitud (vestidos con algo muy parecido al antiguo uniforme azul que había desaparecido cuando yo era un crío) dejaban sus

caballos junto a los puestos de comida rápida y se dedicaban a fortalecerse para la larga noche que tenían por delante.

No podía entender cómo el terrorista esperaba encontrarme cuando me mezclara con las cien mil personas del desfile, así que después de salir del edificio de Nexus, por si acaso, di tres lentas vueltas a la manzana en el coche.

Para cuando me hube abierto paso hasta una posición desde la que podía ver algo, ya me había perdido el principio del desfile. Lo primero que vi fue una larga fila de cabezudos con las caras de maricas famosos e infames. (Al parecer, después de pasarse unos cuantos años denostada, la palabra «marica» volvía a estar de moda y una vez más se había vuelto a declarar como no peyorativa.) Todo era tan estilo Disney que casi me daban arcadas, y sí, estaba hasta Bernardette, la primera ratoncita lesbiana de dibujos animados del mundo. Sólo reconocí a tres de los humanos representados: Patrick White, a quien se le veía demacrado y oportunamente aturdido, Joe Orton, que lanzaba miradas lascivas con sarcasmo, y J. Edgar Hoover con una mueca de desprecio mefistofélica. Todos llevaban bandas con sus nombres, como si eso fuera a servir de algo. Un joven que estaba a mi lado le preguntó a su novia:

—¿Quién demonios era Walt Whitman?

Ella negó con la cabeza.

—Ni idea. ¿Y Alan Turing?

—A mí que me registren.

En cualquier caso les hicieron fotos a los dos.

Me entraron ganas de gritarles a los que desfilaban: «Y a mí qué si algunos maricas son famosos. Y a mí qué si algunos famosos son maricas. ¡Menuda sorpresa! ¿Pensáis que por eso os pertenecen?».

No abrí la boca, claro. Mientras tanto, a mi alrededor todo el mundo vitoreaba y aplaudía. Me preguntaba lo cerca que estaría el terrorista, cuánto tiempo él o ella iba a dejarme en tensión. Panopticon (la empresa de vigilancia) aún seguía los pasos de Mendelsohn y de todos sus colegas conocidos, y casi todos ellos se encontraban en alguna parte del recorrido del desfile, repartiendo sus panfletos. Sin embargo, no parecía que nadie me hubiese seguido. Lo más seguro era que el terrorista no formara parte del círculo de amistades que habíamos descubierto.

«Sólo una barrera antiviral, antidrogas y anticontaminación; o una forma de garantizar un niño heterosexual. ¿Con cuál de las dos cree que ganarían más dinero?» Rodeado de espectadores entusiasmados, la mitad de ellos parejas de distintos sexos con niños, uno casi podía tomarse a risa los temores de Mendelsohn. ¿Quién de los aquí presentes iba a admitir que compraría una versión de la crisálida que permitiera erradicar lo que tanto les divertía? Pero aplaudir a este circo ambulante no equivalía a querer que tu propia sangre formara parte de él.

Después de una hora de desfile decidí alejarme de la zona más concurrida. Si el terrorista no podía llegar a mí a través del gentío, no tenía mucho sentido estar aquí. En formación de crucifijo, detrás de una pancarta que decía TORTILLERAS MOTERAS POR JESÚS, avanzaba una comitiva motorizada de alrededor de un centenar de mujeres embutidas en cuero (las motos eran eléctricas pero las habían trucado para hacer más ruido). Me acordé del pequeño grupo de fundamentalistas con el que me había cruzado antes, de espaldas al desfile, no fuera a ser que se convirtieran en pilares de sal, con velas en las manos y rezando para que lloviera.

Me abrí paso hasta uno de los puestos de comida y compré un perrito caliente frío y un zumo de naranja caliente, intentando no pensar en el olor a bosta de caballo. El sitio parecía un imán para las autoridades de todo tipo. Estaba comiendo cuando el mismísimo J. Edgar Hoover se acercó distraídamente con pinta de Humpty Dumpty malévolo.

Cuando pasó a mi lado dijo:

—Veintinueve. Diecisiete. Cinco.

Me terminé el perrito y lo seguí.

Se paró en una bocacalle desierta, detrás del aparcamiento de un supermercado. Cuando lo alcancé sacó un escáner magnético.

—Sin escuchas. Sin armas —le dije. Me pasó el aparato por encima. Le estaba diciendo la verdad—, ¿Puedes hablar con eso puesto?

—Sí. —La cabeza gigante hizo una extraña reverencia; no pude ver ningún agujero para los ojos, pero estaba claro que podía ver.

—Bien. ¿De dónde sacasteis los explosivos? Sabemos que venían de Singapur, pero, ¿quién era tu proveedor aquí? Hoover soltó una carcajada profunda y apagada.

—No voy a contártelo. No duraría ni una semana.

—¿Entonces qué es lo que quieres contarme?

—Que yo sólo hice el trabajo sucio. Mendelsohn lo organizó todo.

—No jodas. ¿Qué tienes para demostrarlo? ¿Llamadas telefónicas? ¿Transacciones financieras?

Volvió a reírse. Estaba empezando a preguntarme cuánta gente del desfile sabría quién hacía de J. Edgar Hoover; aunque ahora no abriera el pico, tal vez podría localizarlo más tarde.

Fue entonces cuando me giré y vi a otros seis Hoovers idénticos doblando la esquina. Todos llevaban bates de béisbol.

Hice ademán de moverme. Hoover Número Uno sacó una pistola y me apuntó a la cara.

—Ponte de rodillas, despacio, las manos detrás de la cabeza —dijo.

Así lo hice. Él no dejaba de apuntarme con la pistola y yo no perdía de vista el gatillo, pero oí cómo llegaban los otros y me cercaban por detrás en un semicírculo.

—¿No sabes lo que les pasa a los traidores? —dijo Hoover Número Uno—. ¿No sabes lo que te va a pasar?

Negué con la cabeza muy despacio. No se me ocurría nada que decir para calmarlo, así que le dije la verdad.

—¿Cómo puedo ser un traidor? ¿A quién estoy traicionando? ¿A las Tortilleras Moteras por Jesús? ¿A los Bailarines de William S. Burroughs?

A mi espalda alguien me pegó con el bate en los riñones. No tan fuerte como cabría esperar; me tambaleé un poco hacia delante, pero mantuve el equilibrio.

—¿Es que no sabes historia, señor Puerco, señor *Polizei*? —dijo Hoover Número Uno—. Los nazis nos metieron en sus campos de concentración. Los reaganianos intentaron que nos muriésemos todos de SIDA. Y aquí estás tú ahora, señor Puerco, trabajando para los hijos de puta que quieren eliminarnos de la faz de la Tierra. A mí eso me suena a traición.

Me quedé de rodillas, mirando la pistola, sin poder hablar. No me venían a la cabeza las palabras para justificarme. La verdad era demasiado complicada, demasiado gris, demasiado confusa. Me empezaron a castañetear los dientes. Nazis. SIDA. Genocidio. A lo mejor tenía razón. A lo mejor yo merecía morir.

Noté cómo las lágrimas me corrían por las mejillas. Hoover Número Uno se rió.

—Buá, buá, señor Puerco.

Alguien me golpeó con el bate en la espalda. Me caí de bruces, demasiado asustado para poner las manos y frenar la caída. Intenté incorporarme, pero una bota se apoyó en mi nuca.

Hoover Número Uno se inclinó y me puso la pistola en la cabeza.

—¿Vas a cerrar el caso? —me susurró—. ¿Vas a perder las pruebas que implican a Catherine? Sabes que tu novio frecuenta algunos sitios peligrosos; no le van a sobrar los amigos.

Despegué la cara del asfalto lo suficiente para contestar:

—Sí.

—Bien hecho, señor Puerco.

Entonces oí el helicóptero.

Parpadeé para quitarme la gravilla de los ojos y vi el suelo, mucho más brillante de lo que debía; nos estaban enfocando con un reflector. Esperé a que sonara un megáfono. No pasó nada. Esperé a que mis agresores huyeran. Hoover Número Uno me quitó la bota del cuello.

Y entonces todos se abalanzaron sobre mí y se pusieron a pegarme con los bates de béisbol.

Debería haberme hecho un ovillo para protegerme la cabeza, pero pudo más la curiosidad; me di la vuelta y alcancé a ver el helicóptero. Era un equipo de las noticias, por supuesto, y se negaría a hacer nada que no fuera ético, como por

ejemplo estropear una buena historia cuando empezaba a ponerse mediáticamente interesante. Hasta ahí todo tenía sentido.

Pero la panda de matones no tenía ningún sentido. ¿Por qué seguían aquí? ¿Sólo por darse el gustazo de pegarme durante unos cuantos segundos más?

Nadie era tan estúpido, ni tan insensible a la mala publicidad.

Tosí, escupí dos dientes y volví a protegerme la cara. Querían que se retransmitiera todo. Querían los titulares, la indignación, el escándalo. ¡TERRORISTAS ATÓMICOS! ¡ENVENENA-BEBÉS! ¡MATONES CRUELES!

Querían demonizar al enemigo que fingían ser. Por fin los Hoovers soltaron los bates y salieron corriendo. Me quedé tirado en el suelo, babeando sangre, demasiado débil para levantar la cabeza y ver lo que los había espantado.

Al cabo de un rato oí unos cascos de caballo. Alguien bajó del animal junto a mí y me tomó el pulso.

—No me duele nada —dije—. Estoy feliz. Estoy loco de contento.

Luego me desmayé.

En su segunda visita Martin vino al hospital acompañado de Catherine Mendelsohn. Me enseñaron una grabación de la conferencia de prensa ofrecida por LEI el día después de Carnaval, dos horas antes de la que tenía programada Mendelsohn.

—A la luz de los recientes acontecimientos —decía Lansing—, no nos queda más remedio que hacerlo público. Por razones comerciales hubiésemos preferido guardar la tecnología en secreto, pero está en juego la vida de personas inocentes. Y cuando la gente se vuelve contra su propia gente...

Se me saltaron los puntos de los labios de la risa. LEI había hecho estallar su propio laboratorio. Habían irradiado sus propias células. Y esperaban que yo encubriera a Mendelsohn, cuando las pruebas me llevaran hasta ella, por simpatía hacia su causa. Después habría bastado un soplo a uno o dos periodistas de investigación para revelar todo el tinglado.

El clima perfecto para el lanzamiento de su producto. Sin embargo, como yo había seguido con la investigación, tuvieron que sacarle partido a la situación: mandaron a los Hoovers, que afirmaban estar relacionados con Mendelsohn, para castigarme por mi diligencia.

—Todo lo que LEI filtró sobre mí —dijo Mendelsohn—, lo del cobalto, mi llave de acceso a la cámara acorazada, ya estaba explicado en los panfletos que hice imprimir, pero parece que a la prensa le da igual. Ahora soy la Terrorista de los Rayos Gamma del Puente del Puerto.

—Nunca presentarán cargos.

—Claro que no. Así nunca seré declarada inocente.

—Cuando salga —dije—, voy a ir a por ellos.

«¿No querían imparcialidad? ¿Una investigación libre de prejuicios? Pues ahora van a tener justo lo que querían a cambio de su dinero. Menos la estrechez de miras.»

—¿Quién te va a contratar para hacer eso? —dijo Martin en tono suave.

Sonreí, aunque me dolía.

—La compañía de seguros de LEI.

Cuando se fueron, me quedé dormido.

Me desperté de golpe de un sueño en el que me ahogaba.

Aunque acabara probando que todo había sido un ejercicio de marketing por parte de LEI... aunque la mitad de sus directivos acabaran en la cárcel, aunque la misma empresa acabara liquidándose... alguien seguiría siendo dueño la tecnología.

Y de una u otra forma, al final, la vendería.

Eso era lo que mi fanática neutralidad no me había dejado ver: que no se puede vender una cura sin una enfermedad. Así que aunque hubiese hecho lo correcto siendo neutral, aunque en el fondo no hubiera ninguna diferencia por la que luchar, ninguna diferencia que traicionar, ninguna diferencia que preservar, la mejor manera de vender la crisálida siempre sería inventarse una. Y aunque no supusiera ninguna tragedia que dentro de un siglo no hubiera más que heterosexualidad, el único camino que podía conducirnos a eso sería uno plagado de mentiras, humillación y desprecio.

¿Compraría la gente algo así, o no?

De repente tuve el presentimiento de que la respuesta era sí.

Sueños de transición

—No podemos decirle cómo serán sus sueños de transición. Lo único seguro es que no se acordará de ellos.

Caroline Bausch sonríe de un modo tranquilizador. Su oficina, en la planta sesenta y cuatro de la Torre Gleisner, es tan moderna que llega a hacer daño: el escritorio es una elipse de obsidiana colocada sobre tres círculos de acrílico y las paredes están decoradas con lo último en monocromo euclidiano. Sin embargo, ella no es en ningún caso el tipo de robot que encaja con una decoración tan fría y geométrica. No me cabe duda de que el contraste es deliberado y de que su cara se ha diseñado cuidadosamente para que parezca más natural y encantadora de lo que la persona más cínica se atrevería a atribuir a la astucia de sus empleadores.

¿Unos cuantos sueños que voy a olvidar? Suena bastante inocuo. Estoy a punto de olvidarme del tema, pero hay algo que no me cuadra.

—Cuando me hagan el escáner estaré cerca de los cero grados, ¿no?

—Sí. Ligeramente por debajo, de hecho. Lo llenaremos de disacáridos anticongelantes y enfriaremos todos sus fluidos hasta que no sean más que una especie de cristal azucarado. —Al oír estas palabras noto una especie de pinchazos en el cuero cabelludo, pero lo que siento no es miedo, sino curiosidad; la idea de que mi cuerpo sea una especie de escultura de hielo dulce no me asusta lo más mínimo. Una serie de elegantes figurillas de cristal decoran la estantería que está detrás del escritorio de Bausch—. Con eso no sólo detenemos todos los procesos metabólicos, también se agudiza el espectro de la RMN. Para medir con precisión la fuerza de cada sinapsis, tenemos que ser capaces, entre otras cosas, de distinguir las sutiles variaciones de los distintos tipos de receptores de los neurotransmisores. Cuanto menos ruido térmico, mejor.

—Entiendo. Pero si la hipotermia va a hacer que mi cerebro se apague... ¿por qué voy a soñar?

—Su cerebro no va a soñar. Lo que va a soñar es el modelo informático que vamos a crear. Pero como le he dicho, no se acordará de nada. Al final, el software será una copia perfecta de su cerebro orgánico, que estará en un coma profundo. Cuando se despierte del coma recordará exactamente lo que el cerebro orgánico experimentaba antes del escáner. Nada más y nada menos. Y puesto que el cerebro orgánico no experimentará los sueños de transición, el software no se acordará de ellos.

¿El software? Me había esperado una explicación simple y biológica: un efecto secundario de la anestesia o del anticongelante; las neuronas disparando al azar débiles señales conforme el frío se va apoderando de ellas.

—¿Por qué razón se programa el cerebro del robot para que tenga sueños que no

va a recordar?

—No lo programamos. Al menos no de forma explícita.

Bausch esboza de nuevo su sonrisa demasiado humana, sin llegar a ocultar una mirada apreciativa, un momento empleado en decidir, tal vez, cuánto necesito que me cuenten. O puede que todo el numerito sólo esté calculado para tranquilizarme. «Mire, aunque sea un robot, puede leerme como un libro abierto.»

—¿Por qué son conscientes los robots Gleisner? —me pregunta.

—Por la misma razón que lo son los humanos.

Había estado esperando esta pregunta desde que empezó la entrevista; Bausch es tanto una asesora psicológica como una vendedora y parte de su trabajo consiste en asegurarse de que estoy a gusto con el nuevo modo de existencia que voy a comprar.

—No me pregunte qué sistemas neurales se ponen en juego... pero, sean los que sean, tienen que ser captados en el escáner y recreados en el modelo, junto con todo lo demás. Los robots Gleisner son conscientes porque procesan información, sobre el mundo y sobre sí mismos, exactamente del mismo modo que los humanos.

—¿Entonces está conforme con la idea de que un programa de ordenador que simula un cerebro humano consciente es en sí mismo igual de consciente?

—Por supuesto. No estaría aquí si no fuera así.

No estaría hablando contigo, ¿no? No veo la necesidad de darle más detalles: de confesarle que me resulta mil veces más fácil aceptar la idea desde que los superordenadores de diez toneladas situados en sótanos de Dallas y Tokio empezaron a dar paso a los robots ambulantes Gleisner, con sus procesadores compactos y sus cuerpos verosímiles. Cuando las Copias por fin se liberaron de sus realidades virtuales —por muy grandes y muy detalladas que pudieran ser— y tuvieron la opción de vivir en el mundo del mismo modo que la gente de carne y hueso, dejé de pensar, finalmente, que ser escaneado sería como ser enterrado vivo.

—¿Entonces acepta que para generar experiencia lo único que hace falta es realizar una serie de cálculos en unas estructuras de datos que codifiquen la misma información que la estructura del cerebro? —dice Bausch.

Tanta jerga me sobra, y no entiendo por qué insiste tanto sobre la cuestión.

—Claro que lo acepto —le digo de todos modos en un tono insulso.

—¿Entonces piense en lo que conlleva! Porque todo el proceso de creación del software final que ejecuta un robot Gleisner (la Copia perfecta de la persona inconsciente que fue escaneada) es una larga secuencia de cálculos que tienen lugar en estructuras de datos que representan el cerebro humano.

Asimilo esto en silencio.

—No es nuestra intención provocar los sueños de transición —continúa Bausch—, pero probablemente son inevitables. Las Copias tienen que hacerse de alguna manera: no pueden surgir de la nada completamente formadas. El escáner tiene que

explorar el cerebro orgánico, medir los espectros de RMN de miles de millones de secciones transversales distintas, y luego procesar esas mediciones para crear un mapa anatómico y biomecánico de alta resolución. En otras palabras: realizar varios billones de cálculos en un dilatado conjunto de datos que representa el cerebro. Después ese mapa se utilizará para construir el modelo numérico operativo, la Copia en sí. Más cálculos.

Creo que llego a entender lo que dice, pero una parte de mí se niega de plano a aceptar la idea de que generando sencillamente una imagen del cerebro con la suficiente resolución se pueda provocar que la imagen sueñe por sí misma.

—Pero ninguno de esos cálculos se propone imitar los procesos del cerebro, ¿no? —le digo—. Lo que se busca es facilitar la tarea a un programa que será consciente, cuando finalmente esté listo y funcionando.

—Así es. Y una vez que el programa esté listo y funcionando, ¿qué hará para ser consciente? Generará una secuencia de cambios en una representación digital del cerebro; cambios que imitan la actividad neural normal. Pero, para empezar, crear esa representación también implica una secuencia de cambios. No se puede ir de una memoria de ordenador en blanco a una simulación detallada de un cerebro humano determinado sin pasar por unos cuantos billones de estados intermedios que en su mayoría representarán (en parte o en todo, de una u otra forma) estados posibles de ese mismo cerebro.

—¿Pero por qué la reorganización de los datos, por motivos completamente distintos, lleva implícita una actividad mental?

Bausch se muestra firme.

—Los motivos no tienen nada que ver. Los recuerdos de un cerebro vivo reorganizándose bastan para generar sueños comunes. Y para generar actividad mental basta con hurgar en los lóbulos temporales con un electrodo. Lo sé: lo que hace el cerebro es tan complejo que resulta raro pensar que se pueda llegar al mismo resultado de manera fortuita. Pero toda la complejidad del cerebro está codificada en su estructura. Cuando se manipula esa estructura, se manipula la materia de la que está hecha la consciencia. Nos guste o no.

Eso tiene cierto sentido. Casi todo lo que le pasa al cerebro se siente de alguna manera; no hace falta que sea el proceso ordenado de los pensamientos en estado de vigilia. Si los efectos azarosos provocados por las drogas o por la enfermedad pueden dar lugar a acontecimientos mentales indiscutibles (un sueño febril, un episodio esquizofrénico, un viaje de LSD), ¿por qué no lo iba a hacer la complicada génesis de una Copia? Cada mapa de RMN incompleto, cada versión inacabada del software de simulación, no tiene forma de saber que se supone que todavía no puede ser consciente de sí misma.

Aun así...

—¿Cómo pueden estar seguros de nada de esto? ¿Si nadie se acuerda de los sueños?

—Las matemáticas de la consciencia están prácticamente en pañales, pero todo lo que sabemos sugiere firmemente que el acto de construir una Copia tiene contenido subjetivo, aunque no quede ni rastro de la experiencia.

Sigo sin estar del todo convencido, pero supongo que tendré que fiarme de ella. La Corporación Gleisner no tiene motivos para inventarse efectos secundarios que no existen, y estoy gratamente impresionado por el hecho de que se tomen la molestia de prevenir a sus clientes acerca de los sueños de transición. Hasta donde sé, las empresas más antiguas (las clínicas de escaneado fundadas en los tiempos en que las Copias no tenían cuerpos físicos) ni siquiera llegaron a mencionarlos.

Deberíamos pasar a otra cosa, hay otras cuestiones que discutir, pero me cuesta trabajo apartar mis pensamientos de esta inquietante revelación.

—Si saben lo bastante para estar seguros de que siempre va a haber sueños de transición, ¿no pueden estirar las matemáticas un poco más y decirme en qué consistirán mis sueños?

—¿Cómo podríamos hacerlo? —me pregunta Bausch en tono inocente.

—No sé. Examinando mi cerebro y ejecutando una especie de simulación del proceso de Copia... —Me quedo a mitad de frase—, Ah... Pero, ¿cómo se puede simular un cálculo sin hacerlo?

—Exactamente. No tiene sentido hacer tal distinción. Cualquier programa capaz de predecir de manera fiable el contenido de los sueños acabaría experimentándolos por sí mismo, con la misma intensidad que el «usted» del proceso de transición. ¿Así que para qué molestarse? Si los sueños resultaran desagradables sería demasiado tarde para ahorrarle el trauma.

¿Trauma? Empezaba a arrepentirme de no haberme conformado con una sonrisa tranquilizadora y la promesa de una anestesia perfecta. «Unos cuantos sueños que voy a olvidar».

Sin embargo, ahora que entiendo (vagamente) las causas del fenómeno, me cuesta muchísimo más aceptarlo como inevitable. Los espasmos neurales al borde de la hipotermia puede que sean inevitables, pero en teoría se puede tener un control absoluto de todo lo que acontece dentro de un ordenador.

—¿No podrían monitorizar los sueños en tiempo real, e intervenir si fuera necesario?

—Me temo que no.

—Pero...

—Piénselo. Sería como una predicción, sólo que peor. Monitorizar los sueños implicaría hacer aún más copias de las estructuras de datos que componen el cerebro, lo que a su vez generaría más sueños. Así que aunque pudiésemos hacernos cargo de

los sueños originales, descifrarlos y controlarlos, el software, centrado en esa tarea, necesitaría a su vez de otro software que lo observara, para ver los efectos secundarios de sus cálculos. Y así sucesivamente. No tendría fin.

—Piénselo. Sería como una predicción, sólo que peor. Monitorizar los sueños implicaría hacer aún más copias de las estructuras de datos que componen el cerebro, lo que a su vez generaría más sueños. Así que aunque pudiésemos hacernos cargo de los sueños originales, descifrarlos y controlarlos, el software, centrado en esa tarea, necesitaría a su vez de otro software que lo observara, para ver los efectos secundarios de sus cálculos. Y así sucesivamente. No tendría fin.

»Tal y como está diseñado, la Copia se construye mediante el proceso más corto posible, por la vía más directa. Lo último que habría que hacer sería añadir más capacidad de cálculo, más algoritmos complejos... más y más sistemas que reverberen la aritmética de la experiencia.

Me muevo inquieto en la silla, intentando deshacerme de una creciente sensación de angustia. Cuanto más pregunto, más surrealista se vuelve todo, pero por lo visto no puedo tener la boca cerrada.

—Si no pueden decirme el contenido de los sueños ni los pueden controlar, ¿no pueden al menos decirme cuánto van a durar? ¿Subjetivamente?

—No sin ejecutar un programa que también soñará los sueños —dice Bausch como disculpándose, pero tengo la sensación de que ve algo elegante, incluso pertinente, en todo este asunto—. Es la naturaleza de las matemáticas: no hay atajos. No hay respuestas para preguntas hipotéticas. No podemos afirmar taxativamente lo que va a experimentar un sistema consciente concreto... sin crear ese mismo sistema consciente al intentar dar respuesta a la pregunta.

Esbozo una tímida sonrisa. Imágenes del cerebro que sueñan. Predicciones de sueños que sueñan. Sueños que infectan a cualquier máquina que intente darles forma. Pensaba que ahora que se podía elegir ser una Copia que vive enteramente en el mundo físico, toda esa sofocante metafísica de la existencia virtual habría desaparecido. Esperaba poder pasar de mi cuerpo al cuerpo del robot Gleisner en un abrir y cerrar de ojos...

Que es justo lo que voy a recordar cuando todo haya pasado. Después de cruzar el espacio que separa al hombre de la máquina, éste desaparecerá detrás de mí sin dejar rastro.

—¿Entonces los sueños son incognoscibles? ¿E inevitables? —le digo—. ¿Eso roza la certeza matemática?

—Sí.

—¿Pero también es cierto que no los voy a recordar?

—Sí.

—¿Usted no recuerda nada sobre los suyos? ¿Ni un solo matiz? ¿Ni una sola

imagen?

Bausch sonríe con tolerancia.

—Por supuesto que no. Me despert e de un coma simulado. Lo último que recuerdo es que me anestesiaron antes del escáner. No hay ningún vestigio enterrado, ningún recuerdo oculto. Ninguna cicatriz invisible. No puede haberlos. En algún sentido, nunca lleg e a tener los sueños de transición.

Finalmente atisbo una salida para mi frustración.

—Entonces,  por qué prevenirme?  Por qué hablarme de una experiencia que seguro voy a olvidar?  Una experiencia que con toda certeza no habr e tenido?  No cree que habría sido más considerado por su parte no decirme nada?

Bausch titubea. Por primera vez parece que la he puesto en un brete y es una puesta en escena muy convincente. Pero ya le habrán preguntado lo mismo miles de veces.

—Cuando sueñe los sueños de transición, saber por lo que est  pasando y por qué puede cambiarlo todo. Saber que no es real. Saber que no va a durar.

—Tal vez. —Pero no es tan sencillo, y ella lo sabe—. Cuando mi nueva mente est  siendo reconstruida,  tiene idea de en qué momento este dato pasará a formar parte de ella?  Puede prometerme que voy a acordarme de estos hechos tan reconfortantes cuando los necesite?  Puede garantizarme que algo de lo que me ha contado tendr  el más mínimo sentido?

—No. Pero...

—Entonces,  para qué?

— Cree que si no le hubiésemos dicho nada habría podido soñar por casualidad la verdad?

En la calle, a la luz del sol invernal, intento dejar atrás mis dudas. El confeti de las celebraciones de anoche aún cubre George Street: después de seis años de derramamiento de sangre (bombardeos y asedios, plagas y hambrunas), parece que la guerra civil china ha terminado. El simple hecho de mirar las serpentinas hechas jirones y de repetirme a mí mismo la magnífica noticia hace que me sienta eufórico.

Me abrazo a mí mismo para entrar en calor y me encamino hacia la estación del Ayuntamiento. Sydney est  sufriendo su mes de junio más frío en años, los cielos despejados dan pie a noches bajo cero, y las heladas duran hasta bien entrada la mañana. Imagino que soy un robot Gleisner que avanza a grandes zancadas por el mismo camino, pero que elige no sentir el viento cortante. Es una perspectiva alentadora. Cuando sea plena y armoniosamente artificial, ya no tendr  que preocuparme por cosas tan molestas como la hinchazón que rodea las articulaciones artificiales de la rodilla y de la cadera. No me preocupar  de la gripe, ni de la neumonía, ni de la última ola de difteria resistente a los fármacos que asuela el globo.

Me cuesta creer que por fin he firmado los contratos y he puesto la maquinaria en marcha, después de tantos años de poner excusas y aplazarlo. Una serie de lances me sacaron de mi autocomplacencia: una bronquitis, una infección en el riñón, un melanoma en la planta del pie derecho. Las inyecciones de citoquina ya no activan mi sistema inmunológico como hace veinte años. Cumpló ciento siete en agosto. El número me parece surrealista. Pero claro, también me parecieron surrealistas los veintisiete, los cuarenta y tres, los sesenta y uno.

En el tren, le doy más vueltas a mis reparos con la esperanza de librarme de ellos. Es imposible evitar los sueños de transición, es imposible predecirlos o controlarlos... exactamente igual que pasa con los sueños normales. Tendrán un origen radicalmente distinto, pero no hay razón para creer que un método distinto para invocar el contenido embarullado de mi cerebro tenga que dar lugar a una experiencia más inquietante que nada por lo que ya haya pasado. ¿Qué horrores pienso que se ocultan en mi cráneo, a la espera de liberarse en el flujo de datos que va del humano comatoso a la máquina comatosa? A veces he tenido pesadillas (y algunas fueron especialmente angustiosas, en el momento en que estaba teniéndolas), pero, incluso de niño, nunca me dio miedo dormir. ¿Por qué tendría que temer la transición entonces?

Cuando llego al final de la cuesta que sube desde la estación de Meadowbank, veo que Alice está en el jardín recogiendo judías verdes. Se incorpora y me saluda con la mano. Nunca acabo de creerme lo grande que es nuestro huerto, estando tan cerca de la ciudad. Nos besamos y entramos juntos en la casa.

—¿Tienes cita para el escáner?

—Sí. El diez de julio. —Debería sonar natural, dicho así; de todas las operaciones a las que me he sometido en los últimos diez años, está será la más segura. Me pongo a hacer café; necesito algo para entrar en calor. La luz del sol ilumina la cocina, pero hace más frío dentro que fuera.

—¿Y contestaron a todas tus preguntas? ¿Ya estás conforme?

—Supongo que sí.

No tiene sentido que me lo guarde para mí. Le cuento lo de los sueños de transición.

—Me encantan esos primeros segundos justo después de despertar de un sueño —dice ella—. Cuando todo sigue fresco en tu cabeza pero finalmente puedes ponerlo en su contexto. Cuando sabes exactamente por lo que acabas de pasar.

—¿Te refieres al alivio que se siente al descubrir que nada era real? ¿Que en realidad no te has cargado a cien personas en un centro comercial? ¿En cueros? ¿Que después de todo la policía no te pisa los talones? Aunque también funciona al revés: hermosas ilusiones que se convierten en polvo.

—Nada que se convierta en polvo con tanta facilidad puede ser una gran pérdida

—dice ella resoplando.

Sirvo café para los dos. Alice reflexiona en voz alta:

—Los sueños de transición deben de tener unos finales extraños. No se sabe nada de ellos antes de que empiecen, ni tampoco una vez que han acabado. —Remueve su café, y yo observo cómo el líquido rebosa por el borde de la taza—, ¿Cómo pasará el tiempo en uno de esos sueños? No puede avanzar en línea recta, desde el principio hasta el final, ¿verdad que no? A medida que los ordenadores vayan reconstruyendo cada detalle del cerebro comatoso, habrá cada vez menos espacio para los datos espurios. Sin embargo, al principio no habrá ningún dato. Será en algún punto intermedio cuando haya más hueco para los «recuerdos» del sueño. Así que tal vez el tiempo discurra desde el principio y desde el final, y dará la impresión de que el sueño se acaba en el medio. ¿Qué te parece?

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera puedo imaginármelo.

—Puede que haya dos sueños distintos. Uno que vaya hacia delante y otro que vaya hacia atrás. —Frunce el ceño—, Pero si se encuentran en el medio, ambos tendrían que terminar igual. ¿Cómo pueden acabar exactamente igual dos sueños distintos, llegando incluso a compartir los recuerdos de todo lo que ha pasado antes? Y luego está el escáner que construye el mapa del cerebro... y la segunda fase, transformar ese mapa en la Copia. Dos ciclos. ¿Dos sueños? ¿O cuatro? ¿O crees que se mezclarán todos juntos?

—En realidad no me importa —digo de mal humor—. Voy a despertarme dentro de un robot Gleisner, y todo será puramente teórico. No habré tenido ningún sueño en absoluto.

Alice no parece convencida.

—Estás hablando de pensamientos y sensaciones. Tan reales como cualquier otra cosa que pueda sentir la Copia. ¿Cómo puede ser eso puramente teórico?

—Estoy hablando de montones de aritmética. Y cuando se suma todo lo que va a hacerme, al final todo se neutraliza. De humano comatoso a máquina comatosa.

—De las cenizas a las cenizas, del polvo al polvo.

A veces las palabras simplemente le salen de la boca: fragmentos de refranes, letras de viejas canciones; es algo que no controla. Pero el vello de los brazos se me pone de punta. Miro mis dedos atrofiados, mis esqueléticas muñecas. Éste no soy yo. Envejecer parece un error, un rodeo, una desdicha. Cuando tenía veinte años era inmortal, ¿no? Todavía estoy a tiempo de ponerme en el buen camino.

—Lo siento —murmura Alice.

Alzo los ojos y me quedo mirándola.

—Vamos, no nos pongamos dramáticos. Es hora de que me convierta en una máquina. Y todo lo que tengo que hacer es cerrar los ojos y dar el salto. Y en unos

años te tocará a ti. Podemos hacerlo. Nada nos lo impide. Es la cosa más fácil del mundo.

Alargo el brazo por encima de la mesa y le cojo la mano. Al tocarla me doy cuenta de que estoy temblando de frío.

—Venga, venga —dice ella.

No puedo dormir. ¿Dos sueños? ¿Cuatro sueños? ¿Que se encuentran en el medio? ¿Que se funden en uno solo? ¿Cómo voy a saber que se han acabado? El robot Gleisner saldrá del coma y seguirá con su vida alegremente. Pero si no tengo la oportunidad de echar la vista atrás para ver los sueños de transición y reconocerlos como lo que son, ¿cómo voy a poder ubicarlos?

Fijo la vista en el techo. Esto es una locura. Debo de haber tenido miles de sueños que no he podido recordar al despertarme; sueños olvidados, para siempre, con tanta certeza como si mi amnesia estuviera controlada por un ordenador y garantizada. ¿Qué importa que le tuviera pánico a una aparición ridícula, o que creyese que había cometido un crimen atroz, y que ya no vaya a tener la oportunidad de reírme de esas visiones?

Salgo de la cama y, una vez de pie, no me queda más remedio que vestirme del todo para no congelarme. La luz de la luna inunda el cuarto, por lo que no tengo problemas para ver lo que hago. Alice se da la vuelta en sueños y suspira. Observándola, me siento colmado de ternura. Por lo menos voy a ser el primero. Por lo menos podré asegurarle que no hay nada que temer.

En la cocina, me doy cuenta de que no tengo ni hambre ni sed. Voy de un lado para otro para no enfriarme.

¿De qué tengo miedo? Los sueños no son un obstáculo que tengo que superar, no son un examen que puedo suspender, ni un calvario del que tal vez no salga. Todo el proceso de transición estará predeterminado y me llevará de forma segura a mi nueva encarnación. Aunque sueñe con alguna complicada metáfora de mi «arduo» periplo de humano a máquina —que camino descalzo por una llanura infinita de brasas ardientes, que avanzo a duras penas por una tempestad hacia la cima de una montaña infranqueable—, aunque fracase en el intento, el ordenador perseverará, el robot Gleisner se despertará como si tal cosa.

Necesito salir de la casa. Salgo sin hacer ruido y me dirijo hacia el supermercado veinticuatro horas que está enfrente de la estación de tren.

Las estrellas tienen una nitidez despiadada; no corre ni una pizca de aire. Si tengo más frío que durante el día, estoy demasiado entumecido para darme cuenta. No hay nada de tráfico, no se ven luces encendidas en ninguna casa. Deben de ser casi las tres; no había estado en la calle tan tarde desde hace... décadas. Aunque reconozco perfectamente los tonos grises del césped suburbano a la luz de la luna. Cuando tenía

diecisiete años, parecía que me pasaba media vida hablando con mis amigos hasta el amanecer, y luego me arrastraba de vuelta a casa por calles vacías idénticas a éstas.

El resplandor blanco azulado de los escaparates del supermercado contrasta con los tonos más cálidos de los anuncios colocados en su interior. Entro en el súper y recorro los pasillos desiertos. Nada me llama la atención, pero siento una absurda sensación de culpa por irme con las manos vacías, así que cojo un cartón de leche.

Un hombre de mediana edad que está ajustando uno de los hologramas publicitarios me saluda con la cabeza cuando salgo con mi compra. Los campos magnéticos de la salida captan y toman nota de la transacción.

—Buena noticia lo de la guerra —dice el hombre.

—¡Sí! ¡Es genial!

Hago ademán de darme la vuelta para irme. Él parece decepcionado.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Me paro y lo miro más detenidamente. Se está quedando calvo, tiene los ojos marrones, un rostro amable.

—Lo siento.

—Yo era el dueño de esta tienda cuando eras un crío. Me acuerdo de que venías a comprar cosas para tu madre. Lo vendí todo y me fui de la ciudad, hace ochenta y cinco años, pero ahora he vuelto y he comprado el viejo súper otra vez.

Asiento y sonrío, aunque sigo sin reconocerlo.

—Pasé un tiempo en una ciudad virtual —dice—. Había una torre que llegaba hasta la luna. Subí a la luna por una escalera.

Me imagino una escalera cristalina que sube en espiral por la negrura del espacio.

—Pero ha salido. Está de vuelta en el mundo.

—Siempre quise volver a llevar la vieja tienda.

Creo que ahora me acuerdo de su cara, pero su nombre sigue sin venirme a la cabeza, si es que llegué a saberlo.

No puedo evitar preguntarle:

—Antes de que lo escanearan, ¿le hablaron de algo llamado sueños de transición?

Sonríe, como si acabara de nombrar a un amigo común.

—No. No en ese momento. Pero más tarde sí oí hablar de ellos. Sabes, las Copias solían pasarse de una máquina a otra. Dependiendo de si la demanda de capacidad de cálculo subía o bajaba, y de si los tipos de cambio oscilaban, el software de gestión nos segmentaba y nos distribuía. De Japón a California, de Texas a Suiza. Nos dividía en miles de millones de paquetes de datos y nos transmitía por la red por miles de rutas distintas, y luego volvía a juntarnos. Algunos días hasta diez veces.

Se me pone la carne de gallina.

—Y... ¿pasaba lo mismo? ¿Sueños de transición?

—Eso he oído. Nosotros ni siquiera nos dábamos cuenta de que nos habían

paseado por todo el planeta; para nosotros era como si no hubiera pasado el tiempo. Pero oí rumores que decían que los matemáticos habían demostrado la presencia de sueños en los datos de cada fase. En la Copia que se abandonaba, mientras la borraban. En la Copia que se reconstruía en el nuevo destino. Esas Copias no tenían forma de saber que eran sólo los pasos intermedios de un proceso que consistía en mover una imagen congelada de un sitio a otro. Y se suponía que los cambios que se hacían en sus cerebros digitalizados no significaban nada en absoluto.

—Entonces, ¿hicieron algo para evitarlo después de descubrirlo?

—No. —Se ríe entre dientes—. No habría tenido sentido. Porque incluso estando en un mismo ordenador, las Copias se movían todo el rato: se trasladaban, se cambiaban de una ubicación a otra para permitir que la memoria se pudiera reutilizar y consolidar. Cientos de veces por segundo.

Se me huela la sangre. No me extraña que las empresas antiguas nunca sacaran el tema de los sueños de transición. Fui más listo de lo que pensaba al esperarme a que llegaran los robots Gleisner. Contentarse con pasear una Copia en una memoria no era ni de lejos comparable a trazar el mapa de todas las sinapsis de un cerebro humano —los sueños que se generaran serían más cortos y más simples—, pero saber que mi vida iba a estar salpicada de pequeños rodeos mentales, de vórtices de consciencia a cada paso, habría seguido siendo demasiado duro para mí.

Me voy a casa sujetando torpemente el cartón de leche con mis dedos fríos y artríticos.

Al llegar al final de la cuesta veo que la luz de la entrada está encendida, aunque estoy seguro de que dejé la casa a oscuras. Alice debe de haberse despertado y habrá visto que no estoy. Me inquieta mi falta de consideración; no debería haber salido o al menos tendría que haberle dejado una nota. Acelero el paso.

A cincuenta metros de la casa siento un ligero pinchazo en el pecho. Como un tonto miro hacia abajo para ver si me he dado con alguna rama saliente; no hay nada, pero el dolor vuelve (ahora es continuo, como si una flecha me atravesara la carne) y caigo de rodillas.

La pulsera de mi muñeca izquierda emite un ligero pitido para indicarme que está pidiendo auxilio. Pero estoy tan cerca de la puerta de mi propia casa que no puedo reprimir las ganas de levantarme y ver si puedo llegar hasta ella.

Al segundo paso desfallezco y me vuelvo a caer. Aplasto el cartón de leche con el pecho y el líquido frío se vierte helándome los dedos. Puedo oír la ambulancia a lo lejos. Sé que debería relajarme y quedarme quieto, pero algo me obliga a moverme.

Me arrastro hacia la luz.

El celador que empuja mi camilla tiene pinta de querer estar en cualquier parte de la Tierra menos aquí. No digo nada, pero coincido con él. Echo la cabeza hacia atrás

para librarme del gesto inalterable de su cara, pero la visión del techo moviéndose por encima de mí es todavía más desconcertante. Los paneles luminosos del pasillo son todos exactamente iguales y están colocados exactamente a la misma distancia, lo que da la sensación de que nos movemos en círculos.

—¿Dónde está Alice, mi mujer? —pregunto.

—Ahora no hay visitas. Más tarde habrá tiempo para eso.

—Tengo pagado un escáner. Con la gente de Gleisner. Si corro algún peligro, tendrían que saberlo.

Aunque todo eso está codificado en mi pulsera; los ordenadores lo habrán leído, no hay nada de lo que preocuparse. La perspectiva de tener que afrontar la transición en cuestión de horas o minutos me llena de un pavor claustrofóbico, pero mejor eso que haberlo arreglado todo demasiado tarde.

—Creo que en eso se equivoca —dice el celador.

—¿Qué?

Me muevo con esfuerzo para poder verle la cara otra vez. Sonríe con rencor, como un portero de discoteca que acaba de ver a alguien con el tipo de calzado equivocado.

—He dicho que creo que se equivoca. En nuestros archivos no aparece ningún pago para un escáner.

Me indigno tanto que me pongo a sudar.

—¡He firmado los contratos hoy mismo!

—Sí, sí.

Se mete una mano en un bolsillo y saca un puñado de vendas de algodón grandes, que procede a introducirme en la boca. Tengo los brazos sujetos a los laterales con correas; lo único que puedo hacer es emitir gruñidos de protesta y ahogarme con el algodón impregnado de saliva.

Alguien se coloca delante de la camilla y nos acompaña, va susurrando algo en latín.

—No se preocupe —dice el celador—. El nivel superior es sólo la punta del iceberg. La cresta de la ola. ¿Cuántos de nosotros pueden formar parte de una élite como ésa?

Toso y me atraganto intentando respirar, estoy temblando de miedo. Entonces me calmo y me obligo a respirar por la nariz, despacio y con regularidad.

—¡La punta del iceberg! ¿Cree que el cerebro orgánico se desplaza por arte de magia? ¿De un lugar a otro? ¿De un momento al siguiente? ¿Piensa que un pedazo vacío de espacio-tiempo puede reconstruirse para formar algo tan complejo como un cerebro humano sin que haya sueños de transición? Mover datos es igual de complicado para el mundo físico que para cualquier ordenador. ¿Sabe cuánto trabajo le cuesta que un átomo se mantenga exactamente en el mismo sitio? ¿Cree que podría

haber un yo consciente, un yo coherente que perdurara en el tiempo, sin que hubiera miles de millones de mentes fragmentarias que se forman y mueren a su alrededor? ¿Sueños de transición que brotan y se desvanecen para siempre? El aire está lleno de ellos. ¡Mire!

Giro la cabeza y miro fijamente al suelo. En torno a la camilla veo enrevesados vórtices de luz, láminas irisadas como los pliegues del cerebro que fluyen, ondulan y proyectan versiones más pequeñas de sí mismas.

—¿Qué se pensaba? ¿Que era Don Importante? ¿La excepción? ¿El número uno?

Me invade otro espasmo de pánico y de asco. Me atraganto con mi propia saliva, tiemblo de miedo y de frío. La persona que camina delante de la camilla me pone una mano gélida en la frente; me la quito de encima bruscamente.

Me debato buscando un asidero. Así que éste es mi sueño de transición. Está bien. Debería estar agradecido: al menos entiendo lo que está pasando. Después de todo, la advertencia de Bausch ha servido para algo. Y no corro ningún peligro. El robot Gleisner se va a despertar de todos modos. En un momento habré olvidado esta pesadilla y podré seguir con mi vida como si nada hubiese pasado. Invulnerable. Inmortal.

Seguir con mi vida. ¿Con Alice, en la casa con el huerto gigante? El sudor se me mete en los ojos; pestañeo para quitármelo. El huerto estaba en la casa de mis padres. En la parte de atrás, no en la de delante. Y esa casa se demolió hace tiempo.

Lo mismo que el supermercado que estaba enfrente de la estación de tren.

¿Dónde vivía yo entonces?

¿A qué me dedicaba?

¿Con quién estaba casado?

—La presunta Alice le daba clase en la escuela primaria —dice alegremente el celador—. La señorita No Sé Cuántos. Enamorado de la maestra, ¿quién lo hubiera dicho?

¿Pero es que nada de esto tiene sentido? ¿La entrevista con Bausch...?

—Ja ja. ¿Cree que nuestros amigos de Gleisner son tan tontos como para contarle todo eso así por las buenas? Cuénteme otro, ande.

¿Entonces cómo podía saber lo de los sueños de transición?

—Lo habrá deducido usted solito. Por sí mismo. Felicidades.

La mano gélida vuelve a tocarme la frente. El cántico empieza a sonar más alto. Muerto de miedo, cierro los ojos con todas mis fuerzas.

—Pero claro —dice el celador pensativo—, podría estar equivocado en lo de esa maestra. Usted podría estar equivocado en lo de la casa. Es posible que ni siquiera exista una Corporación Gleisner. ¿Copias informáticas de cerebros humanos? A mí me suena un poco raro.

Unas manos fuertes me agarran de los brazos y las piernas, me levantan de la

camilla y me dan vueltas. Cuando todo se para y vuelvo a ver claro, me encuentro tumbado de espaldas, los ojos clavados en un pequeño y distante rectángulo de cielo azul claro.

Puedo ver cómo «Alice» se inclina y tira un puñado de tierra. Daría lo que fuera por consolarla, pero no puedo moverme ni hablar. ¿Cómo podría importarme tanto si no la quisiera, si nunca fue real? Otros miembros del cortejo fúnebre arrojan más tierra. La tierra no parece tocarme, pero el cielo desaparece poco a poco.

¿Quién soy? ¿Qué sé de cierto sobre el hombre que se despertará dentro del robot? Hago un esfuerzo por encontrar un solo hecho verídico sobre él, pero al analizarlo todo se vuelve confuso, todo son dudas.

Alguien salmodia:

—De las cenizas a las cenizas, del coma al coma.

Espero en la oscuridad; nunca he tenido tanto frío.

Luz y movimiento palpitan a mi alrededor. Los vórtices irisados, los remolinos de los sueños de transición, serpentean por el suelo como gusanos luminosos; como si partes de mi cerebro en descomposición confundieran su propia destrucción con la química del pensamiento, como si reinterpretaran su desintegración desde dentro, sin que las distraigan ni los sentidos, ni la memoria, ni la verdad.

Enredándose en la tela de sus propias ilusiones y confundiendo la muerte con algo completamente distinto.

Fuego plateado

Cuando recibí la llamada de John Brecht desde Maryland estaba en casa, en el despacho, corrigiendo trabajos de la asignatura de Epidemiología. Era una llamada en tiempo real, no un mensaje educado con el que lidiar cuando me conviniese. Me había acostumbrado a pensar en el coronel Brecht como «mi antiguo jefe». Por lo visto, me había apresurado al hacerlo.

—Hemos encontrado una pequeña anomalía del tipo fuego plateado que creo que puede interesarte, Claire. Una pequeña señal en la transformada de autocorrelación que no desaparece. Y viendo que estás de vacaciones...

—Mis alumnos están de vacaciones. Yo tengo que seguir trabajando.

—Creo que la universidad de Columbia puede encontrar a alguien que se haga cargo de esas minucias por una o dos semanas.

Me quedé mirándole en silencio un rato, sopesando si decirle que buscara a otra persona que se hiciera cargo de sus propias minucias.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Un rastro débil —dijo con una sonrisa—. Rozando lo que podría ser algo digno de consideración. Tu especialidad.

Un mapa apareció en la pantalla. Su rostro se minimizó hasta ocupar una pequeña parte de ella.

—Parece que nace en Carolina del Norte, como por Greensboro, y se dirige hacia el oeste.

El mapa estaba salpicado de puntos que indicaban las ubicaciones de los casos de fuego plateado más recientes. El código de colores hacía referencia al tiempo transcurrido desde un «día de infección» ideal, y los puntos estaban posicionados dondequiera que el paciente se hubiese encontrado en ese momento. Sabiendo lo que tenía que buscar, podía distinguir una vaga progresión espectral que cortaba las florescencias esparcidas de los brotes localizados: una especie de rastro como un arco iris borroso que iba del rojo al violeta y se disolvía en una nube de incertidumbre justo al oeste de Knoxville, Tennessee. Aun así... Si entrecerraba los ojos, podía discernir otra estructura, casi tan convincente, que bajaba desde Kentucky y formaba un arco increíblemente perfecto. Unos minutos más y acabaría viendo el rostro oculto de Groucho Marx. El cerebro humano es demasiado bueno a la hora de buscar patrones; sin rigurosas herramientas estadísticas estamos desvalidos, como animistas que creen ver significado en cualquier corriente de aire con la que se topan.

—¿Qué pinta tienen los números? —dije.

—El valor P está al límite —confesó Brecht—. Pero aun así creo que merece la pena echarle un vistazo.

La parte visible de este rastro hipotético abarcaba al menos diez días. La media

decía que tres días después de verse expuesta al virus una persona estaría muerta o en cuidados intensivos, no conduciendo alegremente por el campo. En general, los mapas que representan las rutas de infección precisas se parecen a paseos aleatorios con claras sendas de unos cinco o diez kilómetros de largo; incluso viajando por aire, en el peor de los casos, la tendencia es a generar un montón de focos pequeños dispersos. Si habíamos dado con alguien que estaba infectado pero no presentaba los síntomas, era algo que merecía la pena comprobar.

—Desde ahora mismo tienes acceso directo a la base de datos de notificaciones —dijo Brecht—. Te ofrecería nuestro análisis provisional, pero estoy seguro de que tú misma puedes hacerlo mejor con los datos en bruto.

—No te quepa duda.

—Bien. Entonces puedes salir mañana.

Me desperté antes del amanecer e hice el equipaje en diez minutos mientras Alex me maldecía en sueños. Entonces me di cuenta de que me sobraban tres horas y no tenía absolutamente nada que hacer, así que me arrastré de vuelta a la cama. Cuando me desperté por segunda vez, Alex y Laura ya se habían levantado y estaban desayunando.

Sin embargo, cuando me senté enfrente de Laura me pregunté si no estaba soñando: uno de esos sueños insidiosamente tranquilizadores del tipo «no hace falta que te despiertes porque ya estás despierto». Los brazos y la cara de mi hija adolescente estaban cubiertos de símbolos alquímicos y zodiacales en tonos rojo, verde y azul iridiscente. Parecía un personaje de una de esas espantosas películas que equiparan la RV con la psicodelia, y que hubiese sido atacado por el software de efectos especiales.

Me devolvió la mirada desafiante, como dando por hecho que había expresado mi desaprobación. Lo cierto era que todavía no me había dado tiempo a sentir ninguna emoción tan prosaica y, para cuando lo hice, mantuve la boca completamente cerrada. Conociendo a Laura, seguro que no eran falsos y no saldrían con un simple lavado, pero no eran nada que unos parches transdérmicos de enzimas no pudieran borrar con la misma precisión que los que la habían pintado. Por mi bien, no dije ni mu: nada de psicología inversa barata («Oh, ¿no son preciosos?»), ni quejas (sinceras) sobre el asedio al que me vería sometida por parte de su director si no desaparecían antes de que empezara el trimestre.

—¿Sabías que Isaac Newton dedicó más tiempo a la alquimia que a la teoría de la gravedad? —dijo Laura.

—Sí. ¿Sabías que también murió virgen? Los modelos que imitamos son geniales, ¿no crees?

A modo de advertencia, Alex me lanzó una mirada de soslayo, pero no dijo nada.

Laura continuó.

—Hay toda una historia secreta de la ciencia que se ha censurado en la versión oficial. Un conocimiento oculto que está saliendo a la luz ahora que todo el mundo tiene acceso a las fuentes originales.

Era difícil saber cómo responder a eso con sinceridad y sin renegar. Sin alterarme dije:

—Tú misma te darás cuenta de que casi todas esas historias ya habían salido a la luz antes. Sólo que resultó que tenían un interés limitado. Pero sí, es fascinante ver algunos de los callejones sin salida en los que se ha metido la gente.

Laura me sonrió con desprecio.

—¡Callejones sin salida!

Terminó de recoger las migas de tostada que le quedaban en el plato, se levantó y salió de la habitación como un resorte, como si acabara de ganar algún tipo de batalla.

—¿Me he perdido algo? —dije en tono lastimero—. ¿Cuándo ha empezado todo esto?

Alex ni se inmutó.

—Creo que es sobre todo la música. O más bien tres chavales de diecisiete años con una piel artificialmente inmaculada y enormes lentillas marrones. Se hacen llamar Los Alquimistas...

—Sí, conozco el grupo, pero la Nueva Hermética es algo más que música pop para adolescentes, es una secta de las grandes...

—¡Hala, venga! —se rió—. ¿No estuvo tu hermana enamorada del cantante de un grupo de heavy metal medio satánico? Que yo recuerde, no acabó clavando gatos negros a crucifijos invertidos.

—Nunca estuvo enamorada. Sólo quería descubrir su secreto para tener un pelo tan guay.

—Laura está bien —dijo Alex con firmeza—. Relájate y verás cómo se le pasa. A no ser que quieras comprarle un ejemplar de *El péndulo de Foucault*...

—Lo más seguro es que no pillara la ironía.

Me dio un codazo en el brazo; la violencia era de broma, pero el enfado era de verdad.

—Eso no es justo. Masticará y escupirá la Nueva Hermética en... seis meses como mucho. ¿Cuánto le duró la cienciología? ¿Una semana?

—La cienciología es un simple y vulgar galimatías. La Nueva Hermética puede explotar cinco mil años de aderezo cultural. Es tan insidiosa como el budismo o el catolicismo: existe una tradición, existe toda una estética...

—Sí —me cortó Alex—, y en seis meses se dará cuenta de que uno puede apreciar la estética sin tener que tragarse las patrañas. Sólo porque la alquimia fuera un callejón sin salida, no significa que no siga siendo elegante y fascinante... pero el

que sea elegante y fascinante no la convierte en verdadera.

Me quedé pensando sobre lo que acababa de decir Alex, luego me incliné y le di un beso.

—Odio cuando tienes razón: siempre haces que parezca tan obvio. Soy demasiado protectora, ¿verdad? No me necesita para darse cuenta de algo así.

—Lo sabes bien.

Le eché un vistazo a mi reloj.

—Mierda. ¿Puedes llevarme a La Guardia? A esta hora ya no pillo un taxi.

Al principio de la pandemia moví algunos hilos y conseguí que un grupo de mis alumnos observara de cerca a un paciente de fuego plateado. Me parecía que nos habíamos equivocado al sumergirnos en las abstracciones de los mapas y los gráficos, los modelos numéricos y las extrapolaciones (por muy vitales que fueran en la batalla contra el virus), sin ser testigos de los efectos físicos reales en un ser humano concreto.

No tuvimos que ponernos trajes especiales para protegernos del peligro biológico. El joven estaba tumbado en una habitación hermética acristalada. Unos tubos le aportaban oxígeno, agua, electrolitos y nutrientes, junto con antibióticos, antipiréticos, inmunosupresores y calmantes. No había cama, ni colchón. El paciente se hundía en un gel de polímero transparente: una especie de flotador semisólido que reducía las úlceras por presión y drenaba la sangre y los fluidos linfáticos que supuraban por lo que solía ser su piel.

Para mi propia sorpresa, en silencio y por un instante, derramé unas cuantas lágrimas tibias de rabia. Una rabia que se disipaba en el vacío: sabía que no era culpa de nadie. La mitad de los alumnos tenían titulación médica, pero si acaso parecían más afectados que los estadísticos novatos que nunca habían pisado una sala de urgencias o un quirófano, tal vez porque podían imaginarse mejor que nadie cómo se habría sentido el hombre si no hubiera tenido el cráneo lleno de opiáceos.

El nombre oficial de la enfermedad era esclerodermia sistémica viral fibrótica; pero ESVF era impronunciable, y al parecer los ojos de la gente hacían chiribitas si un presentador del telediario pronunciaba cuatro palabras completas seguidas. Yo utilizaba el nuevo nombre como todo el mundo, pero nunca dejé de odiarlo. Era un poco demasiado poético.

Cuando el virus del fuego plateado infectaba los fibroblastos del tejido conectivo subcutáneo, los sobreexcitaba haciendo que produjeran cantidades ingentes de colágeno, en una variante transcrita desde el gen normal pero ensamblada con imperfecciones. Esta proteína desnaturalizada formaba placas sólidas en el espacio extracelular, lo que alteraba el flujo de nutrientes hacia la dermis superior que finalmente se hacía tan abultada que acababa rompiéndose. El fuego plateado te

despellejaba desde dentro. Quizá una buena estrategia para liberar grandes cantidades de virus, aunque nadie sabía en qué momento había dado con el truco. Todavía no se había encontrado el supuesto animal huésped en que vivía, de forma benigna o no, la cepa madre.

Era «plateado» por el blanco enfermizo del brillo linfático de las placas de colágeno; la fiebre, la respuesta autoinmune y la sensación de ser quemado vivo eran el «fuego». Por suerte el dolor no podía durar mucho en ningún caso. El tratamiento paliativo estándar del Primer Mundo incluía una anestesia profunda constante; y si no tenías acceso a ese nivel de intervención altamente tecnológica, entrabas rápidamente en estado de shock y morías.

Dos años después de que aparecieran los primeros brotes seguíamos sin saber el origen del virus, una vacuna seguía siendo una posibilidad remota, y aunque era posible mantener a los pacientes con vida casi de forma indefinida, todos los intentos de cura que se habían hecho purgando el virus del cuerpo y trasplantando piel cultivada habían fracasado.

Cuatrocientas mil personas se habían infectado en todo el mundo; nueve de cada diez estaban muertas. Lo irónico era que el contagio rápido debido a la malnutrición prácticamente había eliminado el fuego plateado de los países más pobres. La mayoría de los brotes en África se autoinmolaban nada más producirse. Los Estados Unidos no sólo tenían más víctimas hospitalizadas con respiración asistida *per cápita* que cualquier otro país, también se encaminaban al primer puesto en la lista de la tasa de casos nuevos.

Un apretón de manos o incluso un simple trayecto en un autobús atestado de gente era suficiente para transmitir el virus. Caso por caso la probabilidad era baja, pero todo se sumaba. Lo único que funcionaba a medio plazo era aislar a los portadores potenciales, y hasta la fecha parecía que nadie podía estar infectado y permanecer sano por mucho tiempo. Si el «rastreo» que habían encontrado los ordenadores de Brecht era algo más que un espejismo estadístico, cortarlo de raíz podría salvar docenas de vidas y llegar a entenderlo podría salvar miles.

Era casi mediodía cuando el avión aterrizó en el aeropuerto Triad, a las afueras de Greensboro. Me estaba esperando un coche de alquiler. Apunté con la agenda al salpicadero para transmitirle mi perfil y esperé a que los asientos y los controles se ajustaran un poco, los actuantes piezoeléctricos zumbando en todo momento. Cuando salía marcha atrás del aparcamiento el estéreo se arrancó con una improvisación relajante y un título inexpresivo apareció en la pantalla: *Música para salir de un aeropuerto un 11 de junio de 2008*.

De camino a la ciudad me impresionó la cantidad de grandes plantaciones de tabaco que se veían desde la carretera. La renacida mala hierba se extendía por todas

partes y no se libraban ni los suburbios. La ironía se había convertido en un cliché, pero aun así era chocante ver la realidad de primera mano: aunque por fin la nicotina empezaba a seguir los pasos de la absentia, se cultivaba más tabaco que nunca porque resultaba que el virus del mosaico del tabaco era un vector extremadamente adecuado y efectivo para la introducción de nuevos genes. Las hojas de estas plantas se cargaban con productos farmacéuticos o antígenos para vacunas, y valían veinte veces más que sus ancestros no alterados en su momento de mayor demanda.

Faltaba casi una hora para mi primera cita, así que conduje por la ciudad en busca de algún sitio para comer. Desde la llamada de Brecht había estado muy tensa, tanto que incluso me sorprendía lo bien que me sentía por haber llegado. Tal vez sólo tenía que ver con el hecho de estar viajando hacia el sur, con el repentino y ligero cambio en el ángulo de la luz; una especie de equivalente latitudinal y beneficioso del desfase horario. Era cierto que comparado con Nueva York todo el centro de Greensboro irradiaba una luminosidad positiva, los edificios modernos de tonos pastel en curiosa armonía con los edificios históricos que se conservaban en perfecto estado.

Acabé en una pequeña cafetería comiéndome unos sándwiches y volviendo a repasar mis notas de manera obsesiva. Habían pasado siete años desde la última vez que había salido del laboratorio para hacer algo parecido y no tenía mucho tiempo para cambiar el chip de teórica a investigadora.

En la última quincena había habido cuatro casos nuevos de fuego plateado en Greensboro. Hacía tiempo que las autoridades sanitarias, fueran de donde fueran, habían dejado de intentar establecer el curso de la infección de cada nuevo caso; dada la facilidad con la que se transmitía y la imposibilidad de preguntar directamente a los pacientes, era un proceso muy trabajoso del que se obtenían pocos resultados tangibles. La estrategia más útil no era rehacer los pasos de la víctima, sino poner en cuarentena a la familia, a los compañeros de trabajo y al resto de los conocidos de cada nuevo caso, durante una semana aproximadamente. Los portadores podían contagiar el virus los dos o tres primeros días, como mucho, antes de ponerse claramente enfermos; no era necesario ir a buscarlos. El rastro con forma de arco iris de Brecht era o bien una excepción a esta regla... o bien una oleada de casos nuevos que se propagaban de una ciudad a otra sin un portador único.

Greensboro tenía alrededor de un cuarto de millón de habitantes, aunque la cifra dependía de dónde pusiera uno los límites. Carolina del Norte nunca había conocido una fiebre por la construcción. De hecho, en los últimos años el crecimiento en las zonas rurales había sido mayor que en las grandes ciudades y el movimiento de los micropoblados se había extendido rápidamente en la zona, por lo menos tanto como en la costa oeste.

Visualicé un mapa de curvas de densidad de población en mi agenda. Incluso Raleigh, Charlotte y Greensboro apenas se elevaban sobre el ondulante fondo de las

zonas rurales, y sólo los Apalaches dibujaban una profunda brecha en esta topografía invertida. Cientos de nuevas comunidades diminutas salpicaban el mapa entre las ya numerosas poblaciones establecidas. Estrictamente hablando los micropoblados no eran autosuficientes, pero, más allá de toda duda, estaba claro que eran tecnoecológicos; utilizaban tecnología fotovoltaica, realizaban tratamientos de aguas locales a pequeña escala y, en vez de las típicas conexiones a servicios centralizados, tenían enlaces por satélite. La mayoría de sus ingresos provenían de la industria cultural: software, diseño, música, animación.

Activé una transparencia que mostraba la magnitud de los flujos de población a una escala temporal adaptada al fuego plateado. Las carreteras y autopistas principales refulgían en rojo y los pueblos se conectaban con la madeja principal mediante sus respectivos capilares más finos... pero los micropoblados desaparecían prácticamente del mapa: todo el mundo trabajaba desde casa. Por tanto no era tan extraño que un brote esporádico de fuego plateado se hubiese extendido siguiendo la interestatal en lugar de expandirse con la clásica trayectoria errática por todo este territorio más o menos populoso.

Con todo... el motivo de mi presencia aquí era encontrar lo que ninguna simulación de ordenador podía decirme: si las presunciones en las que se basaban tenían serias lagunas o no.

Salí de la cafetería y me puse manos a la obra. Los cuatro casos procedían de cuatro familias distintas. Tenía por delante una larga jornada.

Ninguna de las personas que entrevisté estaba en cuarentena, pero todas seguían conmocionadas en cierta medida. El fuego plateado golpeaba como un relámpago: no habías tenido tiempo de asimilar lo que estaba pasando cuando un niño o un padre, un cónyuge o un amante perfectamente sanos se morían prácticamente delante de tus narices. Lo último que necesitabas era que un perfecto desconocido te interrogara durante dos horas.

Para cuando llegué a la última familia estaba anocheciendo. El entusiasmo que pudiera haber sentido por estar trabajando de nuevo a pie de calle hacía tiempo que se me había pasado. Me quedé sentada un rato en el coche, mirando fijamente el jardín immaculado y las cortinas de encaje, escuchando los grillos, deseando no tener que entrar y plantarme delante de esta gente.

Diane Clayton daba clases de matemáticas en el instituto; Ed, su marido, era un ingeniero que hacía el turno de noche en la compañía eléctrica local. Tenían una hija de trece años, Cheryl. Mike, de dieciocho, estaba en el hospital.

Me senté con los tres, pero fue la señora Clayton quien más habló. Fue paciente y cortés conmigo de una forma escrupulosa, pero, después de un rato, quedó claro que seguía en una especie de nube. Contestaba cada pregunta con calma y consideración,

pero yo no tenía forma de saber si sabía lo que estaba diciendo o si sólo se estaba dejando llevar en piloto automático.

El padre de Mike no era de gran ayuda, pues su turno de trabajo lo había mantenido desfasado con respecto al resto de la familia. Intenté cruzar la mirada con Cheryl, animándola a que hablara. Era absurdo, pero mientras lo hacía me sentí culpable, como si hubiera venido hasta aquí para venderle a la familia algún producto basura y ahora estuviera intentando saltarme la resistencia de los padres.

—Veamos... ¿El martes por la noche seguro que se quedó en casa?

Tenía que rellenar una tabla con los movimientos de Mike Clayton antes de que aparecieran los síntomas, hora por hora. Era una rutina impertinente y minuciosa propia de la Gestapo que hacía que los buenos tiempos en que sólo teníamos que pedir una lista de parejas sexuales y fluidos intercambiados parecieran idílicos.

—Sí, así es. —Diane Clayton cerró los ojos y volvió a recordar lo acontecido aquella noche—. Estuve viendo la tele un rato con Cheryl y luego me fui a la cama como a... las once. Todo ese tiempo Mike debía de estar en su cuarto.

Estaba de vacaciones (estudiaba en la UNC de Greensboro), por lo que no tenía motivo para pasarse las noches estudiando, pero podría haber estado socializando electrónicamente o viendo una película.

Cheryl me lanzó una mirada insegura y luego dijo tímidamente:

—Creo que salió.

Su madre se volvió hacia ella frunciendo el ceño.

—¿El martes por la noche? ¡No!

—¿Tienes idea de adonde pudo ir? —le pregunté a Cheryl.

—A algún club nocturno, creo.

—¿Lo mencionó él?

—Estaba vestido para eso —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Pero no dijo dónde?

—No.

—¿Podría haber sido algún otro sitio? ¿A casa de un amigo? ¿Una fiesta?

Mis datos decían que en Greensboro no había ningún club nocturno que abriera los martes.

Cheryl se lo pensó.

—Dijo que iba a bailar. Es todo lo que dijo.

Me volví hacia Diane Clayton. La habíamos dejado al margen y estaba claramente enfadada.

—¿Sabe con quién podría haber salido?

Si Mike tenía una relación estable con alguien no lo había mencionado, pero me dio los nombres de tres viejos amigos del colegio. No dejó de pedirme disculpas por su «negligencia».

—Está bien —dije—. De verdad. Nadie puede acordarse de todos los detalles.

Una hora más tarde, cuando me marché, seguía angustiada. El que su hijo hubiera salido de casa sin decírselo —o el hecho de que se lo hubiera dicho y se le hubiera olvidado— parecía (de algún modo) ser el motivo de toda la tragedia.

En parte me sentía responsable por su angustia, aunque no veía cómo podía haber llevado el asunto de otro modo. En el hospital le habrían ofrecido el asesoramiento psicológico que necesitaba; no era ni mucho menos mi trabajo. Además, seguro que tenía por delante más de lo mismo. Si empezaba a tomármelo como algo personal acabaría hecha polvo en cuestión de días.

Conseguí localizar a los tres amigos antes de las once (lo más tarde que me atrevía a llamar a nadie), pero ninguno de ellos había estado con Mike el martes por la noche, ni tenían idea de dónde podía haber estado. En cambio me ayudaron a confirmar otros detalles. Al final me pasé casi dos horas sentada en el coche haciendo llamadas.

Puede que hubiera habido una fiesta, puede que no. Puede que hubiese sido el pretexto para otra cosa; las posibilidades eran infinitas. Las tablas llenas de huecos eran el pan de cada día; me podía haber pasado un mes entero en Greensboro intentando rellenarlos, sin conseguirlo. Si el hipotético portador había estado en esta hipotética fiesta (y estaba claro que los otros tres miembros de los Cuatro de Greensboro no: todos estaban bien localizados esa noche), tendría que retomar el rastro más adelante.

Me registré en un motel y me tumbé un rato. Escuchaba el ruido del tráfico en la interestatal. Pensaba en Alex y en Laura, e intentaba imaginarme lo inimaginable.

Pero a ellos no les podía pasar. Ellos eran míos. Yo los protegería.

¿Cómo? ¿Mudándonos a la Antártida?

El fuego plateado no era tan frecuente como el cáncer, las enfermedades cardiovasculares o las muertes por accidente de tráfico. En algunas ciudades era menos frecuente que las heridas por arma. Pero no había ninguna estrategia para evitarlo, a no ser el aislamiento físico total.

Y Diane Clayton se torturaba por no haber sido capaz de mantener encerrado a su hijo de dieciocho años durante las vacaciones de verano. Se preguntaba una y otra vez: «¿Qué he hecho mal? ¿Por qué ha tenido que pasar? ¿Por qué me están castigando de este modo?».

Debería habérmela llevado aparte un momento, debería haberla mirado directamente a los ojos y haberle recordado: «¡No es culpa suya! ¡No podía hacer nada por evitarlo!».

Podría haberle dicho: «Simplemente pasó. El sufrimiento de la gente no tiene un motivo aparente. No hay que extraer ningún sentido de la vida arruinada de su hijo. No tiene ningún significado. Sólo es un baile aleatorio de partículas».

Me desperté temprano y me salté el desayuno. A las 7:30 conducía por la 1-40 en dirección oeste. Pasé por Winston-Salem sin detenerme; un par de personas se habían infectado recientemente, pero había sido hacía tan poco que no formaban parte del rastro.

Las horas de sueño me habían sentado muy bien y mi pesimismo había desaparecido. La mañana era fresca y clara y el campo era increíble, o al menos lo era en aquellos lugares donde no había monótonas plantaciones de biotecnología; o peor aún, campos de golf.

De todas formas estaba claro que algunas cosas habían cambiado para mejor. Fue en la 1-40 —hace más de veinte años— cuando escuché por primera vez a un locutor radiofónico predicar el evangelio de odio de los ochenta: el SIDA como instrumento de Dios, el VIH como el virus justiciero enviado desde el Cielo para castigar a adúlteros, yonquis y sarasas. (Por entonces yo era joven e impulsiva; me paré en la primera salida, llamé a la emisora y le grité una serie de improperios a una pobre recepcionista.) Pero los defensores de esta sutil teología curiosamente habían tenido la boca cerrada desde que una línea celular inmortalizada derivada de la médula ósea de una prostituta keniana demostró ser más que una rival para el arma secreta de la deidad omnipresente. Y si bien no podía decirse que el fundamentalismo cristiano estuviera precisamente muerto y enterrado, sí podía afirmarse que su base de poder estaba en franca decadencia. Era como si la clase de ignorancia y aislamiento que lo sustentaban no pudieran sobrevivir ante la avalancha de información.

Obviamente hacía tiempo que las emisoras de radio locales se habían mudado a la red, evangelistas incluidos. Las viejas frecuencias se habían quedado mudas y yo no tenía cobertura para conectarme a la bestia de 20.000 canales... pero el coche contaba con un enlace por satélite. Encendí la agenda con la esperanza de encontrar alguna buena noticia, por pequeña que fuera.

Había programado a Ariadna, mi buscador, para que localizara referencias al fuego plateado en todos los medios de comunicación disponibles. Tal vez sólo fuera puro masoquismo, pero la sombra distorsionada que la pandemia real proyectaba en los bajíos del espacio mediático ejercía sobre mí una malsana fascinación: los rumores y la desinformación, la histeria, la explotación.

Los puntos de vista de los tabloides, como de costumbre y como cabía esperar, eran estúpidos: el fuego plateado era una enfermedad venida del espacio / el resultado inevitable de añadir flúor al agua potable / el motivo de que algunas celebridades hubieran desaparecido de la escena pública. Se ofrecían tres modos de transmisión falsos: hoy tocaban los tampones, el zumo de naranja mexicano y (otra vez) los mosquitos. Como era de rigor se habían juntado unas cuantas víctimas jóvenes con sus correspondientes fotografías de «antes» de la infección y sus respectivas familias

deseosas de romper a llorar delante de las cámaras. Un nuevo siglo, la misma mierda de siempre.

Sin embargo, el artículo más rocambolesco que aparecía en el último barrido de Ariadna no era en absoluto el típico material de tabloide. En un programa llamado *The Terminal Chat Show* (los jueves a las 23:00 GMT en la cadena británica Channel 4) entrevistaban a un académico canadiense, James Springer, que estaba de gira por el Reino Unido (en carne y hueso) promocionando su nuevo hipertexto, *Los cibersutras*.

Springer era un tipo magnánimo de mediana edad que se estaba quedando calvo. Lo presentaron como profesor adjunto de Teoría de la universidad de McGill. Por lo visto sólo los reduccionistas recalcitrantes se preguntaban: «¿Teoría de qué?». Su especialidad fue descrita como «ordenadores y espiritualidad», pero por razones que se me escapaban se pedía su opinión acerca del fuego plateado.

—Lo que hay que destacar —insistió en un tono suave— es que el fuego plateado es la primera plaga de la Era de la Información. El SIDA fue sin duda postindustrial y postmodernista, pero su aparición es anterior a la emergencia de una auténtica sensibilidad cultural propia de la Era de la Información. En mi opinión, el SIDA personificaba el *zeitgeist* negativo del materialismo occidental enfrentado a la inevitable crisis de confianza de fin de siglo. Pero en el caso del fuego plateado creo que podemos abrazar abiertamente metáforas mucho más positivas para esta llamada «enfermedad».

—Entonces... ¿tiene esperanzas de que las víctimas del fuego plateado no sufran la estigmatización y la histeria que acompañaron al SIDA? —preguntó el entrevistador con cautela.

Springer asintió alegremente.

—¡Por supuesto! ¡Los avances en el análisis cultural han sido notables desde entonces! Quiero decir, si una novela como *Ciudades de la noche roja* de Burroughs hubiese calado más hondo en el subconsciente colectivo cuando fue publicada, todo el desarrollo de la plaga del SIDA podría haber sido completamente distinto... y eso es un tema candente para la asignatura de Análisis de la Ucronía, que uno de mis doctorandos está desarrollando en este momento. Pero no cabe duda de que las formas culturales de la Era de la Información nos han preparado a conciencia para el fuego plateado. Cuando veo cosas como las *raves* tecnoanarquistas por todo el planeta, los cómics de cromos de tatuajes y las implantaciones de escritorio del Dalai Lama a precios populares... me resulta evidente que el fuego plateado es una secuencia de ARN que ha llegado en el momento oportuno. ¡Si no existiera, habría que sintetizarla!

Mi próxima parada era un pueblo llamado Statesville. Un hermano y una hermana que todavía no habían cumplido los veinte, Ben y Lisa Walker, y el novio de la

hermana, Paul Scott, estaban en el hospital de Winston-Salem. Las familias acababan de volver a casa.

Lisa y Ben vivían con su padre viudo y con un hermano de nueve años. Lisa trabajaba en una tienda del pueblo, con la dueña, quien no presentaba ningún síntoma. Ben trabajaba en una planta de obtención de vacunas y Paul Scott estaba en paro y vivía con su madre. Todo indicaba que Lisa se había infectado la primera de los tres. En teoría, bastaba con que las pieles se rozaran de forma fortuita cuando una tarjeta de crédito cambiaba de manos, aunque la posibilidad de transmisión era de una entre cien. En las grandes ciudades algunas personas que trataban directamente con el público habían empezado a llevar guantes, y algunos (podría decirse que paranoicos) usuarios del transporte público no dejaban al descubierto ni un centímetro cuadrado de piel por debajo del cuello, incluso en pleno verano. Pero el riesgo total era tan pequeño que eran pocas las estrategias de este tipo que se habían extendido.

Interrogué al señor Walker lo más educadamente posible. Los movimientos de sus hijos durante la mayor parte de la semana eran como los de un mecanismo de relojería: el único momento durante la ventana de infección en que no habían estado en casa o en el trabajo era el jueves por la noche. Los dos habían salido hasta la madrugada, Lisa había ido a ver a Paul, Ben había estado con su novia, Martha Amos. No estaba seguro de si las parejas se habían quedado en casa o habían salido, pero una noche entre semana no había mucho que hacer en el pueblo, y no habían mencionado que fueran a coger el coche para salir fuera.

Llamé a Martha Amos. Me contó que Ben y ella habían estado en su casa, solos, hasta más o menos las dos. Puesto que ella no estaba infectada, supuestamente Ben habría cogido el virus de su hermana más tarde... y Lisa o bien se habría infectado de Paul esa misma noche, o al revés.

Según su madre, Paul apenas había salido de casa en toda la semana, lo que lo convertía en un punto de entrada poco probable. Statesville parecía un caso muy coherente: de un cliente a Lisa en la tienda (jueves por la tarde), de Lisa a Paul (jueves por la noche), de Lisa a Ben (viernes por la mañana). Lo siguiente sería preguntarle a la dueña de la tienda si recordaba algo sobre los clientes forasteros de ese día.

Pero entonces la señora Scott dijo:

—El jueves por la noche Paul estuvo en casa de la familia Walker hasta tarde. Ésa es la única vez que salió que yo recuerde.

—¿Fue a ver a Lisa? ¿No vino ella aquí?

—No. Se fue a casa de los Walker como a las ocho y media.

—¿Y se iban a quedar en casa? ¿No tenían ningún plan especial?

—Paul no tiene mucho dinero, sabe. No pueden permitirse salir muy a menudo; no les resulta fácil.

Hablaba con un tono relajado y confiado, como si la relación, con todas sus pequeñas tribulaciones, simplemente se hubiese visto interrumpida de forma temporal. Esperaba que tuviera a alguien cerca para apoyarla cuando la verdad la golpeará en un par de días.

Fui a la casa de Martha Amos. No le había prestado toda mi atención cuando hablé con ella por teléfono; ahora podía darme cuenta de que no se encontraba muy bien.

—¿Por casualidad no te contaría Ben adonde fue su hermana con Paul Scott el jueves por la noche? —le pregunté.

Se me quedó mirando fijamente, inexpresiva.

—Lo siento. Sé que es impertinente por mi parte, pero nadie más parece saberlo. Si puedes recordar cualquier cosa que mencionara, podría ser de mucha ayuda.

—Me dijo que dijera que estuvo conmigo —dijo Martha—. Siempre le he cubierto las espaldas. Su padre nunca lo habría... aprobado.

—Un momento. ¿Ben no estuvo contigo el jueves por la noche?

—Fui con él un par de veces. Pero no es mi rollo. La gente está bien, pero la música es una mierda.

—¿Adonde? ¿Te refieres a algún bar?

—¡No! A los poblados. El jueves por la noche Ben, Paul y Lisa fueron a los poblados.

De repente se me quedó mirando, fijándose en mí por primera vez desde que llegué; creo que al fin se dio cuenta de que lo que me había contado hasta ahora no tenía mucho sentido

—Montan «Acontecimientos». Que en realidad son sólo fiestas para bailar. No es gran cosa. Sólo que... el padre de Ben pensaría que todo tiene que ver con drogas. Y no es así. —Se cubrió la cara con las manos—. Pero fue allí donde pillaron el fuego plateado, ¿verdad?

—No lo sé.

Estaba temblando; me acerqué y le toqué el brazo. Levantó la vista y me dijo cansada:

—¿Sabe lo que más me duele?

—¿Qué?

—Que no fui con ellos. No dejo de pensar: «Si hubiera ido con ellos todo habría ido bien». No lo hubiesen cogido. Yo los habría protegido.

Se me quedó mirando a la cara, como buscando una pista de lo que podría haber hecho. Al fin y al cabo yo iba persiguiendo al fuego plateado, ¿no? Tenía que haber sido capaz de decirle exactamente cómo podría haber mantenido alejada la maldición: qué magia no había utilizado, qué sacrificio no había hecho.

Ya me había visto en esta situación miles de veces, pero seguía sin saber qué

decir. La inmediatez del sufrimiento bastaba para desbaratar cualquier apariencia de comprensión: «La vida no es una alegoría teatral. La enfermedad sólo es enfermedad; no oculta ningún significado. No hay dioses a los que les hemos fallado, no hay espíritus elementales con los que no hemos sabido regatear». Cualquiera persona adulta cuerda lo sabía... pero lo sabía superficialmente. En cierta medida, todavía no habíamos asumido la verdad más dura de todas: que el universo es impasible.

Martha se abrazó a sí misma, meciéndose muy despacio.

—Sé que pensar así es una locura. Pero me duele igual.

Me pasé el resto del día intentando encontrar a alguien que pudiera contarme algo más sobre el Acontecimiento del jueves por la noche (como por ejemplo dónde había tenido lugar exactamente; había por lo menos cuatro opciones en un radio de 20 kilómetros). No tuve suerte. Parecía que la cultura de los micropoblados era para paladares muy selectos, y los tres únicos entusiastas de Statesville ahora estaban incomunicados. Las drogas no eran el problema para la mayoría de la gente con la que hablé; sencillamente opinaban que los habitantes de los poblados eran unos fanáticos de la tecnología aburridos con un gusto pésimo en música.

Una noche más, un motel más. Esto empezaba a parecerse a los viejos tiempos.

El jueves por la noche Mike Clayton había ido a bailar a alguna parte. ¿Habría ido a los poblados? Lo más probable es que no hubiese llegado hasta Statesville, pero algún desconocido —un turista tal vez— podría haber estado fácilmente en ambos Acontecimientos: el martes por la noche cerca de Greensboro, el jueves por la noche cerca de Statesville. Si esto era cierto, reduciría las posibilidades de forma considerable, por lo menos comparado con el número de personas que simplemente habían pasado por ambos sitios.

Me tiré un rato estudiando mapas de carreteras, intentando decidir qué poblado sería más fácil añadir al itinerario del día siguiente. Busqué en las guías alguna página web sobre «la vida nocturna de los poblados». No encontré ninguna, pero eso no quería decir nada. Estaba claro que la dirección, difundida de forma electrónica, le había llegado a cualquiera que estuviera interesado. En realidad no importaba a qué poblado me dirigiera, en cualquiera de ellos habría media docena de personas que a buen seguro lo sabrían todo sobre los Acontecimientos.

Me fui a la cama alrededor de la medianoche, pero volví a coger la agenda para echarle un vistazo a Ariadna. El fuego plateado empezaba a ser popular: ficción audiovisual. Se hacía una referencia a la enfermedad en el último episodio del «exitoso drama de ciencia-ficción» de la NBC, *Émpatas místicas mutiladas en el espacio-N*.

Había oído hablar de la serie, pero no la había visto nunca, así que le eché un vistazo rápido al episodio piloto. «¿No conoces la primera ley de la navegación

estelar! ¡Pídele a un ordenador que resuelva ecuaciones en una hipergeometría de 17 dimensiones... y su mente rígida y lineal estallará como un diamante que se ha dejado caer en un agujero negro! ¡Sólo unas monjas budistas siamesas con poderes telepáticos y cinturón negro séptimo dan y la suficiente autodisciplina para amputarse sus propias piernas a hachazos, podrían si acaso albergar la esperanza de llegar a dominar las dotes intuitivas necesarias para navegar por las traicioneras fluctuaciones cuánticas del espacio-N y rescatar a la flota varada!»

«Dios mío, capitán, tiene usted razón, pero, ¿dónde vamos a encontrar...?»

EMM se desarrollaba en el siglo XXII, pero la referencia al fuego plateado no era ningún anacronismo chapucero. Nuestras heroínas cometen un fallo de cálculo en un complicado salto transgaláctico (respirando en la dirección contraria durante el recitado de un mantra crucial), y acaban con sus huesos en el San Francisco de nuestros días. Allí, un niño pequeño y su perro que huyen de unos matones de la mafia les ayudan a reparar un componente vital de su fuente de energía tántrica. Después de humillar a los asesinos con una demostración perfectamente coreografiada de artes marciales sin piernas en el andamiaje de un rascacielos en construcción, localizan a la madre del chico en un hospital, donde descubrimos que está infectada con fuego plateado.

Llegados a este punto los ángulos de la cámara se vuelven esquivos. Los pocos planos en los que se vislumbra la carne de la paciente son una fantasía aséptica de marfil brillante, terso y seco.

El chico (cuyo padre, que trabajaba de contable para la mafia y acababa de ser descuartizado, le había ocultado la verdad) rompe a llorar al verla. Pero las *EMMs* se muestran filosóficas:

«Estas doctoras y enfermeras bienintencionadas te dirán que tu madre ha sido víctima de un horrible destino... pero con el tiempo todos llegarán a entender la verdad. El fuego plateado es lo más cerca que podemos estar en este mundo del éxtasis del no-ser. Sólo puedes ver el caparazón congelado de su cuerpo, pero por dentro, en el reino de *shunyata*, se está produciendo una grandiosa y extraordinaria transformación.»

«¿De verdad?»

«De verdad.»

El chico se seca las lágrimas, suena el tema principal de la serie, el perro salta y le lame la cara a todo el mundo. Risa catártica a diestro y siniestro.

(Excepto, claro está, de la madre.)

Al día siguiente tenía que visitar dos pueblos pequeños a lo largo de la autopista. El primer paciente era un hombre divorciado de 45 años, un técnico de una fábrica textil. Ni su hermano ni sus compañeros de trabajo me fueron de mucha ayuda: por lo

que sabían, durante el periodo en cuestión, podía haber ido a una ciudad distinta (o a un poblado) cada noche.

En el pueblo siguiente habían fallecido una pareja de treinta y tantos y su hija de ocho años. Los síntomas debieron presentarse más o menos al mismo tiempo para los tres y se intensificaron más rápido de lo normal porque ninguno consiguió pedir ayuda.

—El viernes por la noche irían a los poblados —me dijo la hermana de la mujer sin titubear—. Es lo que solían hacer.

—¿Y se llevaron a la hija?

Abrió la boca para responder algo, pero se paró en seco y se me quedó mirando, mortificada, como si yo estuviera culpando a su hermana por haber expuesto a la niña de forma temeraria a un peligro horrible. A su espalda, sobre la repisa de la chimenea, había fotografías de los tres. Esta mujer había encontrado sus cuerpos en plena desintegración.

—No hay un sitio más seguro que otro —dije amablemente—. Sólo lo parecen retrospectivamente. Podrían haberse infectado con el fuego plateado en cualquier parte. Yo sólo intento establecer el curso de la infección a posteriori.

Asintió lentamente.

—Siempre se llevaban a Phoebe. Le encantaban los poblados; tenía amigos en la mayoría de ellos.

—¿Sabe a qué poblado fueron esa noche?

—Creo que fue a Heródoto.

Después, ya en el coche, lo encontré en el mapa. No quedaba mucho más lejos de la autopista que el que había elegido sólo por comodidad; pensé que me daría tiempo a ir hasta allí y todavía llegar al siguiente motel a una hora civilizada.

Hice clic sobre el puntito: la ventana informativa me dijo: «Heródoto, condado de Catawba, 106 habitantes, fundado en 2004».

—Más —dije.

—Eso es todo —dijo el mapa.

Paneles solares, antenas parabólicas dobles, huertos, tanques de agua, edificios prefabricados de forma rectangular... todos los componentes del poblado se podían encontrar en casi cualquier finca rural grande. Lo sorprendente era verlos todos juntos en medio del campo. A lo que más se parecía Heródoto era a la versión de un artista del siglo XX de un asentamiento pionero en algún planeta parecido a la Tierra, pero claramente alienígena.

El parking era una gran excepción, discretamente oculto detrás de los enormes bancos de células fotovoltaicas. Sólo había un autobús y un par de coches, pero había espacio para tal vez un centenar de vehículos más. Heródoto acogía visitantes

alegremente; ni siquiera había un parquímetro para pagar.

A pesar de los edificios prefabricados, la distribución no daba la sensación de campamento militar; los edificios se concentraban en torno a una plaza central siguiendo algún tipo de simetría que se me escapaba, pero era evidente que no estaban dispuestos en hileras como tiendas del ejército. Al entrar en la plaza pude ver que estaban jugando un partido de baloncesto en una cancha adyacente. Los adolescentes jugaban y los niños más pequeños miraban. Era el único indicio de vida evidente. Me acerqué sintiéndome un poco como una intrusa, aunque se trataba de un espacio público como la calle principal de cualquier ciudad normal. Me puse al lado de los otros espectadores y vi el partido un rato. Ningún niño me dirigió la palabra, pero tampoco tuve la impresión de que me rechazaran abiertamente. Los equipos estaban formados por chicos y chicas, y el juego era intenso pero amistoso. Los chavales eran de ascendencia inglesa, africana y china. Había oído rumores de que algunos poblados estaban «segregados en la práctica» —ni idea de lo que implicaba tal cosa—, pero bien podría haber sido sólo propaganda.

El movimiento de los micropoblados había despertado cierta polémica en sus inicios, pero el estilo de vida no era precisamente radical. En torno a unas cien personas (que de todas formas habrían estado trabajando desde sus casas en pueblos y ciudades) juntaban sus recursos y compraban algo de tierra barata en el campo, compensando la falta de servicios con unos cuantos cachivaches tecnológicos de vanguardia. Los residentes podían ser tanto agentes de bolsa como artistas o músicos; y aunque a la postre cualquier tipo de clasificación siempre resultaba injusta, la mayoría de los poblados se parecían más a santuarios de yupis que a comunas anarquistas.

Yo no podría haber soportado el aislamiento físico —por mucho ancho de banda que tuviera—, pero si la gente era feliz aquí, tanto mejor para ellos. Estaba dispuesta a admitir que en cincuenta años vivir en Queens se consideraría infinitamente más retorcido e inexplicable que vivir en un sitio como Heródoto.

Una niña de unos seis o siete años me dio unos golpecitos en el brazo.

—Hola —dije, dedicándole una sonrisa.

—¿Está recorriendo el sendero de la alegría? —me dijo.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, alguien gritó:

—¡Hola! ¿Qué hay?

Me giré. Era una mujer (calculé que de unos veintitantos años) que se tapaba los ojos para protegerse del sol. Se acercó sonriendo y me tendió la mano.

—Soy Sally Grant.

—Claire Booth.

—Llega un poco pronto para el Acontecimiento. No empieza hasta las 9:30.

—Yo...

—Si quiere comer en mi casa, es bienvenida.

Dudé un segundo.

—Es muy amable.

—¿Diez dólares le parece bien? Es lo que le costaría si abriera la cafetería; sólo que esta noche no ha habido reservas, así que no abriré.

Asentí.

—Bueno, pásese a eso de las siete. Estoy en el número 23.

—Gracias. Muchas gracias.

Me senté en un banco de la plaza, a la sombra del pabellón que tenía enfrente, escuchando los gritos que venían de la cancha de baloncesto. Sabía que tenía que haberle contado a la señora Grant lo que había venido a hacer aquí sin rodeos; haberle enseñado la documentación, haberle hecho las preguntas que me dejara hacerle y haberme marchado. ¿Pero no averiguaría más quedándome para ver el Acontecimiento? ¿De manera informal? Incluso unas cuantas impresiones directas de primera mano del tipo de gente que acudiría de las poblaciones cercanas a un encuentro espontáneo con los habitantes del poblado podría serme útil. Aunque estaba claro que el portador se había ido hace tiempo, seguía siendo una oportunidad de conseguir un perfil aproximado del tipo de persona que estaba buscando.

No sin dificultad, tomé una decisión. No había ninguna razón para no quedarme a la fiesta, ni ninguna necesidad de alterar y poner a la defensiva a los habitantes del poblado contándoles lo que me traía entre manos.

Por dentro la casa de los Grant era más parecida a un apartamento moderno y espacioso que a una caja prefabricada que les habían enviado al quinto pino en el tráiler de un camión. De forma inconsciente me había esperado el desorden típico de una caravana, demasiados artilugios de confort por metro cúbico que no dejarían espacio para respirar, pero había calculado la escala francamente mal.

El marido de Sally, Oliver, era arquitecto. Ella corregía guías de viajes durante el día; lo de la cafetería era una actividad adicional. Eran residentes fundadores, originarios de Raleigh; todavía no había muchos inquilinos nuevos. Heródoto, me explicaron, era autosuficiente en alimentos (vegetarianos) de primera necesidad, pero recibían entregas periódicas de todos los productos de los que depende cualquier ciudad pequeña. Los dos iban de vez en cuando a Greensboro, o salían del estado, pero su rutina laboral era cien por cien teletrabajo.

—¿Y cuando no está de vacaciones, Claire?

—Trabajo en la administración de la universidad de Columbia.

—Tiene que ser fascinante.

Resultó ser una elección excelente; mis anfitriones cambiaron de tema hacia sí mismos inmediatamente.

—¿Qué le hizo decidirse para mudarse aquí? —le pregunté a Sally—. Raleigh no es precisamente la capital del crimen del país.

También me costaba creer que los precios de la vivienda hubiesen sido la causa.

—Criterios espirituales, Claire —respondió sin vacilar.

Entorné los ojos.

Oliver se rió con simpatía.

—¡No se preocupe, no se ha equivocado de sitio al venir aquí! —Se dio la vuelta hacia su mujer—. ¿Has visto su cara? ¡Cualquiera diría que había ido a parar a un enclave de mormones o baptistas!

—Utilizo la palabra en el sentido más amplio, obviamente —explicó Sally disculpándose—: Ser conscientes de que tenemos que resensibilizarnos con respecto a la dimensión moral del mundo que nos rodea.

Esto me dejó igual de descolocada, pero era evidente que ella esperaba una respuesta considerada de mi parte.

—¿Y usted cree —dije tímidamente— que vivir en una pequeña comunidad como esta hace que sus responsabilidades cívicas sean más claras, más evidentes?

—Bueno... sí, supongo que sí. —Ahora Sally estaba confusa—. Pero eso es sólo política, ¿verdad? No tiene nada que ver con la espiritualidad. Quería decir... —Levantó las manos y me lanzó una mirada de complicidad—. Sólo quería decir, ¡la razón por la que usted misma está aquí! ¡Vinimos a Heródoto con la intención de encontrar, para toda la vida, lo que usted ha venido a buscar por unas horas!

Mientras tomaba café con Sally en la sala de estar oí cómo empezaban a llegar los primeros coches. Oliver se había retirado con la excusa de una reunión urgente con un jefe de obra en Tokio. Me dediqué a hablar de Alex y de Laura y conté algunas de mis historias de terror tituladas «Las peores experiencias sobre Nueva York jamás contadas»; algunas de ellas eran ciertas. No era la falta de curiosidad lo que me impedía tantear a Sally sobre el Acontecimiento, simplemente quería evitar que supiera que no tenía ni idea de en qué me había metido. Cuando se excusó un minuto recorrí la habitación con la mirada —sin levantarme de la silla— buscando alguna señal de eso que ella había venido a buscar aquí para toda la vida. Sólo me dio tiempo a fijarme en unas cuantas carátulas de CDs, la media docena que estaba visible en una enorme estantería giratoria. La mayor parte parecían de música y de vídeos modernos de grupos que no conocía. Pero había un título que me resultó familiar: *Los cibernautas* de James Springer.

Cuando los tres cruzamos la plaza y nos dirigimos al salón de actos del poblado —una estructura tipo granero que parecía un contenedor muy grande—, yo ya estaba bastante tensa. Había unas cuarenta personas en la plaza, la mayoría, aunque no todas, eran adolescentes maduros o jóvenes de veintipocos años vestidos con las

ropas de falso estilo informal que se podían ver a la puerta de cualquier club nocturno del país. ¿Qué era lo que me temía que iba a pasar? Sólo porque Ben Walker no se lo pudiera contar a su padre y Mike Clayton no se lo pudiera contar a su madre no significaba que hubiera acabado metida en una nueva versión sureña de *Twin Peaks*. Tal vez los chavales, aburridos, se escapaban a hurtadillas a los poblados para meterse alucinógenos en fiestas de baile: mi propia juventud resucitada ante mis ojos, con drogas más seguras y mejores espectáculos de luces.

Según nos acercábamos al salón un pequeño grupo de personas entraba por las puertas automáticas; pude atisbar la silueta de unos cuerpos recortados contra un remolino de luces y el estruendo de la música llegó a mis oídos. Mi ansiedad empezaba a parecer absurda. A Sally y a Oliver les gustaban los alucinógenos, eso era todo... y al parecer los fundadores de Heródoto habían decidido crear un ambiente agradable en el que usarlos. Pagué los 60 dólares de la entrada sonriendo aliviada.

Dentro, las paredes y el techo relucían con intrincados dibujos: fractales multicolores de bordes suavizados que oscilaban con la música, como simulaciones gigantes de fluidos turbulentos codificadas con colores que caían en cascada por unos trastes inmensos a una velocidad de Mach 5. La gente que estaba bailando no proyectaba ninguna sombra; se trataba de pantallas gigantes de gran potencia, no de proyecciones. Una resolución increíble y astronómicamente cara.

Sally me puso en la mano una cápsula de un rosa fluorescente. Harmony o halcyon, tal vez; yo ya no sabía lo que estaba de moda. Intenté darle las gracias y le di alguna excusa del tipo «me la guardo para luego»; pero no oyó ni una palabra, así que nos sonreímos como tontas. La insonorización del recinto era extraordinaria (lo que era una suerte para el resto de la gente que vivía en el poblado); desde fuera nunca hubiese anticipado que me iban a pulverizar el cerebro.

Sally y Oliver se perdieron entre la gente. Decidí quedarme una media hora y luego escabullirme y conducir hasta el motel. Me puse a mirar cómo bailaba la gente, intentando mantener la mente despejada a pesar de los increíbles visuales... aunque no esperaba descubrir mucho más de lo que ya sabía sobre el portador. Seguramente menor de veinticinco. Seguramente sin niños pequeños a su cargo. Sally me había dado todos los detalles que necesitaba para obtener información sobre los Acontecimientos de aquí a Memphis... pasados y futuros. La búsqueda iba a seguir siendo difícil, pero al menos estaba progresando.

De repente se oyó una potente ovación por encima la música y la sala se transformó ante mis ojos. Por momentos me quedé totalmente desorientada e incluso cuando el mundo volvió a ser visualmente coherente, tardé un rato en enterarme de lo que estaba pasando.

Las pantallas mostraban gente bailando en salas idénticas a la sala en la que me encontraba; la animación abstracta sólo seguía proyectándose en el techo. Todas estas

salas idénticas tenían a su vez pantallas, que también mostraban salas idénticas llenas de gente bailando... un efecto muy similar a la regresión infinita entre un par de espejos.

Y al principio pensé que las «otras salas» no eran más que meras imágenes en tiempo real del salón de baile de Heródoto. Pero... el dibujo del remolino que daba vueltas en el techo encajaba perfectamente con la animación de los techos de las salas «adyacentes», formando una sola imagen compleja; no había repeticiones, reflejadas o de otro tipo. Y los grupos de gente bailando no eran idénticos... aunque sí lo bastante parecidos como para no estar segura al cien por cien desde lejos. Después de un rato me giré y examiné la pared que tenía más cerca, a unos cuatro o cinco metros. Un joven me saludó con la mano desde «detrás» de la pantalla y le devolví el saludo automáticamente. En realidad no podíamos tener contacto visual de verdad —y daba igual dónde estuvieran colocadas las cámaras, hubiese sido mucho pedir—, pero aun así se podía llegar a creer que sólo nos separaba una pared de cristal muy fina.

El hombre sonrió distraídamente y se alejó.

Tenía la carne de gallina. En principio esto no era nada nuevo, pero en este caso habían llevado la tecnología hasta el límite. La sensación de estar en una sala de fiestas infinita era totalmente creíble; no alcanzaba a ver la sala que estaba más lejos en ninguna de las direcciones (y cuando se les acabaran las de verdad, podrían reciclarlas fácilmente). La lisura de las imágenes, las proporciones erróneas cuando te movías, la falta de paralaje (aún peor cuando intenté mirar las «salas de las esquinas» entre las cuatro principales... lo que debería haber sido posible, pero no lo era) más que desbaratar el efecto lo que hacían era contribuir a que el espacio más allá de las paredes pareciera distorsionado de una manera exótica. De hecho el cerebro intentaba compensar, intentaba ocultar los defectos; y si me hubiese tomado la pastilla que me había pasado Sally no creo que hubiese sido tan tiquismiquis. Sin tomar nada sonreía de oreja a oreja como una niña en una atracción de feria.

Vi a gente bailando de cara a las paredes, formando libremente parejas o grupos a distancia. Estaba hipnotizada; me olvidé de que tenía que marcharme. Pasado un rato me topé con Oliver, quien se balanceaba solo alegremente.

—¿Todos éstos son otros poblados? —le grité al oído.

Asintió y me gritó a su vez:

—¡El este es el este y el oeste el oeste!

Lo que quería decir... ¿que la disposición virtual seguía la geografía real, sólo que eliminando las distancias intermedias? Me acordé de algo que James Springer había dicho en su entrevista del *Terminal Chat Show*: «Tenemos que inventar una nueva cartografía, rehacer el mapa del planeta según su nuevo y flamante estado proteico. Ya no hay separaciones. No hay fronteras».

Sí... y el mundo se había convertido en una macrofiesta gigante. Aunque por lo

menos no hacían conexiones en directo con zonas de guerra. En los noventa ya había visto bastante «solidaridad» del tipo nosotros bailamos / vosotros esquiváis balas como para durarme toda la vida.

De pronto caí en la cuenta: si el portador iba de Acontecimiento en Acontecimiento... entonces él o ella estaban «aquí» conmigo en este preciso momento. Mi presa tenía que ser una de las personas que bailaban en esta enorme sala de fiestas imaginaria.

Y eso no me servía de mucho ni representaba ningún tipo de riesgo. Los portadores del fuego plateado no es que se iluminaran como luces fluorescentes en la oscuridad precisamente. Pero en cualquier caso me pareció el momento más extraño de una larga y extraña noche: darme cuenta de que los dos estábamos finalmente «conectados», darme cuenta de que había «encontrado» el objeto de mi búsqueda.

Aunque no me sirviera para nada.

Justo después de medianoche, cuando la novedad empezaba a perder su encanto y por fin estaba pensando en irme, algunas personas volvieron a dar vítores a pleno pulmón. Esta vez me costó aun más entender a cuento de qué. La gente empezó a girarse para mirar al este y, excitados, se señalaban algo unos a otros.

Avanzando por una de las multitudes danzantes —en un poblado a tres pantallas de distancia— se veía un número indeterminado de figuras humanas. Puede que fueran desnudas, unas eran masculinas y otras femeninas, pero no era fácil estar segura: sólo se dejaban ver de forma momentánea... y brillaban tanto que la mayoría de los detalles se perdían entre tanta luminosidad.

Refulgían con un intenso blanco plateado. La luz transformaba lo que tenían alrededor, aunque el efecto se parecía más a un halo de gas luminoso difundiéndose por el aire que a un foco dirigido al gentío. La gente que bailaba a su alrededor no parecía percatarse de su presencia; lo mismo que la que estaba en las salas intermedias. Sólo la gente de Heródoto les prestaba la clase de atención que merecía su espectacular puesta en escena. Todavía no tenía claro si eran sólo una animación que computaba las rutas plausibles por los huecos que quedaban entre la multitud, o si eran simples actores de verdad engalanados por el software.

Tenía la boca seca. No podía creermelo que la presencia de estas figuras plateadas fuera pura coincidencia, pero, ¿qué otra cosa podían significar? ¿Estaba la gente de Heródoto al corriente de la serie de brotes en la zona? No era del todo imposible; un análisis independiente podría haber circulado por la red. Quizás se trataba de una especie de extraño «tributo» a las víctimas.

Volví a encontrarme con Oliver. La música se había suavizado, como en respuesta a la visión, y a él parecía que se le había bajado un poco el colocón; conseguimos mantener algo parecido a una conversación.

Señalé hacia las figuras, que ahora avanzaban sin problemas a través de la imagen de una pantalla gigante, delatándose como íntegramente virtuales.

—¡Recorren el sendero de la alegría! —gritó.

Mediante mímica hice como que no entendía.

—¡Sanando la tierra por nosotros! ¡Pagando por nuestros errores! ¡Desandando el sendero de las lágrimas!

¿El sendero de las lágrimas? Al principio no entendía nada, pero de repente me acordé de algo que estudié en el instituto. En la década de 1830 los cherokees se vieron obligados a abandonar su tierra; recorrieron a pie desde la actual Georgia hasta Oklahoma. Murieron miles en el camino; algunos lograron escapar y se ocultaron en los Apalaches. Eso era el «sendero de las lágrimas». Heródoto, estaba bastante segura, se encontraba a cientos de kilómetros de la ruta histórica de la trágica marcha, pero esa no parecía ser la cuestión. En ese momento las figuras cruzaban la antepenúltima pista de baile antes de la nuestra y pude ver cómo extendían los brazos como impartiendo algún tipo de bendición.

—¿Pero qué tiene que ver el fuego plateado con...? —grité.

—Sus cuerpos están congelados; ¡por eso sus espíritus son libres y pueden recorrer el sendero de la alegría en el ciberespacio por nosotros! ¿No lo sabía? ¡Para eso es el fuego plateado! ¡Para renovarlo todo! ¡Para traer la alegría a la tierra! ¡Para pagar por nuestros pecados! —Oliver me gritó con total sinceridad, irradiando auténtica buena voluntad.

Me quedé mirándole con incredulidad. Estaba claro que este hombre no odiaba a nadie... pero lo que acaba de soltar no era más que un refrito New Age de las peroratas de ese evangelista radiofónico de hace veinte años, el que había decidido que el SIDA era la prueba incontrovertible de sus propias creencias espirituales.

—El fuego plateado es una enfermedad cruel y dolorosa... —le grité enfadada.

Oliver echó la cabeza hacia atrás y se rió de forma escandalosa, sin rasgo alguno de malicia, como si fuera yo la que contaba cuentos chinos.

Di media vuelta y me alejé.

Los senderistas se separaron en dos grupos al cruzar la penúltima sala a nuestro este. Al «rodear» Heródoto una mitad se dirigió hacia el norte, la otra hacia el sur. No podían avanzar entre nosotros, pero de ese modo la ilusión se mantenía casi intacta.

¿Y si hubiese estado drogada hasta las cejas? ¿Y si hubiese abrazado la mitología del sendero de la alegría y hubiese venido hasta aquí con la esperanza de verla confirmada? A la mañana siguiente, ¿me habría creído que los espíritus errantes de los pacientes de fuego plateado habían pasado por delante de mis narices?

Concediendo su bendición fulgurante a la multitud.

Tan cerca que casi podías tocarlos.

Me abrí paso entre la gente hasta la salida camuflada. Una vez fuera, el aire fresco y el silencio eran irreales; me sentía más etérea, más como en un sueño que nunca. Fui dando tumbos hasta el aparcamiento y apunté con la agenda para encender las luces del coche alquilado.

Conforme me acercaba a la autopista me fui despejando. Decidí conducir toda la noche. Estaba tan alterada que no pensaba que pudiera pegar ojo. Podía buscar un motel por la mañana, darme una ducha y echarme un rato antes de mi siguiente cita.

Aún no sabía qué pensar del Acontecimiento. Qué tipo de relación podía haber entre el portador y la desquiciada ciberpalabrería sincrética de los pobladores. Si sólo era una coincidencia, la ironía resultaba grotesca. ¿Pero cuál era la alternativa? ¿Que un «peregrino» del sendero de la alegría andaba por ahí extendiendo el virus de forma premeditada? La idea era ridícula, y no sólo porque fuera tan obscena que resultaba prácticamente inconcebible. Un portador sólo podía saber que estaba infectado si habían aparecido los síntomas típicos... pero los síntomas típicos sólo indicaban la brutal fase final de la enfermedad. Una infección leve prolongada, si es que existía tal cosa, no se distinguiría de una simple gripe. Cuando el fuego plateado se había extendido hasta afectar a las capas visibles de la piel la única opción de viajar por el campo implicaba luces giratorias y sirenas.

Como a las tres y media de la mañana encendí la agenda. No es que tuviera sueño, pero quería algo para mantenerme alerta.

Ariadna tenía montones de cosas.

En primer lugar un acalorado debate en *The Reality Studio*: un programa de la Intercampus Ideas Network. Un zoólogo independiente de Seattle llamado Andrew Feld tomó la palabra. Argumentaba que el fuego plateado «confirmaba más allá de toda duda razonable» su «controvertida y revolucionaria» teoría de la vida de la fuerza-S, que aglutinaba el genio trasgresor de Einstein y Sheldrake con la perspicacia de los mayas y los últimos avances en la teoría de supercuerdas, para crear una nueva biología de talante optimista que suplantara a la desalmada y mecanicista ciencia occidental.

La réplica se la daba la viróloga Margaret Ortega de la UCLA, quien explicaba minuciosamente por qué las ideas de Feld eran superfluas, no lograban explicar —o chocaban directamente con— un gran número de fenómenos biológicos observados... y no eran ni más ni menos «mecanicistas» que cualquier otra teoría que no atribuyera todo lo que pasaba en el universo al capricho de Dios. También se atrevió a opinar que la mayoría de la gente era capaz de ser optimista sin necesidad de rechazar todo el saber humano en el intento.

Feld no era más que un estúpido ignorante en un viaje masturbatorio. Ortega le dio un buen repaso.

Pero cuando la audiencia estudiantil de todo el país votó, fue declarado ganador por una mayoría de dos a uno.

A continuación, unos manifestantes bloqueaban la entrada a los laboratorios de investigaciones médicas del Instituto Max Planck de Hamburgo. Exigían el fin de las investigaciones sobre el fuego plateado. La seguridad no era el problema. El organizador de la protesta y «aclamado agitador cultural» Kid Ramson había celebrado una rueda de prensa improvisada:

—¡Tenemos que rescatar el fuego plateado de las garras de los insulsos y mezquinos científicos y aprender a explotar su manantial de poder mítico para beneficio de toda la humanidad! ¡Estos tecnócratas que pretenden explicarlo todo no son más que gamberros que se han colado en una galería y se dedican a pintarrapear las hermosas obras de arte con sus ecuaciones!

—Pero si no se investiga, ¿cómo va a encontrar la humanidad una cura para esta enfermedad?

—¡No existe tal enfermedad! ¡Todo es transformación!

Había cuatro noticias más, y todas ellas hablaban de revelaciones (mutuamente excluyentes) sobre la «verdad secreta» (o la secreta inefabilidad) que se ocultaba detrás del fuego plateado; y puede que cada una de ellas, por separado, no fuera más que una triste broma de mal gusto. Pero con el campo materializándose a mi alrededor —al norte la cumbre gris púrpura de las Black Mountains erigía su descarnada belleza al amanecer— poco a poco empezaba a verlo claro. Éste ya no era mi mundo. Ni en Heródoto, ni en Seattle, ni en Hamburgo ni Montreal ni Londres. Ni siquiera en Nueva York.

En mi mundo no había ninfas en los árboles y en los arroyos. Ni dioses, ni fantasmas, ni espíritus ancestrales. No había nada —aparte de nuestras propias culturas, nuestras propias leyes, nuestras propias pasiones— que fuera a castigarnos o a consolarnos, que fuera a confirmar nuestros actos de amor o de odio.

Mis propios padres lo entendieron perfectamente, pero su generación fue la primera que pudo liberarse tanto del yugo de la superstición. Y tras el más que breve resurgir del conocimiento, mi propia generación se volvió complaciente. De alguna manera comenzamos a dar por hecho que ahora la mecánica del universo era evidente para cualquier niño... aunque fuera en contra de todo lo innato a la especie: la incontrolable y sediciosa pasión por los modelos, la necesidad de extraerle un significado y un desahogo a todo lo que se mueve.

Pensábamos que estábamos transmitiendo todo lo que valía la pena a nuestros hijos: ciencia, historia, literatura, arte. Tenían vastas bibliotecas de información al alcance de la mano. Pero no nos esforzamos lo suficiente para transmitirles la verdad más difícil de todas: que la moral viene sólo de dentro. Que el significado viene sólo de dentro. Que fuera de nuestros cráneos, el universo es impasible.

Puede que en occidente le hubiésemos asestado el golpe de gracia a las viejas religiones doctrinarias, a los viejos monolitos del delirio... pero esa victoria no quería decir nada.

Porque ahora, por todas partes, su sitio lo ocupaba el veneno edulcorado de la espiritualidad.

Me registré en un motel en Asheville. El aparcamiento estaba lleno de autocaravanas, gente que se dirigía a los parques nacionales; tuve suerte, pillé el último sitio.

La agenda sonó cuando estaba en la ducha. Un análisis de los últimos datos recibidos por el Centro de Control de Enfermedades indicaba que la «anomalía» se extendía casi doscientos kilómetros hacia el oeste siguiendo la 1-40, más o menos a medio camino de Nashville. Otras cinco personas en el sendero de la alegría. Me senté y me quedé un rato mirando el mapa. Luego me vestí, volví a hacer la bolsa y después de pagar la habitación me marché.

Hice diez llamadas según me adentraba en las montañas. Cancelé todas las citas con los familiares de los afectados desde Nashville a Jefferson City, Tennessee. La hora de ser prudente y metódica había pasado, se acabó el recopilar hasta el último pedacito de información que me iba encontrando por el camino. Sabía que la transmisión se estaba produciendo en los Acontecimientos; lo único que me quedaba por dilucidar era si lo hacía de forma accidental o premeditada.

Si la transmisión era premeditada, ¿cómo lo hacían? ¿Con una ampolla cargada de fibroblastos repletos de fuego plateado? Los investigadores de la NIH habían tardado más de un año en descubrir cómo cultivar el virus... y acababan de hacerlo en marzo. Me costaba creer que unos aficionados pudieran replicar su trabajo en menos de tres meses.

La autopista se perdía entre los suntuosos bosques que cubrían las laderas de las Great Smoky Mountains, siguiendo el curso del río Pigeon la mayor parte del trayecto. Mientras conducía programé (vocalmente) un modelo de predicción. Tenía un calendario de los Acontecimientos y tenía cinco fechas de infección aproximadas. Las notificaciones de nuevos casos siempre llegarían tarde; si quería ganar terreno tenía que extrapolar. Y lo más seguro era que el portador se dirigiera al oeste sin hacer paradas, sin rezagarse, siempre desplazándose hasta el siguiente Acontecimiento.

Era casi mediodía cuando llegué a Knoxville, me paré a comer y seguí adelante.

El modelo dijo: Plinio, sábado 14 de enero, 9:30 p.m. Por primera vez podría buscar al portador en la sala de fiestas infinita sin que nos separase un muro infranqueable.

Por primera vez me expondría al fuego plateado.

Llegué pronto, pero no tan pronto como para llamar la atención de las versiones de Sally y Oliver de Plinio. Me quedé una hora en el coche, improvisando cómo parecer ocupada, apuntando las matrículas de los vehículos que iban llegando. Había un montón de todoterrenos y utilitarios y algunas caravanas. Muchos pobladores eran partidarios de la bicicultura, pero había que ser todo un fanático —amén de estar en excelente forma— para venir pedaleando desde Greensboro.

El Acontecimiento se desarrolló siguiendo prácticamente el mismo patrón que el de Heródoto la noche anterior, aunque Heródoto no participaba en éste. El público también era parecido: en su mayor parte gente joven, aunque con bastantes excepciones como para que alguien como yo no desentonara demasiado. Me di una vuelta por el recinto intentando memorizar las caras sin llamar mucho la atención. ¿Se había tragado toda esta gente el mito del fuego plateado, en la versión de Oliver? Me deprimía sólo de pensarlo. Lo único que me hacía albergar cierta esperanza era que cuando comparé el número de poblados de la zona con el que aparecía en el calendario de los Acontecimientos, la proporción era sólo de uno por cada veinte. El movimiento de los micropoblados en sí no tenía nada que ver con esta chifladura.

Alguien me ofreció una pastilla rosa; esta vez no era gratis. Le di veinte dólares y me guardé la droga en el bolsillo para analizarla. Existía la remota posibilidad de que alguien estuviera pasando pastillas adulteradas; aunque los ácidos del estómago solían dar cuenta del virus en poco tiempo.

Un chico rubio y guapo —de apenas veinte años— me estuvo rondando un rato mientras los senderistas hacían su aparición. Cuando desaparecieron por el oeste se me acercó, me cogió del brazo y me hizo una oferta que apenas pude oír con la música, aunque creí captar lo esencial. Estaba tan distraída que ni me sorprendí ni me sentí halagada —y mucho menos tentada— y me deshice de él en cinco segundos. Se alejó con pinta de sentirse herido, pero al rato vi que se iba con una mujer mucho más joven que yo.

Me quedé hasta el final, y los sábados por la noche eso quería decir hasta las cinco de la mañana. Salí tambaleándome hacia la luz, desanimada, aunque en realidad tampoco sabía qué era lo que me esperaba. ¿Que alguien fuera por ahí repartiendo dosis de fuego plateado con un aerosol? Cuando llegué al aparcamiento me di cuenta de que muchos de los coches habían llegado después de que entrara, y era posible que algunos hubiesen llegado y se hubiesen ido sin que los viera. Tomé nota de las matrículas que me faltaban intentando pasar desapercibida, pero ya casi me daba igual; no había dormido nada en treinta y seis horas.

Al oeste de Plinio el Acontecimiento más próximo era el domingo por la noche, y se celebraba en algún lugar pasando el Mississippi, a medio camino de Arkansas; deduje

que el portador lo aprovecharía para tomarse una noche libre.

El lunes por la noche conduje hasta Eudoxo (165 habitantes, fundado en 2002, aproximadamente a una hora de Nashville) dispuesta a pasarme toda la noche en el aparcamiento si hacía falta. O apuntaba todas las matrículas o no merecía la pena que me molestara en ir.

No le había contado a Brecht lo que me traía entre manos. Seguía sin tener ninguna prueba irrefutable y temía parecer una paranoica. Llamé a Alex antes de salir hacia Nashville, pero tampoco le conté gran cosa. Laura no quiso ponerse cuando la llamó y le dijo que estaba al teléfono, pero ya estaba acostumbrada. Ya les estaba echando de menos, más de lo que esperaba. Pero no tenía muy claro cómo me las iba a apañar cuando por fin volviera a casa, con una hija que daba la espalda a la razón y un marido que daba por hecho que cualquier adolescente espabilado era capaz de recapitular cinco mil años de progreso intelectual en seis meses.

Entre las diez y las once llegaron treinta y cinco vehículos —ninguno que hubiese visto antes— y de repente empezaron a llegar cada vez menos. Cogí la agenda y le eché un vistazo a los canales de entretenimiento, contenta con cualquier cosa que fuera colorida y animada; estaba harta de las malas noticias de Ariadna.

Justo antes de la medianoche llegó una caravana Ford de color azul y aparcó en la esquina que tenía enfrente. Se bajaron dos jóvenes, un hombre y una mujer. Parecían animados pero al mismo tiempo precavidos, como si no acabaran de creerse que sus padres no les vigilaban desde las sombras.

Cuando cruzaban por el aparcamiento me di cuenta de que el tipo era el chico rubio que había hablado conmigo en Plinio.

Esperé cinco minutos y fui a comprobar su matrícula; era de Massachussets. No la tenía apuntada del sábado por la noche, así que no me habría enterado de que estaban recorriendo el sendero si uno de ellos no hubiera...

¿No hubiera qué?

Me incorporé y me quedé petrificada detrás de la caravana, intentando calmarme, repasando el incidente mentalmente. Sabía que no le había dado mucho tiempo a tocarme... pero, ¿cuánto habría hecho falta?

Levanté la vista hacia las estrellas indiferentes, intentando saborear la ironía porque sabía mejor que el miedo. Había sido consciente del riesgo en todo momento, y la probabilidad aún estaba claramente de mi parte. Podía ponerme en cuarentena cuando llegara a Nashville por la mañana. Ahora no podía hacer mucho para cambiar la situación...

Pero no pensaba con claridad. Si habían viajado juntos desde Massachussets —o incluso desde Greensboro—, hacía tiempo que se habrían infectado mutuamente. La posibilidad de que los dos compartieran la misma resistencia inusual al virus era insignificante, incluso aunque fueran hermanos.

Los dos no podían ser portadores inconscientes y asintomáticos. Una de dos: o no tenían nada que ver con los brotes...

... o transportaban el virus fuera de sus cuerpos y lo manipulaban con sumo cuidado.

Una pegatina rezaba: ¡SEGURIDAD ÚLTIMO MODELO! Puse la mano en la puertezuela trasera para probar; la caravana no emitió el menor pitido de aviso. Probé a mover con fuerza la manija de la puertezuela; no pasó nada. Si el sistema estaba llamando a la empresa de seguridad en Nashville solicitando una respuesta armada, tenía todo el tiempo que necesitaba. Si estaba intentando llamar a los dueños, le iba a resultar difícil transmitir la señal a través de la estructura de aluminio del salón de actos del poblado.

No se veía un alma. Volví al coche y cogí el juego de herramientas.

Sabía que legalmente no tenía derecho. Existían autoridades de guardia a las que podía recurrir... pero no tenía intención de llamar a Maryland y pasarme media noche enzarzada en los procedimientos correctos. Y sabía que estaba poniendo el caso judicial en peligro, contaminándolo todo con registro y confiscación ilegal.

Me daba igual. No les iba a permitir mandar a nadie más a recorrer el sendero de la alegría, aunque tuviera que quemar completamente la caravana.

Desencajé el cristal tintado de una ventanilla fija del marco de goma. El gemido de la sirena seguía sin sonar. Metí la mano, busqué a tientas y abrí la puerta.

Había pensado que tenía que tratarse de bioquímicos a medio formar, que sabían lo bastante de citología para replicar las técnicas de cultivo de fibroblastos que se habían publicado.

Me equivoqué. Se trataba de estudiantes de medicina y lo que habían medio aprendido no tenía nada que ver.

Su amiga estaba embebida en gel de polímero, metida en lo que parecía un tanque de peces tropicales enorme. Tenía puesto oxígeno, un catéter de uretra y unos cuantos goteos. Pasé el haz de la linterna por las botellas invertidas, comprobando los distintos fármacos y su concentración. Las repasé todas con la esperanza de haberme dejado alguna, pero no fue así.

Bajé el haz de luz hasta llegar al rostro blanco y sin piel de la chica, que miraba a través de las frágiles serpentinas rojas que ascendían por el polímero. Se encontraba en una neblina opiácea tan profunda que la mantenía inmóvil y callada... pero seguía consciente. Su boca era un rictus de dolor petrificado.

Y llevaba así dieciséis días.

Salí de la caravana dando tumbos hacia atrás, el corazón me latía a toda velocidad y se me nublaba la vista. Choqué con el chico rubio; la chica estaba con él, y les acompañaba otra pareja.

Lo encaré y me puse a pegarle puñetazos, gritando incoherencias; no recuerdo lo

que dije. Él levantó las manos para protegerse la cara y el resto vino en su ayuda: me inmovilizaron contra la caravana con suavidad, sujetándome sin golpear ni una vez.

Ahora yo lloraba.

—Sssh. No pasa nada —dijo la chica de la caravana—. Nadie va a hacerle daño. Intenté convencerla.

—¿No lo entiendes? ¡Está sufriendo! ¡Todo este tiempo ha estado sufriendo! ¿Qué crees que hacía? ¿Sonreír?

—Claro que está sonriendo. Es lo que siempre quiso. Nos hizo prometer que si alguna vez cogía el fuego plateado recorrería el sendero.

Apoyé la cabeza contra el frío metal, cerré los ojos e intenté encontrar la manera de hacerles comprender.

Pero no sabía cómo.

Cuando los volví a abrir el chico estaba de pie delante de mí. Tenía el rostro más amable y compasivo que se podía imaginar. No era un torturador o un intolerante, ni siquiera era un idiota. Su único problema era que se había tragado unas cuantas mentiras edulcoradas.

—¿No lo entiende? —me dijo—. Usted sólo es capaz de ver una mujer moribunda que sufre, pero todos tenemos que aprender a ver más allá. Ha llegado la hora de recuperar las aptitudes de nuestros ancestros: la capacidad de ver visiones, demonios y ángeles. La capacidad de ver el espíritu del viento y de la lluvia. La capacidad de recorrer el sendero de la alegría.

Motivos para ser feliz

1

En septiembre de 2004, no mucho después de mi duodécimo cumpleaños, entré en un estado de felicidad casi constante. Nunca se me ocurrió preguntar por qué. A pesar de que el colegio seguía incluyendo la cuota habitual de lecciones tediosas, académicamente me iba tan bien que podía perderme en mis fantasías cuando me apetecía. En casa tenía libertad para leer libros y páginas web sobre biología molecular y física de partículas, cuaterniones y evolución galáctica, así como para escribir mis propios juegos de ordenador bizantinos y mis complicadas animaciones abstractas. Y aunque era un niño escuálido y torpe, y cualquier absurdo y elaborado deporte organizado me dejaba comatoso de aburrimiento, a mi manera me sentía bastante a gusto con mi cuerpo. Cada vez que corría, e iba corriendo a todas partes, me sentía bien.

Tenía comida, un techo, seguridad, unos padres que me querían, aliento, estímulos. ¿Por qué no habría de ser feliz? Y aunque no puedo haber olvidado por completo lo opresivas y monótonas que las tareas de clase y la política del patio de recreo podían llegar a ser, o con cuánta facilidad mis habituales arrebatos de entusiasmo descarrilaban al más mínimo problema, cuando las cosas me iban bien de verdad no tenía por costumbre contar los días que quedaban para que todo se echara a perder. La felicidad siempre traía consigo la certeza de que iba a durar, y aunque debía de haber visto este pronóstico optimista refutado miles de veces antes, no era lo bastante mayor y cínico como para sorprenderme cuando finalmente todo indicó que esta vez iba a ser cierto.

Cuando empecé a vomitar con frecuencia, la doctora Ash, nuestra médico de cabecera, me prescribió un tratamiento con antibióticos y una semana sin colegio. No creo que a mis padres les sorprendiera que estas vacaciones imprevistas parecieran alegrarme bastante más de lo que cualquier simple bacteria podía llegar a abatirme, y si el hecho de que ni siquiera me molestara en fingir que sufría les dejaba perplejos, quejarme constantemente de dolor de estómago cuando en realidad vomitaba tres o

cuatro veces al día habría sido redundante por mi parte.

Los antibióticos no tuvieron ningún efecto. Empecé a perder el equilibrio, daba traspies al andar. De vuelta en el consultorio de la doctora Ash, entrecerré los ojos ante la cartilla optométrica. Me envió al neurólogo del hospital de Weastmead, que solicitó una resonancia magnética urgente. Ese mismo día me ingresaron. Mis padres conocieron el diagnóstico desde el primer momento, pero yo tardé tres días en hacerles escupir toda la verdad.

Tenía un tumor, un meduloblastoma que obstruía uno de los ventrículos llenos de fluido de mi cerebro, lo que aumentaba la presión en el cráneo. Los meduloblastomas podían llegar a ser mortales, aunque con cirugía, seguida de un tratamiento agresivo de radiación y quimioterapia, dos de cada tres pacientes diagnosticados en esta fase vivían cinco años más. Me imaginé a mí mismo en un puente de ferrocarril plagado de traviesas podridas, sin ninguna opción salvo seguir adelante, confiando mi peso a cada paso en una tabla sospechosa. Entendía el peligro de lo que se avecinaba con suma claridad... y aun así no sentía ningún pánico, ningún miedo auténtico. Lo más parecido al miedo que pude experimentar fue una sensación de vértigo casi estimulante, como si sólo me estuviera enfrentando a una audaz y angustiosa atracción de feria.

Había una razón para ello.

La presión en el cráneo explicaba la mayoría de los síntomas, pero unos análisis de mi fluido cerebroespinal también habían revelado un alto nivel de una sustancia llamada leu-enkefalina: una endorfina, un neuropéptido que se unía a algunos de los mismos receptores que opiáceos como la morfina y la heroína. En alguna parte del camino hacia la malignidad, el mismo factor mutante de transcripción que había activado los genes que permitían la división indiscriminada de las células del tumor, al parecer, también había activado los genes necesarios para producir leu-enkefalina.

Se trataba de un accidente fortuito, no de un efecto secundario habitual. Por entonces no sabía mucho de endorfinas, pero mis padres repetían lo que el neurólogo les había dicho, y más tarde yo mismo lo consulté todo. La leu-enkefalina no era un analgésico que se segregara en casos de extrema necesidad cuando el dolor amenazaba la supervivencia, y no tenía efectos narcóticos fulminantes para inmovilizar a una criatura mientras se curaban sus heridas. Era más bien la manera fundamental de indicar alegría, liberada cada vez que el comportamiento o las circunstancias garantizaban el placer. Otras incontables actividades cerebrales modulaban ese simple mensaje, creando una paleta de emociones positivas casi ilimitada, y la unión de la leu-enkefalina con sus neuronas diana era sólo el primer eslabón de una larga cadena de acontecimientos mediados por otros neurotransmisores. Pero, a pesar de todas estas sutilezas, podía dar fe de un hecho simple e indiscutible: la leu-enkefalina me hacía sentir bien.

Mis padres se derrumbaron cuando me dieron la noticia y fui yo quien les consoló, resplandeciendo plácidamente como un beatífico niño mártir sacado de una sensiblera miniserie oncológica. No se trataba de reservas de fuerza ocultas o de madurez. Era físicamente incapaz de sentirme mal por mi destino. Y puesto que los efectos de la leu-encefalina eran tan específicos, podía contemplar sin pestañear la verdad de una forma que no habría sido posible si hubiera estado drogado hasta las cejas con burdos opiáceos farmacéuticos. Me sentía sereno pero emocionalmente indomable y de hecho rebosaba valor.

Me instalaron un derivador ventricular, un tubo delgado insertado en el cráneo para aliviar la presión, y quedó pendiente el procedimiento más invasivo y arriesgado, que consistía en extirpar el tumor principal; dicha operación estaba prevista para finales de la semana. La doctora Maitland, la oncóloga, me explicó al detalle cómo se desarrollaría el tratamiento y me advirtió del riesgo y el malestar al que me iba a enfrentar en los próximos meses. Ahora estaba bien sujeto para el paseo y listo para arrancar.

Sin embargo, una vez pasada la conmoción, mis padres, para nada arrebatados, decidieron que no tenían la intención de cruzarse de brazos y aceptar una simple probabilidad de dos a uno de que llegara a la edad adulta. Llamaron por todo Sydney, y luego más lejos, en busca de segundas opiniones.

Mi madre encontró un hospital privado en la Costa Dorada, la única franquicia australiana de la cadena Palacio de la Salud de Nevada, donde la unidad de oncología ofrecía un nuevo tratamiento para los meduloblastomas. Un virus de herpes genéticamente modificado se introducía en el fluido cerebroespinal infectando sólo a las células tumorales en división, y seguidamente una potente droga citotóxica, activada únicamente por el virus, mataba a las células infectadas. El tratamiento tenía una tasa de supervivencia a cinco años del ochenta por ciento, sin los riesgos de la cirugía. Yo mismo miré el precio en el folleto de la web del hospital. Ofrecían un lote: tres meses de alojamiento y pensión completa, todos los servicios patológicos y radiológicos y todos los fármacos, por sesenta mil dólares.

Mi padre era electricista, trabajaba en la construcción. Mi madre era secretaria comercial en unos grandes almacenes. Yo era su único hijo, por lo que no es que fuéramos pobres, pero tendrían que haberse metido en otra hipoteca para poder hacer frente al pago, cargándose con quince o veinte años más de deudas. Las dos tasas de supervivencia no eran tan distintas y oí cómo la doctora Maitland les advertía de que las cifras no se podían comparar, porque el tratamiento vírico era muy nuevo. Habría estado más que justificado si hubieran aceptado su consejo y se hubieran ceñido al régimen tradicional.

Tal vez mi santidad, provocada por la encefalina, les espoleó un poco. Puede que

no hubiesen hecho un sacrificio tan grande si hubiese seguido siendo el mismo niño difícil y taciturno, o incluso si me hubiese sentido claramente aterrorizado en vez de preternaturalmente dispuesto. Nunca llegué a saberlo de veras y, de todos modos, no me haría pensar peor de ellos. Pero sólo porque la molécula no estuviera saturando sus cráneos no era motivo para esperar que fueran inmunes a su influencia.

En el vuelo hacia el norte cogí la mano de mi padre durante todo el trayecto. Siempre habíamos estado algo distanciados, un poco decepcionados el uno con el otro. Yo sabía que él hubiera preferido un hijo más fuerte, más atlético, más extrovertido, mientras que a mí él siempre me había parecido un conformista perezoso, con una visión del mundo construida con tópicos y eslóganes nunca analizados. Pero en ese viaje, sin apenas intercambiar palabra, pude sentir cómo su decepción se transformaba en una especie de amor protector, intenso y desafiante, y me avergoncé de mi propia falta de respeto hacia él. Dejé que la leu-encefalina me convenciera de que, cuando esto hubiera terminado, todo cambiaría a mejor entre nosotros.

Desde la calle el Palacio de la Salud de la Costa Dorada podría haber pasado por un hotel elevado más en la línea de playa, e incluso una vez en el interior no era muy distinto de los hoteles que había visto en la ficción de vídeo. Tenía mi propia habitación, con un televisor más ancho que la cama, ordenador en red y módem de cable incluidos. Si el objetivo era distraerme, funcionó. Tras una semana de pruebas me engancharon un goteo en el derivador ventricular. Primero me inyectaron el virus y tres días más tarde, el fármaco.

El tumor empezó a encogerse casi de inmediato; me enseñaron los escáneres. Mis padres parecían contentos pero desconcertados, como si nunca hubieran confiado en un sitio al que venían promotores inmobiliarios millonarios a hacerse repliegues en el escroto, salvo para despojarles de su dinero y ofrecerles palabras vanas de primera clase mientras yo continuaba empeorando. Pero el tumor siguió encogiéndose y cuando titubeó durante dos días seguidos el oncólogo repitió rápidamente todo el proceso, y entonces las manchas y los zarcillos de la pantalla de la IRM se encogieron y atenuaron aún más rápido que antes.

Ahora tenía todos los motivos del mundo para estar completamente feliz, pero cuando en cambio sufrí una creciente sensación de malestar, asumí que se trataba de la falta de leu-encefalina. Era incluso posible que el tumor hubiera segregado una dosis tan alta de la sustancia que literalmente nada podía hacer que me sintiera mejor: si había sido elevado al pináculo de la felicidad, el único sitio al que podría ir era hacia abajo. Pero en tal caso, cualquier atisbo de oscuridad en mi alegre disposición sólo podía confirmar las buenas noticias de los escáneres.

Una mañana me desperté de una pesadilla, la primera en meses, con visiones del

tumor como un parásito con pinzas debatiéndose dentro de mi cráneo. Seguía oyendo el golpe seco del caparazón sobre el hueso, como el golpeteo de un escorpión atrapado en un tarro de mermelada. Estaba aterrorizado, empapado en sudor... liberado. El miedo pronto dio paso a una rabia candente: la cosa me había drogado hasta la sumisión, pero ahora era libre de ponerme a su altura, de soltarle obscenidades dentro de mi cabeza, de exorcizar el demonio con una ira farisaica.

Me sentí algo engañado por la sensación de anticlímax resultante de perseguir a mi némesis en plena huida y cuesta abajo, y no podía ignorar por completo el hecho de que imaginarme que la rabia estaba expulsando al cáncer era una completa inversión de la verdadera causa y efecto: un poco como ver una carretilla elevadora quitándome una roca del pecho, y luego pretender que yo mismo la había movido gracias a una potente aspiración. Pero hice lo que pude por darle sentido a mis tardías emociones, y lo dejé estar.

Seis semanas después de que me ingresaran todos los escáneres estaban limpios, y mi sangre, fluido cerebroespinal y fluido linfático no tenían las proteínas que indicaban la presencia de células metastásicas. Pero seguía existiendo el riesgo de que quedaran unas cuantas células resistentes del tumor, por lo que me pusieron un tratamiento corto e intenso de fármacos completamente distintos que ya no estaban ligados a la infección del herpes. Primero me hicieron una biopsia testicular —con anestesia local, más embarazosa que dolorosa— y un análisis de médula ósea extraída de la cadera, de forma que mi capacidad para producir espermatozoides y el suministro de nuevas células sanguíneas pudieran restaurarse si los fármacos acababan con ellos en su origen. Perdí el pelo y el recubrimiento del estómago, temporalmente, y vomitaba más a menudo y mucho peor que cuando me diagnosticaron la primera vez. Pero cuando empecé a emitir ruidos autocompasivos, una de las enfermeras, inflexible, me explicó que niños a los que doblaba en edad aguantaban el mismo tratamiento durante meses.

Estos fármacos nunca podrían haberme curado por sí solos, pero como operación de limpieza redujeron enormemente la posibilidad de recaída. Descubrí una bonita palabra: apoptosis —suicidio celular, muerte programada—, y me la repetía constantemente. Casi llegué a disfrutar de las náuseas y del cansancio; cuanto más desgraciado me sentía, más fácil me resultaba imaginarme el destino de las células cancerígenas, membranas que reventaban y se consumían como globos a medida que los fármacos les ordenaban que tomaran sus propias vidas. «¡Sufre y muere, basura zombi!» Tal vez escribiera un juego sobre el tema, o incluso toda una serie que culminaría con el espectacular *Quimioterapia III: La batalla por el cerebro*. Me haría rico y famoso, podría devolverles el dinero a mis padres y la vida sería tan perfecta en la realidad como el tumor sólo la había hecho parecer.

Me dieron de alta a principios de diciembre, sin rastro alguno de la enfermedad. Mis padres se mostraban a ratos cautelosos, a ratos exultantes, como si se desprendieran lentamente del miedo a que cualquier optimismo prematuro fuera a ser castigado. Los efectos secundarios de la quimioterapia desaparecieron; el pelo me volvió a crecer, salvo por una pequeña calva en el sitio en que había estado el derivador, y no tenía problemas para asimilar la comida. La vuelta al colegio no tenía ningún sentido a esas alturas, dos semanas antes del final del curso, con lo que las vacaciones de verano empezaron inmediatamente. La clase al completo me mandó un correo electrónico dándome ánimos; orquestado por el profesor, era cursi y poco sincero, pero mis amigos me visitaron en casa, algo avergonzados e intimidados por darme la bienvenida a mi regreso de los confines de la muerte.

Entonces, ¿por qué me sentía tan mal? ¿Por qué la visión del cielo azul y despejado a través de la ventana cuando abría los ojos todas las mañanas, con la libertad de seguir durmiendo tanto como quisiera, con mi madre o mi padre todo el día en casa tratándome como a la realeza, pero manteniéndose a distancia y dejando que me pasara dieciséis horas sentado delante de la pantalla del ordenador sin importunarme, por qué ese primer destello de luz me hacía querer enterrar la cara en la almohada, apretar los dientes y susurrar: «Debería haber muerto, debería haber muerto»?

Nada conseguía agradarme lo más mínimo. Nada, ni mis revistas electrónicas o webs favoritas, ni la música de *njari* que tanto me deleitaba, ni la comida basura más succulenta, dulce o salada, que ahora tenía a mi alcance con sólo pedirla. No era capaz de leer una sola página de ningún libro, no podía escribir diez líneas de código, no podía mirar a mis amigos a la cara, o enfrentarme a la idea de conectarme a la red.

Todo lo que hacía, todo lo que imaginaba, estaba contaminado por una sensación de miedo y vergüenza. La única imagen que podía utilizar como comparación era de un documental sobre Auschwitz que vi en la escuela. Empezaba con un largo plano secuencia, la cámara avanzaba directamente hacia las puertas del campo. Había visto esa escena con el alma en un puño, sabiendo muy bien lo que había ocurrido en el interior. No me engañaba a mí mismo; no creí ni por un momento que hubiera una fuente de maldad innombrable al acecho bajo todas las superficies brillantes a mi alrededor. Pero cuando me despertaba y veía el cielo, sentía el tipo de augurio enfermizo que sólo habría tenido sentido si hubiera estado mirando fijamente las puertas de Auschwitz.

Tal vez tuviese miedo de que el tumor volviera a crecer, pero no tanto miedo. La rápida victoria del virus en el primer asalto tendría que haber pesado más, y por una parte pensaba en mí mismo como alguien afortunado y adecuadamente agradecido. Pero al igual que antes no había podido sentirme desgraciado en la cumbre de la felicidad provocada por la encefalina, ahora era incapaz de regocijarme en la

escapada.

Mis padres empezaron a preocuparse y a regañadientes me llevaron a un psicólogo para que me ofreciera su «asistencia postoperatoria». La idea tenía el mismo aire viciado que todo lo demás, pero no me quedaban fuerzas para resistirme. El doctor Bright y yo «exploramos la posibilidad» de que subconscientemente estuviera eligiendo sentirme triste porque había aprendido a asociar la felicidad con el peligro de muerte, y secretamente temía que recreando el principal síntoma del tumor podría acabar resucitándolo. Una parte de mí descartó esta explicación pueril, pero otra parte se aferró a ella con la esperanza de que si confesaba tales ejercicios mentales subterráneos, conseguiría sacar todo el proceso a la luz, donde su imperfecta lógica se volvería insostenible. Pero la tristeza y el disgusto que todo me provocaba —el canto de un pájaro, el dibujo del alicatado del cuarto de baño, el olor de las tostadas, la forma de mis propias manos— sólo aumentaban.

Me preguntaba si los altos niveles de leu-encefalina producidos por el tumor podrían haber hecho que mis neuronas redujeran la población de sus respectivos receptores, o si me había convertido en una persona que toleraba la leu-encefalina del mismo modo que un adicto a la heroína tolera los opiáceos, mediante la producción de una molécula reguladora natural que bloquea los receptores. Cuando le mencioné estas ideas a mi padre, insistió en que las hablara con el doctor Bright, quien fingió un interés especial pero no hizo nada por demostrar que me tomaba en serio. Seguí contándoles a mis padres que todo lo que sentía era una reacción perfectamente normal al trauma por el que había pasado, y que todo lo que en realidad necesitaba era tiempo, paciencia y comprensión.

Me despacharon al instituto a principios del nuevo año, pero cuando me limité a sentarme y fijar la mirada en el pupitre durante una semana, se hicieron los arreglos oportunos para que estudiara por la red. En casa, me las apañé para avanzar lentamente en el programa, en los periodos de embotamiento cuasi zombi que tenían lugar entre los ataques de pura y paralizante tristeza. En esos mismos periodos de relativa claridad, seguía pensando en las posibles causas de mi aflicción. Busqué en la literatura biomédica y encontré un estudio acerca de los efectos de altas dosis de leu-encefalina en gatos, pero parecía demostrar que cualquier tolerancia tendría una duración corta.

Entonces, una tarde de marzo, mirando el micrográfico de electrones de la célula de un tumor infectada con un virus de herpes, cuando se suponía que tenía que haber estado estudiando exploradores muertos, finalmente di con una teoría que tenía sentido. El virus precisaba de proteínas especiales para poder acoplarse a las células que infectaba, permitiéndole pegarse a ellas el tiempo suficiente para poder utilizar otras herramientas y penetrar así en la membrana celular. Pero si había obtenido una copia del gen de la leu-encefalina de las abundantes transcripciones de ARN del

propio tumor, podría haber adquirido la habilidad para adherirse no sólo a las células tumorales en división, sino a todas las neuronas de mi cerebro con un receptor de leu-encefalina.

Y luego habría llegado el fármaco citotóxico, activado únicamente en las células infectadas, y habría acabado con todas ellas.

Desprovistos de cualquier estímulo, los canales estimulados normalmente por esas neuronas muertas se estaban marchitando. Las partes de mi cerebro capaces de sentir placer se estaban muriendo. Y aunque en ocasiones todavía podía sentir sencillamente nada, mi ánimo era un equilibrio de fuerzas cambiante. Ahora, sin nada que lo contrarrestara, el más insignificante amago de depresión podía ganar cada tira y afloja sin encontrar resistencia.

No les dije ni una palabra a mis padres; no podía soportar decirles que la batalla que habían luchado para darme la mejor oportunidad de supervivencia podría estar lisiándome. Intenté ponerme en contacto con el oncólogo que me había tratado en la Costa Dorada, pero mis llamadas se toparon con la fosa de hilo musical de la protección automática e ignoraron mi correo electrónico. Conseguí ver a la doctora Ash a solas y escuchó educadamente mi teoría, pero declinó enviarme a un neurólogo cuando mis únicos síntomas eran psicológicos: los análisis de sangre y orina no presentaban ninguno de los marcadores estándar de la depresión clínica.

Las ventanas de claridad se fueron haciendo más pequeñas. Me vi pasando cada día más tiempo en la cama, la mirada perdida en la penumbra vacía de la habitación. Mi desesperación era tan monótona, y estaba tan sumamente desconectada de cualquier cosa real, que hasta cierto punto su propio carácter absurdo la embotaba: ninguna persona querida había sido brutalmente asesinada, con casi toda probabilidad el cáncer había sido vencido y todavía podía ver la diferencia entre lo que sentía y la lógica indiscutible del auténtico sufrimiento, o del auténtico miedo.

Pero no tenía forma de deshacerme del pesimismo y sentir lo que quería sentir. La única libertad que me quedaba se reducía a elegir entre buscar motivos que justificaran mi tristeza, engañándome con que se trataba de mi propia respuesta perfectamente natural a una letanía efectista de desgracias, o rechazarla como algo extraño, impuesto desde fuera, que me aprisionaba dentro de una cáscara emocional tan inútil e insensible como un cuerpo paralizado.

Mi padre nunca me acusó de debilidad e ingratitud, sencillamente se apartó de mi vida en silencio. Mi madre siguió intentando llegar hasta mí, ya fuera para consolarme o para provocarme, pero la cosa llegó a un punto en que apenas podía apretarle la mano en respuesta. No estaba literalmente paralizado o ciego, mudo o idiota. Pero todos los mundos luminosos en los que había vivido alguna vez, físicos y virtuales, reales e imaginarios, intelectuales y emocionales, se habían vuelto invisibles e impenetrables. Enterrados en niebla. Enterrados en mierda. Enterrados en

cenizas.

Para cuando me admitieron en un centro neurológico, las zonas muertas de mi cerebro eran claramente visibles en una resonancia magnética. Pero era poco probable que se hubiera podido detener el proceso, aunque el diagnóstico se hubiese hecho antes.

Y estaba claro que nadie podía meterse en mi cráneo y restaurar el mecanismo de la felicidad.

2

El reloj me despertó a las diez, pero me costó otras tres horas reunir la energía suficiente para moverme. Me quité la sábana de encima y me senté en el borde de la cama murmurando vagas obscenidades, intentando superar la ineludible conclusión de que no debería haberme molestado. Cualesquiera que fueran las proezas a las que lograra encaramarme ese día (conseguir no sólo ir de compras, sino comprar algo aparte de una comida congelada) y cualquiera que fuera la enorme suerte que me tocara (que la compañía de seguros me ingresara la pensión antes del plazo del alquiler), me levantaría a la mañana siguiente sintiéndome exactamente igual.

Nada influye, nada cambia. Cuatro palabras lo decían todo. Pero eso lo había aceptado hacía tiempo; ya no quedaba nada por lo que sentirse decepcionado. Y no tenía ningún motivo para estar aquí sentado lamentándome por milésima vez de lo que era puñeteramente obvio.

¿Verdad?

A la mierda. Límitate a moverte.

Me tragué la medicación «matutina», las seis cápsulas que había colocado encima de la mesilla la noche anterior, luego fui al cuarto de baño y oriné un chorro amarillo intenso que básicamente consistía en los metabolitos de las últimas dosis. Ningún antidepresivo en el mundo podía enviarme al cielo del Prozac, pero esta mierda mantenía mis niveles de dopamina y serotonina lo suficientemente altos como para rescatarme de una catatonía total, de comidas líquidas, cuñas y lavados con esponja.

Me eché agua en la cara, intentando pensar en una excusa para salir del piso

cuando la nevera seguía medio llena. Si me quedaba todo el día en casa, sin lavar y sin afeitarse, me sentía peor: limoso y letárgico, como una especie de pálida sanguijuela parasitaria. Pero aun así podía aguantar una semana o más hasta que la presión del asco se hacía tan fuerte que me obligaba a moverme.

Me miré en el espejo. La falta de apetito compensaba cómodamente la falta de ejercicio, era tan inmune a la asimilación de carbohidratos como lo era a la euforia del corredor, y podía contarme las costillas por debajo de la piel floja del pecho. Tenía treinta años y parecía un viejo demacrado. Apoyé la frente contra el frío cristal, obedeciendo al vestigio de algún instinto que sugería que de la sensación podría extraerse una pizca de placer. No era así.

En la cocina vi el piloto del teléfono encendido: había un mensaje esperándome. Volví al cuarto de baño y me senté en el suelo; intenté convencerme de que no tenían por qué ser malas noticias. Nadie tenía que haber muerto. Y mis padres no podían separarse dos veces.

Me acerqué al teléfono y activé la pantalla con un gesto de la mano. Había una imagen en miniatura de una mujer de mediana edad de aire severo, nadie a quien reconociera. El nombre del remitente era doctora Z. Durrani, Departamento de Ingeniería Biomédica, Universidad de Ciudad del Cabo. El título del mensaje decía: «Nuevas técnicas de neuroplastia reconstructiva protésica». Eso era un cambio; la mayor parte de la gente hojeaba los informes de mi estado clínico de forma tan descuidada que asumían que era un poco retrasado. Sentí una estimulante ausencia de aversión por la doctora Durrani, lo más cerca que podía llegar del respeto. Pero por mucha diligencia que mostrase, no podía evitar que la propia cura fuera un espejismo.

El acuerdo pactado con el Palacio de la Salud me concedía una pensión vitalicia equivalente al salario mínimo, más la devolución de los gastos médicos aprobados; no disponía de una suma total astronómica para gastar como me viniera en gana. Sin embargo, cualquier tratamiento susceptible de convertirme en una persona económicamente independiente podía pagarse en su totalidad, a discreción de la aseguradora. El valor de una cura como ésta para Global Assurance (el coste total restante de mantenerme hasta la muerte) bajaba constantemente, pero también lo hacían los fondos para investigación médica en todo el mundo. Mi caso había llegado a sus oídos.

La mayoría de los tratamientos que me habían ofrecido hasta entonces habían tenido que ver con fármacos nuevos. Las drogas me habían librado de la asistencia institucional, pero esperar que me convirtieran en un saludable asalariado era como esperar que un ungüento hiciera que los miembros amputados volvieran a crecer. No obstante, desde la perspectiva de Global Assurance aflojar por algo más sofisticado significaba apostar con una cantidad mucho mayor, una idea que sin duda puso al gestor de mi caso frente a la base de datos actuariales. No tenía ningún sentido

transigir con gastos imprudentes cuando todavía era muy probable que me suicidara a los cuarenta. Los arreglos baratos siempre merecían la pena, aunque ofrecieran pocas garantías, pero estaba claro que cualquier propuesta tan radical que pudiera funcionar no superaría el análisis de costes y riesgos.

Me arrodillé delante de la pantalla con las manos en la cabeza. Podía borrar el mensaje sin leerlo, ahorrándome la frustración de saber exactamente lo que me estaría perdiendo... pero no saberlo sería igual de malo. Pulsé el botón de PLAY y desvié los ojos; encontrarme con la mirada de alguien, aunque fuera la de un rostro grabado, me daba mucha vergüenza. Entendía el porqué: el circuito neural necesario para registrar mensajes positivos no verbales había desaparecido hace tiempo, pero los canales que avisaban de respuestas como el rechazo y la hostilidad no sólo habían permanecido intactos, sino que estaban tan alterados e hipersensibles que llenaban el vacío con una fuerte señal negativa, fuera cual fuera la realidad.

Escuché lo más atentamente que pude mientras la doctora Durrani explicaba su trabajo con pacientes de infarto. El tratamiento estándar actual consistía en injertos de tejido neural cultivado, pero en vez de eso ella inyectaba una elaborada espuma de polímero en la zona dañada. La espuma liberaba factores de crecimiento que atraían a los axones y las dendritas de las neuronas colindantes, y el polímero en sí estaba diseñado para funcionar como una red de conmutadores electroquímicos. Gracias a unos microprocesadores esparcidos por la espuma, la amorfa red inicial estaba programada para reproducir genéricamente las acciones de las neuronas perdidas, y más tarde era ajustada para alcanzar la compatibilidad con cada receptor.

La doctora Durrani enumeró sus triunfos: vista restaurada, habla restaurada, movimiento, continencia, habilidad musical. Mi propio déficit, medido en neuronas perdidas, o en sinapsis, o en simples centímetros cúbicos, quedaba bastante lejos del rango de todas las simas que había llenado hasta la fecha. Pero eso sólo hacía que el reto fuera mayor.

Esperé casi estoicamente a que llegara la trampa, con seis o siete cifras.

—Si puede hacer frente a los gastos de desplazamiento y al coste de tres semanas de hospital —dijo la voz de la pantalla—, mi beca de investigación cubrirá el tratamiento en sí.

Repetí estas palabras una docena de veces buscando una interpretación menos favorable, una tarea para la que normalmente era bueno. Cuando no encontré ninguna, meforcé a mandarle un correo al ayudante de la doctora Durrani en Ciudad del Cabo, pidiéndole que me aclarara las cosas. No había ninguna malinterpretación. Por el coste de un año de suministro de los fármacos que apenas me mantenían consciente, me estaban ofreciendo la oportunidad de volver a ser alguien para el resto de mi vida.

Organizar un viaje a Sudáfrica estaba completamente fuera de mi alcance, pero una vez que Global Assurance vio la oportunidad que se le presentaba, la maquinaria en los dos continentes se puso en marcha en mi nombre. Yo tenía que limitarme a controlar el ansia de cancelarlo todo. La idea de ser hospitalizado, de volver a estar indefenso, ya era lo bastante perturbadora, pero contemplar el potencial de la propia prótesis neural era como contar los días que faltaban para un Día del Juicio secular. El 7 de marzo de 2033 sería admitido en un mundo infinitamente más grande, más rico, un mundo infinitamente mejor... o quedaría patente que el daño que había sufrido no tenía remedio. Y en cierta forma, incluso la muerte definitiva de la esperanza era una perspectiva mucho menos aterradora que la alternativa; estaba mucho más cerca de donde ya me encontraba, era mucho más fácil de imaginar. La única visión de felicidad que podía permitirme era la de mí mismo de niño, corriendo alegremente, disolviéndome en la luz, lo que era muy tierno y evocador, pero un poco falto en detalles prácticos. Si lo que quería era ser un rayo de sol, podía haberme cortado las venas en cualquier momento. Quería un trabajo, quería una familia, quería amor normal y corriente y ambiciones modestas, porque sabía que ésas eran las cosas que se me habían negado. Pero no podía imaginarme cómo sería conseguirlas finalmente, más de lo que podía imaginarme una vida cotidiana en un espacio de 26 dimensiones.

No dormí nada antes del vuelo que salía de Sydney al amanecer. Una enfermera (de psiquiatría) me acompañó hasta el aeropuerto, pero me ahorraron la vergüenza de tener un acompañante sentado a mi lado todo el camino hasta Ciudad del Cabo. Los momentos que estuve despierto en el vuelo los pasé luchando con la paranoia, resistiendo la tentación de inventar motivos para la tristeza y la ansiedad que corrían por mi cabeza. Nadie en el avión me miraba con desdén. La técnica de Durrani no iba a resultar un engaño. Conseguí aplastar estas fantasías «explicativas»... pero, como de costumbre, me seguía siendo imposible alterar lo que sentía, o tan siquiera trazar una línea divisoria entre la pura infelicidad patológica y la ansiedad perfectamente razonable que cualquiera sentiría antes de someterse a una operación quirúrgica radical en el cerebro.

¿No sería una bendición no tener que luchar constantemente para ver la diferencia? Olvídate de la felicidad. Incluso un futuro lleno de abyecta miseria sería un triunfo, con tal de que supiera que siempre era por un motivo.

Luke de Vries, uno de los alumnos de posdoctorado de Durrani, fue a recogerme al aeropuerto. Por su aspecto tendría unos 25 años, e irradiaba el tipo de seguridad en sí mismo que yo tenía que esforzarme para no interpretar como desprecio. De inmediato me sentí atrapado e indefenso; lo habían preparado todo, era como subirse a una cinta transportadora. Pero sabía que si hubiesen dejado algo en mis manos todo el proceso

se habría visto interrumpido.

Llegamos al hospital a las afueras de Ciudad del Cabo después de medianoche. Cruzando el aparcamiento, los sonidos de los insectos eran fuertes, el aire olía indefinidamente extraño, las constelaciones parecían falsificaciones ingeniosas. Al acercarnos a la entrada me desplomé sobre mis propias rodillas.

—¡Eh! —De Vries se paró y me ayudó a levantarme. Estaba temblando de miedo, y también de vergüenza por el espectáculo que estaba dando.

—Esto viola mi Terapia de Evitación.

—¿Terapia de Evitación?

—Evitar los hospitales a toda costa.

De Vries se rió, aunque no tenía forma de saber si se limitaba a reírme la gracia. Reconocer el hecho de provocar una risa auténtica era un placer, y todos esos canales estaban muertos.

—A la última tuvimos que traerla en camilla. Salió por su propio pie casi tan firme como tú.

—¿Tan mal?

—La cadera artificial le estaba dando guerra. No era culpa nuestra.

Subimos los escalones y entramos en un vestíbulo bien iluminado.

A la mañana siguiente, el lunes 6 de marzo, víspera de la operación, conocí a la mayor parte del equipo que realizaría la primera parte puramente mecánica del procedimiento: raspar las cavidades inservibles dejadas por las neuronas muertas, abrir por la fuerza cualquier hueco que se hubiera plegado con unas diminutas bombas y luego rellenar todo el insólito espacio con la espuma de Durrani. Aparte del agujero que ya tenía en el cráneo de la derivación de hacía dieciocho años, probablemente tendrían que hacerme dos más.

Una enfermera me afeitó la cabeza y pegó cinco marcadores de referencia sobre la piel recién expuesta, luego se pasaron toda la tarde haciéndome escáneres. La imagen tridimensional final de todo el espacio muerto de mi cerebro parecía el mapa de un espeleólogo, una secuencia de cavidades conectadas, con sus deslizamientos y sus túneles hundidos.

La misma Durrani se pasó a verme esa noche.

—Mientras sigues bajo los efectos de la anestesia —me explicó—, la espuma se endurecerá y se efectuarán las primeras conexiones con el tejido colindante. Después los microprocesadores le darán instrucciones al polímero para que forme la red que hemos elegido para que sirva de punto de partida.

Tuve que obligarme a hablar; cualquier pregunta que hacía —por muy educadamente elaborada que estuviera, por lúcida o pertinente que fuera— me resultaba tan dolorosa y degradante como si estuviera desnudo delante de ella pidiéndole que me quitara mierda del pelo.

—¿Cómo encontró la red que va a utilizar? ¿Escaneó a un voluntario?

¿Iba a empezar mi nueva vida como un clon de Luke de Vries, heredando sus gustos, sus ambiciones, sus emociones?

—No, no. Existe una base de datos internacional de estructuras neurales sanas; veinte mil cadáveres que murieron con el cerebro intacto. Congelan los cerebros en nitrógeno líquido, los cortan en láminas con un microtorno de punta de diamante y luego tiñen y micrografían con electrones las láminas; algo mucho más preciso que la tomografía.

Me quedé pensando en el número de exabytes que estaba invocando con toda naturalidad; había perdido el contacto con la informática completamente.

—¿Así que va a usar una especie de combinación de la base de datos? ¿Me dará una selección de estructuras típicas sacadas de gente distinta?

Durrani pareció a punto de dejarlo pasar como una buena aproximación, pero estaba claro que era una maniática de los detalles, y todavía no había insultado mi inteligencia.

—No exactamente. Más que una combinación será una exposición múltiple. Hemos utilizado unos cuatro mil registros de la base de datos, todos los varones entre veinte y treinta años, y cuando alguien tenga la neurona A conectada con la neurona B, y alguien tenga la neurona A conectada con la neurona C... tú tendrás conexiones tanto con B como con C. Empezarás con una red que en teoría podría reducirse a cualquiera de las cuatro mil versiones individuales empleadas en su construcción, pero de hecho, en vez de eso, serás tú quien irá reduciéndola hasta tu propia versión única.

Eso sonaba mejor que ser un clon emocional o un collage tipo Frankenstein; sería una escultura toscamente tallada, con los rasgos aún por definir. Pero...

—¿Cómo voy a reducirla? ¿Cómo voy a pasar de ser potencialmente cualquiera a ser...?

—¿Qué? ¿Mi yo de doce años resucitado? ¿O el treintañero que hubiera podido ser, surgido como una remezcla de esos cuatro mil desconocidos muertos? Divagaba; había perdido la poca fe que me quedaba en mi propia sensatez.

Durrani también pareció incomodarse un poco, aunque mi opinión sobre eso era poco fiable.

—Debería haber partes de tu cerebro aún intactas que guardan algún registro de lo que se ha perdido. Recuerdos de experiencias formativas, recuerdos de las cosas que solían gustarte, fragmentos de estructuras innatas que sobrevivieron al virus. La prótesis será conducida automáticamente hacia un estado que sea compatible con todo lo que hay en tu cerebro, se encontrará a sí misma interactuando con el resto de los sistemas, y las conexiones que mejor funcionen en ese contexto se verán reforzadas. —Se detuvo un momento para pensar—. Imagínate una especie de

miembro artificial que al principio no tiene una forma perfecta y que se va ajustando a medida que lo usas: alargándose cuando no llega a coger lo que intentas alcanzar, encogiéndose cuando se choca con algo de forma inesperada... hasta que adopta precisamente el tamaño y la forma del miembro fantasma implicado por tus movimientos. Que en sí mismo no es otra cosa que una imagen de la carne y el hueso perdidos.

Era una metáfora atractiva, aunque costaba creer que mis marchitos recuerdos contuvieran la suficiente información para reconstruir a su autor fantasma en todos sus matices; costaba creer que el puzzle de quién había sido, y de quién podría haber llegado a ser, pudiera completarse con unas cuantas pistas sobre las esquinas y con las piezas revueltas de otros cuatro mil retratos de la felicidad. Pero el tema estaba incomodando al menos a uno de nosotros, así que no insistí.

Conseguí hacer una última pregunta:

—¿Cómo será antes de que todo esto ocurra? ¿Cuando me despierte de la anestesia y todas las conexiones estén intactas?

—Eso es algo que no puedo saber —confesó Durrani—, hasta que tú me lo digas.

Alguien repitió mi nombre, de modo tranquilizador pero con insistencia. Me desperté un poco más. El cuello, las piernas, la espalda, todo me dolía, y notaba el estómago tenso por las náuseas.

Pero la cama estaba caliente y las sábanas eran suaves. Era agradable estar ahí tumbado.

—Es miércoles por la tarde. La operación fue bien.

Abrí los ojos. Durrani y cuatro de sus alumnos estaban juntos al pie de la cama. La miré fijamente, estupefacto: el rostro que una vez me pareció «severo» y «sombrio» era... cautivador, magnético. Podría haberla contemplado durante horas. Pero entonces le eché un vistazo a Luke de Vries, que estaba a su lado. Era igual de extraordinario. Me volví uno a uno hacia los otros tres estudiantes. Todos eran igualmente hipnóticos. No sabía dónde mirar.

—¿Cómo te sientes?

No encontraba las palabras. Los rostros de estas personas estaban cargados de tanto significado, tantas fuentes de fascinación, que no tenía forma de aislar ningún factor concreto: todos parecían inteligentes, extáticos, bellos, reflexivos, atentos, compasivos, tranquilos, vibrantes... Un ruido blanco de cualidades, todas positivas, pero a la postre incoherentes.

Pero al pasar la mirada de un rostro a otro compulsivamente, esforzándome por darles sentido, sus significados empezaron por fin a cristalizarse, como palabras haciéndose nítidas, aunque nunca hubiera visto borroso.

—¿Está sonriendo? —le pregunté a Durrani.

—Un poco. —Dudó un momento—. Existen exámenes estándar, imágenes estándar para esto, pero... Describe mi expresión, por favor. Dime en qué estoy pensando.

Le contesté de manera desenfadada, como si me hubiese pedido que leyera una cartilla optométrica.

—Siente... ¿curiosidad? Está escuchando con atención. Está interesada, y... espera que pase algo bueno. Y sonrío porque piensa que va a ser así. O porque apenas puede creerse que ya ha pasado.

—Bien —asintió, reafirmando en su sonrisa.

No añadí que ahora la encontraba increíblemente, casi dolorosamente hermosa. Pero era lo mismo con cada uno de los presentes en la habitación, hombre y mujer: la neblina de estados de ánimo contradictorios que leía en sus rostros se había aclarado, pero había dejado tras de sí un brillo que helaba la sangre. Esto me alarmó un poco (era demasiado indistinto, demasiado intenso), aunque de alguna forma parecía una respuesta casi tan natural como el deslumbramiento de un ojo adaptado a la oscuridad. Y después de dieciocho años de no ver otra cosa que fealdad en cada rostro humano, no estaba dispuesto a quejarme por la presencia de cinco personas que parecían ángeles.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Durrani.

Tuve que pensar la respuesta.

—Sí.

Uno de los estudiantes sacó una comida preparada, más o menos lo mismo que había comido el lunes: ensalada, un panecillo, queso. Cogí el panecillo y le di un mordisco. La textura era totalmente familiar, el sabor el mismo. Dos días antes había masticado y tragado lo mismo con el ligero asco habitual que me provocaba cualquier comida.

Unas lágrimas calientes me recorrieron las mejillas. Estaba extasiado; la experiencia era tan extraña y dolorosa como beber de una fuente con los labios tan resecos que la piel se hubiera convertido en sal y sangre seca.

Tan dolorosa y tan embriagadora. Cuando acabé con el plato, pedí otro. Comer era bueno, comer estaba bien, comer era necesario.

—Es suficiente —dijo Durrani con firmeza después del tercer plato.

Yo temblaba por el ansia; seguía pareciéndome sobrenaturalmente bella, pero violentado, le grité.

Me cogió de los brazos y me sujetó.

—Esto va a ser duro para ti. Habrá arrebatos como éste, giros en todas direcciones, hasta que la red se asiente. Tienes que intentar permanecer tranquilo, intentar mantenerte reflexivo. La prótesis hace posibles muchas cosas a las que no estás acostumbrado... pero sigues teniendo el control.

Apreté los dientes y aparté la mirada. Al tocarme me había provocado una erección inmediata, dolorosa.

—Eso es —dije—. Tengo el control.

En los días siguientes mis experiencias con la prótesis se hicieron mucho menos crudas, mucho menos violentas. Casi podía ver cómo los bordes más puntiagudos y desencajados de la red se iban —metafóricamente— puliendo con el uso. Comer, dormir, estar con gente, seguía siendo algo intensamente placentero, pero se parecía más a un imposible sueño rosado de la niñez que al efecto provocado por alguien que estuviera metiéndome un cable de alto voltaje en el cerebro.

Ciertamente la prótesis no enviaba señales a mi cerebro para hacer que mi cerebro sintiera placer. La propia prótesis era la parte de mí que sentía todo el placer... por muy perfecta que fuera la integración de ese proceso con todo lo demás: percepción, lenguaje, cognición... el resto de mi persona. Al principio, meditar sobre esto era desconcertante, pero bien pensado no lo era más que imaginarse el experimento consistente en teñir de azul todas las zonas orgánicas correspondientes de un cerebro sano y afirmar: «¡Ellas sienten todo el placer, no tú!».

Me sometieron a un montón de pruebas psicológicas (a la mayoría de ellas ya me había sometido muchas veces como parte de los reconocimientos anuales del seguro), mientras el equipo de Durrani intentaba cuantificar su éxito. Puede que el que un paciente de infarto consiguiera controlar una mano paralizada fuera más fácil de medir objetivamente, pero yo debía haber pasado de lo más bajo a lo más alto de cualquier escala numérica de afectación positiva. Y lejos de constituir una causa de irritación, estas pruebas me dieron la primera oportunidad de usar la prótesis en nuevos campos; ser feliz de formas que apenas podía recordar haber experimentado antes. Además de tener que interpretar recreaciones mundanas de escenas de situaciones domésticas —qué había pasado entre este niño, esta mujer y este hombre; ¿quién se siente bien y quién se siente mal?—, me mostraban imágenes de grandes obras de arte, desde complejas pinturas alegóricas y narrativas hasta elegantes ensayos geométricos minimalistas. Aparte de escuchar fragmentos de habla común, e incluso gritos de alegría y dolor sin adorno alguno, me ponían muestras de música y canciones de cualquier tradición, época y estilo.

Fue ahí cuando me di cuenta de que algo iba mal.

Jacob Tsela me ponía los archivos de audio y anotaba mis respuestas. Se había mostrado inexpresivo la mayor parte de la sesión, evitando cuidadosamente cualquier riesgo de contaminar los datos dejando escapar sus propias opiniones. Pero después de poner un fragmento celestial de música clásica europea, y después de que yo lo

puntuara con un veinte sobre veinte, percibí un atisbo de consternación en su cara.

—¿Qué? ¿No te ha gustado?

—No importa lo que a mí me guste. —Tsela sonrió veladamente—. No es eso lo que estamos midiendo.

—Ya lo he puntuado, no puedes influir en mi puntuación. —Lo miré suplicante; estaba desesperado por cualquier tipo de comunicación—. He estado muerto para el mundo durante dieciocho años. Ni siquiera sé quién era el compositor.

—J.S. Bach —dijo después de dudar—. Y estoy de acuerdo contigo: es sublime.

Alzó de nuevo la pantalla táctil y continuó con el experimento.

¿Qué era lo que le había consternado? Supe la respuesta inmediatamente; fui un idiota al no darme cuenta antes, pero había estado demasiado metido en la música.

No había puntuado ninguna pieza por debajo de dieciocho. Y había hecho lo mismo con las artes plásticas. De mis cuatro mil donantes virtuales había heredado no el mínimo común denominador, sino el gusto más amplio posible; y en diez días no había conseguido imponerle ningún límite, ninguna preferencia propia.

Para mí todo el arte y toda la música eran sublimes. Cualquier tipo de comida era deliciosa. Toda la gente a la que le ponía la vista encima era una visión de la perfección.

Puede que después de mi larga sequía sólo estuviera absorbiendo placer de cualquier cosa, pero con el tiempo me acabaría saciando y me volvería tan perspicaz, tan centrado y tan crítico como cualquiera.

—¿Debería seguir siendo así? ¿Omnívoro?

Solté la pregunta empezando con un tono de ligera curiosidad y acabando con un punto de pánico.

Tsela paró la muestra que estaba sonando en ese momento; un canto que para mi oído podría haber sido alban, marroquí o mongol, pero que me puso los pelos de punta y me animó muchísimo. Como todos los demás.

Permaneció en silencio un instante, sopesando deberes encontrados. Luego suspiró y dijo:

—Será mejor que hables con Durrani.

Durrani me enseñó un gráfico de barras en la pantalla de su despacho: el número de sinapsis artificiales que habían cambiado de estado dentro de la prótesis (las nuevas conexiones que se habían formado, las conexiones existentes que se habían roto, debilitado o reforzado) por cada uno de los diez últimos días. Los microprocesadores integrados se mantenían al tanto de tales cambios y los datos se extraían mediante una antena que me pasaban por encima del cráneo todas las mañanas.

El primer día, mientras la prótesis se adaptaba a su nuevo entorno, fue espectacular; las cuatro mil redes que la conformaban podían haber sido

perfectamente estables en los cráneos de sus dueños, pero la versión conjunta que me habían dado nunca antes había estado conectada al cerebro de nadie.

El segundo día había visto aproximadamente la mitad de actividad, el tercero en torno a una décima parte.

Sin embargo, a partir del cuarto día, no había habido nada salvo ruido de fondo. Mis recuerdos episódicos, por muy placenteros que fueran, al parecer se almacenaban en otra parte (dado que era evidente que no sufría amnesia), pero tras el frenesí de actividad inicial, la circuitería que definía lo que era el placer no había sufrido ningún cambio, ningún ajuste de ningún tipo.

—Si en los próximos días surgieran algunas tendencias, deberíamos ser capaces de amplificarlas, sacarlas adelante, como si equilibrásemos un edificio inestable una vez que muestra signos de caer en una determinada dirección. —Durrani no sonaba esperanzada. Ya había pasado demasiado tiempo y la red ni siquiera oscilaba.

—¿Qué hay de los factores genéticos? ¿No puede leer mi genoma y acotar las cosas a partir de eso?

Negó con la cabeza.

—Al menos dos mil genes tienen un papel en el desarrollo neural. No es como hacer coincidir un grupo sanguíneo o un tipo de tejido; todos los sujetos de la base de datos tendrían en común contigo más o menos la misma pequeña proporción de esos genes. Está claro que algunos de ellos tienen que haber tenido un temperamento más parecido al tuyo que otros, pero no hay forma de que podamos identificarlos genéticamente.

—Ya veo.

—Podemos apagar la prótesis completamente, si es lo que quieres —dijo Durrani con tacto—. No haría falta cirugía, sólo la apagaríamos y volverías a estar donde estabas al principio.

Miré fijamente su rostro radiante. ¿Cómo podía volver atrás? Dijeran lo que dijeran las pruebas y los gráficos de barras... ¿cómo podía ser esto un fracaso? Por abundante y estéril que fuera la belleza en la que me ahogaba, no estaba tan jodido como cuando tenía la cabeza llena de leu-encefalina. Seguía siendo capaz de sentir miedo, ansiedad, tristeza; las pruebas habían revelado carencias universales comunes a todos los donantes. No podía odiar a Bach o a Chuck Beriy, a Chagal o a Paul Klee, pero había reaccionado con tanta cordura como cualquiera ante imágenes de enfermedad, hambre y muerte.

Y no ignoraba mi propio destino de la manera que había ignorado el cáncer.

Pero, ¿cuál sería mi destino, si seguía usando la prótesis? ¿Felicidad absoluta, oscuridad absoluta... la mitad de la raza humana dictando mis emociones? ¿En todos los años que había pasado en las sombras, si me había aferrado a algo rápidamente, no había sido a la posibilidad de llevar una especie de semilla dentro de mí: una

versión de mí mismo capaz de crecer y volver a convertirse en una persona viva, si se presentaba la ocasión? ¿Y esa esperanza no había resultado ser falsa? Me habían ofrecido la materia de la que están hechos los yoes, y aunque los había probado todos, y los había admirado por igual, no había reclamado ninguno como propio. Toda la alegría que había sentido en los últimos diez días no tenía ningún sentido. Yo era sólo una cáscara muerta, flotando en el aire bajo el sol de los demás.

—Creo que debería hacerlo —dije—. Apagarla.

Durrani levantó la mano.

—Espera. Si estás dispuesto, hay otra cosa que podemos probar. Lo he estado discutiendo con nuestro comité de ética, y Luke ha empezado el trabajo preliminar en el software... pero al final la decisión será tuya.

—¿Para hacer qué?

—Podemos forzar la red hacia cualquier dirección. Sabemos cómo intervenir para hacerlo, para quebrar la simetría, para hacer que algunas cosas produzcan más placer que otras. Sólo porque no haya pasado de forma espontánea no quiere decir que no se pueda conseguir por otros medios.

Repentinamente exaltado, solté una carcajada.

—¿De modo que si digo que sí... su comité de ética elegirá la música que me gusta, y mis comidas favoritas, y mi nueva vocación? ¿Decidirán quién voy a ser?

¿Sería eso tan malo? ¿Habiendo yo muerto hace tiempo, otorgarle la vida a una persona completamente nueva? ¿Donar no sólo un pulmón o un riñón, sino el cuerpo entero, recuerdos imposibles incluidos, a un ser humano arbitrariamente construido *ex novo*, pero enteramente funcional?

Durrani estaba escandalizada.

—¡No! ¡Nunca se nos ocurriría hacer algo así! Pero podemos programar los microprocesadores para que te permitan controlar el reajuste de la red. Podríamos darte la capacidad de elegir por ti mismo, de forma consciente y deliberada, las cosas que te hacen feliz.

—Intenta visualizar el control —dijo De Vries.

Cerré los ojos.

—Mala idea —me dijo—. Si te acostumbras, limitará tu acceso.

—De acuerdo.

Miré al vacío. Algo glorioso de Beethoven sonaba en el sistema de sonido del laboratorio; resultaba difícil concentrarse. Me esforcé por visualizar el estilizado control horizontal de color rojo cereza que De Vries acababa de construir dentro de mi cabeza, línea por línea, hacía cinco minutos. De repente fue algo más que un vago recuerdo: volvió a superponerse a la habitación, tan claro como cualquier objeto real, al fondo de mi campo visual.

—Lo tengo. —El botón permanecía inmóvil cerca del diecinueve.

De Vries le echó un vistazo a la pantalla, para mí oculta.

—Bien. Ahora intenta bajar la puntuación.

Me reí débilmente. Pasando de Beethoven.

—¿Cómo? ¿Cómo puede intentar uno que algo le guste menos?

—No se puede. Tan sólo intenta mover el botón hacia la izquierda. Visualiza el movimiento. El software monitoriza tu córtex visual siguiendo cualquier percepción imaginaria transitoria. Engaña te a ti mismo y piensa que ves el botón moviéndose y la imagen te seguirá.

Y así lo hizo. Perdía el control brevemente, como si la cosa se resistiera, pero conseguí bajarla hasta el diez antes de parar para apreciar el efecto.

—Joder.

—¿Significa eso que funciona?

Asentí como un estúpido. La música seguía siendo... agradable... pero el hechizo se había roto por completo. Era como estar escuchando un electrizante fragmento de retórica, y luego, a medio camino, darse cuenta de que el orador no creía ni una sola palabra de lo que decía, dejando la poesía y la elocuencia originales intactas, pero arrebatándoles su verdadera fuerza.

Empecé a notar sudor en la frente. Cuando Durrani me lo explicó, la idea me había sonado demasiado extraña para ser cierta. Y dado que ya había fracasado a la hora de afirmarme a mí mismo en la prótesis —a pesar de los miles de millones de conexiones neurales directas y de las incontables oportunidades para que los restos de mi identidad interactuaran con la cosa y le dieran forma siguiendo mi imagen—, temía que llegado el momento de tomar una decisión la duda me paralizara.

Pero sabía, sin lugar a dudas, que no debía quedarme extasiado al escuchar un fragmento de música clásica que o bien nunca antes había oído, o bien, dado que parecía ser famoso y estar por todas partes, había escuchado una o dos veces por casualidad sin que me afectara lo más mínimo.

Y ahora, en cuestión de segundos, había cercenado esa falsa respuesta.

Todavía había esperanza. Todavía tenía una oportunidad para resucitarme a mí mismo. Sólo tenía que recorrer el camino de forma consciente, paso a paso.

—Codificaré con colores los instrumentos virtuales de los sistemas más grandes de la prótesis —dijo De Vries alegremente al tiempo que trasteaba en el teclado—. Después de un par de días de práctica será como una segunda naturaleza. Sólo tienes que recordar que algunas experiencias implican a dos o tres sistemas a la vez... de modo que si estás haciendo el amor con una música que preferirías que no te distrajera tanto, asegúrate de que bajas el control rojo, no el azul. —Levantó la vista y vio mi cara—. Eh, no te preocupes, siempre puedes volver a subirlo más tarde si te equivocas. O si cambias de opinión.

3

Eran las nueve en Sydney cuando el avión aterrizó. Las nueve en punto de un sábado por la noche. Cogí un tren hasta el centro de la ciudad con la intención de coger el que me llevaba hasta casa, pero cuando vi a la multitud haciendo cola en la estación del Ayuntamiento dejé la maleta en consigna y los seguí hacia la calle.

Había estado unas cuantas veces en la ciudad después de lo del virus, pero nunca por la noche. Me sentía como si hubiera vuelto a casa después de pasarme media vida en otro país, después de haber estado confinado, solo, en una prisión extranjera. De una u otra forma todo me desorientaba. Sentí una especie de *déjà vu* vertiginoso al ver edificios que parecían haberse conservado fehacientemente, pero que aún así no eran tal y como los recordaba, y una sensación de vacío cada vez que doblaba una esquina para encontrarme con que un hito propio, alguna tienda o señal que recordaba de la infancia, había desaparecido.

Me paré delante de un pub, tan cerca que podía sentir cómo mis oídos vibraban al ritmo de la música. Podía ver a la gente dentro: reían y bailaban de un lado para otro con las manos llenas de bebidas, sus caras resplandecientes por el alcohol y la camaradería. Algunos animados por la posibilidad de la violencia, otros por la promesa del sexo.

Podía entrar y formar parte de esa imagen, en ese mismo instante. La ceniza que había enterrado el mundo había desaparecido; podía ir a donde quisiera. Y casi podía sentir a los primos muertos de estos juerguistas —renacidos ahora como armónicos de la red, resonando con la música y la visión de sus compañeros del alma—, clamando en mi cabeza, pidiéndome que los llevara a la tierra de los vivos.

Avancé unos pasos, entonces vi algo por el rabillo del ojo que me distrajo. En el callejón que había junto al pub, un chico de unos diez o doce años estaba acurrucado contra la pared y metía la cara en una bolsa de plástico. Tras unas cuantas inhalaciones la sacó, sus ojos apagados resplandecientes, sonriendo con la misma alegría que un director de orquesta.

Me alejé de allí.

Alguien me tocó en el hombro. Me di la vuelta y vi a un hombre que me sonreía alegremente.

—¡Jesús te ama, hermano! ¡Tu búsqueda ha terminado!

Me puso un panfleto en la mano. Le miré fijamente a la cara y su estado se me reveló, transparente: había dado con la forma de producir leu-encefalina a voluntad, pero no lo sabía, por lo que había deducido que la causa era algún manantial divino de felicidad. El miedo y la pena me llenaron el pecho. Al menos yo había sabido lo del tumor. E incluso el chico tirado del callejón sabía que sólo estaba esnifando pegamento.

¿Y la gente del pub? ¿Sabían lo que hacían? Música, afecto, alcohol, sexo... ¿Dónde estaba el límite? ¿En qué punto la felicidad justificable se convertía en algo tan vacío, tan patológico, como lo era para ese hombre?

Me alejé a trompicones y me dirigí de vuelta a la estación. A mi alrededor la gente se reía y gritaba, se cogía de la mano, se besaba... y yo los observaba como si fueran figuras anatómicas desolladas revelándome miles de músculos entretejidos que, con precisión y sin esfuerzo aparente, trabajaban al unísono. Enterrada dentro de mí, la maquinaria de la felicidad se reconocía a sí misma, una y otra vez.

Ahora no me cabía la menor duda de que Durrani había metido en mi cráneo hasta el último fragmento de la capacidad humana para la alegría. Pero para reclamar cualquiera de sus partes tenía que aceptar el hecho (mucho más de lo que el tumor me había hecho aceptarlo) de que la felicidad en sí no significaba nada. La vida sin ella era insoportable, pero como fin en sí mismo no era suficiente. Era libre de elegir sus causas, y de estar contento con mis decisiones, pero sintiera lo que sintiera una vez que hubiera parido a mi nuevo yo, la posibilidad de que todas mis decisiones fueran incorrectas seguiría existiendo.

Global Assurance me había dado hasta el final de año para valerme por mí mismo. Si mi reconocimiento psicológico demostraba que el tratamiento de Durrani había tenido éxito, tanto si tenía un empleo como si no, me arrojarían a los brazos todavía menos piadosos de los restos privatizados de la seguridad social. Así que fui dando traspiés intentando orientarme en la luz.

En mi primer día de vuelta a casa me desperté al amanecer. Me senté al teléfono y empecé a rebuscar. Mi antiguo espacio de trabajo en la red estaba archivado; con los precios actuales sólo costaba unos diez centavos al año en concepto de almacenamiento, y todavía tenía 36,20 dólares en mi cuenta. El extraño fósil de información había pasado de una empresa a otra por cuatro adquisiciones y fusiones. Utilizando una variada colección de herramientas para descodificar los obsoletos formatos, saqué fragmentos de mi antigua vida al presente y los examiné, hasta que me resultó demasiado doloroso para seguir.

Al día siguiente me pasé doce horas limpiando el piso, fregando hasta el último rincón, escuchando mis viejos archivos de música de *njari*, parando sólo para comer vorazmente. Y aunque podía haber refinado mi gusto en comida hasta el de un niño de doce años adicto a la sal, tomé la decisión (para nada masoquista, y más práctica que virtuosa) de que lo más perjudicial que iba a ansiar sería la fruta.

En las semanas siguientes cogí peso con gratificante rapidez, aunque cuando me miraba en el espejo, o ejecutaba un programa cosmético en el teléfono, me daba cuenta de que podía estar contento con cualquier tipo de cuerpo. La base de datos debía de haber incluido gente con una amplia gama de autoimágenes ideales, o que

estaba perfectamente satisfecha con el aspecto que tenía en el momento de su muerte.

Y una vez más elegí el pragmatismo. Tenía mucho que recuperar, y no quería morirme a los 55 de un ataque al corazón si podía evitarlo. Sin embargo, no tenía ningún sentido obsesionarse con algo imposible o absurdo, por lo que después de proyectarme como alguien obeso, y puntuarlo con un cero, hice lo mismo con el aspecto Schwarzenegger. Elegí un cuerpo delgado pero fuerte, claramente dentro de los márgenes de lo posible de acuerdo con el software, y le di un dieciséis sobre veinte. Y empecé a correr.

Al principio me lo tomé con calma, y aunque me aferré a mi autoimagen infantil, cuando corría de una calle a otra sin esfuerzo, tuve cuidado de que el placer del propio movimiento no llegase a enmascarar una lesión. Cuando entré cojeando en una farmacia en busca de linimento, me encontré con que vendían algo llamado moduladores de prostaglandina, compuestos antiinflamatorios que supuestamente minimizaban el daño sin anular ningún proceso vital de reparación. Me mostré escéptico, pero la cosa parecía funcionar; el primer mes siguió siendo duro, pero ni la hinchazón me dejó cojo, ni me volví tan inconsciente como para ignorar las señales de peligro y acabar desgarrándome un músculo.

Y una vez que mi corazón, mis pulmones y mis pantorrillas salieron a rastras y gritando de su estado atrofiado, fue genial. Corría una hora todas las mañanas, zigzagueando por las calles tranquilas de la zona, y los domingos por la tarde bordeaba la propia ciudad. No me forzaba para conseguir mejores tiempos; no tenía ambiciones deportivas de ninguna clase. Sólo quería ejercitar mi libertad.

Pronto el acto de correr acabó convirtiéndose en una experiencia total. Podía disfrutar de los latidos de mi corazón y de la sensación de mis piernas en movimiento, o podía atenuar esos detalles y convertirlos en un rumor de satisfacción, y simplemente mirar el paisaje como si fuera en un tren. Y habiendo recuperado mi cuerpo, empecé a recuperar los barrios uno a uno. Desde las zonas de bosque junto al río Lane Cove hasta la eterna fealdad de Parramatta Road, recorría Sydney como un topógrafo loco, envolviendo el paisaje con geodésicas invisibles para luego dibujarlas dentro mi cabeza. Pasaba haciendo retumbar los puentes de Gladesville y Iron Cove, Pyrmont, Meadowbank y hasta el de la misma bahía, retando a las tablas a que cedieran bajo mis pies.

Hubo momentos en que tuve mis dudas. No estaba borracho de endorfinas, no me estaba esforzando tanto, pero aun así seguía pareciéndome demasiado bueno para ser cierto. ¿Era esto esnifar pegamento? Tal vez diez mil generaciones de mis ancestros habían sido compensadas con el mismo tipo de placer por buscar la diversión, escapar de los peligros y reconocer el territorio para su seguridad, pero para mí era sólo un pasatiempo glorioso.

De todas formas, no me estaba engañando, y no le hacía daño a nadie. Saqué esas

dos reglas del corazón del niño que llevaba dentro y seguí corriendo.

Los treinta eran una edad interesante para pasar la pubertad. El virus no me había castrado literalmente, pero al haber eliminado el placer de la imaginación sexual, la estimulación genital y el orgasmo, y al haber destrozado parcialmente los canales hormonales reguladores que descienden desde el hipotálamo, me había dejado con algo que difícilmente se podría describir como función sexual. Mi cuerpo se deshacía del semen en esporádicos espasmos carentes de placer, y sin los lubricantes normalmente segregados por la próstata durante la excitación, cada eyaculación no deseada me desgarraba las paredes de la uretra.

Cuando todo esto cambió, me sacudió fuerte, incluso en el estado de relativa decrepitud sexual en el que me encontraba. Comparada con los sueños eróticos lacerantes, la masturbación era inconcebiblemente genial, y no me veía muy dispuesto a intervenir en los controles para bajarla un poco. Pero no tenía que haberme preocupado de que me quitara el interés por lo auténtico; de continuo me sorprendía mirando abiertamente a la gente en la calle, en las tiendas y en los trenes, hasta que gracias a una mezcla de voluntad, puro miedo y ajuste protésico, conseguí quitarme la costumbre.

La red me había convertido en bisexual, y aunque no tardé en reducir mi nivel de deseo considerablemente con respecto a los contribuyentes más lascivos de la base de datos, cuando se trató de decidir si iba a ser gay o hetero, todo eran dudas. La red no era una especie de media de la población; si lo hubiera sido, la esperanza original de Durrani de que los restos de mi propia arquitectura neural pudieran imponerse se habría venido abajo siempre que el voto fuera en su contra. De modo que no era un diez o un quince por ciento gay; las dos posibilidades estaban presentes con la misma fuerza, y la idea de eliminar una de ellas me parecía tan alarmante, tan reprochable, como si hubiera vivido con ambas durante décadas.

Pero, ¿era la prótesis defendiéndose a sí misma, o era parcialmente mi respuesta? No tenía ni idea. Incluso antes del virus había sido un niño de doce años completamente asexual; siempre había asumido que era heterosexual, y realmente algunas chicas me resultaban atractivas, pero no había habido miradas bajo la luz de la luna ni toqueteos furtivos que confirmaran esa opinión puramente estética. Me informé sobre las últimas investigaciones, pero todas las teorías genéticas que recordaba de varios titulares habían sido desacreditadas desde entonces, por lo que aunque mi sexualidad hubiese estado determinada desde el nacimiento, no existía ningún análisis de sangre que pudiera decirme en lo que se habría convertido. Incluso llegué a buscar los escáneres de resonancia magnética que me había hecho antes del tratamiento, pero carecían de la resolución suficiente para proporcionarme una respuesta neuroanatómica directa.

No quería ser bisexual. Era demasiado mayor para andar por ahí experimentando como un adolescente; quería certeza, quería unas bases sólidas. Quería ser monógamo, y aunque la monogamia casi nunca fuera fácil para nadie, eso no era motivo para ponerme obstáculos innecesarios. ¿A quién debía sacrificar entonces? Sabía cuál era la opción que simplificaría las cosas... pero si todo se reducía a cuáles de los cuatro mil donantes podían llevarme por el camino más fácil, ¿de quién sería la vida que estaría viviendo?

Puede que todo fuera igual. Tenía treinta años, era virgen y tenía un historial de enfermedad mental, sin dinero, sin perspectivas, sin dotes sociales, y siempre podía aumentar el nivel de satisfacción de mi única opción actual, y dejar que todo lo demás se esfumase como una fantasía. No me estaba engañando, no le hacía daño a nadie. Estaba en mi mano no desear otra cosa.

Me había fijado en la librería muchas veces antes, escondida en una calle tranquila de Leichhardt. Pero un domingo de junio, cuando pasaba por delante corriendo y vi un ejemplar de *El hombre sin atributos* de Robert Musil en el escaparate, tuve que parar y reírme.

Estaba empapado en sudor por la humedad invernal, por lo que no entré para comprar el libro. Pero eché un vistazo dentro a través del cristal y cerca del mostrador vi un cartel de OFERTA DE TRABAJO.

Buscar un empleo no cualificado me había parecido inútil, la tasa de paro general era del quince por ciento, tres veces mayor en el caso de los jóvenes, por lo que asumí que siempre habría mil candidatos para cada puesto: más jóvenes, más baratos, más fuertes y con certificado de cordura. Había retomado mis estudios por la red, y no es que no estuviera avanzando, pero iba al mismo paso que a todas partes, lento. Todos los campos del conocimiento que me habían cautivado de niño se habían multiplicado por cien, y aunque la prótesis me otorgaba energía y entusiasmo ilimitados, seguía habiendo demasiado campo como para abarcarlo en una vida. Sabía que tendría que sacrificar el noventa por ciento de mis intereses si finalmente decidía elegir una carrera, pero todavía no había sido capaz de blandir el cuchillo.

El lunes volví a la librería caminando desde la estación de Petersham. Había ajustado mi confianza para la ocasión, pero aumentó de forma espontánea cuando oí que no había habido ningún candidato. El propietario tenía sesenta y tantos años y empezaba a tener problemas de espalda. Quería a alguien para que moviera las cajas de un lado para otro y se encargara del mostrador cuando él estuviera ocupado en otra cosa. Le conté la verdad: que había sufrido una lesión neurológica por una enfermedad infantil y que me había recuperado hacía muy poco.

Me contrató al momento para un mes de prueba. El salario inicial era exactamente lo mismo que me pagaba Global Assurance, pero si me contrataba de forma

permanente cobraría un poco más.

El trabajo no era duro y al dueño no le importaba que leyera en la habitación de dentro cuando no tenía nada que hacer. En cierta forma estaba en el cielo —diez mil libros y sin cuota de acceso—, pero a veces sentía que volvía el pavor de la disolución. Leía ávidamente y, en cierta medida, podía emitir juicios claros: podía distinguir a los autores torpes de los expertos, a los honestos de los farsantes, a los vulgares de los inspirados. Pero la prótesis seguía queriendo que disfrutara de todo, que lo aceptara todo, que me dispersara por las polvorientas estanterías hasta no ser nadie en absoluto, un fantasma en la Biblioteca de Babel.

Entró en la librería dos minutos después de la hora de apertura, el primer día de la primavera. Observándola mientras hojeaba los libros, intenté ver más allá de las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer. Durante semanas me había pasado cinco horas al día en el mostrador, y con tanto contacto humano había estado esperando... algo. No amor salvaje a primera vista, sólo el más leve atisbo de interés mutuo, la prueba más ínfima de que realmente podía desear a un ser humano por encima de los demás.

No había ocurrido nada. Algunos clientes flirtearon un poco, pero pude ver que no era nada especial, únicamente su propia forma de cortesía, y yo no sentí nada que no hubiese sentido si hubieran sido excepcional pero formalmente amables. Y aunque podía estar de acuerdo con cualquiera sobre quién era convencionalmente atractivo, quién era animado y quién misterioso, ingenioso o encantador, quién rebosaba juventud y quién irradiaba sofisticación... sencillamente no me importaba. Los cuatro mil habían querido a personas muy distintas y la envoltura que se extendía entre sus remotas características abarcaba a la especie entera. Eso no iba a cambiar nunca, mientras yo mismo no hiciera algo por romper la simetría.

En la última semana había bajado todos los sistemas pertinentes de la prótesis hasta el tres o el cuatro. La gente había pasado a ser casi tan atractiva como trozos de madera. En ese momento, a solas en la tienda con esa extraña elegida al azar, subí los controles lentamente. Tuve que luchar contra la retroalimentación positiva; cuanto más altos estaban los controles, más quería subirlos yo, pero había fijado límites previamente, y me ajusté a ellos.

Para cuando ella eligió un par de libros y se acercó al mostrador, yo me sentía por una parte insolentemente triunfante, y por la otra mareado de vergüenza. Por fin le había cogido la medida a la red; lo que sentía al ver a esta mujer sonaba sincero. Y si todo lo que había hecho para conseguirlo era calculado, artificial, extraño y detestable... no me quedaba más remedio.

Le sonreí cuando compró los libros y ella me devolvió la sonrisa afectuosamente. No llevaba anillo de matrimonio o de compromiso, pero me había prometido a mí

mismo que no iba a intentar nada, pasara lo que pasara. Éste era sólo el primer paso: fijarse en alguien, hacer que destacara entre la multitud. Podía invitar a salir a la décima, a la centésima mujer que tuviera un aire parecido al suyo.

—¿Te gustaría tomar un café alguna vez? —le dije.

Pareció sorprendida, pero no ofendida. Indecisa, pero al menos algo complacida por la pregunta. Y yo, que creía que estaba preparado para que ese desliz no llevara a ninguna parte, en ese momento, mientras la veía tomando una decisión, sentí cómo desde las ruinas de mí mismo surgía un dardo de dolor atravesándome el pecho. Si algo de eso se hubiese reflejado en mi cara, probablemente me habría llevado corriendo al veterinario más cercano para que me sacrificaran.

—Estaría bien —me dijo—. Me llamo Julia, por cierto.

—Mark. —Nos dimos la mano.

—¿A qué horas sales del trabajo?

—¿Esta noche? A las nueve en punto.

—Ah.

—¿Qué tal si quedamos para comer? —le dije—. ¿A qué hora comes?

—A la una. —Se lo pensó un poco—. ¿Conoces ese sitio justo bajando la calle... al lado de la ferretería?

—Eso sería genial.

Julia sonrió.

—Entonces nos vemos allí. A eso de la una y diez. ¿Vale?

Asentí. Ella dio media vuelta y salió. Yo me quedé mirándola, aturdido, aterrorizado, eufórico. Pensé: «Esto es fácil. Cualquiera puede hacerlo. Es como respirar».

Empecé a transpirar. Era un quinceañero emocionalmente retrasado, y ella lo descubriría en sólo cinco minutos. O peor aún, descubriría a los cuatro mil hombres maduros que me ofrecían consejo dentro de mi cabeza.

Me metí en el servicio a vomitar.

Julia me contó que llevaba una tienda de ropa a sólo unas manzanas.

—Eres nuevo en la librería, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué hacías antes?

—Estuve sin empleo. Durante mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Desde que era un estudiante.

Hizo una mueca.

—Es un crimen, ¿verdad? Bueno, yo apporto mi granito. Comparto mi trabajo, media jornada sólo.

—¿En serio? ¿Y qué te parece?

—Es fantástico. Quiero decir, tengo suerte, el puesto está tan bien pagado que puedo apañármelas con la mitad del sueldo. —Sonrió—. La mayoría de la gente supone que tengo una familia. Como si ésa fuera la única razón posible.

—¿Sólo quieres tener tiempo?

—Sí. El tiempo es importante. Odio que me metan prisa.

Volvimos a comer juntos dos días después, y luego dos veces más a la semana siguiente. Me hablaba de la tienda, de un viaje que había hecho a Sudamérica, de una hermana que se estaba recuperando de un cáncer de pecho. Estuve a punto de mencionar mi propio tumor vencido hace tiempo, pero aparte del miedo de adonde me podía llevar, hubiera sonado demasiado como una petición de compasión. En casa, me sentaba pegado al teléfono, no esperando una llamada, sino viendo las noticias para asegurarme de que tendría algo de qué hablar aparte de mí mismo. «¿Quién es tu cantante/escritor/artista/actor favorito? No tengo ni idea».

Mi cabeza se llenaba con visiones de Julia. Quería saber lo que estaba haciendo cada segundo del día; quería que fuera feliz, quería que estuviera segura. ¿Por qué? Porque la había elegido. Pero... ¿por qué había sentido la necesidad de elegir a alguien? Porque al final, lo que la mayoría de los donantes debía de tener en común era el hecho de que habían deseado y se habían preocupado de una persona por encima de las demás. ¿Por qué? Eso era culpa de la evolución. Uno no podía ayudar y proteger a todas las personas que se encontraba a su paso, como tampoco podía follárselas, y obviamente una combinación juiciosa de ambas cosas había demostrado ser efectiva a la hora de transmitir los genes. De modo que mis emociones tenían la misma ascendencia que las de todo el mundo. ¿Qué más podía pedir?

Pero, ¿cómo podía fingir que sentía algo verdadero por Julia, cuando podía mover unos cuantos botones en mi cabeza, en cualquier momento, y hacer desaparecer esos sentimientos? Incluso si lo que sentía era lo bastante fuerte como para evitar querer tocar el dial...

Algunos días pensaba: «Tiene que ser así para todo el mundo. La gente toma una decisión, medio determinada por la suerte, para llegar a conocer a alguien; todo empieza desde ahí». Algunas noches me quedaba sentado durante horas, preguntándome si no me estaba convirtiendo en un esclavo patético, o en un obseso peligroso. ¿Podría algo de lo que descubriera sobre Julia apartarme de ella, ahora que la había elegido? ¿O incluso despertar la más ínfima desaprobación? Y si y cuando decidiera romper, ¿cómo me lo tomaría?

Salimos a cenar y luego compartimos un taxi de vuelta a casa. Le di un beso de buenas noches en su portal. De vuelta en mi piso, hojeé manuales de sexo en la red, preguntándome como podía esperar ocultar mi absoluta falta de experiencia. Todo me parecía anatómicamente imposible; necesitaría seis años de entrenamiento gimnástico

sólo para lograr la postura del misionero. Me había negado a masturbarme desde que la conocí; fantasear con ella, imaginármela sin su consentimiento, me parecía terrible, imperdonable. Después de claudicar, me quedé despierto hasta el amanecer intentando comprender la trampa que yo mismo me había cavado, e intentando entender por qué no quería ser libre.

Julia se agachó y me besó, dulcemente.

—Eso ha sido una buena idea. —Se quitó de encima de mí y se dejó caer en la cama.

Me había pasado los últimos diez minutos manipulando el control azul, intentando evitar correrme sin perder la erección. Había oído hablar de juegos de ordenador que consistían en lo mismo. En ese momento aumenté el añil para conseguir una mayor intimidad, y cuando levanté la vista y la miré a los ojos, supe que podía ver el efecto en mí. Me acarició la mejilla con la mano.

—Eres un hombre dulce. ¿Lo sabías?

—Tengo que contarte algo.

«¿Dulce? Soy un muñeco, soy un robot, soy un monstruo.»

—¿Qué?

No podía hablar. Ella parecía divertida, y me besó.

—Sé que eres gay. Está bien. No me importa.

—No soy gay. —«¿Ya no?»—. Aunque podría haberlo sido.

Julia se encogió de hombros.

—Gay, bisexual... No me importa. De veras.

Ya no tendría que seguir manipulando mis respuestas; la prótesis estaba siendo moldeada por todo esto, y en unas semanas sería capaz de dejarla a su aire. Entonces sentiría tan naturalmente como cualquiera todas las cosas que ahora tenía que elegir.

—Cuando tenía doce años tuve cáncer —dije.

Le conté todo. Miraba su cara y veía miedo, luego duda en aumento.

—¿No me crees?

—Lo dices tan tranquilo. ¿Dieciocho años? ¿Cómo puedes decir: «Perdí dieciocho años»?

—¿Cómo quieres que lo diga? No estoy intentando que sientas lástima. Sólo quiero que lo entiendas.

Cuando llegué al día en que la conocí se me encogió el estómago de miedo, pero seguí hablando. Después de unos segundos vi lágrimas en sus ojos y me sentí como si me hubieran apuñalado.

—Lo siento. No pretendía hacerte daño. —No sabía si intentar abrazarla o marcharme justo en ese momento. Mantuve la mirada fija en ella, pero la habitación daba vueltas.

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué es lo que lamentas tanto? Tú me elegiste. Yo te elegí. Podría haber sido distinto para nosotros. Pero no lo fue. —Metió la mano debajo de la sábana y me cogió la mano—. No lo fue.

Julia tenía los sábados libres, pero yo empezaba a trabajar a las ocho. Medio dormida me dio un beso de despedida cuando me fui a las seis; hice todo el camino a casa andando, ligero.

Seguro que sonreí como un tonto a todos los que entraron en la tienda, pero apenas los veía. Me imaginaba el futuro. No había hablado con ninguno de mis padres en nueve años, ni siquiera sabían lo del tratamiento de Durrani. Pero ahora parecía posible arreglarlo todo. Ahora podía ir y decirles: «Éste es vuestro hijo, de vuelta de entre los muertos. Me salvasteis la vida, hace muchos años».

Tenía un mensaje de Julia en el teléfono cuando llegué a casa. Me resistí a mirarlo hasta que me puse a cocinar algo en el horno; había algo perversamente placentero en el hecho de obligarme a esperar, anticipando con la imaginación su cara y su voz.

Le di a PLAY. Su cara no era en absoluto como me la había imaginado.

Las cosas se me seguían escapando y no dejaba de parar y rebobinar. Frases aisladas se me quedaban en la mente. «Demasiado raro. Demasiado enfermizo. No es culpa de nadie». En realidad no había asimilado mi explicación la noche anterior. Pero luego había tenido tiempo para pensárselo, y no estaba preparada para llevar una relación con cuatro mil hombres muertos.

Me senté en el suelo, intentando decidir qué sentir: la ola de dolor que rompía sobre mí, o algo mejor, por elección. Sabía que podía subir los controles de la prótesis y sentirme feliz: feliz porque volvía a estar «libre», feliz porque estaba mejor sin ella... feliz porque Julia estaba mejor sin mí. O simplemente feliz porque la felicidad no significaba nada y todo lo que tenía que hacer para conseguirla era inundarme el cerebro con leu-encefalina.

Me quedé ahí sentado, limpiándome las lágrimas y los mocos de la cara mientras las verduras se quemaban. El olor me hizo pensar en la cauterización, sellando una herida.

Dejé que las cosas siguieran su curso, no toqué los controles, pero el mero hecho de saber que podía hacerlo lo cambiaba todo. Y entonces me di cuenta de que incluso si fuera a Luke de Vries y le dijera: «Estoy curado, quítame el software, ya no quiero el poder de elegir»... nunca podría olvidar de dónde venía todo lo que sentía.

Mi padre se pasó por el piso el otro día. No hablamos mucho, pero todavía no se había vuelto a casar y bromeó con que saliéramos de copas juntos.

Al menos espero que fuera una broma.

Mirándolo, pensé: «Está dentro de mi cabeza, y mi madre también, y diez millones de ancestros, humanos, protohumanos, distantes más allá de lo imaginable». ¿Qué más daban cuatro mil más? Todo el mundo tenía que labrarse una vida partiendo del mismo legado: medio universal, medio particular; medio aguzado por una selección natural infatigable, medio mitigado por la libertad del azar. Yo sólo tenía que estar un poco más pendiente de los detalles.

Y podía seguir haciéndolo, avanzando por la enrevesada frontera entre la felicidad más absurda y la desesperanza más estúpida. Tal vez tuviera suerte; tal vez la mejor forma de aferrarse a esa estrecha franja era ver con claridad lo que había a cada lado.

Cuando mi padre se iba, miró desde el balcón el barrio atestado de gente, recorriéndolo con la mirada hasta el río Parramatta, donde un sumidero para tormentas vertía en el agua un hilo visible de aceite, basura y residuos de jardinería.

—¿Estas contento con la zona? —me preguntó con recelo.

—Me gusta esto —le dije.

Nuestra Señora de Chernóbil

No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra, porque no es posible que exista tanto esplendor y tanta belleza sobre la faz de la tierra.

El enviado del príncipe Vladimir de Kiev, describiendo la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, 987

Es el establo más viejo y herrumbroso de todo el paganismo.

S.L. Clemens, ídem, 1867

Luciano Masini tenía la presencia atormentada y la tez hinchada de un insomne.

Lo tomé por el tipo de hombre que había empezado a preguntarse, cada noche a eso de las dos de la madrugada si su mujer de veinte años había encontrado realmente al amante de sus sueños en un industrial tres veces más viejo que ella... por muy ingenioso, por muy erudito y por muy rico que fuera. No había seguido su carrera de cerca, pero sabía que su decisión más conocida había sido comprar la sección de cables superconductores de Pirelli cuando la empresa matriz fue dividida en 2009. Vestía de forma impecable un traje de seda gris, cuyo corte estaba lo bastante pasado de moda como para tener estilo. Daba la impresión de que en otro tiempo había sido extraordinariamente guapo. Un candidato perfecto, pensé: vanidoso, se engañaba a sí mismo y tenía remordimientos tardíos. Me equivoqué.

—Quiero que encuentre un paquete —me dijo.

—¿Un paquete? —Hice lo que pude para parecer fascinado. Si el adulterio era embrutecedor, los objetos perdidos eran todavía peor—. ¿De dónde procedía?

—De Zurich.

—¿Con destino a Milán?

—¡Claro!

Masini casi se estremeció, como si la idea de que pudiera haber enviado su valiosa carga a otro sitio, intencionadamente, le provocara dolor físico.

—En realidad nunca se pierde nada —dije con tacto—. Usted mismo podría comprobar que una carta mordaz de sus abogados destinada al mensajero bastaría para obrar milagros.

—No creo. —Masini sonrió sin humor—. El mensajero está muerto.

La luz de la tarde llenaba la habitación. La ventana daba al este, apartada del sol, pero el mismo cielo resplandecía. Por un instante sentí una extraña claridad. Tuve la irresistible impresión de haberme librado de un sopor persistente, como si hubiera empezado la conversación medio dormido y sólo ahora me despertara del todo. A mi espalda, en la pared, había un antiguo reloj planetario de cobre. Masini dejó que sonara dos veces, cada tictac insinuaba el suave y complejo acoplamiento de un millar de diminutos engranajes. Luego dijo:

—Lo encontraron en una habitación de hotel en Viena, hace tres días. Le habían pegado un tiro en la cabeza a bocajarro. Y no, no estaba previsto que se desviara tanto de la ruta.

—¿Qué había en el paquete?

—Un icono pequeño.

Con las manos indicó una altura de unos treinta centímetros.

—Una representación de la Virgen con el Niño del siglo XVIII. Originaria de Ucrania.

—¿Ucrania? ¿Sabe cómo llegó hasta Zurich?

Había oído que el gobierno ucraniano acababa de lanzar una nueva campaña para persuadir a ciertos países de que se tomaran en serio la devolución de obras de arte robadas. Durante los años de confusión y corrupción que fueron los ochenta y los noventa, los contrabandistas habían sacado obras de arte del país a espaldas.

—Formaba parte de la herencia de un conocido coleccionista, un hombre con una reputación impecable. Mi propio marchante revisó todo el papeleo, los contratos de compraventa, los permisos de exportación, antes de dar su visto bueno.

—Los papeles se pueden falsificar.

Masini hizo esfuerzos visibles por controlar su impaciencia.

—Todo se puede falsificar. ¿Qué quiere que le diga? No tengo motivos para sospechar que fuera un objeto robado. No soy un criminal, signor Fabrizioo.

—No estoy sugiriendo que lo sea. Entonces... ¿el dinero y la mercancía cambiaron de manos en Zurich? ¿El icono era suyo cuando lo robaron?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle cuánto pagó por él?

—Cinco millones de francos suizos.

Lo dejé pasar sin hacer ningún comentario, aunque por un momento pensé que no lo había oído bien. No era un experto, pero sabía que los iconos ortodoxos solían pintarlos artistas anónimos y en ningún caso se pretendía que fueran piezas únicas; lo eran tanto como un ejemplar de la Biblia. Había excepciones, por supuesto —unos cuantos ejemplos representativos y muy preciados de cada tipo de icono—, pero eran muy anteriores al siglo XVIII. Por muy delicada que fuera la artesanía, por muy bien conservado que estuviera, cinco millones parecía un precio excesivo.

—¿Supongo que lo tenía asegurado? —le pregunté.

—¡Por supuesto! Y puede que hasta me devuelvan el dinero en uno o dos años. Pero preferiría tener el icono. Para eso lo compré.

—Sus aseguradores estarán de acuerdo con usted. Harán todo lo que puedan para encontrarlo.

Si ya había otro investigador en el caso, no quería malgastar mi tiempo. Mucho menos si tenía que competir con una aseguradora suiza en su propio terreno.

Masini me clavó unos ojos inyectados en sangre.

—¡Todo lo que puedan no es suficiente! Sí, querrán ahorrarse el dinero y se tomarán esta pérdida probable muy en serio; los contables son así. Y no me cabe duda de que la policía austríaca intentará encontrar al asesino por todos los medios. Pero ni unos ni otros tienen la menor prisa. Ni tendrán mayor inconveniente si no se resuelve nada en meses. O en años.

Me había equivocado con las visiones nocturnas de adulterio de Masini. Pero había acertado en una cosa: le movía una pasión, una obsesión, que era tan profunda como los celos, el orgullo o el sexo. Se inclinó hacia delante sobre el escritorio, conteniéndose para no agarrarme de la pechera, pero dando órdenes y suplicando con la misma arrogancia y patetismo como si lo hubiera hecho.

—¡Dos semanas! Le doy dos semanas. ¡Fije los honorarios que quiera! ¡Entrégueme el icono en quince días... y le daré lo que me pida, cualquier cosa!

No me tomé del todo en serio la extravagante oferta de Masini, pero acepté el caso. Quedar a comer en restaurantes reservados a entendidos en bellas artes con los confidentes que operan en los márgenes del mercado negro no me pareció una mala manera de pasar las dos semanas siguientes.

El punto de partida obvio era el mensajero. Se llamaba Gianna de Angelis: veintisiete años, cinco en el negocio, con una reputación intachable. Según las autoridades, nunca se había presentado queja alguna contra ella, ni por parte de los clientes, ni por la de los empleadores. Trabajaba para una pequeña firma de Milán con un expediente igualmente impecable. Era su primera pérdida en veinte años, tanto de mercancía como de personal.

Hablé con dos de sus colegas. Se ciñeron a los hechos y no se prestaron a hacer conjeturas. La transacción tuvo lugar en la cámara acorazada de un banco de Zurich. Después, De Angelis cogió un taxi directo al aeropuerto. Menos de cinco minutos antes de embarcar en el vuelo de vuelta a casa telefoneó a la oficina central para decirles que todo iba bien. El vuelo salió puntual, pero ella no estaba a bordo. Compró un billete de Tyrolean Airlines —con su propia tarjeta de crédito— y voló directamente a Viena con el maletín que contenía el icono como equipaje de mano. Seis horas más tarde estaba muerta.

Localicé a su novio, un técnico de sonido de televisión. Me recibió en el apartamento que habían compartido. Los ojos enrojecidos, sin afeitarse y con resaca. Debía de seguir conmocionado o dudo que me hubiese dejado entrar. Le ofrecí mis condolencias y le ayudé a terminar una botella de vino. Luego le pregunté amablemente si Gianna había recibido llamadas inusuales, si había hecho planes para gastar sumas de dinero extravagantes, o si se había mostrado inusitadamente nerviosa o excitada en las últimas semanas. Tuve que cortar en seco la entrevista cuando

intentó abrirme la cabeza con la botella vacía.

Volví a la oficina y me puse a rastrear en las bases de datos, desde los registros públicos oficiales hasta las listas de correo y los desechos electrónicos burdamente recopilados que suministraban diversos ciberchulos. Uno de los sistemas, que operaba desde Tokio, podía buscar en los periódicos digitales de todo el mundo y también podía examinar fotogramas clave en los informativos hasta dar con un rostro concreto, se mencionara o no el nombre del sujeto de la búsqueda en la leyenda o en los comentarios. Encontré a una medio gemela agarrada del brazo de un gángster a la salida de un juzgado de Buenos Aires en 2007, y a otra llorando en las ruinas de un pueblo de Filipinas: toda su familia había muerto en un tifón en 2010. Pero de ella no había ninguna imagen. Una búsqueda de texto en los medios de comunicación locales obtuvo exactamente dos entradas. Sólo había logrado salir en los periódicos al nacer y al morir.

Hasta donde pude descubrir, su situación financiera era sólida. No había trapos sucios sobre ella ni el mínimo indicio de que estuviera relacionada con el crimen organizado. El icono no era ni mucho menos el artículo más valioso que había pasado por sus manos... y yo seguía pensando que Masini había pagado un precio excesivo por él. Las obras de arte, sean o no anónimas, no son precisamente uno de los activos más líquidos. ¿Por qué entonces se había dejado comprar? ¿Por qué en este caso concreto, cuando debía de haber tenido cientos de oportunidades mucho más tentadoras?

Tal vez no fue a Viena con la intención de vender el icono. Puede que la coaccionaran para ir hasta allí. No me podía imaginar que la hubiesen «raptado» en medio del aeropuerto y la hubieran llevado hasta el mostrador de venta de billetes, que la hubiesen hecho pasar por los escáneres de seguridad en contra de su voluntad y por último la hubieran metido en el avión a la fuerza. Iba armada, estaba entrenada y llevaba encima todos los aparatos electrónicos imaginables para pedir ayuda en cualquier momento. Pero aunque no le hubiesen estado apuntando todo el tiempo al corazón con una pistola invisible a los rayos X, tal vez la obligaron mediante una amenaza más sutil.

El primer día de los catorce que tenía asignados se acababa. Con el crepúsculo de fondo daba vueltas de un lado a otro de la oficina. La investigación no había hecho más que empezar y ya me sentía irritado y pesimista. La imagen de De Angelis sonreía fríamente desde la pantalla de la terminal. El vino de su desconsolado amante sabía amargo en mi garganta. Esta mujer estaba muerta, ése era el crimen, y a mí me pagaban para encontrar un desvaído trozo de madera kitsch. Si encontraba a los asesinos iba a ser algo secundario. Y lo cierto era que esperaba no encontrarlos.

Abrí las persianas y me quedé mirando el centro de la ciudad. Motas del tamaño de pulgas corrían por la plaza del Duomo, sobre la que se alzaba el bosque de

desquiciados pináculos góticos de la catedral. Casi nunca me fijaba en ella, era sólo una parte más de la costosa vista (como los Alpes, visibles desde recepción), y la vista sólo formaba parte de la imagen de alta categoría que me permitía cobrar por mis servicios veinte veces más que cualquier detective de la calle. Al verla pestañeé repetidas veces como si fuera una alucinación: parecía tan de otro planeta, tan fuera de lugar al lado de los edificios de cerámica oscura y reluciente del Milán del siglo XXI. Estatuas de santos, o ángeles, o gárgolas —no podía acordarme y, a esta distancia, no podía diferenciarlas— se erguían sobre cada pináculo como miles de estilitas dementes. Todo el tejado estaba cubierto con mármol rosado. La decoración, que en algunas partes parecía encaje y en otras alambre de espino, era tan recargada y surrealista que llegaba a marear. Aunque me consideraba un buen ateo, había estado en su interior una o dos veces. No era capaz de recordar ni cuándo ni porqué, pero sin duda tuvo que ser con motivo de alguna ceremonia ineludible. En cualquier caso, había crecido con ella. Tendría que haber sido un punto de referencia familiar, nada más. Pero en ese momento la estructura entera me pareció completamente ajena y extraña. Era como si las montañas al norte se hubiesen librado de la nieve, de la vegetación y de la capa superior del suelo para revelarse como artefactos gigantes, pirámides de Centroamérica, reliquias de una civilización perdida.

Cerré las persianas y quité de la pantalla del ordenador la cara de la mensajera muerta.

Y luego me compré un billete para Zurich.

Las bases de datos tenían mucho que contar sobre Rolf Hengartner. Había trabajado en la industria editorial electrónica cerrando acuerdos en una especie de plano etéreo en el que los grandes proveedores de software de Europa moldeaban el mercado a su antojo. Me lo imaginaba esquiando, tanto en la nieve como en el agua, con ministros de cultura y magnates de las telecomunicaciones... aunque puede que no en los últimos años, ya septuagenario y con un linfoma agudo. Había dado sus primeros pasos en el negocio del cine, orquestando la financiación de coproducciones multinacionales. En una de las fotografías que había en la sala de visitas de lo que ahora era el despacho de su ayudante, se le podía ver levantando un puño cerrado al lado de un todavía joven Depardieu en una manifestación anti-Hollywood celebrada en París veinte años antes.

Max Reif, su ayudante, había sido nombrado albacea de la herencia.

Me había descargado en la agenda la última versión (demasiado cara) del software *Schweitzerdeutsch* con la esperanza de que me guiara por la entrevista sin demasiadas meteduras de pata, pero Reif insistió en hablar italiano y resultó que lo hablaba perfectamente.

Hengartner dejaba tres hijos y diez nietos; su mujer había muerto antes que él.

Reif había recibido instrucciones de vender todas las obras de arte puesto que nadie en la familia había mostrado nunca mucho interés en la colección.

—¿Qué le apasionaba? ¿Los iconos ortodoxos?

—Nada más lejos. Herr Hengartner era un hombre ecléctico, pero el icono fue toda una sorpresa para mí. Una especie de anomalía. Poseía algunas obras de tema religioso del gótico francés y del renacimiento italiano, pero desde luego no se especializaba en la Virgen con el Niño, y mucho menos en la tradición oriental.

Reif me enseñó una fotografía del icono en el folleto satinado que se había preparado para la subasta. Masini había traspapelado su copia del catálogo, así que era la primera vez que veía exactamente lo que estaba buscando. En la página opuesta había un comentario en varios idiomas, y leí la sección en italiano:

Un impresionante ejemplo del icono conocido como la Virgen de Vladimir, probablemente la variación más antigua de los iconos de «la ternura» (*eleousa* en griego, *umïeniye* en ruso). Muestra a la Virgen con el Niño en brazos, Su rostro tiernamente apretado contra la mejilla de Su madre, en un conmovedor símbolo de compasión tanto divina como humana por toda la creación. Según la tradición este icono se basa en una pintura de Lucas el Evangelista. El único ejemplar que queda, del que toma su nombre este tipo de icono, llegó a Kiev desde Constantinopla en el siglo XII y se encuentra en la actualidad en la galería Tretyakov de Moscú. Ha sido descrito como el tesoro sagrado más grande de la nación rusa.

Artista desconocido. Ucrania, principios del siglo XVIII. Tabla de ciprés, 293 x 204 mm, temple de huevo sobre lino, decorado de modo exquisito con plata batida.

El precio de salida del catálogo era de ochenta mil francos suizos. Menos de un dos por ciento de lo que Masini pagó por él.

Personalmente se me escapaba el valor estético de la obra. No era precisamente un Caravaggio. Los colores eran apagados, la ejecución tosca —deliberadamente bidimensional— y hasta la plata estaba deslustrada. La pintura en sí parecía conservarse razonablemente bien. Por un instante me pareció ver una grieta finísima que atravesaba el icono a lo ancho, pero al examinarla más de cerca me pareció más bien un defecto de la reproducción: un rasguño en la plancha de impresión o en algún elemento del proceso fotográfico.

Obviamente no se suponía que tuviera que ser «una gran obra de arte» en la tradición occidental. Faltaba la expresión del ego del artista, las idiosincrasias indulgentes del estilo. Con toda probabilidad se trataba de una copia fiel del original bizantino, realizada con la intención de cumplir un papel concreto en la práctica de la religión ortodoxa, y yo no era quién para juzgar su valor en ese contexto. Pero me

costaba trabajo imaginarme a Rolf Hengartner o a Luciano Masini convirtiéndose en secreto a la Iglesia ortodoxa. ¿Se trataba estrictamente de una buena inversión? ¿Para ellos no era más que un cromó de béisbol del siglo XVIII? Pero si el interés de Masini era sólo financiero, ¿por qué había pagado un precio tan por encima del valor de mercado? ¿Y por qué estaba tan desesperado por recuperarlo?

—¿Puede decirme quién pujó por el icono, aparte del signor Masini? —dije.

—Los tratantes y los agentes habituales. Me temo que no sabría decirle en nombre de quién actuaban.

—¿Pero usted supervisó la subasta?

Un número de compradores posibles, o sus agentes, se habían desplazado hasta Zurich para ver la colección en persona —Masini entre ellos—, pero la subasta en sí había tenido lugar por línea telefónica y ordenador.

—Por supuesto.

—¿Había algún tipo de consenso para alcanzar un precio cercano a la oferta final de Masini? ¿O fue uno de esos rivales anónimos quien le obligó a subir su oferta?

Reif se puso tenso y de repente me di cuenta de cómo debieron sonar mis palabras.

—De ningún modo quería insinuar... —dije.

—Hubo al menos otros tres postores —dijo glacialmente— que estuvieron a unos cuantos cientos de miles de francos del signor Masini en todo momento. Estoy seguro de que él mismo lo confirmará, si se toma la molestia de preguntarle. —Dudó un instante y luego añadió ya menos a la defensiva—: Obviamente el precio de salida se fijó demasiado bajo. Pero Herr Hengartner contaba con que la casa de subastas infravaloraría este artículo.

Eso me descolocó.

—Pensaba que usted no supo de la existencia del icono hasta después de su muerte. Si habló de su valor con él...

—No lo hice. Pero Herr Hengartner dejó una nota junto al icono en la caja fuerte.

Dudó, como si debatiera consigo mismo si yo merecía estar al tanto de la perspicacia del gran hombre.

No me atreví a suplicarle, y mucho menos a insistir, me limité a esperar en silencio a que continuara. No pudieron pasar más de diez o quince segundos, pero juro que me puse a sudar.

Reif sonrió y me sacó de dudas.

—La nota decía: «Prepárese para sorprenderse».

Empezaba a anochecer cuando salí de la habitación del hotel y me di una vuelta por el centro de la ciudad. Nunca antes había tenido una excusa para venir a Zurich, pero, aparte del idioma, empezaba a sentirme como en casa. Las mismas cadenas de

comida rápida habían colonizado la ciudad. Las vallas publicitarias electrónicas mostraban los mismos anuncios. Los escaparates de las salas de RV resplandecían con las imágenes surrealistas de los mismos juegos, y todos los chavales que había en su interior eran víctimas de las mismas modas lamentables provenientes de Texas. Hasta el olor era el mismo que el de Milán un sábado por la noche: patatas fritas, palomitas, Reeboks y Coca-Cola.

¿Habían sido agentes del servicio secreto ucraniano los que habían matado a De Angelis para recuperar el icono? ¿Era ése el reverso de todos los esfuerzos diplomáticos para recuperar obras de arte robadas? Era poco probable. Si existía la más mínima justificación para la devolución del icono, habrían conseguido mejor publicidad para la causa llevando el caso a los juzgados. El asesinato de ciudadanos extranjeros podía hacer estragos en la ayuda internacional y Ucrania estaba en medio de negociaciones para mejorar sus relaciones comerciales con Europa. No me cabía en la cabeza que un gobierno fuera a arriesgar tanto por una sola obra de arte en un país que estaba lleno de copias más o menos intercambiables de la misma pieza. No es que Hengartner tuviera el original del siglo XII, precisamente.

¿Entonces quién? ¿Otro coleccionista, otro acaparador obsesivo a quien Masini había superado en la subasta? ¿Alguien que tal vez, al contrario que Hengartner, ya tenía en su posesión varios cromos de béisbol y quería completar la colección? Puede que la firma aseguradora de Masini tuviera los contactos y la influencia necesarias para descubrir quiénes habían sido los verdaderos postores en la subasta. Yo desde luego no. Un coleccionista rival no era la única posibilidad. Alguno de los postores podría haber sido un tratante que se quedó tan impresionado con el precio alcanzado por el icono que él o ella decidió que merecía la pena adquirirlo por otros medios.

El frío empezó a notarse más rápido de lo que había previsto. Decidí volver al hotel. Había seguido la orilla oeste del río Limago hasta llegar al lago. Di media vuelta al llegar al primer puente que encontré y luego hice una pausa a medio camino para orientarme. Había catedrales a ambos lados, una enfrente de la otra separadas por el río. Comparadas con el castillo de Nosferatu gigante de Milán, las estructuras no eran en ningún caso imponentes, pero una sensación de inquietud —ridícula— se apoderó de mí, como si los dos edificios conspirasen para tenderme una emboscada.

Mi programa *Schweitzerdeutsch* incluía mapas y guías de viajes gratis. Pulsé el botón ¿DÓNDE ESTOY? y la unidad de GPS de la agenda le transmitió sus coordenadas al software, que procedió a desmitificar mi entorno. Los dos edificios en cuestión eran el Grossmünster (que parecía una fortaleza, con dos torres imponentes una junto a la otra, y no llegaba a dar a la orilla este del río) y el Fraumünster (en su época una abadía, con una única aguja delgada). Ambos databan del siglo XIII, aunque habían sufrido modificaciones de una u otra índole casi hasta nuestros días. Contaban con vidrieras de Giacometti y Chagall, respectivamente. Ulrico Zuinglio

lanzó la Reforma suiza desde un púlpito del Grossmünster en 1523.

Contemplaba uno de los lugares de nacimiento de una secta que había subsistido durante quinientos años y era mucho más extraño que estar a la sombra del más antiguo de los templos de Roma. Decir que el cristianismo ha dado forma al paisaje físico y cultural de Europa durante dos mil años, tan implacable como un glaciar, tan despiadado como el choque de dos placas tectónicas, era afirmar una obviedad estúpida. Pero aunque la evidencia me había rodeado toda la vida, sólo ahora — cuando el legado de esos milenios empezaba a parecerme cada vez más grotesco— llegaba a entender realmente su significado. Arcanas disputas teológicas entre personas tan ajenas a mí como los antiguos egipcios habían transformado todo el continente —cierto es que junto a miles de fuerzas puramente políticas y económicas— y, sin embargo, a uno u otro nivel, también habían modulado el desarrollo de prácticamente cualquier actividad humana, desde la arquitectura hasta la música, desde el comercio hasta la guerra.

No había motivos para pensar que el proceso se hubiese detenido. El hecho de que los Alpes no siguieran elevándose no significaba que se hubiera acabado la geología.

—¿Desea saber más? —me preguntó el software guía.

—No, a no ser que puedas decirme el término para expresar un miedo patológico a las catedrales.

El software dudó un instante antes de contestar con una impecable lógica difusa:

—Hay catedrales a lo largo y ancho de Europa. ¿En qué catedrales en concreto estaba pensando?

Los colegas de De Angelis me facilitaron el nombre de la empresa de taxis que había utilizado para su trayecto desde el banco al aeropuerto, lo último que había pagado con la tarjeta de crédito de la empresa. Había hablado por teléfono con la directora desde Milán y cuando volví al hotel tenía un mensaje suyo con el nombre del conductor del trayecto en cuestión. Estaba lejos de ser la última persona que había visto a De Angelis con vida, pero posiblemente era la última que la vio antes de que la persuadieran, por los medios que fuera, para llevar el icono a Viena. Tenía que ir a trabajar a la estación esa noche a las nueve. Comí deprisa y volví a salir al frío. Los únicos taxis que había en la puerta del hotel eran de la competencia. Me fui andando.

Encontré a Phan Anh Tuan tomando café en una esquina del recinto. Después de un breve intercambio en alemán me preguntó si prefería hablar en francés y cambié agradecido. Me contó que había sido estudiante de ingeniería en Berlín oriental cuando cayó el Muro.

—Mi intención siempre fue encontrar la manera de terminar la carrera y volver a casa. Pero no sé por qué acabé liándome con otras cosas.

Se quedó mirando la calle helada y oscura como distraído.

Puse una foto de De Angelis en la mesa delante de él. La miró un buen rato, concentrado.

—No, lo siento. No llevé a esta mujer a ninguna parte

No tenía muchas esperanzas. Aun así, habría estado bien averiguar algún detalle, por nimio que fuera, sobre su estado de ánimo. Si fue tarareando «We're in the Money» todo el camino hasta el aeropuerto, por ejemplo.

—Debe de tener cientos de clientes al día —dije—. Gracias por intentarlo.

Hice el gesto de ir a recoger la foto y me cogió la mano.

—No le estoy diciendo que se me haya olvidado. Le estoy diciendo que estoy seguro de que no la he visto nunca antes.

—El lunes pasado —dije—. Dos y doce minutos p.m. Del Banco Intercontinental al aeropuerto. Los registros del operador de la empresa indican...

—¿El lunes? —dijo frunciendo el ceño—. No. Tuve problemas con el motor. Estuve fuera de servicio casi una hora. Casi hasta las tres.

—¿Está seguro?

Sacó una libreta de registro del vehículo y me enseñó la entrada escrita a mano.

—¿Por que se iba a equivocar el operador? —dije.

Se encogió de hombros.

—Tuvo que ser un fallo del programa. Un ordenador recibe las llamadas, las asigna... Todo está automatizado. Activamos un botón en la radio cuando no estamos disponibles. No se me pudo haber olvidado hacerlo, porque tuve la radio encendida todo el rato mientras estuve trabajando en el coche, y no me llegó ningún cliente.

—¿Pudo alguien más aceptar un encargo del operador haciéndose pasar por usted?

—¿Aposta? —dijo entre risas—. No. No sin cambiar el número de identificación de su radio.

—¿Y eso es muy difícil? ¿Haría falta un chip falso con una copia del número de serie?

—No. Pero tendrías que sacar la radio, abrirla y resetear treinta y dos interruptores DIP. ¿Por qué iba alguien a tomarse la molestia?

Entonces vi en sus ojos cómo él mismo caía en la cuenta.

—¿Sabe si le han robado la radio a alguien hace poco? —dije—. El intercomunicador, no la de música.

Asintió con aire triste.

—Las dos. A alguien le robaron las dos. Hace cosa de un mes.

Por la mañana volví a la estación y confirmé con otros conductores la mayor parte de lo que me había contado Phan. No era fácil demostrar que no mentía sobre lo del

problema del motor y que él no había llevado a De Angelis. Pero no veía por qué se iba a inventar una «coartada» cuando no hacía ninguna falta; cuando podía haber dicho: «Sí. Yo la llevé, apenas abrió la boca», y nadie habría tenido el más mínimo motivo para dudar de él.

Alguien se había tomado muchas molestias para estar a solas con De Angelis en un taxi falso... y luego la había dejado entrar en el aeropuerto y llamar a casa. Es de suponer que para retrasar el momento en que la oficina central se diera cuenta de que algo había ido mal. Pero, ¿por qué les había seguido el juego? ¿Qué le había dicho el conductor, en esos pocos minutos, para que fuera tan servicial? ¿Amenazaron a su familia, a su amante? ¿O fue un soborno, tan grande como para convencerla de tomar una decisión allí mismo? ¿Después no se había molestado en cubrir su rastro porque sabía que no había manera de hacerlo de forma convincente? ¿Había aceptado que su culpabilidad sería evidente y que tendría que convertirse en una fugitiva?

Tenía que haber sido un soborno increíble. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua para pensar que de verdad lo iban a pagar?

En la entrada del Banco Intercontinental saqué su foto de la cartera y la sostuve mirando a las puertas giratorias de cristal blindado, intentando imaginarme la escena. «Llega el taxi, se sube, se pierden en el tráfico. El conductor le dice: Hace un tiempo increíble. Por cierto, sé lo que lleva en el maletín. Véngase a Viena conmigo y la haré rica.»

Me devolvió la mirada con cierto reproche.

—Está bien, De Angelis —dije—, lo siento. No creo que fueras tan estúpida.

La imagen era una copia sacada con una impresora láser. La miré fijamente. Tenía algo que me molestaba. ¿Radios digitales con un número para identificar al conductor? Por alguna razón eso me llamaba la atención. No debería hacerlo. Quizás las escenas de películas en las que los taxistas y la policía se comunicaban con graznidos incomprensibles seguían vagando por mi subconsciente, en cierto sentido seguían dando forma a mis expectativas, a pesar de la tecnología que yo mismo usaba a diario. La palabra subasta seguía evocando escenas de un hombre o una mujer con un mazo, gritando ofertas en una habitación llena de gente, aunque nunca en toda mi vida había presenciado nada que se le pareciera lo más mínimo, salvo en las películas. En la vida real todo estaba informatizado, todo era digital. Esta «fotografía» era digital. La película química había empezado a desaparecer de las tiendas cuando tenía catorce o quince años, e incluso en mi infancia era estrictamente un medio de aficionados. La mayoría de los fotógrafos profesionales llevaban utilizando sensores CCD casi veinte años.

Entonces, ¿por qué parecía que había un fino rasguño en la fotografía del icono? Los pocos centenares de copias del catálogo de la subasta se habrían hecho sin utilizar ni un solo proceso analógico. Todo habría pasado de una cámara digital a un

ordenador y de ahí a una impresora láser. El producto final satinado era el único anacronismo. Una casa de subastas menos conservadora habría ofrecido una versión en la red o un CD interactivo.

Reif había dejado que me quedara el catálogo. De vuelta en la habitación del hotel lo volví a examinar. Definitivamente el «rasguño» no era una grieta en la pintura. Atravesaba la imagen entera, una línea blanca perfectamente recta y de un grosor uniforme que cruzaba la pintura y el relieve de plata labrada sin desviarse lo más mínimo.

¿Un fallo en los componentes electrónicos de la cámara? A buen seguro el fotógrafo se habría dado cuenta de algo así y habría sacado otra foto. Aunque se hubiese dado cuenta del fallo demasiado tarde para hacer otra foto, podría haberla quitado con un par de clics en cualquier programa de edición de imágenes decente.

Intenté hablar por teléfono con Reif. Tardé casi una hora en que me pusieran con él.

—¿Puede decirme el nombre de los diseñadores gráficos que hicieron el catálogo de la subasta? —dije.

Se me quedó mirando fijamente como si le hubiese llamado en pleno acto sexual para preguntarle quién mató a Elvis.

—¿Por qué necesita saber eso?

—Quiero hacerle unas preguntas a su fotógrafo...

—¿Al fotógrafo?

—Sí. O a quien fotografiara los artículos de la colección.

—No hizo falta fotografiar la colección. Herr Hengartner ya tenía fotografías de todo por el tema del seguro. Dejó un disco con los archivos e instrucciones detalladas para el diseño del catálogo. Sabía que se moría. Lo dejó todo organizado, todo estaba preparado. ¿Responde eso a su pregunta? ¿Satisface su curiosidad?

La verdad era que no. Me armé de valor y me rebajé a pedirle con educación que me enviara una copia del archivo de imagen original. Le había pedido consejo a un historiador de arte de Moscú, y el mejor fax en color del catálogo no le haría justicia al icono. A regañadientes, Reif hizo que un ayudante localizara los datos y me los enviara.

La línea, el «rasguño», ya estaba en el archivo.

Hengartner —quien en secreto había atesorado este icono y quien de alguna manera sabía que alcanzaría un precio extraordinario— había dejado una imagen de él con un pequeño pero inconfundible defecto, y se había asegurado de que fuera visible para cualquier posible comprador.

Eso tenía que significar algo, pero no tenía ni idea de qué.

Mis conocimientos sobre el imperio de los Habsburgo se reducían básicamente a una

lista de fechas (memorizadas cuando tenía dieciséis años) en las que Lombardía había sido incorporada o cedida por Austria. Lo que en 2013 no tendría que haber tenido mayor importancia, pero aun así hacía que me sintiera desconcertado y mal preparado.

En la habitación del hotel deshice las maletas y luego, circunspecto, me quedé mirando los tejados de Viena. A lo lejos podía ver la catedral de San Esteban. La torre sur, casi separada de la nave central, estaba coronada por una aguja que parecía una antena de radio de filigrana. El tejado de la nave estaba decorado con tejas de varios colores que formaban un llamativo dibujo de rombos y uves en zigzag, como si alguien hubiese cubierto el edificio con una alfombra mongol gigante para que no se enfriara. De todas formas cualquier cosa menos exótica habría sido una decepción.

De Angelis había muerto en el mismo hotel (en la habitación justo encima de la mía, más o menos con la misma vista). La había reservado con su propio nombre y la había pagado con su propia tarjeta, cuando podía haber pagado en metálico y haber permanecido en el anonimato. ¿Probaba eso que no tenía nada de lo que avergonzarse, que la habían amenazado y no sobornado?

Me tiré media mañana intentando convencer al director del hotel de que la policía local no le iba a encerrar por permitirme hablar del asesinato con el personal. Parecía como si todo el asunto le supusiera una especie de traición.

—Si un ciudadano vienés muriera en Milán —razoné con paciencia—, a usted le parecería normal que un investigador austríaco acreditado fuera tratado con consideración, ¿no?

—Enviaríamos a una delegación de policía para trabajar en colaboración con las autoridades milanesas, no a un detective privado que actúa en solitario.

No estaba llegando a ninguna parte, así que desistí. Además, tenía que acudir a una cita.

Al final la cita que tanto tiempo llevaba esperando con el tipo del mercado negro fue en un restaurante de comida sana. En Milán había pagado varios millones de liras a un «agencia de presentaciones» de la red para que me pusiera en contacto con un tal «Antón». Era mucho más joven de lo que esperaba. Por su aspecto tendría unos veinte años e irradiaba esa clase de seguridad en uno mismo que sólo había visto antes en traficantes adolescentes ricos. Una vez más conseguí no tener que utilizar mi horrible alemán. Antón hablaba un inglés de la CNN con un acento que me pareció húngaro.

Le pasé el catálogo de la subasta, abierto por la página pertinente. Miró la foto del icono.

—Oh sí. El Vladimir. Puedo conseguirte otro exactamente igual. Diez mil dólares norteamericanos.

—No quiero una copia falsa. —Por atractiva que fuera la idea, Masini nunca se lo

habría tragado—. Ni siquiera una obra similar de la época. Quiero saber quién pidió ésta en concreto. Quién corrió la voz de que iba a cambiar de manos en Zurich y de que pagarían para traerla al este.

Tuve que controlarme para no mirar hacia abajo y ver dónde había puesto los pies Antón. Antes de que llegara, con disimulo, había dejado caer al suelo debajo de la mesa una pequeña cantidad de microesferas de sílice. Cada una contenía un minúsculo acelerómetro, una matriz de haces elásticos de silicio de unas pocas micras de ancho fabricada sobre el mismo chip que un microprocesador de baja potencia normal y corriente. Bastaba con que una de las cincuenta mil que había esparcido siguiera pegada a sus zapatos en nuestro próximo encuentro para que pudiera interrogarlo con infrarrojos y saber exactamente dónde había estado. O exactamente dónde había dejado este par de zapatos si se los había cambiado.

Antón dijo:

—Los iconos van hacia el oeste. —Hizo que sonara como una ley de la naturaleza—. Por Praga o Budapest, hacia Viena, Salzburgo, Munich. Así es como funciona esto.

—Por cinco millones de francos suizos, ¿no crees que alguien se tomaría la molestia de cambiar sus líneas de suministro habituales?

—¡Cinco millones! —dijo frunciendo el ceño—. No me lo creo. ¿Qué hace que valga cinco millones?

—Tú eres el experto. Dímelo tú.

Me miró como si tuviera la sospecha de que le estaba tomando el pelo, y luego volvió a fijarse en el catálogo. Esta vez incluso leyó el comentario.

—Tal vez sea más antiguo de lo que pensaban los subastadores —dijo con cautela—. Si en realidad es, digamos, del siglo XV, el precio casi tendría sentido. Puede que su cliente adivinara la antigüedad real... y que no fuera el único. —Suspiró—. Te va a salir caro averiguar quién más lo sabía. La gente será muy reacia a hablar.

—Sabes dónde estoy —dije—. Cuando encuentres a alguien que necesite que lo convenzan, házmelo saber.

Asintió con una expresión huraña, como si se pensara en serio que le iba a entregar un enorme fajo de billetes para sobornos varios. Estuve a punto de preguntarle por el «rasguño» (¿podría tratarse de algún tipo de mensaje en clave para entendidos que indicaba que el icono era más antiguo de lo que parecía?), pero no quería quedar como un idiota. Lo había visto y no había dicho nada. Puede que después de todo no fuera más que un fallo de ordenador sin sentido.

Pagué la comida (con la cuenta de gastos) y Antón se levantó para irse, se inclinó hacia mí y me dijo muy tranquilo:

—Si le cuentas a alguien a lo que me dedico, a quien sea, haré que te maten.

—Lo mismo digo —le respondí muy serio.

Cuando me quedé solo intenté reírme. Estúpido niño. Fantasma. Pero no conseguí que la risa sonara auténtica. No creo que le fuera a hacer mucha gracia descubrir dónde había puesto los pies. Saqué la agenda, consulté mi libro de citas y luego dejé que mi brazo derecho colgara un segundo a mi lado, rociando el suelo con un código que haría que se abrasaran las microesferas que quedaran.

Saqué las fotos de De Angelis de la cartera y las puse delante de mí sobre la mesa.

—¿Corro peligro? —dije—. ¿Qué piensas?

Me devolvió la mirada insinuando una sonrisa. La expresión de sus ojos podría haber expresado regocijo o inquietud. Pero no indiferencia, de eso estaba seguro. En todo caso no parecía estar en condiciones de ponerse a dar consejos o vaticinar nada.

Justo cuando me estaba mentalizando para enfrentarme de nuevo al gerente del hotel, el funcionario municipal correspondiente por fin tuvo a bien mandar un fax al hotel con una declaración pro-forma que afirmaba que mi licencia era válida en toda la jurisdicción. Lo que pareció contentar al gerente, aunque el fax no decía nada que no dijeran los documentos que ya le había enseñado.

El recepcionista apenas se acordaba de De Angelis. No pudo decirme si la vio alegre o nerviosa, si fue simpática o seca con él. Ella misma había llevado sus maletas a la habitación. Uno de los mozos de equipajes recordaba haberla visto con el maletín y un bolso de viaje. (Había pasado la noche en Zurich antes de recoger el icono.) No había usado el servicio de habitaciones ni había ido a ninguno de los restaurantes del hotel.

Según su supervisor, el encargado de la limpieza que había encontrado el cuerpo había nacido en Turín. No estaba seguro de si eso me iba a ayudar o por el contrario iba a ser un problema. Cuando lo encontré en un almacén del sótano me dijo de forma obstinada, en alemán:

—Le conté todo a la policía. ¿Por qué me molesta? Si quiere saber lo que pasó, vaya y pregúnteselo a ellos.

Me dio la espalda. Parecía que estaba haciendo inventario del limpiador para alfombras y el desinfectante, pero hacía que pareciera un asunto urgente.

—Tuvo que ser un choque para usted —dije—. Alguien tan joven. Un huésped de ochenta años que se muere mientras duerme, eso uno lo puede asumir. Pero Gianna tenía veintisiete años. Una tragedia.

Se puso tenso al oír el nombre. Se le notaba en los hombros. ¿Seis días después? ¿Por una mujer que no había visto en su vida?

—Nunca antes la había visto, ¿verdad? —dije—. ¿No habló de nada con ella?

—No.

No le creí. El gerente era un cretino de miras estrechas. Seguro que estaba

estrictamente prohibido confraternizar con los huéspedes. Este tío tenía veintitantos años, era guapo, hablaba el mismo idioma. ¿Qué había hecho? ¿Flirtear con ella en un pasillo durante treinta segundos? ¿Temía perder el trabajo si lo admitía?

—Si me cuenta lo que le dijo, no se lo diré a nadie. Le doy mi palabra. No es como con la policía, nada tiene que ser oficial. Lo único que quiero es ayudar a encerrar a los cabrones que la mataron.

Soltó el escáner de códigos de barras y se dio la vuelta.

—Sólo le pregunté de dónde era. Qué hacía en la ciudad.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Me había costado tanto llegar hasta aquí, estar tan cerca de ella, que me costaba creer que estuviera pasando.

—¿Cómo reaccionó?

—Fue educada. Simpática. Aunque parecía nerviosa. Distraída.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que era de Milán.

—¿Qué más?

—Cuando le pregunté por qué estaba en Viena me dijo que estaba acompañando a alguien.

—¿Qué?

—Dijo que no se iba a quedar mucho. Que sólo estaba aquí acompañando a alguien. A una señora mayor.

¿Acompañando a alguien? Me quedé despierto la mitad de la noche, intentando buscarle un sentido. ¿Quería decir que no había dejado de custodiar el icono? ¿Qué seguía vigilándolo cuando murió? ¿Que lo consideraba propiedad de Luciano Masini y que hasta el último momento tuvo intención de entregárselo?

¿Qué le había dicho el «taxista»? ¿Lleve el icono a Viena por un día? ¿No hace falta que lo pierda de vista? ¿No queremos robarlo... sólo queremos que nos lo preste? ¿Sólo queremos rezarle una última vez antes de que desaparezca en otra cámara acorazada de un banco occidental? ¿Pero qué tenía de especial esta copia de la Virgen de Vladimir para que se tomaran tantas molestias? Tal vez lo mismo que hacía que valiera cinco millones de francos suizos para Masini, pero, ¿qué?

¿Por qué De Angelis había echado a perder su trabajo y se había arriesgado a ir a la cárcel para seguir adelante con el plan? Aunque no se hubiese dado cuenta de que se la estaban jugando, ¿qué podían haberle ofrecido a cambio de tirar por el retrete su carrera y su reputación?

Llevaría durmiendo unos diez o veinte minutos cuando alguien me despertó dando golpes en la puerta de la habitación. Para cuando conseguí salir trastabillando de la cama y ponerme los pantalones a la policía se le había acabado la paciencia y había entrado con una llave maestra. No eran aún ni las dos de la mañana.

Había cuatro policías, dos de uniforme. Uno de ellos me puso una fotografía delante de la cara. Le eché un vistazo.

—¿Habló con este hombre? ¿Ayer?

Era Antón. Asentí. Si no hubieran sabido la respuesta, no habrían hecho la pregunta.

—¿Sería tan amable de acompañarnos, por favor?

—¿Por qué?

—Porque su amigo está muerto.

Me enseñaron el cadáver para que pudiera confirmar que realmente era el mismo hombre. Le habían disparado en el pecho y habían tirado el cuerpo junto al canal. No en él; quizás alguien había sorprendido a los asesinos. En el depósito el cuerpo estaba descalzo, pero de todos modos habría merecido la pena enviar el código de las microesferas, por si acaso; estas cosas podían acabar en los lugares más insospechados (empezando por las fosas nasales). Pero antes de que se me ocurriera una excusa plausible para sacar la agenda del bolsillo volvieron a cubrirle la cabeza con la sábana y me sacaron de allí para interrogarme.

La policía había encontrado mi nombre y mi número en la agenda de «Antón» (si sabían su verdadero nombre no lo compartieron conmigo... como tampoco compartieron algunas cosas más que me hubiese gustado saber, como por ejemplo si los informes de balística coincidían o no con la bala utilizada para liquidar a De Angelis). Les conté nuestra conversación en el restaurante, pero no dije nada de las (ilegales) microesferas. No tardarían mucho en encontrarlas y no ganaba nada confesándoselo por las buenas.

Me trataron con el desprecio propio de los interrogatorios, pero ni siquiera me insultaron, en serio: una puntuación de cinco estrellas. Sé de lo que hablo, me han roto las costillas en Seveso y me han aplastado un testículo en Marsella. A las cuatro y media me dejaron marchar.

Al cruzar de la sala de interrogatorios al ascensor pasé por delante de media docena de despachos pequeños. Estaban separados por mamparas, pero no estaban cerrados del todo. Encima de un escritorio había una caja de cartón llena de prendas de ropa metidas en bolsas de plástico.

Dejé atrás los despachos y me paré justo donde nadie podía verme. En uno de ellos un hombre y una mujer que no había visto antes hablaban y tomaban notas.

Retrocedí y asomé la cabeza.

—Disculpen... —dije—. ¿Podrían decirme... por favor?

Hablé en alemán con el peor acento que pude, lo que no me costó mucho trabajo. Tuvo que ser espantoso. Se me quedaron mirando horrorizados. Con una más que evidente falta de vocabulario saqué la agenda y pulsé unas cuantas teclas buscando con torpeza en el libro de frases, entrando un poco más en el despacho. Me pareció

ver un par de zapatos con el rabillo del ojo, pero no podía estar seguro.

—¿Por favor, podrían decirme dónde podría encontrar los servicios públicos más cercanos?

—Salga inmediatamente de aquí antes de que le patee la cabeza —dijo el hombre. Salí andando hacia atrás con una sonrisa incierta en los labios.

—Grazie, signore! Danke schön!

Había una cámara de vigilancia en el ascensor. Ni siquiera le eché un vistazo a la agenda. Tampoco lo hice en el vestíbulo. Una vez en la calle por fin miré hacia abajo.

Tenía los datos de doscientas siete microesferas. El software ya estaba reconstruyendo el rastro de Antón.

Estaba a punto de gritar de alegría cuando me di cuenta de que habría estado en una mejor situación si no hubiese podido seguirlo.

El primer sitio al que fue desde el restaurante parecía ser su casa. Nadie contestó cuando llamé a la puerta, pero por las ventanas pude ver pósters de algunas de las bandas de rock más pretenciosas del continente. Si no era su casa, tal vez era el sitio de un amigo, o el de una novia. Me senté en la terraza de un café al otro lado de la calle y me puse a hacer dibujos de todo lo que veía del apartamento, imaginando dónde iban las paredes y los muebles, rehaciendo los pasos de Antón durante las horas que estuvo allí, y luego cambiando mis suposiciones, probando diferentes opciones.

El camarero miró por encima de mi hombro los palitos que llenaban la pantalla.

—¿Es usted coreógrafo?

—Sí.

—¡Qué apasionante! ¿Cuál es el nombre de la obra?

—*Llamando por teléfono y esperando con impaciencia*. Es un homenaje a mis dos ídolos y mentores, Twyla Tharp y Pina Bausch.

El camarero estaba impresionado.

Después de tres horas y ninguna señal de actividad me fui de allí.

Antón se había pasado un momento por otro apartamento. Estaba ocupado por una chica rubia y delgada de unos veinte años.

—Soy un amigo de Antón. ¿Sabes dónde puedo encontrarle?

Había estado llorando.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Cerró la puerta de un portazo. Me quedé en el pasillo un rato, preguntándome: «¿Lo maté yo? ¿Detectó alguien las esferas y le metieron una bala en el corazón por culpa de ellas?». Si las hubiesen encontrado, las habrían destruido; no habría habido ningún rastro que seguir.

Sólo había estado en otro sitio antes de que lo llevaran en coche al canal, tumbado

y muy quieto. Se trataba de un chalet de dos plantas en un barrio de categoría. No llamé al timbre. No encontré ningún sitio desde el que poder observar bien el chalet, así que pasé andando por delante una vez. Las cortinas estaban echadas. No había ningún vehículo aparcado cerca.

A unas cuantas manzanas de la casa había un parquecito. Me senté en un banco y me puse a llamar a bases de datos. Acababan de alquilar la casa hacía sólo tres días. No tuve problemas en averiguar quién era el dueño —un abogado de empresa que tenía inmuebles por toda la ciudad—, pero no pude conseguir el nombre del nuevo inquilino.

Viena contaba con un mapa centralizado de servicios públicos para evitar que la gente que hiciera una obra se topara por accidente con los cables de suministro y las líneas de teléfono subterráneas. Las líneas telefónicas no me servían. Hoy día no se podía pinchar el teléfono de nadie que tuviera un mínimo de cuidado. Pero las casas tenían gas natural, y sus conductos se podían recorrer más fácilmente que los del agua y hacían mucho menos ruido.

Compré una pala, unas botas, guantes, un mono de color blanco y un casco de obra. Saqué una captura de la imagen del logotipo de la compañía de gas de la entrada de la guía telefónica y la pinté con espray en el casco; desde lejos parecía bastante auténtica. Hice acopio del poco valor que me quedaba y volví a la calle, a una altura desde la que no podían verme, pero lo más cerca de la casa que me atreví. Aparté unas cuantas losas del pavimento y me puse a cavar. Era primera hora de la tarde, había algo de tráfico, pero muy pocos viandantes. Un anciano me observaba desde una ventana de la casa más cercana. Me aguanté para no saludarle con la mano. No hubiese sido convincente.

Llegué al conducto del gas, me metí en el agujero y pegué un paquetito contra el PVC; del paquete surgió una aguja hueca que derritió el plástico mediante un proceso químico, penetrando en la pared del tubo pero manteniéndolo sellado. Alguien pasó por la acera con dos enormes perros babeantes; no levanté la vista.

El dispositivo de control emitió un suave pitido indicando que había habido suerte. Tapé el agujero, volví a colocar las losas en su sitio y regresé al hotel para dormir un poco.

Había colocado un cable fino de fibra óptica que iba desde el dispositivo de control enterrado hasta la tierra sin pavimentar que rodeaba un árbol cercano. La punta del cable asomaba justo unos milímetros por encima del suelo. A la mañana siguiente recopilé todos los datos almacenados y volví al hotel para examinarlos al detalle.

Varios cientos de escuchas habían alcanzado las tuberías de gas de la casa y habían vuelto al dispositivo de control, repetidas veces; escuchaban en turnos de una hora que se solapaban y luego regresaban para descargar los resultados. Por separado

la calidad de las pistas de audio solía ser pésima, pero por lo general el software podía extraer palabras inteligibles si se procesaban todas a la vez.

Había cinco voces, tres de hombre y dos de mujer. Todas hablaban en francés, aunque no podría jurar que fuera la lengua materna de nadie.

Poco a poco fui atando cabos. No tenían el icono. Alguien llamado Katulski les había contratado para encontrarlo. Al parecer habían pagado a Antón para que estuviera alerta, pero había vuelto para pedirles más dinero a cambio de no pasarse a mi bando. El problema era que no tenía nada tangible que ofrecerles... y ellos acababan de recibir un soplo de otra fuente. Las referencias a su asesinato eran indirectas, pero es posible que intentara chantajearles de algún modo cuando le dijeron que ya no lo necesitaban. Sin embargo, había algo que sí estaba totalmente claro; hacían turnos para vigilar un piso en la otra punta de la ciudad. Pensaban que allí acabaría apareciendo el hombre que había matado a De Angelis.

Alquilé un coche y seguí a dos de ellos cuando salieron para reanudar la vigilancia. Habían alquilado una habitación frente a su objetivo. Con mis prismáticos de infrarrojos pude ver hacia dónde apuntaban los suyos. El lugar que vigilaban parecía vacío; lo único que pude discernir a través de las raídas cortinas fue pintura desconchada.

Llamé a la policía desde un teléfono público; la voz sintética de la agenda habló por mí. Dejé un mensaje anónimo para el policía que me había interrogado en el que le daba el código que permitía acceder a los datos de las microesferas. El forense las habría encontrado casi de inmediato, pero forzar el código y extraer la información mediante microscopía les habría llevado días.

Y luego esperé.

Cinco horas más tarde, más o menos a las tres de la madrugada, los dos hombres a los que había seguido se marcharon corriendo sin que nadie les sustituyera. Saqué mi foto de De Angelis y la examiné a la luz de la luna. Sigo sin entender qué era lo que tenía que me tenía hechizado. Era una ladrona o una idiota. Tal vez ambas cosas. Pero ya fuera por una o por otra, la habían matado.

—No te quedes ahí con esa sonrisa de satisfacción como si lo supieras todo —dije—. Al menos podrías desearme suerte.

El edificio era antiguo y estaba en mal estado. No tuve problemas para forzar la cerradura de la puerta principal, y aunque las escaleras no dejaron de crujir hasta que llegué a la última planta, no me encontré con nadie.

A través de la puerta del piso 712 se podía detectar un rastro de campos eléctricos que los delataba; parecía como si hubieran instalado diez tipos de alarma distintos. Forcé la cerradura del piso de al lado. Había una trampilla de acceso en el techo que por casualidad estaba justo encima del sofá. En el momento en que levantaba las

piernas y cerraba la trampilla alguien gimió sin despertarse en el piso de abajo. La adrenalina y la claustrofobia, el allanamiento de morada en una ciudad extranjera, el miedo y la expectación, todo eso hacía que mi corazón latiera desbocado. Moví el haz de luz de la linterna de un lado para otro: los ratones salieron disparados por todas partes.

La trampilla correspondiente del piso 712 estaba tan protegida como la puerta. Me desplacé hasta otro punto del techo, levanté el aislante térmico, hice un agujero en la escayola y me descolgué en la habitación.

No sé qué esperaba encontrarme. ¿Un santuario cubierto de iconos y velas votivas? ¿Parafernalia ocultista y una pila de volúmenes polvorientos sobre las enseñanzas de los místicos eslavos?

En la habitación sólo había una cama, una silla y un equipo de RV conectado a la clavija del teléfono. Viena estaba al día. Incluso este piso destartado tenía lo último en RDSI de banda ancha.

Le eché un vistazo a la calle; no se veía a nadie. Pegué la oreja a la puerta; si alguien estaba subiendo las escaleras, era mucho más sigiloso que yo.

Me puse el casco.

La simulación era un edificio, el más grande que había visto nunca. Se extendía a mi alrededor como un estadio, como un coliseo. A lo lejos —quizá a unos doscientos metros— había columnas gigantes de mármol que culminaban en arcos que a su vez sostenían un balcón con una barandilla de metal ornamentado, y otra serie de columnas, que sostenían otro balcón... y así sucesivamente hasta alcanzar seis niveles. El suelo era de baldosas o de parquet, con un delicado trenzado en forma de ángulo que dibujaba un motivo hexagonal complejo en rojo y oro. Alcé la vista y, deslumbrado, tuve que cubrirme la cara con los brazos (en vano). La nave de esta catedral imposible culminaba en una enorme cúpula, la escala no se podía calcular. La luz del sol se filtraba por docenas de ventanas en forma de arco que rodeaban la base. En lo alto, cubriendo la cúpula, había un mosaico figurativo de colores increíblemente exquisitos. La luminosidad hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas; conforme parpadeaba para librarme de ellas empecé a distinguir la escena. Una mujer tocada con un halo tendía su mano... Alguien apoyó el cañón de una pistola en mi garganta. Me quedé helado, esperando a que mi captor dijera algo. Después de algunos segundos, dije en alemán:

—Me gustaría que alguien me enseñara a moverme con tanto sigilo.

—«Aquél que posee en verdad la palabra de Jesús puede entender también su silencio». San Ignacio de Antioquía —respondió una voz de hombre joven en un inglés con mucho acento.

Entonces debió de acercarse al panel de control del equipo y bajar el volumen. Yo mismo había tenido intención de hacerlo, pero me pareció un gesto inútil: de pronto

me di cuenta de que había estado escuchando una capa de ruido blanco.

—¿Le gusta lo que estamos construyendo? —dijo—. Se inspira en la Santa Sofía de Constantinopla, la iglesia de la Divina Sabiduría de Justiniano, pero no es una mera copia. La nueva arquitectura no tiene por qué hacer concesiones a la zafiedad de la materia. Ahora la original en Estambul es un museo, y antes se utilizó como mezquita durante cinco siglos. Pero no parece que a este lugar sagrado le aguarde ninguno de esos destinos.

—No.

—Trabaja para Luciano Masini, ¿verdad?

No se me ocurrió ninguna mentira plausible que me fuera a hacer más popular.

—Correcto.

—Le voy a enseñar una cosa.

Me quedé rígido, expectante, esperando a que me quitara el casco. Noté que se estaba moviendo porque el cañón de la pistola se desplazó un poco, entonces me di cuenta de que se estaba enfundando el guante de datos.

Señaló con la mano y cambió mi punto de vista. Me impresionó que pudiera hacerlo a ciegas. Fue como si me deslizara por el suelo de la catedral directamente hacia el santuario, que estaba separado de la nave por una enorme pantalla de rejilla dorada cubierta con cientos de iconos. Desde lejos la pantalla resplandecía con opulencia, era imposible discernir los personajes de los cuadros, las tablas de colores formaban un mosaico abstracto de extraña belleza.

Sin embargo, a medida que me iba acercando el efecto era abrumador.

Todas las imágenes estaban ejecutadas con el mismo estilo «tosco» bidimensional del que me había burlado en el cromó de béisbol que le faltaba a Masini. Pero aquí, acumulados todos juntos, me parecían mil veces más expresivos que cualquier pretenciosa obra maestra del Renacimiento. No era sólo el hecho de que los colores se hubiesen «restaurado» hasta alcanzar una exuberancia que ningún pigmento físico había tenido nunca: rojos y azules como seda luminosa, plateados como acero al blanco. La sencilla y estilizada geometría humana de las figuras —el ángulo de la cabeza inclinada en gesto de sufrimiento, la extraña y desapasionada súplica de los ojos alzados al cielo— parecía constituir todo un lenguaje de emociones, con una claridad y una precisión que superaba la barrera de cualquier entendimiento. Era como la escritura antes de Babel, como la telepatía, como la música.

O quizá el arma apoyada en mi garganta me ayudaba a expandir mi sensibilidad estética. Nada como una buena dosis de opiáceos endógenos para abrir las puertas de la percepción.

Mi captor dirigió mis ojos hacia un espacio vacío entre dos de los iconos.

—Ése es el sitio de Nuestra Señora de Chernóbil.

—¿Chernóbil? ¿Se pintó allí?

—Masini no te contó nada, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no me contó? ¿Que el icono es en realidad del siglo XV?

—Del XV no. Del XX. 1986.

De repente lo vi todo claro, pero no dije nada.

Me contó toda la historia en un tono casual, como si él mismo la hubiese presenciado en persona.

—Uno de los fundadores de la Iglesia Verdadera trabajaba en el reactor número cuatro. Cuando se produjo el accidente recibió una dosis letal en pocas horas. Pero no murió al instante. Fue dos semanas después cuando realmente entendió la envergadura de la tragedia, cuando se dio cuenta de que no sólo iban a agonizar hasta morir cientos de voluntarios, bomberos y soldados en los meses siguientes, sino que morirían decenas de miles de personas en los próximos años. El suelo y el agua quedarían contaminados por décadas; las enfermedades se extenderían durante generaciones. Fue entonces cuando Nuestra Señora se le apareció en una visión y le dijo lo que tenía que hacer.

»Tenía que pintarla como la Virgen de Vladimir, copiándola hasta el más mínimo detalle, respetando la tradición. Pero en realidad él sería el instrumento para la creación de un nuevo icono que Ella santificaría convirtiéndolo en el receptáculo de toda la compasión de Su Hijo por el sufrimiento padecido, de Su regocijo por la valentía y el sacrificio mostrado por Su gente, y de Su voluntad de compartir la carga de la pena y el dolor por venir.

»Le dijo que mezclara un poco del combustible derramado con los pigmentos que utilizara y que cuando lo terminara lo escondiese hasta que pudiera ocupar su lugar en el iconostasio de la Única Iglesia Verdadera.

Cerré los ojos y vi una escena de un documental de televisión: material filmado en película de celuloide justo después del accidente, la imagen cubierta de destellos y marcas fantasmales. Las trayectorias de las partículas grabadas en la emulsión. El efecto de la radiación sobre la película misma. Eso era lo que significaba el rasguño de Hengartner. Tanto si era un efecto real que apareció cuando hizo la fotografía del icono con una cámara moderna, como si era un añadido estilizado creado por ordenador, era un mensaje para cualquier posible comprador que supiera cómo leer el código: esto no es lo que se dice en el comentario. Esto es una rareza, un icono totalmente nuevo, un original. Nuestra Señora de Chernóbil. Ucrania. 1986.

—Me sorprende que lo pudieran meter en un avión —dije.

—Ahora la radiación apenas se puede detectar. La mayoría de los productos más peligrosos de la fisión decayeron hace años. De todas formas, si yo fuera usted no lo besaría. Es muy probable que se cargara a ese viejo supersticioso un poco antes de lo previsto.

¿Supersticioso?

—Hengartner... ¿pensaba que le iba a curar el cáncer?

—¿Porqué otra razón iba a haberlo comprado? Fue robado en el 93, y estuvo desaparecido mucho tiempo, pero siempre hubo rumores sobre sus poderes milagrosos. —Su tono era despectivo—. No sé en qué religión creía ese vejestorio. Quizá en la homeopatía. Tal vez pensó que una dosis de lo que le enfermó podría curarle. Los mejores escáneres pueden detectar cualquier rastro de estroncio 90, por mínimo que sea, y datarlo con respecto a la fecha del accidente. Si fue Chernóbil lo que le provocó el cáncer lo habría sabido. Pero tu jefe, me imagino, no es más que un adepto a la mariolatría anticuado que piensa que puede salvar la vida de su nieta dilapidando todo su dinero en un santuario a la Virgen.

Tal vez pensaba que me estaba provocando. No me importaba una mierda lo que creyera o dejara de creer Masini, pero me entró una rabia inconsciente.

—¿Y la mensajera? ¿Qué me dices de ella? ¿Para ti no era más que otra idiota, otra paleta supersticiosa?

Se quedó callado un rato. Noté cómo se cambiaba la pistola de mano. Sabía exactamente dónde estaba en este momento. Con los ojos cerrados, podía verlo delante de mí.

—Mi hermano le contó que había un chico de Kiev que se moría de leucemia en Viena y que quería tener la oportunidad de rezarle a Nuestra Señora de Chernóbil. —El desprecio había desaparecido de su voz por completo, así como la pomposa certeza de las escrituras—, Masini le había hablado de su sobrina. Sabía lo obsesionado que estaba. Sabía que nunca se separaría del icono de forma voluntaria, ni siquiera por un par de horas. De modo que aceptó llevarlo a Viena. Entregarlo un día más tarde. Ella no pensaba que fuera a curar a nadie. Me parece que ni siquiera creía en Dios. Pero mi hermano la convenció de que el chico tenía derecho a rezarle al icono, a encontrar algo de consuelo en eso. Aunque no tuviera cinco millones de francos suizos.

Di un puñetazo con todas mis fuerzas, el más fuerte que he dado en toda mi vida. El impacto de mi puño contra la carne y el hueso me estremeció por completo, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Me aturdió tanto que no sabía si el chico había apretado el gatillo y me había volado media cara o no. Trastabillé y me quité el casco, un sudor helado goteaba de mi cara. Él estaba tendido en el suelo, se estremecía de dolor, el arma seguía en su mano. Me acerqué y le pisé la muñeca, luego me agaché y agarré la pistola fácilmente. Tenía catorce o quince años, era grande pero estaba escuálido y calvo. Le di una patada en las costillas, con saña.

—Y tú hiciste el papel del niño beato víctima de cáncer, ¿verdad?

—Sí.

Lloraba, pero no sabría decir si por el dolor o el remordimiento.

Le di otra patada.

—¿Y luego la mataste? ¿Para hacerte con la mierda de la Virgen de Chernóbil que no puede hacer ningún puto milagro?

—¡Yo no la maté! —berreó como un niño—. La mató mi hermano y ahora él también está muerto.

¿Su hermano estaba muerto?

—¿Antón?

—Fue a hablarles de ti a los matones de Katulski. —Las palabras salían de su boca entre sollozos—. Pensó que ellos te mantendrían ocupado... y pensó que si estaban entretenidos contigo, tal vez nos daría tiempo a sacar el icono de la ciudad.

Debería habérmelo imaginado. ¿Qué mejor manera de localizar un icono robado que haciéndote pasar por traficante? ¿Y qué mejor forma de seguirle la pista a tus rivales que convirtiéndote en su informante?

—¿Dónde está ahora?

No respondió. Me metí la pistola en el bolsillo de atrás, me agaché y lo cogí por los hombros. Debía de pesar unos treinta kilos como mucho. Puede que sí se estuviera muriendo de leucemia. En ese momento no me importaba lo más mínimo. Lo tiré contra la pared, dejé que cayera al suelo, lo levanté y lo volví a tirar. Le empezó a salir sangre de la nariz; se atragantaba y resoplaba. Lo levanté una tercera vez y me paré un momento para inspeccionar mi trabajo. Me di cuenta de que cuando le había pegado el puñetazo le había roto la mandíbula Y puede que hubiese hecho lo mismo con uno de mis dedos

—No eres nada. Nada. Un accidente histórico. El tiempo se tragará la época secular (y todos los cultos y las supersticiones blasfemas y desquiciadas) como una mota de polvo en una tormenta de arena. Sólo la Iglesia Verdadera perdurará. — Sonreía cubierto de sangre, pero no sonaba engreído o triunfante. Simplemente expresaba una opinión.

La pistola debía de haber alcanzado la temperatura del cuerpo en el bolsillo de mis vaqueros, porque cuando apoyó el cañón en mi nuca, al principio pensé que era su pulgar. Lo miré fijamente a los ojos, intentando leer sus intenciones, pero lo único que vi fue desesperación. Al fin y al cabo no era más que un niño solo en una ciudad extranjera, abrumado por las desgracias.

Deslizó el cañón por mi cabeza hasta que quedó apuntándome a la sien. Cerré los ojos y lo agarré sin querer.

—Por favor... —le dije.

Apartó la pistola. Abrí los ojos justo a tiempo de ver cómo se volaba los sesos.

Lo único que quería hacer era acurrucarme en el suelo y dormir, y luego despertarme para darme cuenta de que todo había sido un sueño. Sin embargo algún instinto mecánico me mantuvo activo. Limpié tanta sangre como pude. Me paré a escuchar, por si los vecinos se hubieran despertado. La pistola era un arma suiza

ilegal con un silenciador integrado. El disparo en sí había producido un siseo apenas audible, pero no estaba seguro de lo alto que había estado gritando.

Llevaba guantes puestos desde el principio, por supuesto. Los de balística confirmarían que había sido un suicidio. Pero tendrían que buscarle explicación al agujero del techo y a la mandíbula partida y a las costillas rotas, y lo más probable es que hubiese muestras de mi pelo y de mi piel por toda la habitación. Al final tendría que haber un juicio. Tendría que ir a la cárcel.

Estaba casi a punto de llamar a la policía, demasiado cansado para pensar en escapar, demasiado asqueado por lo que había hecho. No es que hubiera matado literalmente al chico; sólo le había pegado y le había aterrorizado. Incluso ahora seguía enfadado con él; en parte era responsable de la muerte de De Angelis. Al menos tanto como yo lo era de la suya.

Y entonces la parte mecánica de mí mismo dijo: «Antón era su hermano. Es posible que se vieran el día que lo mataron; en la casa de Antón, o en el piso de la chica rubia. Es posible que pisaran el mismo suelo en algún momento. Que se limpiaran los pies en el mismo felpudo. Es posible que desde entonces haya cambiado el icono de escondite».

Saqué la agenda, me arrodillé junto a los pies del cadáver y envié el código.

Respondieron tres esferas.

Lo encontré justo antes del amanecer a las afueras de la ciudad, enterrado en los escombros de un edificio medio demolido. Seguía en el maletín, pero todos los cierres y las alarmas estaban desactivados. Lo abrí y me quedé observándolo un buen rato. Era igual que la fotografía del catálogo. Feo y monótono.

Me entraron ganas de partirlo en dos. De hacer un fuego y quemarlo allí mismo. Por su culpa habían muerto tres personas.

Pero no era tan sencillo.

Me senté encima de los escombros con la cabeza entre las manos. No podía fingir que no sabía lo que el icono significaba para sus legítimos dueños. Había visto la iglesia que estaban construyendo, el lugar al que pertenecía. Por muy apócrifa que fuera, había escuchado la historia de su creación. Aunque para mí toda esa cháchara sobre cómo la divina compasión por los muertos de Chernóbil se canalizaba en un crismas navideño radioactivo no eran más que gilipolleces sin sentido, ésa no era la cuestión. De Angelis tampoco creía en nada de eso y aun así había echado por tierra su trabajo, aun así había ido a Viena por voluntad propia. Yo podía seguir soñando con un mundo secular perfecto y racional todo lo que quisiera, pero a fin de cuentas tenía que vivir y actuar en el mundo real.

Estaba seguro de poder llevarle el icono a Masini antes de que me arrestaran. No esperaba que me fuera a traspasar todas sus posesiones terrenales, como me había

prometido. Pero probablemente podría sacarle varios miles de millones de libras antes de que muriera la chica y con ella la gratitud del viejo. Suficiente para pagarme unos buenos abogados. Suficiente, tal vez, para no acabar entre rejas.

O podía hacer lo que debería haber hecho De Angelis a la hora de la verdad, en vez de defender los putos derechos de propiedad de Masini hasta la muerte.

Volví al piso. Había desactivado todas las alarmas antes de salir de él; esta vez pude entrar por la puerta. Me puse el casco y el guante de RV y escribí un mensaje invisible con la yema del dedo en el hueco vacío del iconostasio.

Entonces arranqué el cable de la clavija cortando la conexión y me fui a buscar un sitio para esconderme hasta que se hiciera de noche.

Nos vimos al filo de la medianoche, en la entrada del parque de atracciones que hay al noroeste de la ciudad, se podía ver la noria. Era otro niño asustado y prescindible que se hacía el valiente. Yo podía haber sido la policía, podía haber sido cualquiera.

Cuando le pasé el maletín lo abrió y miró su interior, luego se me quedó mirando como si fuera una especie de aparición divina.

—¿Qué harás con él? —dije.

—Extraeré el verdadero icono de la representación física. Luego lo destruiré.

Estuve a punto de decirle: «Deberíais haber robado el archivo de imagen de Hengartner en vez del original, y nos habríais ahorrado a todos un montón de problemas». Pero no me atreví.

Me puso un panfleto en varios idiomas en la mano. Lo leí de camino al metro. Explicaba las diferencias teológicas entre la Iglesia Verdadera y las distintas versiones nacionales de la Iglesia ortodoxa. Al parecer todo se reducía a la cuestión de la encarnación: Dios se había transformado en información, no en carne, y cualquiera que no hubiese captado ese importante matiz tenía que ser corregido cuanto antes. Continuaba explicando cómo la Iglesia Verdadera unificaría el mundo ortodoxo y finalmente la cristiandad entera, y al mismo tiempo erradicaría las supersticiones, los cultos apocalípticos, los nacionalismos virulentos y el materialismo ateo. No se decía nada del antisemitismo o de poner bombas en mezquitas.

Las letras se difuminaron en la página a los pocos minutos de leerlas. ¿Un proceso activado al espirar dióxido de carbono? La verdad era que esta gente se había apropiado de los métodos de unos gurús muy raros.

Saqué la foto de De Angelis.

—¿Era esto lo que querías de mí? ¿Estás satisfecha? No contestó. Rompí la imagen y dejé que los trozos cayeran al suelo revoloteando.

No cogí el metro. Necesitaba aire fresco para despejarme. Así que caminé de vuelta a la ciudad, avanzando entre las ruinas de un pasado incomprensible y los

heraldos de un futuro inimaginable.

La Inmersión de Planck

Gisela contemplaba las ventajas de ser aplastada —casi seguro hasta morir, aunque tan despacio como fuera posible— cuando el mensajero apareció en su entorno residencia. Se percató de su llegada pero le ordenó que esperase. El mensajero era brillante y dorado y llevaba puestas unas sandalias aladas. Impaciente, tendía una mano hacia Gisela, que lo había dejado paralizado a media zancada, a veinte deltas de distancia.

En ese momento el entorno era una extensión de dunas amarillas bajo un cielo azul claro, ni demasiado agreste, ni demasiado molesto. Gisela, recostada sobre la fría arena, estaba concentrada en un triángulo gigante y desaliñado que flotaba inclinado sobre las dunas; cada uno de sus lados parecía una gavilla de paja poco apretada. El triángulo era un conjunto de diagramas de Feynman que mostraba sólo algunas de las muchas maneras en que una partícula podía moverse entre tres eventos en el espacio-tiempo. Una partícula cuántica no se podía localizar en ningún recorrido específico, pero se podía tratar como la suma de las componentes localizadas. Cada una de ellas seguía una trayectoria diferente y formaba parte de un conjunto distinto de interacciones a lo largo del recorrido.

En el espacio-tiempo «vacío», las interacciones con las partículas virtuales hacían que la fase de cada componente rotase de forma constante, como la manecilla de un reloj. Pero el tiempo medido con cualquier tipo de reloj que se desplazara entre dos eventos en el espacio— tiempo plano era mayor cuando el recorrido que se tomaba era una línea recta (cualquier desviación provocaba la dilatación del tiempo, lo que acortaba el desplazamiento). De modo que un gráfico del corrimiento de fase frente al tamaño de la desviación también alcanzaba su punto máximo en el caso de una línea recta. Puesto que este máximo era suave y plano, un grupo de recorridos prácticamente rectos que se agrupaba a su alrededor tenía corrimientos de fase similares. Este grupo de recorridos permitía que las componentes llegaran todas en fase, reforzándose mutuamente, mucho más que cualquier otro grupo equivalente en las pendientes. Tres líneas rectas que relucían en rojo por el centro de cada «gavilla de paja» ilustraban el resultado: las trayectorias clásicas, las trayectorias más probables, eran las líneas rectas.

En presencia de materia, todos estos procesos se distorsionaban ligeramente. Gisela añadió un par de nanogramos de plomo al modelo: unos cuantos billones de átomos cuyas líneas de universo se desplazaban verticalmente por el centro del triángulo, haciendo brotar su propio manojo de partículas virtuales. Los átomos eran neutros en carga y color, pero sus electrones y sus quarks individuales todavía dispersaban fotones y gluones virtuales. Cualquier tipo de materia interfería con alguna parte del enjambre virtual y la perturbación inicial se extendía por el espacio-

tiempo dispersando a su vez partículas virtuales (eliminando rápidamente cualquier posible diferencia entre una tonelada de roca o una tonelada de neutrinos). Esta perturbación se iba debilitando conforme aumentaba la distancia según una ley aproximada de cuadrado inverso. La lluvia de partículas virtuales variaba de un lugar a otro (junto con los corrimientos de fase creados por esas partículas), con lo que los recorridos con una probabilidad más alta dejaban de obedecer la geometría del espacio-tiempo plano. El luminoso triángulo rojo con las trayectorias más probables era ahora visiblemente curvado.

La idea principal fue planteada por Sájarov: la gravedad no era más que el residuo de la cancelación imperfecta de otras fuerzas; si se comprime lo suficiente el vacío cuántico, las ecuaciones de Einstein se vienen abajo. Pero desde Einstein todas las teorías de la gravedad eran también teorías del tiempo. La relatividad exigía que la fase de rotación de una partícula en caída libre coincidiera con cualquier reloj que viaje por el mismo recorrido. Una vez que la dilatación temporal gravitatoria se correlaciona con cambios en la densidad de partículas virtuales, cada medida temporal —desde la vida media del decaimiento de un radioisótopo (estimulado por las fluctuaciones de vacío) hasta los modos vibracionales de una lámina de cuarzo (en el fondo debidos a los mismos efectos de fase responsables de la creación de los recorridos clásicos)— podría reinterpretarse a partir de interacciones con partículas virtuales.

Un siglo después de Sájarov, partiendo del trabajo de Penrose, Smolin y Rovelli, esta línea de razonamiento llevó a Kumar a concebir un modelo del espacio-tiempo como la suma cuántica de todas las redes posibles de líneas de universo correspondientes a partículas, con el «tiempo» clásico emergiendo a partir del número de intersecciones a lo largo de un filamento dado de la red. Este modelo fue un éxito sin precedentes que sobrevivió al escrutinio teórico y experimental durante siglos. Pero nunca había sido validado a escalas de longitud más pequeñas, solo accesibles con energías absurdamente altas, y no intentaba explicar la estructura básica de las redes ni las reglas que las gobernaban. Gisela quería saber de dónde venían esos detalles. Quería entender el universo en su nivel más profundo, tocar la belleza y la sencillez que subyacían a todas las cosas.

Por eso iba a participar en la Inmersión de Planck.

El mensajero volvió a captar su atención. Irradiaba etiquetas que indicaban que venía en nombre del alcalde de Cartan: software inconsciente que se encargaba del mantenimiento de las buenas relaciones con otras polis, cumpliendo con el protocolo y suavizando los pequeños conflictos en los casos en que no existían conexiones reales entre ciudadanos. Cartan había orbitado alrededor de Chandrasekhar, a noventa y siete años luz de la Tierra, durante casi tres siglos (y en la actualidad se encontraba aún más lejos del resto de las polis exploradoras), así que Gisela no era capaz de

imaginarse qué tareas diplomáticas tan urgentes podían ocupar al alcalde, y mucho menos por qué tenía que hablar con ella.

Le envió una etiqueta de activación al mensajero. Éste, respetando la continuidad estética del entorno, salió corriendo por las dunas y se detuvo delante de ella levantando una ligera nube de polvo.

—Estamos en proceso de recepción de dos visitantes de la Tierra.

Gisela se quedó atónita.

—¿De la Tierra? ¿De qué polis?

—Atenea. El primero acaba de llegar; el segundo seguirá en tránsito noventa minutos más.

Gisela nunca había oído hablar de Atenea, pero noventa minutos por persona le pareció que no auguraba nada bueno. Todo lo significativo de un ciudadano individual se podía comprimir en menos de un exabyte y enviar como una ráfaga de rayos gamma de unos cuantos milisegundos. Si querías simular un cuerpo de carne entero —célula a célula, redundantes vísceras incluidas—, era una excentricidad bastante inofensiva, pero arrastrar los detalles microscópicos de tu propio intestino delgado noventa y siete años luz era pura afectación.

—¿Qué sabes sobre Atenea? Resumiendo.

—Fue fundada en 2312, mediante una carta en la que se establecía el propósito de «recuperar las virtudes perdidas de los carnosos». En los foros públicos sus ciudadanos han mostrado poco interés en la realidad ajena a su propia polis, aparte de la historia y del arte carnosos, pero participan en algunas actividades culturales contemporáneas entre polis.

—¿Entonces por qué han venido aquí estos dos? —Gisela sonrió—. Si son refugiados del aburrimiento, ¿no crees que podían haber pedido asilo un poco más cerca de casa?

El alcalde la entendió de forma literal.

—No han adoptado la ciudadanía cartana; han entrado en la polis sólo con privilegios de visitante. En el preámbulo a su transmisión declararon que su objetivo al venir aquí era presenciar la Inmersión de Planck.

—Presenciar, ¿no participar?

—Eso dijeron.

Desde casa podían presenciar lo mismo que cualquiera que estuviera en Cartan y no participara. El equipo de la Inmersión había estado retransmitiéndolo todo: estudios, esquemas, simulaciones, discusiones técnicas, debates metafísicos. Todo se hizo público desde el primer momento, cuando la idea surgió a raíz de unas cuantas bromas y experimentos mentales sin importancia, unos años después de empezar a orbitar alrededor del agujero negro. Pero al menos ahora Gisela sabía por qué el alcalde la había elegido a ella; se había presentado voluntaria para responder a

cualquier consulta sobre la Inmersión que no pudiera responderse de forma automática con los recursos disponibles al público. Hasta ahora nadie parecía haber echado en falta ni un solo detalle importante en los informes.

—El primero, ¿sigue suspendido?

—No. Se despertó nada más llegar.

Eso era todavía más raro que el exceso de equipaje. Si viajabas con alguien, ¿por qué no retrasar la activación hasta que tu compañero te alcanzara? O mejor aún, ¿empaquetarse como bits intercalados?

—¿Pero sigue en la sala de llegadas?

—Sí.

Gisela dudó.

—¿No debería esperar a que acabara de llegar el otro? Así podría darles la bienvenida juntos.

—No.

El alcalde parecía seguro sobre este punto. Gisela deseó que el protocolo entre las polis permitiera que el software inconsciente hiciera las veces de anfitrión; se sentía muy mal preparada para el papel. Pero si empezaba a preguntarle a la gente, a buscar consejo y a estudiar en profundidad la cultura de Atenea, para cuando estuviera lista lo más probable es que los visitantes ya hubieran visto Cartan y se hubiesen vuelto a casa.

Se armó de valor y saltó.

La última persona que había rediseñado a su antojo la sala de llegadas la había convertido en un muelle de madera rodeado por un océano gris azotado por el viento. El primero de los dos visitantes seguía esperando pacientemente al borde del muelle, lo que no estaba mal; el muelle no se acababa nunca en la otra dirección y andar unos cuantos kilodeltas para nada podría haber sido un poco desalentador. Un marcador de posición estático representaba a su compañero de viaje, aún en tránsito. La anatomía de ambos iconos era sumamente realista, iban vestidos y se distinguía con claridad que uno era masculino y el otro femenino. El que no estaba paralizado, el femenino, tenía un aspecto mucho más joven. El icono de Gisela era más estilizado y su superficie, ya fuera «piel» o «ropa» —ambas podían tener sentido del tacto si así lo deseaba—, lucía una textura de líneas de reflexión difusa que estaba lejos de ajustarse a las propiedades ópticas de cualquier sustancia real.

—Bienvenida a Cartan. Soy Gisela.

Le tendió la mano y el visitante se acercó y se la estrechó; aunque era probable que ambas acciones, la que percibió y la que realizó, no tuvieran nada que ver y fueran retraducidas mediante una interlingua gestual.

—Yo soy Cordelia. Éste es mi padre, Próspero. Hemos venido desde la Tierra.

Parecía un poco aturdida, una reacción que a Gisela le pareció totalmente razonable. En Atenea, daba igual lo compleja que fuera la acción metafórica que emplearan para indicarle al software de comunicaciones que los interrumpiera, que incluyera las cabeceras explicativas y las sumas de verificación oportunas, y que luego convirtiera todo el paquete bit a bit en un haz de rayos gamma modulados, nada podía prepararlos para el hecho de que en un instante subjetivo avanzarían noventa y siete años en el tiempo y se alejarían noventa y siete años luz de casa.

—¿Has venido a ver la Inmersión de Planck?

Gisela decidió no dejar traslucir nada que pudiera revelar su asombro; no había ninguna necesidad de ser cruel diciéndole que podían haberlo visto todo desde Atenea. Por mucho que uno prefiriera los datos en tiempo real a las transmisiones a la velocidad de la luz, difícilmente merecería la pena desfasarse ciento noventa y cuatro años de tus conciudadanos.

Cordelia asintió con timidez y miró a la estatua que tenía detrás.

—En realidad, mi padre...

¿Qué quería decir? ¿Que era idea de él? Gisela esbozó una sonrisa alentadora, esperando una aclaración, pero no la hubo. Se había estado preguntando por qué un Próspero le habría puesto a su hija Cordelia, pero ahora se le ocurrió que —puestos a sucumbir a la moda de los nombres shakespearianos— lo más sensato era no poner a nadie de la misma obra en una familia.

—¿Te gustaría dar una vuelta mientras le esperas?

Cordelia se puso a mirarse los pies, como si la pregunta fuera profundamente embarazosa.

—Como quieras —dijo Gisela con una sonrisa—. Desconozco el procedimiento correcto en el caso de un familiar a medio descargar. —Y era poco probable que Cordelia lo supiera. Era evidente que los ciudadanos de Atenea no estaban acostumbrados a recorrer distancias interestelares y el ancho de banda de las conexiones en la Tierra era tan grande que nunca se lo habrían planteado—. Pero si fuera yo la que estuviera en tránsito, no me importaría lo más mínimo.

Cordelia dudó.

—¿Podría ver el agujero negro, por favor?

—Claro.

Chandrasekhar no contaba con un disco de acreción resplandeciente (tenía seis mil millones de años y hacía tiempo que había consumido todo el gas y el polvo de la región), pero podía apreciarse con claridad la impronta de su presencia en la luz ordinaria de las estrellas que lo rodeaban.

—Daremos un paseo corto y estaremos de vuelta mucho antes de que tu padre se despierte.

Gisela examinó el barbado icono; con la mirada fija en el horizonte y los brazos

en jarras, parecía que iba a ponerse a cantar en cualquier momento.

—Suponiendo que no esté ya ejecutándose con datos parciales. Juraría que le he visto mover los ojos.

Cordelia sonrió tímidamente, luego levantó la mirada y dijo en tono solemne:

—No nos empaquetaron así.

Gisela le envió una etiqueta de dirección.

—Entonces no le va a importar. Sigúeme.

Se encontraban sobre una plataforma circular en un espacio vacío. Gisela había declinado la dirección del entorno para dotar a la plataforma de «gravedad artificial» —una g constante al margen de su movimiento— y de una cúpula transparente llena de aire a temperatura y presión estándar. Era de suponer que todos los ciudadanos de Atenea estaban configurados para ignorar los parámetros de un entorno que les pudieran resultar molestos, pero aun así le pareció una buena idea pecar de precavida. En sí misma la plataforma era una componenda; tenía cinco deltas de ancho y en cierta medida protegía del vértigo, pero era lo suficientemente pequeña para que sus ocupantes pudieran ver unos cuarenta grados por debajo de la «horizontal».

Gisela se lo señaló.

—Ahí está: Chandrasekhar. Doce masas solares. A diecisiete mil kilómetros de distancia. Puedes tardar un poco en verlo; es bastante parecido a la luna nueva de la Tierra.

Había elegido las coordenadas y la velocidad con esmero. Mientras hablaba, una estrella brillante se dividió en dos y destelló hasta formar un pequeño anillo perfecto al pasar directamente por detrás del agujero.

—Salvo por los efectos de lente gravitacional, claro.

Cordelia sonrió visiblemente encantada.

—¿La vista es real?

—En parte. Se basa en todas las imágenes que hemos recibido hasta la fecha desde un enjambre de sondas; pero todavía quedan puntos de vista que no se han cubierto y tienen que interpolarse. Eso incluye el hecho de que casi seguro que nos movemos a una velocidad distinta de la de cualquier sonda que pasara por la misma ubicación, así que las cosas no se ven igual, los corrimientos Doppler y las aberraciones son distintos.

La explicación no pareció decepcionar a Cordelia.

—¿Podemos acercarnos más?

—Tanto como quieras.

Gisela envió etiquetas de control a la plataforma y se acercaron girando en espiral. Por un momento pareció como si ya no quedara mucho más por ver; el monótono disco negro que tenían delante se fue haciendo más grande, pero estaba

claro que no iba a revelarles más detalles. Sin embargo, a su alrededor empezó a formarse gradualmente un halo repleto de imágenes distorsionadas, y no hacía falta el destello de un anillo de Einstein para ver que la luz se comportaba de un modo extraño.

—¿A qué distancia estamos ahora?

—A unas treinta y cuatro M . —Cordelia pareció dudar. Gisela añadió—: Seiscientos kilómetros, pero si conviertes la masa en distancia de forma natural, son treinta y cuatro veces la masa de Chandrasekhar. Es una convención práctica; si un agujero no tiene carga ni momento angular, su masa define la escala de toda la geometría: el horizonte de sucesos siempre está a dos M , la luz forma órbitas circulares a tres M , y así sucesivamente.

Hizo aparecer un mapa del espacio-tiempo de la región que circundaba el agujero y le dio instrucciones al entorno para que grabara en él la línea de universo de la plataforma.

—Las distancias dependen del recorrido elegido, pero si consideras el agujero negro como un objeto rodeado por capas esféricas en las que la fuerza gravitatoria es constante, algo tangible que podrías medir en cada punto, puedes caracterizar cada una de ellas por un radio de curvatura sin preocuparte por los detalles acerca de cómo podrías recorrer todo el camino hasta su centro. Tras eliminar una dimensión espacial para poder introducir el tiempo, las capas esféricas se transforman en círculos y sus historias en el mapa aparecerían como cilindros concéntricos y traslúcidos.

Conforme el disco crecía, la distorsión a su alrededor se extendía cada vez más rápido. A diez M , Chandrasekhar tenía menos de sesenta grados de anchura, pero incluso en estas condiciones se podía apreciar a simple vista cómo las constelaciones situadas en la otra mitad del cielo se agrupaban, ya que los rayos de luz incidentes se veían forzados a adoptar recorridos radiales. El corrimiento al azul gravitacional, uniforme en todo el cielo, era ya suficientemente intenso como para dotar a las estrellas de un pestañeo salvaje y de un tono no tanto frío como azul ardiente. En el mapa, los conos de luz se localizaban a lo largo de sus líneas de universo respectivas —estructuras similares a un reloj de arena cónico y estilizado, formadas por todos los rayos de luz que atraviesan un punto dado en un momento dado— donde comenzaban a inclinarse en dirección al agujero negro. Los conos de luz marcaban el límite de los movimientos físicamente posibles: atravesar tu propio cono de luz implicaría superar la velocidad de la luz.

Gisela creó unos prismáticos y se los ofreció a Cordelia.

—Intenta mirar el halo.

Cordelia así lo hizo.

—¡Ah! ¿De dónde han salido todas esas estrellas?

—El efecto de lente te permite ver las estrellas que están detrás del agujero, pero

no se queda ahí. La luz que roza la capa situada a tres M órbita en parte alrededor del agujero antes de salir desviada en una nueva dirección; y no hay límite en la magnitud de la desviación si roza la capa lo suficientemente cerca.

Sobre el mapa, Gisela esbozó media docena de rayos de luz acercándose al agujero desde distintos ángulos; cada rayo avanzaba enrollándose en espiral en torno al cilindro de tres M a una distancia ligeramente distinta, y luego todos se dirigieron prácticamente en la misma dirección.

—Si observas la luz que escapa de esas órbitas, lo que ves es una imagen de todo el cielo comprimido en un anillo estrecho. Y en el borde interior del anillo hay otro pequeño anillo, y así sucesivamente; cada uno correspondiente a la luz que ha orbitado el agujero negro una vez más.

Cordelia se quedó pensando un momento.

—Pero no puede seguir así siempre, ¿verdad? ¿No acabaría la difracción distorsionando el patrón más tarde o más temprano?

Gisela asintió, ocultando su sorpresa.

—Sí. Pero aquí no te lo puedo enseñar. ¡Este entorno no puede precisar tanto!

Se detuvieron en la misma capa de tres M. Aquí el cielo se dividía perfectamente en dos mitades: un hemisferio totalmente oscuro, el otro atestado de relucientes estrellas azules. A lo largo del borde, el halo se arqueaba sobre la cúpula como una Vía Láctea de geometría imposible. Al poco de la llegada de Cartan, Gisela creó un homenaje a Escher basado en esta vista, teselando el cielo con constelaciones entrelazadas que se repetían una y otra vez en los bordes y se iban haciendo cada vez más pequeñas. Con los prismáticos a 1.000 X podían ver una especie de silueta de la propia plataforma «en la distancia»: una banda de oscuridad que bloqueaba una mínima parte del halo en todas direcciones.

Luego continuaron hacia el horizonte de sucesos, ignorando tanto las fuerzas de marea como el empuje que habrían hecho falta para avanzar tan despacio en la realidad.

Ahora las estrellas tenían su máximo de brillo en el ultravioleta, pero Gisela había dispuesto la cúpula para que filtrara todo menos la luz del espectro visible carnosos, no fuera a ser que la piel simulada de Cordelia se tomara literalmente las descripciones de la radiación. Mientras la antigua esfera celeste al completo se encogía en un pequeño disco, Chandrasekhar pareció envolverlas; la ilusión óptica era espeluznante. Si hubiesen lanzado un haz de luz que se alejara del agujero, pero no lo hubieran apuntado correctamente a esa minúscula ventana azul, se habría desviado a lo largo del mismo recorrido que una roca y habría vuelto a caer al agujero. Ningún objeto material podía hacerlo mejor; las rutas de escape posibles se reducían cada vez más. La sensación de claustrofobia hizo que Gisela se estremeciera; pronto lo estaría haciendo de verdad.

Volvieron a detenerse y se quedaron flotando de forma inverosímil justo encima del horizonte. La única iluminación les llegaba por la espalda desde un punto de ondas de radio muy desplazadas al azul. Sobre el mapa, su cono de luz futuro llevaba casi enteramente al agujero; del cilindro de dos M sólo sobresalía una pequeñísima lámina.

—¿Cruzamos? —dijo Gisela.

El rostro de Cordelia adquirió un tono violeta.

—¿Cómo?

—Pura simulación. Tan real como sea posible... pero no tanto. No nos quedaremos atrapadas, lo prometo.

Cordelia extendió los brazos, cerró los ojos e hizo como si se dejara caer de espaldas al agujero. Gisela dio instrucciones a la plataforma para que cruzara el horizonte.

La mota de cielo desapareció con un parpadeo y luego comenzó a expandirse de nuevo a toda velocidad. Gisela estaba ralentizando el tiempo un millón de veces; en la realidad habrían llegado a la singularidad en una fracción de milisegundo.

—¿Podemos detenernos aquí? —dijo Cordelia.

—¿Quieres decir detener el tiempo?

—No, sólo flotar.

—Es lo que estamos haciendo. No nos movemos.

Gisela suspendió la evolución del entorno.

—Acabo de detener el tiempo. Creo que era eso lo que querías.

Cordelia pareció que iba rebatirlo, pero luego señaló el ahora inmóvil círculo de estrellas.

—Fuera, el corrimiento hacia el azul era uniforme en todo el cielo... pero ahora las estrellas del borde son mucho más azules. No lo entiendo.

—En cierto modo no ha cambiado nada —dijo Gisela—. Si nos hubiésemos dejado caer en caída libre hacia el agujero, nos habríamos desplazado tan rápido que veríamos un rango completo de corrimientos Doppler superpuestos al corrimiento al azul gravitatorio mucho antes de cruzar el horizonte. ¿Conoces el efecto de la deriva estelar?

—Sí.

Cordelia volvió a examinar el cielo y Gisela podía prácticamente verla comprobar la explicación, imaginando el aspecto que tendría una deriva estelar desplazada al azul.

—Pero eso sólo tendría sentido si nos estuviéramos moviendo, y has dicho que no nos movíamos.

—Y no nos estamos moviendo, de acuerdo con una definición perfectamente válida. Pero no es la definición que se aplicaba fuera.

Gisela subrayó una sección vertical de su línea de universo, donde se habían quedado flotando sobre la capa de tres M.

—Fuera del horizonte de sucesos, y suponiendo que contemos con un motor lo suficientemente potente, siempre puedes permanecer estático en una capa con fuerzas de marea constantes. Así que tiene sentido elegir esto como la definición de «estático», haciendo que el tiempo en este mapa sea estrictamente vertical. Pero dentro del agujero negro esto es completamente incompatible con la experiencia; tu cono de luz se inclina tanto que tu línea de universo debe atravesar necesariamente las capas. Por lo tanto la definición más sencilla de «estático» es atravesar las capas (el opuesto de intentar permanecer en una de ellas) y hacer que el tiempo en el mapa sea estrictamente horizontal, apuntando hacia el centro del agujero.

Resaltó una sección de la nueva línea de universo horizontal.

La expresión de perplejidad de Cordelia pasó a ser de asombro.

—Entonces, cuando los conos de luz se inclinan lo suficiente... las definiciones de «espacio» y «tiempo» tienen que inclinarse con ellos.

—¡Sí! Ahora el centro del agujero está en nuestro futuro. No encontraremos la singularidad de frente espacialmente, la encontraremos en el futuro (de frente temporalmente); justo como alcanzar el Big Crunch. Y la dirección en esta plataforma que solía apuntar hacia la singularidad está ahora apuntando hacia «abajo» en el mapa, hacia lo que parece ser el pasado del agujero visto desde el exterior, pero que en realidad es una gran extensión de espacio. Frente a nosotras se extienden miles de millones de años luz (la historia completa del interior del agujero negro convertida en espacio) y se expande conforme nos acercamos a la singularidad. El único problema es que tenemos poco espacio lateral y superior, por no mencionar tiempo.

Cordelia miró fijamente el mapa, extasiada.

—Entonces, ¿el interior del agujero no es una esfera? Es una capa esférica en dos direcciones, y la historia de la capa convertida en espacio es la tercera... ¿lo que lo convierte en la superficie de un hipercilindro? Un hipercilindro que aumenta su longitud mientras que su radio se contrae. —De pronto se le iluminó el rostro—. ¿Y el corrimiento hacia el azul es del mismo tipo que cuando el universo empieza a contraerse? —Se giró hacia el cielo estático—. Con la salvedad de que este espacio sólo se contrae en dos direcciones; entonces, cuánto más tienda el ángulo de la luz hacia esas direcciones, ¿más desplazado al azul estará?

—Así es.

A Gisela ya no le sorprendía lo rápido que Cordelia lo entendía todo; lo raro era que no hubiera tenido ocasión de aprender todo lo que había que aprender sobre agujeros negros hace tiempo. Con un acceso sin restricciones a una biblioteca medio decente y un software tutor rudimentario, ella misma habría llenado las lagunas en apenas tiempo. Pero si su padre la había arrastrado hasta Cartan sólo para presenciar

la Inmersión, ¿cómo podía haberse quedado cruzado de brazos y haber permitido que la cultura de Atenea se interpusiera en su educación? No tenía sentido.

Cordelia levantó los prismáticos y miró a ambos lados abarcando el agujero.

—¿Por qué no puedo vernos?

—Buena pregunta. ¡í

Gisela dibujó un rayo de luz en el mapa. El rayo estaba enfocado lateralmente saliendo de la plataforma justo después de que cruzaran el horizonte.

—En la capa de tres M, un rayo como éste habría seguido una trayectoria espaciotemporal en forma de hélice y habría regresado a nuestra línea de universo después de una revolución. Pero aquí, la hélice se ha invertido y estirado hasta convertirse en una espiral. En el mejor de los casos sólo le daría tiempo a dar medio giro alrededor del agujero antes de llegar a la singularidad. Nada de la luz que hemos emitido desde que cruzamos el horizonte puede volver a nosotras.

»Eso si asumimos que se trata de un agujero negro de Schwarzschild perfectamente simétrico, que es lo que estamos simulando. Y es muy probable que un agujero antiguo como Chandrasekhar haya acabado teniendo una geometría muy parecida a la de Schwarzschild. Pero cerca de la singularidad, incluso la luz en caída libre se desplazaría al azul lo bastante como para perturbar la geometría, y cualquier cosa más masiva, como por ejemplo nosotras si realmente estuviéramos aquí, provocaría cambios caóticos incluso antes.

Le dio instrucciones al entorno para que cambiara a una geometría de Belinsky-Khalatnikov-Lifshitz, y luego reinició el tiempo. Las estrellas empezaron a titilar distorsionadas, como vistas a través de una atmósfera turbulenta, y luego el mismo cielo pareció hervir, barrido por oleadas convulsas de corrimientos hacia el rojo y el azul.

—Si tuviéramos cuerpo y fuera suficientemente fuerte para resistir las fuerzas de marea, las sentiríamos oscilando violentamente al pasar por regiones que se colapsan y se expanden en direcciones opuestas.

Para ilustrarlo modificó el mapa del espacio-tiempo y lo amplió para que se viera mejor. Cerca de la singularidad, los cilindros de fuerza de marea constante que antes eran regulares ahora se desintegraban en una espuma aleatoria de burbujas todavía más finas y distorsionadas.

Cordelia examinó el mapa con una expresión de consternación.

—¿Cómo vais a poder calcular nada en esas condiciones?

—No vamos a hacerlo. Esto es un caos, pero los sistemas caóticos son fácilmente manipulables. ¿Conoces la teología tipleriana? ¿La doctrina que dice que deberíamos reorganizar el universo para permitir que la capacidad de cálculo infinita llegue antes que el Big Crunch?

—Sí.

Gisela abrió los brazos para abarcar todo Chandrasekhar.

—Reorganizar un agujero negro es más fácil. En un universo cerrado lo único que se puede hacer es reorganizar lo que ya está ahí. En el caso de un agujero negro se puede añadir más materia y más radiación desde cualquier dirección. Haciendo esto esperamos conducir la geometría hacia un colapso más ordenado; no hacia la versión de Schwarzschild, sino hacia una que permita que la luz circunnavegue el espacio del interior del agujero varias veces. La Cartan Null estará formada por haces de luz contrarrotantes, modulados con pulsos como las cuentas de un collar. Al atravesarse unos con otros, los pulsos interactuarán. El corrimiento hacia el azul hará que alcancen energías tan altas que podrá producirse creación de pares, y al cabo de un tiempo serán incluso tan altas que crearán sus propios efectos gravitatorios. Esos haces serán nuestra memoria y sus interacciones guiarán todos nuestros cálculos. Si tenemos suerte, casi hasta alcanzar la escala de Planck: diez elevado a menos treinta y cinco metros.

Cordelia consideró esto en silencio y luego preguntó dubitativa:

—¿Pero hasta dónde llegará vuestra capacidad de cálculo?

—¿En total? —Gisela se encogió de hombros—. Eso depende de los detalles de la estructura del espacio-tiempo a la escala de Planck, detalles que no conoceremos hasta que no estemos dentro. Existen algunos modelos que nos permitirían hacer la cosa tipleriana en miniatura: capacidad de cálculo infinita. Pero la mayoría da un rango de respuestas finitas, algunas grandes, otras pequeñas.

Cordelia se puso triste. ¿Acaso no conocía el destino de los saltadores desde el principio?

—No sé si sabes que vamos a enviar clones —dijo Gisela—. ¡Nadie va a poner su única versión en la Cartan Null!

—Lo sé. —Cordelia apartó la mirada—. Pero una vez que seas el clon... ¿no tendrás miedo a morir?

Esto le tocó la fibra a Gisela.

—Tal vez un poco al principio. Y al final ninguno. Mientras siga existiendo la menor posibilidad de cálculo infinito, o incluso de algún descubrimiento exótico que nos pueda permitir escapar, nos aferraremos al miedo a la muerte. ¡Debería ayudar a motivarnos para probar todas las opciones! Pero si llega el momento y vemos que la muerte es inevitable, desactivaremos la vieja respuesta instintiva y simplemente lo aceptaremos.

Cordelia asintió con educación, pero no parecía nada convencida. Si hubieses crecido en una polis que celebraba «los valores carnosos perdidos», en el mejor de los casos te habría parecido que Gisela mentía, y en el peor que se estaba automutilando.

—¿Podemos volver ya, por favor? Mi padre despertará pronto.

—Claro.

Gisela quería decirle algo más a esta niña extraña y solemne para que se tranquilizara, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Así que dando un salto salieron juntas del entorno —y de sus conos de luz ficticios— y abandonaron la simulación antes de que ésta se viera forzada a admitir que no les podía ofrecer ni la opción de profundizar en sus conocimientos ni la posibilidad de morir.

Cuando Próspero despertó, Gisela se presentó y le preguntó qué quería ver. Ella sugirió un esquema de la Cartan Null. Por delicadeza había decidido no mencionar que Cordelia ya había visitado Chandrasekhar, pero ofrecerle un entorno que ninguno de los dos había visto parecía una manera diplomática de eludir el problema.

Próspero le sonrió con indulgencia.

—Estoy seguro de que su Ciudad Fugaz está diseñada con mucho ingenio, pero eso carece de interés para mí. He venido a escudriñar sus motivos, no sus máquinas.

—¿Nuestros motivos? —Gisela se preguntó si no había habido un error de traducción—. Queremos saber más sobre la estructura del espacio-tiempo. ¿Qué otro motivo podría tener alguien para saltar a un agujero negro?

La sonrisa de Próspero se amplió.

—Eso es lo que he venido a comprobar. Aparte del mito de Pandora, existen muchas más opciones: Prometeo, Don Quijote, el Grial, por supuesto... tal vez incluso Orfeo. ¿Albergan la esperanza de rescatar a los muertos?

—¿Rescatar a los muertos? —Gisela se quedó estupefacta—. Oh, ¿se refiere a la resurrección tipleriana? No, no está en nuestros planes. Aunque alcanzáramos una capacidad de cálculo infinita, lo que es poco probable, no tendríamos suficiente información para recrear a ningún carnosos muerto en particular. En cuanto a resucitar a todo el mundo mediante fuerza bruta, emulando todos los seres conscientes posibles... no habría una manera segura de descartar por adelantado las emulaciones que experimentarían un sufrimiento extremo... y estadísticamente es muy probable que superen a las demás en una proporción de alrededor de diez mil a uno. Así que todo el asunto sería terriblemente inmoral.

—Ya veremos. —Próspero desdeñó sus objeciones con un gesto de la mano—. Lo importante es que vea a todos los pasajeros de Caronte cuanto antes.

—¿Caronte...? ¿Quiere decir el equipo de la Inmersión?

Próspero negó con la cabeza con una expresión de agobio, como si no le hubiesen comprendido, pero dijo:

—Sí, reúna a su «equipo de la Inmersión». Déjeme hablar con todos ellos. ¡Me hago cargo de cuánta falta hago aquí!

Gisela estaba más desconcertada que nunca.

—¿Cuánta falta? Es usted bienvenido, por supuesto... ¿pero en qué sentido hace usted falta?

Cordelia alargó la mano y tiró del brazo de su padre.

—¿Podemos esperar en el castillo? Estoy muy cansada.

No se atrevió a mirarle a los ojos a Gisela.

—¡Por supuesto, querida mía!

Próspero se inclinó y la besó en la frente. Se sacó un pergamino enrollado de la toga y lo lanzó al aire. Éste se desplegó y formó un portal que se quedó flotando sobre el océano junto al muelle. El portal conducía a un entorno soleado. Gisela podía ver unos vastos jardines llenos de vegetación, edificios de piedra, caballos alados en el aire.

Menos mal que habían comprimido su alojamiento de manera más eficiente que sus cuerpos, de lo contrario habrían ocupado el enlace de rayos gamma durante casi una década.

Cordelia atravesó el portal cogiendo de la mano a Próspero, intentando hacerle cruzar. Intentado, Gisela se percató finalmente, que cerrara la boca antes de que la avergonzara aún más.

No lo consiguió. Con un pie todavía en el muelle, Próspero se giró hacia Gisela.

—¿Por qué me necesitan? ¡He venido para ser su Homero, su Virgilio, su Dante, su Dickens! ¡Estoy aquí para extraer la esencia mítica de esta gloriosa y trágica empresa! ¡Estoy aquí para obsequiarles con un regalo infinitamente mayor que la inmortalidad a la que aspiran!

Gisela no se molestó en señalar, una vez más, que estaba segura de que su esperanza de vida dentro del agujero iba a ser más corta que fuera de él.

—¿Cómo es eso?

—¡Estoy aquí para convertirlos en leyenda! Próspero salió del muelle y el portal se contrajo a su espalda. Gisela se quedó mirando el océano en la distancia, sin ver nada, y luego se sentó muy despacio y dejó que sus pies oscilaran en el agua helada.

Ciertas cosas empezaban a tener sentido.

—Pórtate bien —suplicó Gisela—. Hazlo por Cordelia. Timón se mostró ofendido y confuso.

—¿Qué te hace pensar que no me voy a portar bien? Siempre me porto bien.

Por un instante abandonó su habitual icono angular —todo estructuras que parecían cajas torácicas y varillas empalmadas— y se transformó en un osito de peluche con ojos de botón. Gisela gruñó suavemente.

—Escucha. Si tengo razón, si está pensando en emigrar a Cartan, será la decisión más difícil que haya tomado nunca. Si pudiera marcharse de Atenea sin más, ya lo habría hecho, no se complicaría la vida haciendo que su padre crea que venir aquí fue idea suya. —¿Por qué estas tan segura de que no lo fue? —A Próspero no le interesa la realidad; sólo pudo enterarse de la Inmersión a través de Cordelia, se lo tuvo que

contar ella. Habrá elegido Cartan porque está lo bastante lejos de la Tierra para romper limpiamente, y la Inmersión le dio la excusa que necesitaba, un tema ideal para el «talento» de su padre, el cebo perfecto. Pero hasta que no esté lista para contarle que no va a volver, no debemos alienarlo. No debemos complicarle más las cosas.

Timón puso los ojos en blanco en su cráneo anodizado.

—¡De acuerdo! ¡Te seguiré el juego! Supongo que existe la posibilidad de que la estés interpretando bien. Pero si te equivocas...

Próspero eligió ese momento para hacer su entrada. Llevaba puesta la toga, que ondeaba al viento, y se hacía acompañar por su hija. Estaban en un entorno creado para la ocasión según las especificaciones de Próspero: una habitación con la forma de dos pirámides cuadradas truncadas y unidas por la base, revestidas de blanco; por una ventana trapezoidal se apreciaba una vista de Chandrasekhar a veinte M. Gisela nunca había visto este estilo; Timón lo bautizó como «astrokitsch ateniano».

Los cinco miembros del equipo de la Inmersión estaban sentados en torno a una mesa semicircular. Próspero permaneció delante de ellos mientras Gisela hacía las presentaciones: Sachio, Tiet, Vikram, Timón. Había hablado con todos ellos y les había planteado el caso de Cordelia, pero la concesión desgana de Timón era lo más parecido a una garantía que había conseguido. Cordelia se quedó en un rincón de la habitación con la mirada baja.

—Durante casi mil años —arrancó Próspero con sobriedad—, nosotros, los descendientes de la carne, hemos vivido nuestras vidas envueltos en sueños de heroicas hazañas inmemoriales. Pero hemos soñado en vano con una nueva Odisea que nos inspire, con nuevos héroes que acompañen a los antiguos, con nuevas maneras de volver a contar los mitos de siempre. Tres días más y vuestro viaje se habría desperdiciado, lo habríamos perdido para siempre. —Sonrió con orgullo—. ¡Pero he llegado a tiempo de arrancar vuestra leyenda de las mismas fauces de la gravedad!

—No se iba a perder nada —dijo Tiet—. Los datos sobre la Inmersión se retransmiten a todas las polis y se archivan en todas las bibliotecas.

El icono de Tiet era como una estatua flexible y enjoyada tallada en ébano.

Próspero hizo un gesto desdeñoso con la mano

—Una sarta de tecnicismos. En Atenea, bien podría haber pasado por el rumor de las olas.

Tiet arqueó una ceja

—Si su vocabulario es pobre, auméntelo; no espere que nosotros empobrezcamos el nuestro. ¿Nos contaría usted la historia de la Grecia clásica sin mencionar el nombre de ninguna ciudad-estado?

—No. Pero ésos son términos universales, parte de nuestra herencia común...

—Son términos que no significan nada fuera de una pequeña región del espacio y de un breve periodo de tiempo. Al contrario que los términos necesarios para describir la Inmersión, que pueden aplicarse a cada femtómetro cuártico del espacio-tiempo.

—Sea como fuere — replicó Próspero con algo de frialdad—, en Atenea preferimos la poesía a las ecuaciones. Y he venido a honrar su viaje en un lenguaje que resonará en la imaginación durante milenios.

—¿Así que usted piensa que está mejor cualificado para contar la Inmersión que los participantes? —dijo Sachio, quien se presentaba como una lechuza posada en el interior de la cabeza de una jaula de hierro forjado, con forma de carnosos y llena de estorninos.

—Soy narratólogo.

—¿Tiene algún tipo de formación especializada?

Próspero asintió orgulloso.

—Aunque en realidad, es una vocación. Cuando los antiguos carnosos se reunían alrededor del fuego, era yo quien contaba historias hasta bien entrada la noche sobre cómo los dioses luchaban entre ellos y sobre cómo hasta los guerreros mortales eran elevados al cielo para crear las constelaciones.

—Y yo era el que estaba sentado enfrente —respondió Timón con cara de póquer—, y le decía que su perorata no era más que un montón de tonterías.

Gisela estaba a punto de girarse hacia él para reprenderle por romper su promesa, cuando se dio cuenta de que le había hablado sólo a ella, encaminando los datos por fuera del entorno. Le dedicó una mirada venenosa.

La lechuza que era Sachio parpadeó perpleja.

—Pero para usted la Inmersión es algo incomprendible. ¿Cómo puede estar capacitado para explicársela a los demás?

Próspero negó con la cabeza.

—He venido para crear enigmas, no explicaciones. He venido para darle al relato de vuestro descenso una forma que perdurará mucho después de que vuestras bibliotecas se hayan convertido en polvo.

—¿Cómo va a darle forma? —Cuando quería, Vikram era tan anatómicamente perfecto como un bosquejo de Da Vinci, pero carecía de los signos que delataban a una simulación fisiológica: no había sudor, ni piel muerta, ni pelos caídos—. ¿Quiere decir... cambiando las cosas?

—Para extraer la esencia mítica, los meros detalles tienen que estar al servicio de una verdad más profunda.

—Creo que eso era un sí —dijo Timón.

Vikram se encogió de hombros amistosamente.

—¿Y qué es lo que cambiará exactamente? —Abrió los brazos y los extendió

para abarcar a sus compañeros de equipo—. Si nos va a mejorar, no nos diga cómo.

—Para empezar —Próspero dijo con cautela—, cinco es un número que dice poco. Siete tal vez, o doce.

—Ufff. —Vikram sonrió—. Sólo extras enigmáticos; no se va a cargar a nadie.

—Y el nombre de su nave...

—¿Cartan Null? ¿Qué tiene de malo? Cartan fue un gran matemático carnosos que clarificó el significado y las consecuencias del trabajo de Einstein. «Nuil» porque la nave está construida con geodésicas nulas: las trayectorias que siguen los rayos de luz.

—Para la posteridad —declaró Próspero—, sonará mejor como «la Ciudad Fugaz»; sólo la esencia, sin la carga de vuestras desafortunadas palabras.

—Esta polis se llama así por Élie Cartan —dijo Tiet fríamente—. Y su clon en el interior de Chandrasekhar seguirá honrando a Élie Cartan. Si no está dispuesto a respetarlo, más le valdría volverse a Atenea ahora mismo, porque ninguno de los presentes va a cooperar con usted lo más mínimo.

Próspero miró al resto de los presentes, posiblemente buscando alguna muestra de desacuerdo. Gisela tenía sensaciones encontradas; las paparruchas mitopoéticas de Próspero no sobrevivirían a la verdad en las bibliotecas, daba igual lo que se inventara, así que en cierto sentido poco importaba lo que dijeran. Pero era obvio que si no le paraban los pies en algún momento su presencia se haría insoportable enseguida.

—Muy bien. Cartan Null —dijo—. Además de un artista también soy artesano; puedo trabajar con arcilla impura.

Mientras la reunión se disolvía, Timón se llevó a Gisela a un rincón. Antes de que pudiera empezar a quejarse, le dijo:

—Si crees que no puedes ni pensar en cómo vas aguantar tres días más, imagina lo que es para Cordelia.

Timón negó con la cabeza.

—Mantendré mi palabra. Pero ahora que he visto a lo que se enfrenta... Sinceramente, no creo que vaya a conseguirlo. Si se ha pasado toda la vida envuelta en propaganda sobre la edad de oro de los carnosos, ¿cómo esperas que pueda ver más allá? Una polis como Atenea forma una superficie memética cerrada: junta a unos cuantos Prósperos en el mismo sitio y ya no hay escapatoria.

Gisela le miró frunciendo el ceño.

—Ahora está aquí, ¿no? No intentes decirme que sólo porque fue creada en Atenea tiene que quedarse allí para siempre. Las cosas no son tan simples. Hasta los agujeros negros emiten radiación de Hawking.

—La radiación de Hawking no contiene ninguna información. Es ruido térmico; no te puedes escapar con ella.

Timón movió dos dedos siguiendo una línea diagonal imaginaria, el gesto para «QED».

—Sólo es una metáfora, idiota —dijo Gisela—, no un isomorfismo. Si no puedes entenderlo, tal vez seas tú el que debería mover su culo hasta Atenea.

Timón hizo como que apartaba la mano de algo que le iba a morder y desapareció.

Gisela se quedó mirando el entorno vacío, enfadada consigo misma por haber perdido los nervios. Al otro lado de la ventana, Chandrasekhar seguía tranquilamente destruyendo el espacio-tiempo, como lo había estado haciendo los últimos seis mil millones de años.

—Y espero que te equivoques —dijo.

Cincuenta horas antes de la Inmersión, Vikram ordenó a las sondas en las órbitas más bajas que empezaran a descargar nanomáquinas por el horizonte de sucesos. Gisela y Cordelia se unieron a él en el entorno de control, una gran sala llena de mapas y aparatos para manipular los equipos esparcidos en el perímetro de Chandrasekhar. Próspero estaba fuera interrogando a Timón, una pesadilla por que la que acababa de pasar Vikram. Hablaba todo el rato de los «deseos edípicos» y el «simbolismo uterino-vaginal», aunque Vikram había informado felizmente a Próspero de que hasta dónde él sabía, en Cartan nadie había mostrado nunca mucho interés por ninguno de los dos órganos. Gisela se preguntó de qué modo concreto habrían creado a Cordelia; las emulaciones serviles del parto carnosos eran algo en lo que ni siquiera podía pensar.

Las nanomáquinas formaban un hilillo de materia, únicamente de unas cuantas toneladas por segundo. Pero en las profundidades del agujero medirían la curvatura a su alrededor —teniendo en cuenta tanto la luz de las estrellas como las señales de las nanomáquinas que venían detrás— y luego modificarían la distribución de su propia masa colectiva de tal modo que dirigirían la geometría futura del agujero más cerca del objetivo. Toda desviación de la caída libre suponía deshacerse de fragmentos moleculares y sacrificar energía química, pero antes de que se destrozaran por completo a sí mismas alumbrarían máquinas fotónicas diseñadas para ejecutar la misma operación a una escala más pequeña.

Era imposible saber si algo de eso iba a funcionar de acuerdo con el plan o no, pero en el entorno había un mapa que mostraba el resultado esperado. Vikram esbozó un par de conjuntos de rayos de luz girando en direcciones opuestas.

—No podemos evitar que el espacio se colapse en dos direcciones y se expanda en la tercera; a no ser que descarguemos tanta materia que se colapse en las tres, lo que sería aún peor. Pero podemos cambiar la dirección de la expansión de forma continua, rotándola noventa grados una y otra vez, compensándolo todo. Eso permite

que la luz realice una serie de órbitas completas (cada una dura aproximadamente una centésima parte de lo que duró la anterior) y también significa que hay periodos de contracción en los haces, que compensan los efectos de desenfoque de los periodos de expansión.

Los dos conjuntos de rayos oscilaron entre secciones eficaces circulares y elípticas conforme la curvatura los estiraba y los aplastaba. Cordelia creó una lupa y los siguió al «interior»: hacia adelante en el tiempo, hacia la singularidad.

—Si los periodos orbitales forman una serie geométrica —dijo—, no hay límite para el número de órbitas que se pueden encajar antes de la singularidad. Y la longitud de onda se desplaza al azul proporcionalmente al tamaño de la órbita, con lo que los efectos de difracción nunca dominan. Entonces, ¿qué es lo que os impide hacer cálculos infinitos?

—Para empezar —respondió Vikram con cautela—, una vez que los fotones en colisión comiencen a crear pares partícula-antipartícula, habrá un rango de energías para cada especie de partícula en el momento en que se desplace a una velocidad tan por debajo de la velocidad de la luz que los pulsos empiecen a dispersarse. Pensamos que la forma y el periodo que le hemos dado a los pulsos permitirá que se salven todos los datos, pero bastaría con una partícula masiva desconocida para que todo el flujo se convierta en un galimatías sin sentido.

Cordelia levantó la mirada hacia él con una expresión esperanzada.

—¿Y si no hay partículas desconocidas?

Vikram se encogió de hombros.

—En el modelo de Kumar el tiempo está cuantizado, por lo que la frecuencia de los haces no puede seguir aumentando indefinidamente. Y la mayoría de las teorías alternativas también implican que todo el planteamiento acabará fallando, por el motivo que sea. Mi única esperanza es que lo haga tan despacio que nos permita entender por qué, antes de que dejemos de ser capaces de entender nada. —Soltó una carcajada—. ¡No pongas esa cara tan triste! Será como... la muerte de la rama de un árbol. Y puede que por un instante lleguemos a entender algo que jamás habríamos podido vislumbrar desde fuera del agujero.

—¿Pero de qué os servirá? —protestó Cordelia—. No podréis contárselo a nadie.

—Ah, la tecnología y la fama. —Vikram hizo una pedorreta—. Escucha, si mi clon muere y no aprende nada, morirá igualmente feliz sabiendo que yo continúo fuera. Y si aprende todo lo que espero que aprenda... estará demasiado extasiado para seguir viviendo.

Vikram compuso su rostro como la viva imagen de la seriedad exagerada, quitándole hierro a su propia hipérbole, y a Cordelia se le escapó una sonrisa. Gisela había empezado a preguntarse si una lástima morbosa por el destino de los saltadores bastaría para espantarla definitivamente de Cartan.

—Entonces, ¿qué hace que valga la pena? —dijo Cordelia—. ¿Cuál es vuestra máxima aspiración?

Vikram bosquejó un diagrama de Feynman en el aire.

—Si damos por hecho el espacio-tiempo, la simetría rotacional más la mecánica cuántica nos dan un conjunto de reglas para tratar con el espín de una partícula. Penrose le dio la vuelta a esta idea y demostró que el concepto de «el ángulo entre dos direcciones» se puede crear de la nada en una red de líneas de universo, siempre y cuando obedezcan esas reglas de espín. Supongamos que un sistema de partículas con un espín total dado lanza un electrón a otro sistema, y en el proceso el espín del primer sistema decrece. Si conociéramos el ángulo entre los dos vectores de los espines, podríamos calcular la probabilidad de que el segundo espín aumentase en lugar de que disminuyese... pero si el concepto de «ángulo» ni siquiera existe todavía, podemos invertir el proceso y definirlo a partir de la probabilidad obtenida al observar todas las redes en las que el segundo espín ha aumentado.

»Kumar y otros ampliaron esta idea para abarcar simetrías más abstractas. A partir de una lista de reglas sobre lo que constituye una red válida y sobre cómo asignar una fase a cada una de ellas, ahora podemos derivar toda la física conocida. Pero lo que yo quiero saber es si existe una explicación más profunda para esas reglas. ¿Son el espín y los otros números cuánticos realmente elementales, o son producto de algo más fundamental? Y cuando las redes se refuerzan o se cancelan mutuamente dependiendo de la diferencia de fase entre ellas, ¿se trata de algo básico que tenemos que aceptar, o hay una maquinaria oculta bajo las matemáticas?

Timón apareció en el entorno y se llevó a Gisela a un lado.

—He cometido una pequeña infracción y, conociéndote, acabarás enterándote de todos modos. Y esto es una confesión con la esperanza de que me perdones.

—¿Qué has hecho?

Timón la miró nervioso.

—Próspero divagaba sobre cómo la cultura carnosa es la vía hacia todo conocimiento. —Se transformó en una imitación perfecta y repitió las palabras de Próspero con su misma voz—: «La clave de la astronomía reside en el estudio de los grandes astrólogos egipcios y el núcleo de las matemáticas se revela en los rituales de los místicos pitagóricos...»

Gisela se llevó las manos a la cara; a ella misma le hubiese costado contenerse.

—¿Y tú le dijiste...?

—Le dije que si en algún momento de su vida se veía enfundado en un traje espacial, flotando entre las estrellas, debería intentar estornudar en la visera del casco para mejorar la vista.

Gisela se partió de risa. Timón preguntó esperanzado:

—¿Significa eso que estoy perdonado?

—No. ¿Cómo se lo tomó?

—Difícil decirlo. —Timón se encogió de hombros—. No estoy seguro de que sea capaz de captar un insulto. Requeriría imaginar que alguien pueda llegar a pensar que él es menos que esencial para el futuro de la civilización.

—Dos días más —dijo Gisela con tono severo—. Esfuéstrate más.

—Esfuéstrate tú. Ahora te toca a ti.

—¿Qué?

—Próspero quiere verte. —Timón sonrió congratulándose con malicia—. Es hora de que te extraigan tu propia «esencia mítica».

Gisela miró a Cordelia, que hablaba animadamente con Vikram. Atenea y Próspero la habían asfixiado; sólo lejos de ambos podía ser ella misma. La decisión de emigrar era sólo suya, pero Gisela nunca se perdonaría si hacía algo que echase a perder la oportunidad.

—Pórtate bien —dijo Timón.

El equipo de la Inmersión había decidido no dar ningún tipo de despedida a los clones. Sus instantáneas ralentizadas se incorporarían al plano de la Cartan Null sin llegar a ejecutarse fuera de Chandrasekhar. Cuando Gisela se lo contó a Próspero, éste se sintió horrorizado, pero casi al momento se volvió a animar; ahora tenía aún más margen para inventarse alguna despedida ritual para los viajeros sin que la verdad se entrometiera.

Con todo, el equipo al completo se reunió en el entorno de control, junto con Próspero, Cordelia y unos cuantos amigos. Gisela se separó del grupo de gente mientras Vikram daba la cuenta atrás. Al llegar a «diez» le dio instrucciones a su exoser para que la clonase. Al llegar a «nueve» envió la instantánea a la dirección (transmitida por un icono) para el archivo de la Cartan Null. El archivo era un conjunto estilizado de haces de luz contrarrotantes que flotaba en medio del entorno. Cuando la etiqueta llegó de vuelta confirmando la transacción, sintió que había perdido algo. La Inmersión ya no formaba parte de su futuro lineal, aunque pensara en el clon como una parte de su yo ampliado.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! —gritó un exuberante Vikram.

Agarró el icono de la Cartan Null y lo lanzó a un mapa del espacio-tiempo en torno a Chandrasekhar. Esto activó un estallido de rayos gamma que partió de la polis hasta una sonda con una órbita de ocho M; desde aquí, los datos se tradujeron en nanomáquinas diseñadas para recrearlos en una forma activa y fotónica; y esas nanomáquinas se unieron al chorro que caía en cascada en el agujero.

Sobre el mapa y a medida que se acercaba a la capa de dos M, el icono de caída libre se posicionó en una línea de universo vertical «estática». Fracciones sucesivas de tiempo constante en el marco estático que estaba fuera del agujero nunca llegaban

a cruzar el horizonte, se limitaban a pegarse a él; de acuerdo con una definición, las nanomáquinas tardarían literalmente un tiempo infinito en entrar en Chandrasekhar.

De acuerdo con otra, la Inmersión había concluido. En su propio marco, las nanomáquinas habrían tardado menos de un milisegundo y medio en caer desde la sonda hasta el horizonte, y un poco más en llegar al punto desde el que se lanzó la Cartan Null. Y por mucho tiempo subjetivo que hubieran experimentado los Saltadores, por muchos cálculos que se hubiesen hecho en el camino, toda la región de espacio que contenía la Cartan Null habría sido aplastada contra la singularidad unos cuantos microsegundos más tarde.

—Si los saltadores escaparon del agujero utilizando el efecto túnel, habría una paradoja, ¿verdad?

Gisela se dio la vuelta; no se había dado cuenta de que Cordelia estaba detrás de ella.

—Cuando emergieran, no habrían caído todavía; así que podrían bajar en picado y agarrar las nanomáquinas, evitando sus propios nacimientos.

La idea parecía perturbarla.

—Sólo si el efecto túnel los colocó cerca del horizonte —dijo Gisela—. Si aparecieron más lejos, digamos aquí en Cartan, ahora mismo, ya llegarían demasiado tarde. Las nanomáquinas habrían dispuesto de una ventaja excesiva; el hecho de que en nuestro marco de referencia prácticamente no se muevan no las convierte en un objetivo fácil si las vas persiguiendo. Incluso a la velocidad de la luz, nada podría atraparlas desde aquí.

Esto pareció animar un poco a Cordelia.

—¿Entonces escapar no es imposible?

—Bueno...

Gisela pensó en enumerar algunos de los demás problemas, pero entonces se le ocurrió que tal vez la pregunta tenía que ver con algo completamente distinto.

—No. No es imposible.

Cordelia le dedicó una sonrisa cargada de complicidad.

—Qué bien.

—¡Acudid! —vociferó Próspero—. ¡Acudid ahora y escuchad *La balada de la Cartan Null* —Creó un podio, que surgió bajo sus pies.

Timón se acercó con sigilo a Gisela y le susurró:

—Como saque un laúd, mando mis sentidos a otra parte.

No lo sacó. El verso blanco fue recitado sin acompañamiento musical. Sin embargo, el contenido era aún peor de lo que Gisela se temía. Próspero había ignorado todo lo que ella y los demás le habían contado. En su versión de los hechos «la tripulación de Caronte» se adentró en el «abismo de la gravedad» por razones que se había sacado de la manga: para escapar, respectivamente, de un romance

frustrado/una venganza por un crimen innombrable/el hastío de la longevidad; para resucitar a un antepasado carnoso desaparecido; para entrar en contacto con «los dioses». Las preguntas universales que los saltadores esperaban contestar en realidad —la estructura del espacio-tiempo a la escala de Planck, los fundamentos de la mecánica cuántica— ni siquiera eran mencionadas.

Gisela miró a Timón, pero éste parecía que se tomaba extremadamente bien la noticia de que su única versión se había escapado a Chandrasekhar para evitar el castigo por una atrocidad indecible; su cara denotaba perplejidad, pero no parecía enfadado.

—Este hombre vive en el infierno —dijo suavemente—. En toda su vida no verá otra cosa que mucosidad en la visera.

El público permaneció en silencio cuando Próspero empezó a «describir» la Inmersión misma. Timón se puso a mirar fijamente el suelo sonriendo divertido. La expresión de Tiet era de aburrimiento imparcial. Vikram no dejaba de mirar furtivamente una pantalla que tenía detrás, comprobando si la débil radiación gravitatoria emitida por las nanomáquinas que entraban en el agujero seguía concordando con sus predicciones.

Fue Sachio quien finalmente perdió el control y le interrumpió furioso:

—¿La Cartan Null es una especie de imagen fantasmal de un entorno, llena de iconos fantasmales, que flota por el vacío adentrándose en el agujero?

Más que indignado, Próspero parecía sorprendido por la interrupción.

—Es una ciudad de luz. Translúcida, etérea...

La lechuza en el cráneo de Sachio resopló un montón de plumas.

—Ningún estado de ningún fotón se parecería a eso. Lo que usted describe no podría existir nunca y en el caso de que existiera, no podría ser consciente.

Sachio había trabajado décadas en el problema de dotar a la Cartan Null de libertad para procesar datos sin alterar la geometría a su alrededor.

Próspero abrió los brazos en un gesto conciliador.

—La narración de una búsqueda arquetípica tiene que mantenerse simple. Llenarla de detalles técnicos...

Sachio inclinó ligeramente la cabeza, las puntas de los dedos en la frente, descargando información de la biblioteca de la polis. —¿Tiene idea de lo que es una narración arquetípica? —Un mensaje de los dioses, o de las profundidades del alma; ¿quién sabe? Pero en ella se encierran los más profundos y misteriosos...

—Es el producto de unos cuantos atractores aleatorios en la neurofisiología carnosa —le interrumpió Sachio con impaciencia—. Siempre que una historia más compleja o sutil se propagaba oralmente, termina degenerando en una narrativa arquetípica. Una vez inventada la escritura, eran única y exclusivamente creadas de forma deliberada por carnosos que no podían entender lo que eran. Si todas las

grandes esculturas de la antigüedad se hubiesen caído en un glaciar, a estas alturas se habrían visto reducidas a una serie predecible de guijarros esferoidales; eso no hace del guijarro esferoidal la cumbre de la disciplina. Lo que usted ha creado no sólo no tiene nada de verdad, tampoco tiene ningún mérito estético.

Próspero se quedó atónito. Paseó la mirada por la habitación, expectante, como si esperase que alguien hablara en defensa de la balada.

Nadie dijo nada.

Se había acabado: el fin de la diplomacia. Gisela habló en privado con Cordelia, susurrándole con urgencia:

—¡Quédate en Cartan! ¡Nadie te puede obligar a marcharte! Cordelia se volvió hacia ella claramente asombrada. —Pero pensaba...

Se quedó callada, reconsiderando algo, ocultando su sorpresa.

Luego dijo:

—No puedo quedarme.

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide? No puedes quedarte atrapada en Atenea.

Gisela se contuvo; por muy raro que fuera lo que la ataba al lugar, menospreciarlo no serviría de mucho. Próspero refunfuñaba sin dar crédito: —¡Ingratitud! ¡Ingratitud abyecta!

Cordelia lo observó con tristeza y cariño al mismo tiempo. —No está preparado.

Se volvió hacia Gisela y le habló claramente:

—Atenea no va a durar siempre. Ese tipo de polis se forman y decaen; hay demasiadas posibilidades reales para que la gente se aferre un siglo tras otro a una cultura santificada de forma arbitraria. Pero él no está preparado para la transición; ni siquiera se da cuenta de que no hay otra alternativa. No puedo abandonarlo ahora. Va a necesitar que alguien le ayude a superarlo.

De repente sonrió traviesa.

—Pero me he ahorrado dos siglos de espera. Por lo menos el viaje ha servido para eso.

Por un momento Gisela no supo qué decir, avergonzada ante la fuerza del amor de esta niña. Luego le envió a Cordelia una serie de etiquetas.

—Son referencias a las mejores bibliotecas de la Tierra. Ahí encontrarás el material de verdad, no una versión descafeinada de la física carnosa.

Próspero hizo desaparecer el podio y volvió a estar en el suelo.

—¡Cordelia! Ven conmigo. ¡Dejemos a estos bárbaros en la oscuridad que se merecen!

Aunque sentía gran admiración por la lealtad de Cordelia, a Gisela no dejaba de entristecerle su decisión.

—Pertenece a Cartan —dijo con torpeza—. Tendría que haber sido posible. Tendríamos que haber encontrado la forma.

Cordelia negó con la cabeza: ni fracaso, ni remordimientos.

—No te preocupes por mí. Hasta ahora he sobrevivido a Atenea; creo que puedo aguantar hasta el final. Todo lo que me has enseñado, todo lo que he hecho aquí, me será de gran ayuda. —Apretó la mano de Gisela—. Gracias.

Se unió a su padre. Próspero creó un portal que daba acceso a un camino de baldosas amarillas que cruzaba las estrellas. Lo franqueó y Cordelia lo siguió.

Vikram se apartó de la impronta de la onda gravitatoria y preguntó sutilmente:

—Muy bien, ahora podéis confesarlo: ¿quién añadió el exabyte adicional?

—¡Liiiiibre!

Cordelia se puso a dar saltos por el entorno de control de la Cartan Null, una larga plataforma que flotaba en un túnel de diagramas de Feynman ordenados por colores, que surcaban la oscuridad como el rastro de mil millones de chispas que chocan y se desintegran.

La reacción instintiva de Gisela habría sido llevársela a un rincón y gritarle a la cara: «¡Suicídase ahora mismo! ¡Acaba con esto ahora!». Una ramificación breve, eliminada antes de que hubiera tiempo para una divergencia de la personalidad, apenas contaba como una vida real y una muerte real. Sólo sería un sueño olvidado, nada más

Pero ese análisis no se sostenía. Desde el instante en que fue consciente, esta Cordelia había sido una persona completamente distinta: la que había dejado Atenea para siempre, la que había escapado. Su yo ampliado había invertido demasiado en este clon para tratarlo como un error y darlo por vencido. Más allá de lo que pudiera esperar para sí mismo, el clon sabía perfectamente lo que su existencia significaba para el original. Traicionar eso, aunque nunca pudiera descubrirse, sería impensable.

—No le diste falsas esperanzas, ¿verdad? —dijo Tiet cortante.

Gisela repasó sus conversaciones.

—No creo. Tiene que saber que sobrevivir es prácticamente imposible.

Vikram pareció preocupado.

—Puede que haya planteado nuestro argumento con demasiada vehemencia. Debe pensar que los mismos descubrimientos le bastarán, pero no estoy seguro de que vaya a ser así.

Timón suspiró impaciente.

—Está aquí. Eso es irreversible; no tiene sentido agobiarse por ello. Lo único que podemos hacer es darle la oportunidad de sacarle lo que pueda a la experiencia.

A Gisela le vino a la cabeza un pensamiento aterrador.

—Los datos extra no nos habrán sobrecargado, ¿verdad? ¿No nos impedirán el acceso al dominio computacional completo?

Cordelia se había comprimido como un programa mucho más ligero que la

versión que había enviado desde la Tierra, pero aun así se trataba de una carga inesperada.

Sachio dio un ruido con indignación.

—¿Tan mal piensas que hago mi trabajo? Sabía que alguien traería más de lo que había prometido; dejé un margen de seguridad de cien veces lo acordado. Un polizón no cambia nada.

Timón le tocó el brazo a Gisela.

—Mira.

Por fin Cordelia se había tranquilizado lo bastante como para empezar a examinar su entorno. Los haces primarios, la infraestructura para todos los cálculos, ya se habían desplazado al azul y se habían convertido en rayos gamma, y los fotones que colisionaban estaban creando pares de electrones y positrones relativistas. Además, un rango de haces experimentales con longitudes de onda más cortas exploraban la física a escalas de longitud diez mil veces más pequeñas; la física que se aplicaría a los haces primarios aproximadamente una hora subjetiva más tarde. Cordelia encontró la ventana con los resultados principales de estos haces. Se dio la vuelta y gritó:

—¡Demasiados mesones llenos de quarks top y bottom, pero nada fuera de lo previsto!

—¡Bien!

Gisela notó cómo empezaba a deshacerse el nudo de culpabilidad y ansiedad que sentía. Cordelia había elegido la Inmersión libremente, como todos los demás. Para ella había sido una decisión difícil, pero eso no era motivo para asumir que se iba a arrepentir.

—Vale, tenías razón —dijo Timón—. Me equivoqué. Está claro que ha conseguido escapar del influjo de Atenea.

—Sí. Al traste con tu teoría de las superficies meméticas cerradas. —Gisela se rió—. Lástima que sólo fuera una metáfora.

—¿Por qué? Pensé que te encantaría que lo consiguiera.

—Y estoy encantada. Sólo que es una pena que no nos diga nada sobre nuestras propias posibilidades de escapar.

Cada órbita les daba treinta minutos de tiempo subjetivo, mientras que la longitud y las escalas temporales reales de la Cartan Null se reducían cien veces. Sachio y Tiet escrutaban el funcionamiento de la polis, comprobando una y otra vez la integridad del «equipamiento» según iban entrando nuevas especies de partículas en los trenes de pulsos. Timón revisó varios métodos para recircular la información hacia nuevos modos en caso necesario. Gisela se esforzaba por poner al día a Cordelia, y Vikram, cuya principal tarea habían sido las nanomáquinas, le echaba una mano.

Los haces de longitud de onda más corta seguían recapitulando los resultados de antiguos experimentos realizados con aceleradores de partículas; los tres juntos estudiaban detenidamente los datos. Gisela lo resumió lo mejor que pudo:

—La carga y los demás números cuánticos generan una especie de ángulo entre las líneas de universo de estas redes, igual que hace el espín, pero en este caso actúan como ángulos en un espacio de cinco dimensiones. A baja energía lo que se ve son tres subespacios separados, que corresponden al electromagnetismo y a las interacciones débil y fuerte.

—¿Por qué?

—Un accidente en las primeras fases del universo con bosones de Higgs. Deja que te lo dibuje...

No había tiempo para abordar todas las sutilezas de la física de partículas, aunque de todas formas, para la Cartan Null, muchos de los problemas que eran cruciales fuera de Chandrasekhar se estaban convirtiendo en meras especulaciones. Mientras hablaban, las simetrías rotas se estaban restaurando conforme la energía cinética en aumento hacía que las diferencias en la masa en reposo fueran insignificantes. La polis mutaba rápidamente en un híbrido de todos los tipos de partícula posibles; lo que iba a regir su futuro no iba a ser la teoría de ninguna de las fuerzas por separado, sino la naturaleza misma de la mecánica cuántica.

¿Qué subyace a la frecuencia y a la longitud de onda de una partícula?

Vikram esbozó una instantánea de un paquete de ondas en un diagrama espacio temporal.

—En su propio marco de referencia, la fase de un electrón rota a un ritmo constante: más o menos una vez cada diez elevado a menos veinte segundos. Si está en movimiento, vemos que ese ritmo se reduce debido a la dilatación del tiempo, pero eso no es todo.

Dibujó un conjunto de componentes que se abrían en abanico a distintas velocidades desde un mismo punto de la onda, y a continuación tachó los puntos sucesivos donde la fase hacía una rotación completa para cada uno de ellos. El lugar geométrico de estos puntos formaba un conjunto de frentes de onda hiperbólicos en el espacio-tiempo, como una serie de cuencos cónicos apilados, más apretados, tanto en el espacio como en el tiempo, allí donde la velocidad de las componentes era mayor.

—El espacio de la onda original sólo es reproducido por las componentes que tienen justo la velocidad adecuada; dibujan copias idénticas de la onda en momentos posteriores, todas perfectamente superpuestas. Las componentes con velocidades inadecuadas mezclan la fase, por lo que sus copias se anulan.

Repitió la construcción entera para cien puntos a lo largo de la onda y se propagó perfectamente hacia el futuro.

—En el espacio-tiempo curvado, todo el proceso se distorsiona. Pero si se dan las

simetrías adecuadas, se puede preservar la forma de la onda mientras que la longitud de onda se contrae y la frecuencia se expande.

Vikram combó el diagrama para demostrarlo.

—Ésta es nuestra situación.

Cordelia lo asimiló todo, garabateando cálculos, verificándolo todo hasta quedar satisfecha.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué tiene que desmoronarse? ¿Por qué simplemente no podemos seguir desplazándonos al azul?

Vikram amplió el diagrama.

—Al final todo corrimiento de fase proviene de una interacción: la intersección de una línea de universo con otra. En el modelo de Kumar, toda red de líneas de universo tiene una malla finita. En cada intersección hay un mínimo corrimiento de fase que hace que el tiempo salte unos diez elevado a menos cuarenta y tres segundos... y no tiene sentido hablar de corrimientos de fase más pequeños o de escalas de tiempo más cortas. Por lo que si intentas mantener indefinidamente el corrimiento hacia el azul de una onda, acabas llegando a un punto en que el sistema deja de tener la resolución suficiente para seguir reproduciéndola.

Conforme el paquete de ondas caía en espiral, empezó a adoptar una forma que era una aproximación dentada y difuminada de su forma anterior. Luego se desintegró y no quedó más que ruido irreconocible.

Cordelia examinó el diagrama con atención, siguiendo las componentes una a una hasta las fases finales del proceso.

—¿Cuánto tardaremos en ver alguna prueba de que es así? —dijo finalmente—. Asumiendo que el modelo es correcto...

Vikram no contestó; parecía que se estaba preguntando si había sido una buena idea hacer la demostración.

—En unas dos horas deberíamos ser capaces de detectar la fase cuantizada en los haces experimentales —dijo Gisela—. Luego nos quedará una hora más o menos antes de...

Vikram le lanzó una mirada cargada de sentido, en privado, pero Cordelia debió adivinar que ese era el motivo por el que Gisela no terminó la frase, porque se giró hacia él.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó indignada—. ¿Piensas que me voy a volver histérica al primer atisbo de mortalidad?

Vikram pareció dolido.

—Sé justa —dijo Gisela—. Sólo te conocemos desde hace tres días. No sabemos qué esperar.

—No.

Cordelia levantó la mirada hacia la imagen estilizada del haz que los cifraba, que

ahora era un enjambre de partículas, desde fotones hasta los mesones más pesados.

—Pero no voy a arruinaros la Inmersión. Si hubiese querido meditar sobre la muerte me habría quedado en casa leyendo mala poesía carnosa.

Sonrió.

—Baudelaire puede irse a la mierda. Yo estoy aquí por la física.

Todo el mundo se reunió en torno a una sola ventana cuando se acercó el momento de la verdad para el modelo de Kumar. Los datos que mostraba procedían de lo que esencialmente era un experimento de interferencia de doble rendija, complicado por la necesidad de que había que realizarlo sin nada que se pareciera a la materia sólida. Un patrón sinusoidal mostraba los números de partículas detectados en una región en la que un haz de electrones se recombinaba consigo mismo tras recorrer dos trayectorias distintas; puesto que sólo había un número finito de puntos de detección, y cada recuento tenía que ser un número entero, el patrón ya estaba «cuantizado», pero el software de análisis lo tenía en cuenta y los números eran lo bastante grandes como para que la imagen apareciera nítida. Con una longitud de onda dada, cualquier efecto auténtico a la escala de Plank se distinguiría por encima de estos artefactos, y una vez aparecieran se irían afianzando cada vez más.

—¡Encontré algo! —dijo el software—. ¡Encontré algo!

Y amplió la imagen para mostrar una ligera discontinuidad en forma de escalones de la curva. Al principio era tan sutil que Gisela tuvo que aceptar la palabra del software de que no les estaba mostrando simplemente el inevitable recorte dentado típico. Luego los diminutos escalones se ensancharon visiblemente, pasando de dos píxeles horizontales a tres. Conjuntos de tres puntos de detección adyacentes, que hacía unos momentos habían estado registrando recuentos de partículas distintos, ahora daban resultados idénticos. El aparato entero se había contraído hasta un punto en que los electrones no podían saber que las longitudes de los recorridos implicados eran diferentes.

Gisela sintió una ráfaga de pura alegría y luego un regusto de miedo. Estaban llegando a un punto en el que podían rozar con la punta de los dedos la estructura del vacío. Era un triunfo que hubiesen sobrevivido hasta aquí, pero su descenso era casi con toda probabilidad imparable.

Los escalones se hicieron más anchos; la imagen se alejó para que se viera mejor la curva. Vikram y Tiet gritaron al mismo tiempo, justo un momento antes de que el software de análisis se quedara satisfecho con las rigurosas pruebas estadísticas.

—Está mal —repitió Vikram en tono suave.

Tiet asintió y se dirigió al software:

—Muéstranos la estructura de la fase de una sola onda.

La pantalla cambió a una escalera lineal. Era imposible medir la fase cambiante

de una sola onda de forma directa, pero asumiendo que las dos versiones del haz sufrían los mismos cambios, ésta era la progresión implicada por el patrón de interferencia.

—Esto no concuerda con el modelo de Kumar —dijo Tiet—. La fase está cuantizada, pero los escalones no son iguales; ni siquiera son aleatorios como en el modelo Santini. Se estructuran cíclicamente a lo largo de la onda. Más estrechos, más anchos, de nuevo más estrechos...

Se hizo el silencio. Gisela observó el patrón y trató de concentrarse; estaba contenta por que habían encontrado algo inesperado, pero también estaba asustada por si no eran capaces de entenderlo. ¿Por qué el corrimiento de fase no les llegaba en unidades iguales? Este patrón cíclico era una violación de la simetría, permitiéndote escoger la fase con el salto cuántico más pequeño como una especie de punto de referencia fijo; una idea que la mecánica cuántica siempre había declarado que era tan absurda como singularizar una dirección en el espacio vacío.

Pero la simetría rotacional del espacio no era perfecta: en redes lo bastante pequeñas, la garantía habitual de que todas las direcciones se verían igual ya no se mantenía. ¿Era ésa la respuesta? ¿Los ángulos que los dos haces tenían que adoptar para llegar al detector también se cuantizaban, y ese efecto se superponía a la fase?

No. La escala estaba mal. El experimento todavía se desarrollaba en una región demasiado grande.

Vikram gritó de alegría y dio una voltereta hacia atrás.

—¡Hay líneas de universo cruzando entre las redes! ¡Eso es lo que crea la fase!

Sin pronunciar una palabra más se puso a dibujar diagramas en el aire como un poseso, lanzaba programas, ejecutaba simulaciones. A los pocos minutos casi no se le veía detrás de tantas pantallas y artilugios.

Una ventana mostraba una simulación del patrón de interferencia con una correspondencia total con los datos. Gisela sintió una punzada de envidia: había estado tan cerca, tendría que haberse dado cuenta la primera. Luego se puso a examinar más resultados y la sensación se evaporó. Esto era elegante, bello, estaba bien. No importaba quién lo hubiera descubierto.

Cordelia parecía aturdida, como si se hubiese quedado rezagada. Vikram se zafó del barullo que había creado, dejando que los demás intentaran entenderlo. Tomó a Cordelia de las manos y juntos bailaron un vals por el entorno.

—El principal misterio de la mecánica cuántica siempre ha sido: ¿por qué no se pueden contabilizar las maneras en que ocurren las cosas? ¿Por qué tenemos que asignarle una fase a cada alternativa para que puedan reforzarse y cancelarse mutuamente? Conocíamos las reglas para hacerlo, conocíamos las consecuencias, pero no teníamos ni idea de lo que eran las fases o de dónde procedían.

Dejó de bailar e hizo aparecer una pila de diagramas de Feynman, cinco

alternativas para el mismo proceso, dispuestas unas encima de las otras.

—Se crean del mismo modo que cualquier otra relación: vínculos comunes a una red mayor.

Añadió unos cuantos cientos de partículas virtuales que interconectaban diagramas antes inconexos.

—Es como el espín. Si las redes han creado direcciones en el espacio que hacen que los espines de dos partículas sean paralelos, cuando se combinen sencillamente se sumarán. Si son anti-paralelos, en direcciones opuestas, se cancelarán. Con la fase pasa lo mismo, pero se comporta como un ángulo en dos dimensiones, y funciona con todos los números cuánticos juntos: espín, carga, color, todos; si dos componentes están perfectamente desfasados, desaparecen completamente.

Gisela miró cómo Cordelia alargaba una mano hacia el diagrama estratificado, siguió los recorridos de dos componentes y empezó a entenderlo. No habían descubierto ninguna estructura más profunda que los números cuánticos individuales, como habían esperado, pero habían aprendido que una única y vasta red de líneas de universo podía explicar lo que el universo construía a partir de esos hilos indivisibles.

¿Era suficiente para ella? Su original, que estaría intentando no volverse loco de vuelta en Atenea, podría consolarse pensando que el clon de la Inmersión podía ser testigo de un avance como éste... pero con la muerte acercándose, ¿no acabaría todo convertido en cenizas para el testigo? Gisela lo pensó de sí misma, aunque lo había discutido ampliamente con Timón y los demás durante siglos. ¿Acaso todo lo que sentía en este momento dejaba de tener sentido sólo porque no había ninguna posibilidad de llevarse la experiencia de vuelta al mundo exterior? No podía negar que hubiese sido mejor saber que podía volver a conectarse con sus otros yoes, contarle a sus familiares lejanos y amigos lo que había aprendido, seguir las implicaciones durante milenios.

Pero el universo entero se enfrentaba al mismo destino. El tiempo estaba cuantizado; no existía la posibilidad de cálculo infinito antes del Big Crunch, para nadie. Si todo lo que tenía fin era vacío, la Inmersión sólo les había ahorrado prolongar la falsa esperanza de la inmortalidad. Si cada momento valía por sí mismo, completo en sí mismo, entonces nada podía quitarles su felicidad.

La verdad, por supuesto, estaba en un punto intermedio.

Timón se acercó a ella, sonriendo encantado.

—¿Qué cavilas tanto aquí sola?

Le cogió la mano.

—Pienso en redes pequeñas.

Cordelia le dijo a Vikram:

—Ahora que sabes exactamente qué es la fase y cómo determina la probabilidad... ¿Existe algún modo de utilizar los haces del experimento para

manipular la probabilidad para la geometría que nos espera? ¿Crees que podríamos deformar los conos de luz lo suficiente como para seguir eludiendo la región de Planck? ¿Podríamos retroceder en espiral alrededor de la singularidad unos cuantos miles de millones de años, hasta que llegue el Big Crunch, o hasta que el agujero se evapore debido a la radiación de Hawking?

Por un momento Vikram pareció quedarse paralizado y luego se puso a lanzar programas. Sachio y Tiet se acercaron y le echaron una mano buscando atajos computacionales. Gisela se quedó mirando, mareada; a duras penas se atrevía a pensar que fuera posible. Examinar todas las opciones podría llevarles más tiempo del que disponían, pero entonces Tiet encontró un modo de probar clases completas de redes mediante un solo cálculo y el proceso se aceleró mil veces.

Vikram anunció el resultado con tristeza:

—No. No es posible.

Cordelia sonrió.

—No pasa nada. Era sólo curiosidad.



Greg Egan, nacido el 20 de agosto de 1961 en Perth (Australia). Matemático por formación (graduado en la universidad de Australia Occidental) y programador de computadoras por profesión, es más conocido por su faceta de escritor de novelas y relatos de ciencia ficción, en la que ha destacado en el panorama de los últimos años.

Egan está especializado en la llamada ciencia ficción dura, mezclando en sus historias de ficción temas matemáticos y metafísicos, como la naturaleza de la consciencia. Otros temas que ha tratado son la genética, la realidad simulada, la transferencia de mentes, la asexualidad y la inteligencia artificial. Algunos de sus relatos iniciales presentan fuertes elementos tomados del horror sobrenatural.

Entre los premios que ha recibido destacan el John W. Campbell Memorial de 1995 por Ciudad Permutación y los premios Hugo y Locus de 1998 al mejor relato por Oceanic.